

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO

PROGRAMA DE POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

FFyL, CIALC, FCPyS, CEIICH y IIEs

FILOSOFÍAS, HISTORIA DE LAS IDEAS E IDEOLOGÍAS EN AMÉRICA LATINA

ATRIBUTOS DEL HUMANISMO ITALIANO EN DOS CRONISTAS DE INDIAS:

FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y GINÉS DE SEPÚLVEDA

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:

DOCTOR EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

PRESENTA:

CANEK SANDOVAL TOLEDO

DR. AMBROSIO FRANCISCO JAVIER VELASCO GÓMEZ

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS DE LA UNAM

DR. MIGUEL-ANXO PENA GONZÁLEZ Y DR. MARIO RUIZ SOTELO

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA Y FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

UNAM

CIUDAD UNIVERSITARIA, ENERO DE 2025

Universidad Nacional Autónoma de México
UNAM
Biblioteca Central
Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

PROTESTA UNIVERSITARIA DE INTEGRIDAD Y HONESTIDAD ACADÉMICA Y PROFESIONAL
(Graduación con trabajo escrito)

De conformidad con lo dispuesto en los artículos 87, fracción V, del Estatuto General, 68, primer párrafo, del Reglamento General de Estudios Universitarios y 26, fracción l, y 35 del Reglamento General de Exámenes, me comprometo en todo tiempo a honrar a la institución y a cumplir con los principios establecidos en el Código de Ética de la Universidad Nacional Autónoma de México, especialmente con los de integridad y honestidad académica.

De acuerdo con lo anterior, manifiesto que el trabajo escrito titulado **"Atributos del humanismo italiano en dos cronistas de Indias: Fernández de Oviedo y Ginés de Sepúlveda"** que presenté para obtener el grado de ***Doctor en Estudios Latinoamericanos*** es original, de mi autoría y lo realicé con el rigor metodológico exigido por mi Programa de Posgrado, citando las fuentes de ideas, textos, imágenes, gráficos u otro tipo de obras empleadas para su desarrollo.

En consecuencia, acepto que la falta de cumplimiento de las disposiciones reglamentarias y normativas de la Universidad, en particular las ya referidas en el Código de Ética, llevará a la nulidad de los actos de carácter académico administrativo del proceso de titulación/graduación.

Atentamente



_____

Canek Sandoval Toledo

Nombre y firma

Número de cuenta: 51500121-7

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

1. *LA ARAUCANA*, EPICENTRO DEL HUMANISMO

Descripción de intenciones…… 16

1. Alonso de Ercilla, educando de Juan Ginés de Sepúlveda de 1548 a 1555…….….. 24

1.1. En la corte del príncipe Felipe……..… 42

1.2. Aspectos teóricos de Juan Ginés de Sepúlveda visibles en *La Araucana*…..... 62

a) Modelos clásicos……..……..... 64

b) Teoría de la guerra justa……..……. 78

c) Término «bárbaro» y ontología del araucano…..…… 90

2. EL HUMANISMO RENACENTISTA BOLOÑÉS

Descripción de intenciones……..... 100

2. Los humanismos italianos…….. 110

a) Humanismo renacentista italiano……... 115

b) Humanismo nórdico……... 131

c) Humanismo erasmista…… 133

2.1. Humanismo renacentista boloñés…… 142

2.1.1. El «prestigio limitado» de los egresados del Colegio de San Clemente de Bolonia 167

3. EL HUMANISMO ERASMISTA DE GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

Descripción de intenciones…… 180

3. El singular erasmismo de Gonzalo Fernández de Oviedo……. 186

3.1. Providencialismo e historiografía ovetense…… 198

3.2. La representación del llamado indio: estética y ontología…….. 209

4. JUAN GINÉS DE SEPÚLVEDA, UN HUMANISTA FILOITALIANO

Descripción de intenciones…… 221
4. Perfil humanista en un grabado póstumo……... 236
4.1. El *Democrates Segundo* a la luz de la formación humanista…….. 275
a) Teoría de la guerra justa……. 297
b) La teoría aristotélica de la «servidumbre natural»……. 312
c) Humanismo filoitaliano…….. 322

CONCLUSIONES: CONVERGENCIAS Y DIFERENCIAS ENTRE OVIEDO Y SEPÚLVEDA

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

El principal objetivo que se busca en esta investigación, intitulada *Atributos del humanismo italiano en dos cronistas de Indias: Fernández de Oviedo y Ginés de Sepúlveda*, es brindar al público una imagen de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdéz (1478/1557) y Juan Ginés de Sepúlveda (1490/1573) próxima a la de los humanistas de su época, a través de la relectura de sus obras completas desde este punto de vista. Esta *revisión* parece ser coherente después de entender la necesidad de integrar fragmentos biográficos, bibliográficos y doctrinales, no tan recurrentes en la literatura especializada, a las figuras de dos autores claves del primer periódo de la colonización de América. Si bien cada uno de ellos se vincula con el contexto político y cultural propiciado, entre otros aspectos, por la revolución educativa del humanismo, no bastaría con centrarse en esta circunstancia. Con el fin de entender la sintaxis de la formación de sus respectivos pensamientos, es obligado revisar cuidadosamente todos sus libros, las fuentes de las que se nutren, la temporalidad en la que aparecieron, los temas que abordaron y hasta el estilo que los acompaña. El propósito es comprender mejor las motivaciones formativas que dieron origen a sus intervenciones en la contrucción del debate americano.

Esta investigación comienza apelando a dos metodologías: la filosófica y la historiográfica, ampliamente empleadas en los análisis adscritos a la disciplina de la Historia

de las ideas. Guíado por un *modelo relacional*, urdimbre de vínculos personales y teóricos, explícitos o no, interconectados unos con otros, se complementa el examen retrospectivo de las fuentes (filosófica y no filosóficas) de los autores, con un análisis de la coyuntura histórica y una tendencia comparativa con otros sabios contemporáneos, con los que muchas veces polemizaron. Estas herramientas de análisis permitirán acercarse de manera rigurosa y abarcadora al tema propuesto: los *rasgos del humanismo italiano* en las obras de Oviedo y de Sepúlveda. Se plantea, pues, un estudio panorámico de la cultura del siglo XVI, la acuñación y evolución de ideas como las de *esclavitud natural*, *guerra justa*, *providencialismo*, *bárbarie*, etcétera, a través del período que abarca del auge de la cultura grecorromana al del pensamiento humanista, las diversas escuelas originadas en la Italia renacentista, las cualidades formales e ideológicas que comparten Oviedo y Sepúlveda, el papel del erasmismo en cada una de sus propuestas, la reacción ante las guerras contemporáneas, la evaluación del nombrado «indio» del «Nuevo Mundo» y la confrontación política con Bartolomé de Las Casas.

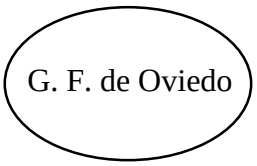
Atributos del humanismo italiano en dos cronistas de Indias: Fernández de Oviedo y Ginés de Sepúlveda es, antes que nada, una exploración de la cultura europea del siglo XVI y sus repercusiones en el continente de América. La *cultura*, tal y como se entiende aquí, engloba un sentido religioso, modos de vínculos sociales y sus formalidades, expresiones artísticas como la música, la pintura y la literatura, mentalidades arraigadas a cosmovisiones específicas, fiestas, costumbres culinarias y, particularmente, enfoques y prácticas *políticas*. Intentar entender cómo y por qué se interpretó la invasión y colonización de América como se hizo por ambos cronistas oficiales del reino de España, supone para el investigador y los lectores, el difícil (pero en ocasiones *confortable*) procedimiento de «ceder» ante un horizonte de sentido cultural diametralmente opuesto al presente.

En los escritos de Oviedo y de Sepúlveda, despunta el discernimiento de un mundo vasto e interconectado que conduce a la reinvención de una red semántica más adaptada a él, un lenguaje provisto de conceptos científicos y políticos reconstruidos o totalmente nuevos. En sus crónicas de Indias, Oviedo proporcionó las primeras reseñas científicas de muchos vegetales comestibles y de más de treinta plantas medicinales tales como la coca, la canela y el tabaco. Lo que para el historiador representó la observación de la vasta naturaleza del continente americano, para Sepúlveda fue la nueva realidad territorial y geopolítica del imperio hispánico, la ampliación del mundo humano conocido, cerrado en sus normas teologales, a un universo abierto potencialmente infinito. Desde la óptica providencialista, de la que ambos autores forman parte en un grado u otro, el choque más extremo fue el del reconocimiento antropológico provisto, desde el crisol propio, de diferencias notables y, en algunos puntos, irreconciliables.

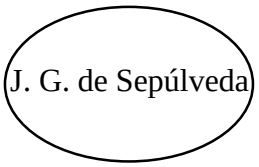
Los conflictos armados entre reinos europeos, la guerra defensiva en contra el ejército otomano, el cisma de la Iglesia católica promovido por la Reforma, la batalla de las artes llevada a cabo por el humanismo en las universidades escolásticas, en fin, la complejidad y urgencia misma que manifiesta el siglo XVI, condiciona las perspectivas de los protagonistas acerca de la invasión y colonización de América. Una de las ventajas al intentar aproximarse al entendimiento de este contexto histórico, e interpretarlo *culturalmente*, es que queda en evidencia que la crisis de categorías como las de *descubrimiento*, *encuentro* y aun, *conquista*, se debe en parte a que se proyectaron y usaron mucho después de los acontecimientos. Las nociones que aparecen citadas en las fuentes (*guerra*, *evangelización*, *enemigos*, *causas justas*…), en general, tienen la opción de enriquecerse y explicarse con teorías contemporáneas. Cosa que se ensaya a lo largo de la tesis.

Se asume como un sistema procedimental de trabajo, el intercambio de correlaciones e intrigas entre la élite intelectual del Estado hispánico de la era de Carlos V, bajo un modelo que gusto en llamar *relacional*. Partiendo, claramente, de dos centros, Oviedo y Sepúlveda, cimiento de los vínculos que se tejen entre personajes y doctrinas provenientes de variados círculos contemporáneos interconectados. Las características humanistas en las obras de ambos cronistas, se nutren sin duda de este urdimbre de relaciones compartidas, unas más evidentes que otras, que a lo largo de este trabajo se procura sacar a la luz. Este conglomerado de nexos no solo ofrece una idea de la riqueza, variedad y potencia del humanismo como escuela de pensamiento, sino que confirma que su presencia hace parte de la construcción de la cultura misma del momento. Una premisa explorada, aunque no con la profundidad que merece, en los idearios americanistas de los autores.

Cortesanos de Carlos V	Pajes de Felipe II	Alumnos de San Clemente
J. Calvete de Estrella	L. Zapata de Chavez	Antonio de Nebrija
B. de Busto	L. de Requesens	F. López de Gómara
J. Martínez de Silíceo	Alonso de Ercilla	Fortún de Ercilla



Hernán Cortés
B. Díaz del Castillo
Bartolomé de Las Casas



Erasmo
J. L. Vives
M. Lutero

Intelectuales italianos	Mecenas	Intelectuales españoles
G. Fracastoro / P. Pomponazzi	Alberto Pío	Garcilaso de la Vega / J. Boscán
G. B. Ramusio / B. Castiglione	Julio de Médici	Alfonso de Valdés

La valoración del Renacimiento como eje de múltiples corrientes intelectuales, se ha ido construyendo lentamente desde que Jacob Burckhardt publicara, a mediados del siglo XIX,

el *Die Kultur der Renaissance in Italien*. El denominador común de este y otros estudios, ha sido el de remarcar la importancia que el *libro* llegó a tener para los humanistas renacentistas en todas sus dimensiones (artículo de lujo e intercambio, depositario del prestigio intelectual, pretexto de jactancia social y distintivo de poder). Por ello, no es exagerado considerarla como la *primera revolución cultural moderna*, un movimiento reunido en torno al libro, a su atesoramiento en bibliotecas y colecciones privadas, y la lectura.

Sepúlveda alcanzó la madurez formativa y profesional en la Italia humanista, específicamente, en las aulas del Colegio de San Clemente de los Españoles de Bolonia, donde permaneció nueve de los veintidós años que residió en aquella península y se hizo adepto estudioso de Aristóteles y Cicerón. En comparación con esta, la estancia de Oviedo en Italia fue corta, solo de escasos tres años, no así insignificante, dado el crucial acercamiento a la *filosofía de Cristo* encabezada por Erasmo y al atesoramiento de un importante acervo bibliográfico. Toda vez que se comprueba la multitud de *sistemas humanistas* que proliferaron en la Europa de entonces, la pregunta necesaria es por cuáles de ellos exactamente fueron influenciados Oviedo y Sepúlveda.

El esquema del que se auxilia este proyecto para vislumbrar las distintas escuelas es el que Joaquín Xirau expone en el ensayo *Humanismo español*. En él, Xirau divide en tres segmentos los primigenios órdenes de dicho movimiento: 1. El *renacentista de estirpe italiana*, el más consecuente y avanzado; 2. El *nórdico*, especialmente solícito por resolver problemas de índole moral y religioso, adoptado en la comunidad germánica; y 3. El de la *filosofía de Cristo* o *erasmismo*, divulgado mayormente en territorio español y en las recién fundadas capitales americanas. La hipótesis que se defiende a lo largo de este trabajo es que Oviedo, aún con algunas cortapisas respecto al *irenismo radical* de Erasmo, se cultivó en el afluente erasmista, incluso, traduciendo del toscano un manual de piedad, de Pietro Da Lucca,

afín a este. En cambio Sepúlveda, un tanto incrédulo de Erasmo, luego del pleito erudito con el príncipe de Carpi, Alberto Pío, sigue la línea del humanismo renacentista italiano en su vertiente *boloñesa*, aquella con un acento en la jurisprudencia que buscaba equiparar los ámbitos civiles y canónicos del derecho.

A pesar de las desigualdades formativas e ideológicas, la profunda vinculación entre Oviedo y Sepúlveda, no es accidental. En su intervención en el problema procedimental de la colonización de América, como lo escribe explícitamente en la crónica *Del Nuevo Mundo*, Oviedo es una fuente primaria e irrenunciable para Sepúlveda. Sin haber estado ni una sola vez en América, de la información que el primero le proporciona en el *Sumario de la natural historia de las Indias* y la primera parte de la *Historia general y natural de las Indias*, depende gran parte de su visión sobre prácticas, pecados, costumbres públicas nefandas y, especialmente, talante de las gentes americanas. En el amplísimo panorama de los cronistas de Indias, un criterio plausible para separarlos en dos grupos es el de los que presenciaron en primera persona algunos de los hechos que aducen en sus narraciones y aquellos otros que escriben de segunda mano a través de fuentes directas e informantes. En esta línea, una categorización (limitada) sería la próxima:

Cronistas *presenciales*	Cronistas *informados*
H. Cortés/*Cartas de relación*	
G. F. de Oviedo/*Sumario* e *Historia general*	P. Mártir de Anglería/*Décadas*
B. Díaz del Castillo/*Historia verdadera*	F. López de Gómara/*Historia* y *Conquista*
P. Cieza de León/*Crónica del Perú*	J. Calvete/*De rebus Indicis*
D. Durán/*Historia de las Indias*	G. de Sepúlveda/*Del nuevo mundo*
B. de Las Casas/*Historia de las Indias*	A. de Herrera/*Historia general*
Motolinia/*Historia de los Indios*	

El desarrollo de la tesis, en cuanto al orden, la relación entre capítulos y sus contenidos, es el siguiente:

1. La Araucana*, epicentro del humanismo*. En este apartado inaugural se focaliza la vida del poeta-soldado Alonso de Ercilla, haciendo énfasis en el período que pasó en la corte de Carlos V como discípulo directo de Juan Ginés de Sepúlveda, entre las fechas de 1548 a 1555. Se explora la probable influencia de Sepúlveda, particularmente de su obra tardía *Acerca de la monarquía*, sobre los aspectos políticos incluídos en el poema épico de *La Araucana*, desde tres ejes: el uso de modelos clásicos, la teoría de la guerra justa y el empleo del término «bárbaro» y la ontología del araucano. Se tratan los aspectos confinantes de la transmisión ideológica a la élite social en la corte castellana, el impacto que llegó a tener en la cultura un libro como el de *El Cortesano* de Baldassare Castiglione, la relación de este autor con los poetas Juan Boscán y Garcilaso de la Vega, y la disputa que entabló con el secretario Valdés por el desafortunado Saco de Roma, etcétera.

2. *El humanismo renacentista boloñés*. Acá, se retoma la categorización de las diferentes corrientes humanistas propuesta por Xirau: humanismo renacentista italiano, humanismo nórdico y humanismo erasmista. Aunque comparten ciertas características, cada una posee cualidades que la diferencian del resto, el resultado de esta evaluación conduce a identificar un humanismo renacentista boloñés, al que puntualmente se adjunta la filosofía política de Sepúlveda. En el subcapítulo siguiente, *El «prestigio limitado» de los egresados del Colegio de San Clemente de Bolonia*, se hace una extensión del análisis del humanimo boloñés, a través de los intelectuales que lo nutren, entre ellos, los juristas Giovanni Da Legnano y Fortún García de Ercilla, padre de Alonso de Ercilla, y el controversial filósofo Pietro Pomponazzi, egresado del centro universitario de Padua y profesor de Sepúlveda en Bolonia.

3. *El humanismo erasmista de Gonzalo Fernández de Oviedo*. En este apartado se abordan directamente las obras históricas de Oviedo, principalmente tres de ellas: el *Sumario*, la *Historia general* y *Batallas y quinquagenas*. Por las pruebas que aportan las citas textuales de las obras de Erasmo (resguardadas con celo en su biblioteca en la isla de Santo Domingo) incluidas en dichos escritos, se caracteriza el erasmismo practicado por Oviedo como *singular*. En el desarrollo de esta comprobación, se hace hincapié en los temas que a la postre condicionaron la perspectiva de Sepúlveda: el providencialismo, la historiografía y, sobre todo, la representación del llamado «indio», desde los ámbitos estéticos y ontológicos.

4. *Juan Ginés de Sepúlveda, un humanista filoitaliano*. En este largo apartado se trata de demostrar el daño que hizo al prestigio de Sepúlveda su participación en la Junta de Valladolid de 1550. Bajo el pretexto de comentar un grabado, el más popular del autor realizado por Juan Barcelón, se vislumbran partes biográficas no tan solicitadas por los especialistas, así como un examen entrecruzado de las *Obras Completas*. Se abordan las discusiones con Lutero, Erasmo y Melchor Cano que anteceden a la que emprende con fray Bartolomé de Las Casas. Luego, se hace una aproximación al polémico diálogo *Demócrates Segundo* desde la óptica de la formación humanista, englobando nuevamente tres rubros: la tradición de la teoría de la guerra justa o *ius ad bellum*, la actualización de la teoría aristotélica de la «servidumbre natural» y las características que permiten concluir el gran influjo del humanismo italiano en el tratado.

Finalmente, en las *Conclusiones: convergencias y diferencias entre Oviedo y Sepúlveda* se hace un balance general del trabajo, en el que se menciona la aportación de la novedad de las fuentes que se utilizan (entre las más importantes, el *Tratado de la guerra y el duelo* de Fortún de Ercilla y la *Política* de Aristóteles traducida y comentada por Sepúlveda), los ángulos desde los que se encuadra la relectura de las obras de Oviedo y de

Sepúlveda, los resultados obtenidos en la tesis respecto al plan de brindar al público una imagen de los dos protagonistas próxima a la de los humanistas de su época, la cofirmación de la hipótesis inicial, las propuestas positivamente finalizadas y los esfuerzos pendientes.

En el contexto actual, la pertinencia de revisitar propositivamente las obras de Oviedo y Sepúlveda desde el enfoque humanista, es que sin duda sus ideas se han actualizado secularizadamente: en medio de conflictos bélicos internacionales como los de hoy, la formulación de las categorías que pusieron en uso por primera vez en el contexto de la guerra contra los amerindios, parecen convertirse en los antecedentes modernos directos de las discusiones más actuales. Además, hasta recientemente había habido un déficit bibliográfico resarcido con la publicación, por el Ayuntamiento de Pozoblanco, de las *Obras Completas* de Sepúlveda, aspecto crucial para una mejor valoración de su filosofía. En todo caso, los nombres de Oviedo y de Sepúlveda son siempre frecuentes en los debates anticoloniales o revisionistas, por eso, estudiarlos y conocerlos es, en el fondo, una oportunidad para entender las razones que están en juego en sus idearios y así enriquecer la discusión con elementos más precisos que nos acerquen un poco más a la *realidad* de los mismos. En el terreno de los Estudios Latinoamericanos, el pensamiento político planteado por la invasión de América tiene un lugar prioritario en su extraordinario espectro multidisciplinario.

Por ejemplo, desde el enfoque del área de filosofía e historia de las ideas de los Estudios Latinoamericanos, se llama a considerar a Bartolomé de Las Casas y a Alonso de la Veracruz puntas de lanza de la primera filosofía propiamente *moderna*, con la virtud adicional de provocar un discurso desde América y ser antiimperialista, en un momento cucial de la formación de los imperios económicos modernos. De este modo, Oviedo y Sepúlveda se presentan, desde el origen del debate, como parte de un mismo discurso imperialista probélico, con preeminencia de la cultura europea en detrimento de otras. A

pesar de los numerosos matices que se puedan argumentar, es un hecho que en la base de la filosofía política de uno y otro, se gesta la dicotomía confrontativa de la *civilización* (europea) contra la *barbarie* (turca y americana), con la estrategia discursiva de crear un *enemigo* con los atributos que, siglos más tarde, Carl Schmitt va a apuntar en su doctrina.

Los términos de descrédito más habituales que aquí se someten a crítica, empleados por Oviedo y Sepúlveda al referirse a los «indios», son los de bárbaro, *homunculo* y *servus* (esclavo/siervo). En esta línea, se propone la noción de *asimilación negativa*, la explicación dialéctica del *colonialismo* que, respecto a la obra del primero, se manifiesta en la intención de incorporar a las culturas periféricas al gran flujo de la *historia*, bajo la mirada del cronista como pieza testificante crucial, con la condición previa de que tales culturas sean negadas antes de formar parte de los anales de la metrópoli. Oviedo admite que solo con la venida de los conquistadores, América adquiere un genuino *sentido histórico*, aseveración que se opone a la autonomía ontológica de los pueblos recientemente dominados. En el caso de Sepúlveda, el acento en las desemejanzas de «prudencia, ingenio y todo género de virtudes y humanos sentimientos», propios de la sociedad española respecto de la indígena americana, prepara la negación óntica de la diferencia: a la voluntad de incorporar, por *humanitarismo*, a los pueblos subordinados al devenir de la *historia*, le antecede el requisito de la negación del ente colonizado, usurpación de las peculiaridades de la *diferencia*, de manera que se termina asimilando una forma domesticada, transformada por la dialéctica colonial, de lo *mismo*.

Este ángulo filosófico-conceptual conduce a la relectura detallada de las crónicas de los protagonistas de este trabajo, los cronistas Oviedo y Sepúlveda. La ventaja que dan los diesisiete tomos de las *Obras Completas* de este último, hacen viable una de las intenciones principales aquí propuestas: la de contrastar su pensamiento, y una nueva evaluación del autor, más allá de la disputa sostenida con el obispo Las Casas y la redacción del *Democrates*

secundus. Haciendo énfasis en este tratado como un genuino producto de la corriente humanista boloñesa, se intenta sentar un presedente más para sanjar el carácter polémico que abriga hasta el presente.

1. *LA ARAUCANA*, EPICENTRO DEL HUMANISMO

DESCRIPCIÓN DE INTENCIONES

Aunque desde el inicio de esta investigación me propongo situar las claves humanistas en el respectivo pensamiento de los cronistas de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo y Juan Ginés de Sepúlveda, el lector ha de permitirme ofrecer un corto rodeo respecto a estos contenidos puntuales. Espero que el mismo resulte a su juicio también más necesario que bizantino. Yo, antes que nadie, estoy interesado en llegar al meollo de la cuestión: los *atributos del humanismo italiano en dos cronistas de Indias*, pero habré de advertir que en virtud del firme deseo de arribar a buen puerto, hay que priorizar el método previamente trazado.

De entre todas las visiones americanistas originadas en las metrópolis europeas, tal vez la que motivó a Alonso de Ercilla y Zúñiga a embarcarse en calidad de soldado en el séquito de Jerónimo de Alderete, recién nombrado por la Corona española gobernador de Chile, sea la más *sui generis*. Poniendo mar y tierra de por medio, el joven recluta buscaba olvidar una decepción amorosa. Condimentado con ciertos ideales caballerescos y de aventura, como lo prueba el célebre poema *La Araucana*, no halló en su empresa conquistadora lo que anhelaba encontrar, en su lugar, tropezó con una sangrienta guerra

librada en contra de guerreros «soberbios y belicosos» que, por los favores de la delicada inspiración poética, va a otorgarles cualidades idealizadas que más bien hablaban de él mismo y no de ellos.[1] Sin duda, Alonso de Ercilla fue un conquistador distinto que honró con la pluma al que venció con la lanza; como expresa Pablo Neruda en su *Canto general*, la majestuosidad de la naturaleza Sudamericana lo hizo vehículo de su belleza.

> Hombre, Ercilla sonoro, oigo el pulso del agua
> de tu primer amanecer, un frenesí de pájaros
> y un trueno en el follaje.
> Deja, deja tu huella
> de águila rubia, destroza
> tu mejilla contra el maíz salvaje,
> todo será en la tierra devorado.
> Sonoro, sólo tú no beberás la copa
> de sangre, sonoro, sólo al rápido
> fulgor de ti nacido
> llegará la secreta boca del tiempo en vano
> para decirte: en vano.[2]

Este joven poeta-soldado es nuestro punto de partida. A pesar de no ser el objeto principal de mi análisis, valdrá la pena distinguir en el camino el lugar que ocupó *La Araucana* en las letras hispánicas de la segunda mitad del siglo XVI, a punto de la irrupción cervantina a la

[1] Uso la versión de la Universidad Nacional Autónoma de México, editada en dos tomos dentro de la colección Nuestros Clásicos. Alonso de Ercilla: *La Araucana*. México, UNAM, 1983. Para una síntesis de los debates actuales en torno a *La Araucana*, ver J. Aguirre Ortiz, M. Glöel y M. Garrido Monroy: «Consideraciones acerca de los fueros en *La Araucana* de Alonso de Ercilla», en *Hipogrifo*, núm. 8.2, 2020, pp. 403-420.

[2] Pablo Neruda: *Canto general*. Venezuela, Ayacucho, 1981, p. 53.

que antecede la inestimable obra de un Juan de Mena, además de las reivindicaciones humanistas de autores como Plauto y Apuleyo. En varios sentidos, conviene tomar la anécdota de Ercilla en su paso por América, como una prueba a la gesta cultural que impulsaba el humanismo en Europa: la necesidad de volver familiares las distintas pautas epistemológicas que permitieron advertir las guerras de conquista, solía llevar a los humanistas a poner en tela de juicio la autonomía de otros pueblos. Por mucho que la cultura grecolatina sirviera de modelo sempiterno, el encontronazo con las alteridades amerindias demandaba respuestas sin precedentes en la historia: la utilidad de las premisas clásicas se agotaba en la doble función de reinventar símbolos que evocaran ciertos valores de la Antigüedad, e instaurar una versión conveniente en el marco del modelo imperialista romano desde el monopolio de la letra escrita.

A partir del ingreso de Alonso de Ercilla en 1548 al ambiente áulico, reconstruyo aquella parte de la vida cortesana dedicada a la educación de los príncipes durante el reinado de Carlos V. En el largo capítulo inaugural, mi primera intención es mostrar que los estímulos formativos que obtiene Ercilla, siendo paje del príncipe Felipe, es el *sine qua non* de su gran poema épico. Puesto que el énfasis pedagógico de Juan Martínez de Silíceo había sido hasta entonces la matemática, era autor del manual *Ars arithmetica*, es probable que la renovación de la plantilla de maestros promovida por el emperador, tuviera como finalidad acelerar en sus hijos la adquisición del griego, el hebreo y, especialmente, el latín.[3] La urgencia de que el sucesor al trono aprendiera a comunicarse en la lengua franca, considerada la más culta del continente europeo, preveía la exigencia de un mejor control sobre los vastos dominios

[3] Dolores Guillot Aliaga: «Honorato Juan y Juan Ginés de Sepúlveda. Maestros de príncipes», en *e-SLegal Histoy Review*, núm. 15, 2013, p. 55.

que quedarían bajo su mando en el futuro próximo. Es por ello que dicha tarea se antoja fundamental para la política del Estado hispánico.

Dado sus antecedentes latinistas, pocos intelectuales estaban tan capacitados para ocupar el puesto de «maestro de pajes» como Ginés de Sepúlveda y Honorato Juan. Aunque ambos se sentían distanciados del arrollador ímpetu erasmista que primaba en España, coincidían en la importancia que guardaba la moderación y la responsabilidad en la buena educación de los príncipes cristianos. La pauta pedagógica erasmista rivalizaba con la castellana tradicional, descrita entre otros por Fernández de Oviedo en el *Libro de la cámara real del príncipe don Juan, oficios de su casa y servicio ordinario.* Muy tardíamente, cuando Sepúlveda hacía de consejero regio y escribía desde la comodidad de su retiro pozoalbense la crónica *De Rebus Gestis Philippi II*, insiste en lo conveniente que es el estudio profundo de ciertos episodios históricos en las decisiones político-militares que exigen las incertidumbres del presente. Esta sola certeza revela en demasía el vínculo dinámico que el humanismo procura entablar con el pasado clásico, donde yace una inagotable cantera de sabiduría provechosa para la incidencia del curso de los acontecimientos.

Una de mis tareas iniciales es evidenciar las referencias tácitas en *La Araucana* de las directrices formativas que adopta Alonso de Ercilla durante su permanencia en la corte y posterior a ella, sobre todo, en lo referente a la empresa conquistadora y al derecho esgrimido por Felipe II en la crisis de sucesión a la Corona portuguesa. De acuerdo con un minucioso reconocimiento de las opiniones enunciadas por el poeta en torno a las teorías de la guerra justa, la valoración político ontológica de los mapuches, el permanente uso del término «bárbaro» y demás léxico afín, así como las referencias clásicas y los correspondientes años de publicación de la obra, discutiré la hipótesis de si existe una correspondencia con la doctrina de Sepúlveda expuesta en el escrito tardío *De Regno*. Pese a que presento algunas

objeciones, la mayor parte de los hallazgos argüidos a este respecto se los debo a las sugerentes ideas que advirtiera Blas Medina Ávila en el artículo *Juan Ginés de Sepúlveda en La Araucana*.[4] Hasta donde sé, único en su tipo.

Alonso fue hijo de Leonor de Zúñiga y Fortún García de Ercilla, distinguido jurista próximo a la pléyade de estudiosos del derecho educada en la Italia renacentista. En medio de la disputa de las artes que pretendía delimitar los campos de acción de teólogos y juristas, además de definir el fundamento y autoridad última de todo derecho, la originalidad de una obra como la de Ercilla reside en equiparar los ámbitos civiles y canónicos apartados comúnmente por la tradición de especialistas; no solo porque a su juicio ambos pertenecen al derecho positivo sino porque, admitiendo la mutabilidad de este, participan y tienden a la realización de un mismo fin expresado en la ley natural. Puesto que esta alianza ulterior de la teología con la filosofía moral debe orientar al derecho hacia la consolidación de un criterio de validez objetivo, conforme con los preceptos de la Iglesia, es obligado observar más adelante (Véase el capítulo: El humanismo renacentista boloñés) para un análisis preciso una semejanza teórica entre los juristas de Bolonia, Giovanni da Legnano, Fortún de Ercilla y la teología política de Ginés de Sepúlveda.[5]

Durante el siglo XVI la ciudad de Bolonia fue eje cultural del acuerdo entre españoles e italianos: imbuida en el humanismo de origen renacentista, las cuestiones más apremiantes del momento tenían un forzoso tránsito por ella. Testimonio del amplio prestigio

---

[4] Blas Medina Ávila: «Juan Ginés de Sepúlveda en La Araucana», en *e-SLegal Histoy Review*, núm. 15, 2013, p. 66.

[5] Javier García Martín: «Una construcción incómoda del *ius ad bellum*. Juan Ginés de Sepúlveda y el humanismo jurídico en el Colegio de San Clemente de Bolonia», en *e-SLegal Histoy Review*, núm. 16, 2013.

del que disfrutó Bolonia incluso en el subsiguiente siglo XVII es *La señora Cornelia*, una de las doce *Novelas ejemplares* de Miguel de Cervantes. Luego de viajar por la región de Flandes, los amigos Antonio de Isunza y Juan de Gamboa se interesan por descubrir las más renombradas ciudades italianas: «llevados por el hervor de la sangre moza», arriban a Bolonia, donde la admiración que les despierta el esplendor de la universidad los convence de prolongar ahí sus estudios. Advertidos del inigualable atractivo de una inaccesible mujer llamada Cornelia, ante la aparente afrenta del duque de Ferrara, se involucran como embajadores de la verdad en el enredo familiar de los Bentibolli. Además de encausar una impetuosa vena nacionalista, la búsqueda de un desenlace racional de parte de Isunza y Gamboa evita el trágico e insensato final que supondría la ejecución del duelo por honor al que son orillados los personajes.[6] Por las rendijas de la narración cervantina brillan algunos principios de la teoría humanista de la guerra justa y del duelo, en boga en aquel momento por los diversos conflictos entre monarcas cristianos.

Para imaginar a los Bentibolli, es probable que Cervantes se hubiera inspirado en los acaudalados Bentivoglio, familia que rivalizó a inicios del siglo XVI con el papa Julio II por el control sociopolítico de Bolonia. En la biografía de Erasmo que lleva su nombre, Léon Halkin expresa que durante el dilatado viaje del humanista de Rotterdam por Italia, presenció la entrada triunfal del pontífice en la ciudad: «este espectáculo le deja una impresión de escándalo que se transparenta en muchos de sus escritos. […] Toda esta actividad militar la condena como cristiano, pero también como hombre de ciencia».[7] Los Bentivoglio

[6] Miguel de Cervantes Saavedra: *Novelas ejemplares*. México, UNAM, 2017, p. 477.

[7] L.-E. Halkin: *Erasmo*. México, FCE, 1971, p. 43. A propósito de la celebración de la victoria conseguida por el sumo pontífice, en las primeras páginas de *El Cortesano*, Castiglione narra que

declaraban provenir del rey del siglo XIII Enzo de Cerdeña; el último testigo de la decrepitud de la familiar, forzada a huir de Bolonia por las huestes de Julio II en 1506, es el inmenso *castello di Bentivoglio* ubicado en la vía que conduce hacia la ciudad de Ferrara.

El siempre caprichoso y fino entramado de la historia, que lo mismo separa o junta en un punto determinado a todas las cosas, permitió que Miguel de Cervantes y Alonso de Ercilla se conocieran en Lisboa al abrigo de la corte real. Además de las deudas familiares contraídas durante la negociación de su rescate, el primero era un hombre marchito por un lustro de reciente encarcelamiento en Argel; por su parte, el segundo, poeta entonces de amplia celebridad, era también un hombre resentido por estimar insuficientes las consideraciones de la Corona a los servicios marciales prestados en América. Del discreto encuentro no se conserva más que la mera impresión fijada en las páginas de *La Galatea*.

En el capítulo uno del presente trabajo (Alonso de Ercilla, educando de Juan Ginés de Sepúlveda de 1548 a 1555), ubico las fechas precisas en las que Sepúlveda y Ercilla coincidieron en la corte de Carlos V prestando sus servicios, el primero en calidad de educador y el segundo de paje del príncipe Felipe. De todas las personalidades que ocuparon los cargos de maestros, destaco la de Calvete de Estrella y Martínez de Silíceo, además, entre los alumnos que se formaron junto a Ercilla, resalto los nombres de Luis de Requesens y Zapata de Chaves. En seguida, en 1.1. En la corte del príncipe Felipe, detallo los propósitos

---

«Así que habiendo papa Julio II con su presencia y con ayuda de franceses reducido Boloña a la obediencia de la Sede Apostólica en el año de mil y quinientos y seis, y volviéndose a Roma, pasó por Urbino, adonde, cuan honradamente y con cuan largo y manífico aparato se pudiera hacer en la más principal ciudad de Italia, fue recebido; de suerte que no solamente el Papa, mas todos los cardenales y los otros cortesanos quedaron en extremo satisfechos.» Ver, Baldassare Castiglione: *El Cortesano*. Madrid, Alianza, 2020, p. 80.

ocultos de la instrucción dictada por el emperador de sustituir el ceremonial castellano tradicional por el borgoñón al que se sentía apegado desde la infancia. La intervención de Fernández de Oviedo durante esta transición formal, resulta muy instructiva para conocer la clase de erasmismo que predicaba el cronista.

En el apartado 1.2. Aspectos teóricos de Juan Ginés de Sepúlveda visibles en *La Araucana,* trato directamente la influencia que pudo ejercer Sepúlveda en el joven Ercilla, quien en su obra se apega al pacto de objetividad sin restarle carácter hazañoso. Para conseguir tal intensión, divido el capítulo en tres grandes rubros: modelos clásicos, teoría de la guerra justa y término «bárbaro» y ontología del araucano. En el primero, sobresale la recurrencia a autores y tópicos clásicos que develan una apreciación de la Antigüedad como modelo ejemplar en los terrenos estilístico y político. Más adelante, basándome esencialmente en *De Regno* o *Acerca de la monarquía* y el canto XXXVII de *La Araucana*, reviso parecidos y diferencias respecto al tema de la teoría del *ius ad bellum* (la guerra justa). Igualmente hago con el uso del concepto de bárbaro, íntimamente conectado con la apreciación que uno y otro hacen del ser del aborigen americano.

Todas las cualidades humanistas puntualmente reflejadas en las obras de Oviedo y de Sepúlveda, será parte del contenido de próximos capítulos (El humanismo erasmista de Gonzalo Fernández de Oviedo y Juan Ginés de Sepúlveda: un humanista filoitaliano); en este inaugural, solo procuro dar pautas que auxilien en una definición, perdido en su equivocidad, del humanismo renacentista boloñés que nos interesa perseguir, así como presentar aspectos del contexto histórico y vida en la corte, ámbito donde tuvieron confluencia todos los puntos de vista acerca de la actuación colonial en América.

1. ALONSO DE ERCILLA, EDUCANDO DE JUAN GINÉS DE SEPÚLVEDA DE 1548 a 1555

La Araucana encierra muchos de los sentidos elementales de una época en plena transformación; testimonio de su ocaso definitivo, esta gran obra es un ejemplar postrero del género de la épica culta.[8] Su autor entró en contacto directo con los mundos que procura retratar: por un lado, el de un ambicioso imperio hispánico transoceánico y, por otro, el de los pueblos conquistados a través de acuerdos pasajeros, «sangre y fuego». Por esta razón, empezar por Alonso de Ercilla permite adentrarse a los problemas que planteó tan decisiva circunstancia histórica y, de modo retrospectivo, a los considerables documentos jurídicos que su padre, Fortún García de Ercilla, compuso en la Bolonia humanista. Este sendero conecta directamente con los protagonistas del presente trabajo.

De comprobarse la influencia que ejerció la doctrina de Juan Ginés de Sepúlveda en la elaboración de *La Araucana*, la educación en la corte española probaría ser una de las numerosas vías de transmisión del humanismo durante el siglo XVI. La instrucción pedagógica dejaría impresa una huella inocultable en diversas esferas del poema, como la de la evaluación ontológica de los araucanos y su cultura, las características que debe cumplir una guerra para ser considerada legítima o la analogía permanente de los tópicos clásicos con la actualidad. Sobre todo, haría patente que la compleja figura de un Alonso de Ercilla, encarna el ideal del *miles Christi* propuesto por Sepúlveda en la obra de 1535 *Democrates primus*.

[8] http://www.elem.mx/estgrp/datos/255. Consultado el 19 de mayo de 2022.

En efecto, el nexo entre el dogma cristiano, las letras y las armas, preocupaba al humanista cordobés por un motivo personal que él mismo describe en el prólogo del tratado de la siguiente forma:

> Habiendo venido a Bolonia el año pasado siguiendo la corte del papa Clemente, el cual, partido de Roma, vino a aquella ciudad a verse con el emperador don Carlos, que volvía de la guerra de Hungría, holgué sobremanera después de mi larga peregrinación de dieciocho años en Italia, ver de la nobleza de España muchos mancebos de los que grande esperanza se tiene, y gozar en parte de su habla y conversación. […] Pero una cosa me dio gran pena: que vi muchos de ellos congojados con ciertos escrúpulos tocantes a la religión que, según yo pienso, habían cogido de la conversación de algunos que, encendidos con deseos de novedades, en nuestros tiempos han dado causa de grandes bullicios en la iglesia de Dios […]. Pero ninguna cosa más congojaba a aquellos caballeros que pensar que un valeroso caballero o soldado no pueda satisfacer a lo que su estado y profesión le obliga, y juntamente a los mandamientos de la religión cristiana.[9]

Es conveniente precisar, cuanto antes, que en la mayoría de las intervenciones escritas en defensa de una postura, Sepúlveda responde a la razón de Estado que demanda el imperio hispánico. En una carta dirigida a Antonio de Córdoba expone la consideración de que solamente «hay dos caminos para practicar la virtud: el servicio del Estado y la filosofía». Sus interpretaciones y opiniones pasan por el crisol, no necesariamente de las mejores o más indulgentes respuestas, sino de las exigencias consideradas más convenientes para dicha razón.[10] No es una excepción el veredicto hecho a la «congoja» que percibe respecto a una

---

[9] Juan Ginés de Sepúlveda: *Diálogo llamado Demócrates*. Madrid, Tecnos, 2012, pp. 9-10.

[10] La carta la cita Juan Beneyto Pérez: *Ginés de Sepúlveda. Humanista y soldado*. Madrid, Ed. Nacional, 1944, p.14. «Razón de Estado» entendida como la resume su contemporáneo Giovanni Botero: *Ragione di Stato è notizia di mezi atti a fondare, conservare, e ampliare un Dominio così*

cuestionada relación entre la guerra y los principios evangélicos que sustentan al cristianismo; frente a la trascendental e intrincada coyuntura, Sepúlveda va a intentar justificar al interior del círculo de poder que acostumbra concurrir, el menester estratégico de conservar asociados cueste lo que cueste a la Iglesia y al Estado.

La constatación de que las ideas erasmistas y luteranas corren como pólvora entre la juventud española, también parece alarmarlo. La inserción de un conjunto de obras al *Índice de libros prohibidos*, compendiado en 1558 a instancias del pontífice Paulo IV, terminó de afianzar en Italia una imprecisa semejanza entre Erasmo, Lutero y una controvertible doctrina de naturaleza convenida y homogénea. A pesar de este equívoco de apariencia incidental, resulta irrebatible que, evaluadas por sus efectos, ambos mostraban desdén al culto idólatra a los santos, a la noción eclesiástica de purgatorio, al sacramento de la confesión y, en un momento, al empleo de la guerra contra los infieles, demandando recurrir a medios distintos a la espada.[11]

En cada oportunidad que se le presenta, Erasmo demuestra un repudio por la guerra acometida entre pueblos cristianos y paganos. Rehusándose a emplazar su pluma al provecho de los intereses monárquicos, en medio de un ambiente enrarecido por las desavenencias de luteranos y antiluteranos, piensa libremente, desprejuiciado, exento de ataduras. En *Lamento de la paz*, se refleja la característica inteligencia religiosa que remite a la prioridad que tiene la filosofía de Cristo sobre cualquier otro móvil ocasional; aunque hay argumentos de mucho

---

fatto. Ver, Elena Cantarino: «El concepto de *razón de Estado* en los tratadistas de los siglos XVI y XVII», en *Res publica*, núm. 2, p. 16.

[11] Jorge Canals: «Reseña a Silvana Sidel Menchi: *Erasmo in Italia*», en *Thesaurus*, núms. 2 y 3, 1988, p. 357.

peso, en sus declaraciones escasean los silogismos rebuscados y sesudos, como los que han servido para justificar el uso de una violencia contraria al Evangelio. Los hombres caen por la guerra en una condición inferior a la de los animales o, en otras palabras, las manifestaciones de la naturaleza que aparentemente carecen de razón, más no de sensibilidad, se muestran solidarias y unidas, muy superiores a las sociedades humanas que promueven las hostilidades castrenses.[12]

En un estilo aún más subversivo, la desaprobación del empleo de la guerra contra los infieles hecha por Lutero pasa por limitar la jurisdicción de la Iglesia en los asuntos temporales. Zanjando el debate medieval de la equidistancia de poderes entre el *regnum* y el *sacerdotium*, la pretensión del papado por intervenir en materias de índole temporal debe ser considerada una usurpación de los derechos legítimos del príncipe. En el escrito de 1523, *Sobre la autoridad secular: hasta donde se le debe obediencia*, Lutero declara que el ciudadano cristiano está obligado a asumir una actitud política, prescrita en el Nuevo Testamento, de total subordinación a las autoridades seculares. A estas corresponde preservar la paz por medios bienintencionados, de tal suerte que de ser inevitable una incursión militar, blandir la espada quede justificado como un servicio especial de Dios. Del caso particular del turco, opina que una cruzada evangelizadora es absurda ya que nadie puede forzar ni verse obligado a creer.

> ¿Cómo se puede luchar, entonces, contra los herejes? Mi respuesta: esto deben hacerlo los obispos, a ellos se les ha encomendado ese ministerio y no a los príncipes. Pues la herejía no puede reprimirse con la fuerza, hay que hacerlo de un modo totalmente diferente, se trata de una lucha y actuación con medios diferentes

[12] Erasmo de Rotterdam: *Lamento de la paz*. Barcelona, Acantilado, 2020, p. 15.

> a la espada. […] La herejía es un asunto espiritual, que no puede golpearse con el hierro ni quemarse con el fuego ni ahogarla en el agua.[13]

En el manuscrito, un tanto más tardío, denominado *Si los hombres de armas también pueden estar en gracia*, Lutero vuelve a sostener que el oficio militar únicamente es justo cuando el agente y el propósito involucrados en él también lo son. En todo caso, es preferible evitar la guerra a menos que la necesidad orille a su declaración, en cuyo escenario resulta imprescindible valorar si su realización elude en el futuro un mayor mal.[14]

Ante la patente desestabilidad política de los reinos de Europa, que miran derrumbarse los anhelos pacifistas luego de las conquistas de Belgrado y Rodas, el deceso de Luis II de Hungría en la batalla de Mohács y la comprometedora aproximación del ejército turco a Viena, Lutero deja abierta la posibilidad de apelar a la necesidad de guerrear contra el imperio otomano. Por su parte, Erasmo se ve constreñido a admitir una posición defensiva llevada con humanidad, que idealmente resulte en una evangelización serena. Notablemente preocupado por los últimos acontecimientos, desde Brujas, también su gran amigo Juan Luis Vives se suma a la discusión, componiendo en 1526 dos de sus escasas obras diplomáticas: *De la insolidaridad de Europa y de la guerra contra el Turco* y *De la condición de los cristianos bajo el Turco*.

Adoptando el género dialógico, en el primero de los libros, Vives reúne la cronología abreviada de más de dos siglos de conflictos bélicos entre príncipes cristianos. Afianzada históricamente en el corazón de una cultura política, achaca a esta discordia primitiva la segmentación que impide detener el avance estratégico de las tropas turcas en el

---

[13] Martín Lutero: *Escritos políticos*. Madrid, Tecnos, 2008, p. 51.

[14] *Ibid.* p. 127.

continente. Esta virtual incitación a la inaplazable concordia cristiana, no parece llamar a una guerra defensiva tanto como a la urgente conformación de un frente político y religioso que establezca decisiones coordinadas de tipo diplomáticas y de oración conjunta. En el marco de su pensamiento, Vives considera a la *respublica christiana* como un solo cuerpo mítico-social al que correspondería regirse a manera de una unidad orgánica: por tanto, lo lastimoso de las luchas entre reinos considerados creyentes es que vulneran el refuerzo y la perduración de una misma comunidad de fe.

De la condición de los cristianos bajo el Turco intenta ser una advertencia acerca de los graves peligros que se avecinan con las victorias militares obtenidas por las huestes del enérgico sultán Solimán el Magnífico. En este sentido, la óptica de Vives se equipara a la que sostiene Sepúlveda en la *Exhortación a Carlos V*: ambos ansían hacer notar lo decisivo de la coyuntura previniendo que, de acrecentarse la pérdida de posiciones, los habitantes europeos serán despojados de sus derechos ciudadanos cayendo en la desgraciada condición de esclavitud; más aún, alertan que el eje cultural de occidente peligraría y con él toda una pauta civilizatoria.

> Vosotros que hacéis tanto caudal de los nombres de inmunidad, de libertad, está bien que penséis que bajo el Turco no estarías en escala superior a la de las bestias que mantiene para su explotación, no para que tengan su parte en las comodidades, en los honores, en ninguna de aquellas cosas que son comunes a todos los ciudadanos entre sí, cuando allá no vamos a contar en el número no ya de los ciudadanos, sino de los simples hombres. […] ¿Qué libertad podrá existir bajo tal dueño o tales dueños, especialmente para nosotros, cuando no la hay ninguna para sus propios

> naturales? De letras no habrá ni cuidado ni siquiera mención. La religión correrá gravísimo riesgo.[15]

Aparentemente, lo que escapa a la perspectiva de Vives al solicitar la conformación de un frente cristiano unitario, igual que a la del selecto grupo representado por el canciller Mercurino Gattinara, el secretario Alfonso de Valdés y el doctor Ángel Laguna, que se muestran afines al proyecto carolino de constituir una monarquía universal que reúna bajo un solo mando el voluntarismo de los príncipes devotos, es la pujanza que entonces han adquirido las modernas soberanías estatales, reacias a acatar cualquier autoridad supranacional de rasgos tardomedievales.[16] Aún en sus diferencias, Vives, Erasmo y Lutero claman a los agentes de los poderes contemporáneos por el sostenimiento de la paz en Europa. En el ruin y avaricioso proceder de reyes, obispos y soldados, que lacera a Dios e

---

[15] Juan Luis Vives: *Obras completas, t. II*. Madrid, Aguilar, 1948, p. 74. Sepúlveda escribe que, contrario a lo que sucedería bajo el yugo turco, un pueblo europeo sometido por un tirano cristiano, al menos dispone de ciertas libertades dentro de un Estado regido por leyes y magistrados, condición que posibilita revertir la situación en cualquier momento. El autor reproduce el prejuicio de identificar al turco con el bárbaro desprovisto de toda civilización, al apuntar que entre ellos «para empezar, al objeto de eliminar toda ocasión de gozar de una auténtica libertad, les está totalmente prohibido el estudio de las letras y vedado el conocimiento de las artes liberales, que es lo que más suele impulsar los ánimos de los mortales hacia le religión verdadera y la libertad». Ver, Juan Ginés de Sepúlveda: *Exhortación a Carlos V. O.C. t. VII*. Salamanca, Ayuntamiento de Pozoblanco, 2003, p. 331.

[16] El médico humanista Ángel Laguna pronunció un *Discurso sobre Europa* en Colonia en 1543. En él evoca a Europa como un cuerpo geográfico al que el turco ha quitado varios miembros. En la línea erasmista, expone que las naciones cristianas forman una unidad espiritual que pueden alcanzar la paz por vías irénicas. Resalta en sus palabras la aspiración implícita de coexistir pacíficamente con los musulmanes. Ver, Agustín Redondo: «El *Discurso sobre Europa* del doctor Laguna, entre amargura y esperanza», en *Congreso Internacional Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa*. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, p. 261.

inutiliza los valores supremos de la civilización, anclan el motivo fundamental de la crisis moral del viejo continente y de la decadencia de sus instituciones.

> Erasmo rechazaba la guerra incluso contra el turco con más radicalidad que ningún otro pensador, y sólo en términos de defensa ante tal enemigo admitía una excepción. Lutero se oponía a la cruzada, aunque no a una guerra justa, como era para él la que se libraba contra el turco en tierras europeas; no obstante, esta guerra no tendría límite alguno, porque se pelearía contra el turco «usando la fuerza física con gusto, golpeando, matando, asolando y provocando todo el daño posible con toda confianza.» Sepúlveda, por su parte, no sólo consideraba necesaria la lucha porque se trataba a la vez de una «santa y sagrada guerra», esto es, de una cruzada, y de una guerra justa, sino que, dada su trascendencia, pide una guerra que acabe con el poder turco, al igual que habían hecho desde Italia buena parte de los hombres de letras […].[17]

La consigna erasmista que reza *Dulce bellum inexpertis*, que «la guerra solo atrae a quienes no la han vivido», es conforme con el tipo de pensadores decantados hacia un moralismo cristiano y una vida de apostolado, más no con los hombres de Estado que reconocen la función instrumental de la ocupación de las armas para truncar los obstáculos, de las así decretadas «injusticias», una vez que cumplen las condiciones para su legítima declaración. En un momento decisivo de la conflagración contra el ejército otomano, la respuesta ofrecida por Sepúlveda en *Gonsalus seu de appetenda gloria dialogus* y *Democrates primus* no podía ser otra sino la de un consejero real que sostiene en una mano la lanza o la invitación al uso de la guerra justa, mientras en la otra, el libro, el credo filosófico que entrevera la virtud militar que enaltece el humanismo cívico y los valores éticos en el que hace hincapié el

[17] Francisco Castilla Urbano: *El pensamiento de Juan Ginés de Sepúlveda. Vida activa, humanismo y guerra en el Renacimiento.* Madrid, Centro de estudios políticos y constitucionales, 2013, p. 79.

humanismo cristiano. Sirviéndose incluso de la lectura de *La conjuración de Catilina* de Salustio, Sepúlveda reivindica la guerra más allá de las presentes circunstancias, ya que reflexiona que esta da ocasión inmejorable para practicar una serie de virtudes que difícilmente pueden ejercitarse en tiempos de paz.[18]

Subrayo la intranquilidad que ocasiona en Sepúlveda la presunta contaminación luterana que sufren las prematuras mentes españolas, representadas por ciertos «mancebos» con los que entrecruza opiniones, pues al ser nombrado maestro de pajes en 1542, luego de seis años frecuentando la corte cesárea en calidad de cronista oficial del imperio, tiene precisamente oportunidad de educar a un sector esencial de la élite hispana. Bajo el programa pedagógico adquirido de primera mano siendo alumno en Italia por más de dieciocho años, entre los estudiantes que van a convertirse en figuras destacadas en el vasto panorama del siglo XVI, se cuentan el príncipe Felipe, Luis Zapata de Chaves, Luis de Requesens y, por supuesto, Alonso de Ercilla.[19]

---

[18] Antonio Espigares Pinilla: «El enfrentamiento con Erasmo en el *Gonsalus* de Ginés de Sepúlveda», en *Cuadernos de filología clásica. Estudios latinos*, núm. 4, 1993, p. 187. Al parecer, la idea de Salustio de que la paz trae degeneración a las culturas era bien aceptada. Sepúlveda repite la fórmula en años postreros de su vida: «[…] pero en momentos de tranquilidad y paz y prosperidad el libertinaje torna a las personas indolentes y entregadas de muchos modos a los placeres», ver, *Acerca de la monarquía, O.C. t. VI*, Salamanca, Ayuntamiento de Pozoblanco, 2001, p. 64. Por su parte, Nicolás Maquiavelo hace alusión a ella de esta forma: «Ciro hubo de encontrarse a los persas descontentos del dominio de los medos y a éstos, afeminados y disolutos por una larga paz.» Ver, *El príncipe*. Madrid, Akal, 2010, pp. 94-95. Ambos autores creen también que la acumulación de riqueza contradice a la sencillez de las costumbres, y cuando estas se disipan, decae el espíritu de sacrificio y faltan quienes estén dispuestos a luchar.

[19] Zapata de Chaves (1526/1595) fue hijo de Francisco Zapata, mayordomo de Carlos V. Comenzó su formación en la corte con el maestro de pajes Bernabé de Busto. El emperador le concedió el hábito de Santiago, el cual, a la postre le acarrearía numerosos problemas, incluyendo un prolongado

Arturo Souto asegura en el prefacio de la edición de *La Araucana* hecha por la Universidad Nacional Autónoma de México, que la incorporación de un joven Ercilla aún imberbe a la corte de Carlos V, sucedió cerca de 1548, cuando solo contaba con catorce años de edad. La anticipada muerte de su padre detonó que Leonor de Zúñiga recurriera al duque de Nájera, Juan Manrique de Lara, por cuya intervención esta pasaría a ocupar el puesto de guardadamas de la infanta María de España al tiempo que su hijo se convertía en paje del príncipe Felipe. El de guardadamas era un ministerio peculiar que consistía en resguardar a caballo el coche de la infanta para ahuyentar a quienes quisieran importunarla.

En paralelo al biógrafo chileno Toribio Medina, Souto indica que Ercilla tuvo la oportunidad de acompañar a la delegación del príncipe por diversas capitales de Europa, y que fue en Londres donde debió escuchar acerca del alzamiento de un tal Hernández Girón sucedido en el apartado reino del Perú.[20] Además, conjetura que este acontecimiento, sumado

---

encarcelamiento de más de veinte años. Periodo durante el cual escribió sus mejores obras: *Varia Historia o Miscelánea* y *Libro de cetrería*. También escribió el así nombrado «primer poema sobre la Conquista», *Carlo famoso*, que repercutirá en *La Araucana*. Tradujo del latín el *Arte poética* de Horacio tres años antes de su muerte. Por su parte, De Requesens (1518/1576) entró en la corte como paje del príncipe Felipe siendo muy pequeño. Se mantuvo al lado del rey hasta ser nombrado embajador en Roma en un momento muy difícil por las tensiones de Felipe II con Pío IV, quien aparentemente en todas las negociaciones favorecía a los enemistados franceses. Después se le adjudicó el cargo de gobernador general de los Países Bajos, donde la complicada crisis de gobernabilidad, acabaría con su salud. Ver, Manuel Antonio Díaz Gito: «La labor docente del maestro de pajes y de latín de Felipe II», en *Calamus Renascens: revista de humanismo y tradición clásica*, núm. 1, 2000, p. 91.

[20] Francisco Hernández Girón peleó en Panamá, Ecuador y Perú. Bajo las órdenes de Blasco Núñez Vela combatió a Francisco Pizarro para recuperar el virreinato e imponer las Leyes Nuevas. Tras la decapitación de Núñez Vela, se alió con Pizarro y le fue concedida una encomienda en el Cuzco, motivo por el que se volvió en contra de la Corona. En 1554 finalmente fue derrotado por las fuerzas

a la noticia del deceso de Pedro de Valdivia a manos araucanas en la contienda de Tucapel, más el desencanto amoroso por parte de una muchacha cuyo paradero continúa ignorado, propiciaron que Ercilla decidiera enlistarse como soldado rumbo a América en la embarcación al mando de Jerónimo de Alderete. Sin recurrir a alusiones particulares, la lozana perplejidad ante los reveses del querer se manifiesta en distintas partes de *La Araucana*:

> Pero ya la turbada pluma mía
> que en las cosas de amor nueva se halla,
> confusa, tarda y con temor se mueve,
> y a pasar adelante no se atreve.[21]

La armada zarpó de Sanlúcar de Barrameda el 15 de octubre de 1555. Alderete no llegaría a reconocer los territorios que le encomendó la Corona al nombrarlo gobernador de Chile, pues fenecería en una isla próxima a Panamá. Varias semanas más tarde, tras subsistir a un virtual naufragio, Ercilla presenció por primera vez a un grupo de resueltos mapuches en las inmediaciones de los refugios improvisados por los conquistadores: en vísperas de las cruentas batallas que observa avecinarse, comienza a escribir los versos preliminares de la obra. La declaración de que el poema «se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas cabían seis versos, que no me costó después poco trabajo juntarlos»,[22] no solo hace referencia a la complicada eventualidad de su composición, sino

---

reales y su cabeza exhibida en la plaza de armas de Lima. Ver, Alonso de Ercilla: *La Araucana. Op. cit*. p. XI.

[21] *Ibid*. p. 294.

[22] *Ibid*. p. 11.

también a la importancia que guarda en ese momento ser testigo ocular de los hechos que las crónicas describen. Esta característica es una de las más profundas disparidades con Sepúlveda que, puesto que nunca pisó suelo americano, requirió permanentemente servirse de fuentes externas para abordar el tema.

El celo justificado con la precisa utilización de las fechas, prueba que Sepúlveda y Ercilla coincidieron al menos durante siete años en los que prestaron servicios en la corte regia: puesto que el arco temporal que va de 1548 a 1555 es determinante en la configuración de sus respectivos legados dentro de la cultura, los sucesos acaecidos durante ese periodo son sumamente críticos. Ángel Losada documenta que en ese lapso, bajo la aspiración de depurar el *corpus* de las inasequibles glosas medievales, Sepúlveda continúa con el proyecto que había arrancado en Bolonia de realizar nuevas traducciones de Aristóteles; en 1548 ven la luz en París sus versiones de la *Política* y, presumiblemente también de la *Ética*, hoy extraviada. Contagiado de la ortodoxia aristotélica y urgido por el presidente del Consejo de Indias, Francisco García de Loayza y Mendoza, defiende el polémico tratado *Democrates secundus* que, tras ser discutido en las universidades de Salamanca y Alcalá, al fin es censurado arguyendo que no es pertinente al quehacer fundamentalmente evangelizador de la ocupación española en América. Apremiado por obtener la autorización para imprimir el tratado, Sepúlveda redacta una *Apologia pro libro de justis belli causis* poco antes de presentarse en la Junta de Valladolid convocada por el emperador en 1550.[23]

[23] Ángel Losada: *Juan Ginés de Sepúlveda a través de su «epistolario» y nuevo documentos*. Madrid, Instituto Francisco de Vitoria, 1949, pp. 98-106. Curiosamente, en 1548, Fernández de Oviedo consagra a García de Loayza y Mendoza su *Historia general y natural de las Indias*; en la dedicatoria, el cronista repasa los títulos del aludido (presbítero cardenal de Santa Susana, obispo de Sigüenza, confesor de la Cesárea majestad y presidente del Consejo Real de Indias), sin embargo, parece

Si este encadenamiento de eventos, condujo a la disputa entablada entre Sepúlveda y Bartolomé de las Casas, con frecuencia interpretada como un síntoma del origen de la modernidad, los viajes en el séquito del príncipe Felipe, incluyendo aquel realizado a Londres a propósito de las segundas nupcias contraídas con María I de Inglaterra, confluyen en la rotunda determinación de Ercilla de partir para América en calidad de soldado del imperio.

Los numerosos pajes del príncipe provenían en su considerable generalidad de familias nobles históricamente ligadas a la monarquía. A cambio de prestar ciertos servicios domésticos como el de acompañarlo en sus limitadas aventuras, juegos e incursiones de caza, actividad a la que el infante Felipe era bastante adepto aun cuando su salud siempre fue precaria, recibían instrucción equivalente a la de él por parte de la misma plantilla de maestros. En *La Araucana*, Ercilla reconoce de manera explícita a Juan Calvete de Estrella como uno de sus mentores a quien incluso, sin desaprovechar la ocasión, le consagra elogiosas palabras:

> El coronista Estrella escribe al justo
> de Chile y del Perú en latín la historia
> con tanta erudición, que será justo
> que dure eternamente su memoria;
> y la vida de Carlos Quinto Augusto,
> y en verso los encomios y la gloria
> de varones ilustres en milicia,

---

equivocarse de nombre con el del marino, comendador de Ocaña, García Jofre de Loayza. Tampoco es seguro que Oviedo supiera que, para cuando escribe dicha dedicatoria, el personaje citado ya había muerto un par de años antes. Ver, Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano, t. I.* Asunción, Guarania, 1945, p. 22.

gobernación, en letras y justicia.[24]

De acuerdo con el diligente semblante referido por Manuel Díaz Gito, el ilustre Calvete de Estrella nació en Huesca cerca de 1510 y murió en Salamanca en 1593; ingresó a la burocracia imperial en el cargo de maestro de pajes un año antes que Sepúlveda por recomendación de Juan de Zúñiga y Avellaneda, hombre de confianza de Carlos V que se desempeñaba desde 1535 como ayo del príncipe. Calvete era sobrino de Juan de Quintana, uno de los catorce excepcionales sabios presentes en el debate de Valladolid, conocido teólogo formado con Francisco de Vitoria en La Sorbona y amigo íntimo de Martínez de Silíceo. A este vínculo, que lo emparenta de por sí con lo más distinguido del humanismo español, se añade que Calvete había sido alumno de griego de Hernán Núñez de Guzmán, el Pinciano, discípulo a su vez de Pedro Mártir de Anglería y Antonio de Nebrija, en nada más y nada menos, que el Real Colegio de San Clemente de los Españoles de Bolonia.[25]

De rebus Indicis, a la que Ercilla alude en *La Araucana*, es la indagación histórica que Calvete concibió por encargo del hijo del juez pesquisidor Cristóbal Vaca de Castro, con el objeto de reivindicar el papel de su padre en la administración interina que este abanderó en el Perú durante la crisis desatada entre pizarristas y almagristas. Con el déficit que supone la privación del primer volumen que originalmente integraba el manuscrito, la obra no fue publicada sino hasta mediados del siglo XX.[26] También se citan de modo implícito el elogio al rey *Ad divum Caesarem Carolum V de triumphali eius in Hispanias reditu gratulatorius*

---

[24] Alonso de Ercilla: *Op. cit*. p. 105.

[25] Manuel Antonio Díaz Gito: *Op. cit*. p. 83.

[26] Juan Gil y José Ma. Maestre (Ed.): *Humanismo latino y descubrimiento.* Sevilla, Universidad de Cádiz, 1992, p. 113.

panegyricus, además, es muy probable que al designar los versos hechos a «los encomios y la gloria de varones ilustres en milicia, gobernación, en letras y justicia», se denote el libro de la *Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca*. Asimismo, a raíz del descubrimiento del códice en el Archivo General de Simancas, se creyó por mucho tiempo que Calvete era autor de un *De rebus gestis Ferdinandi Cortesii*, especie de síntesis biográfica del conquistador, ahora acreditadamente imputado a Francisco López de Gómara.[27]

A pesar de que Ercilla no hace ni una sola evocación manifiesta a Juan Ginés de Sepúlveda, el lacónico recuento efectuado por Luis Zapata de Chaves, aunque de manera fragmentada, posibilita ubicar al personal consagrado al oficio de maestro de pajes en el primer lustro de 1550. Complementariamente, la lírica alusión de quien fuera uno de los más populares condiscípulos de Ercilla en su temprana etapa cortesana, asiste a consolidar la idea de que ciertamente Sepúlveda pudo haber influido en la constitución de *La Araucana* de manera notable, puesto que ejerció una más o menos prolongada custodia pedagógica con el autor. En el décimo canto del *Carlo famoso*, Zapata expresa:

> Y cierto algunos ganarán más fama
> por escribir y celebrar sus cosas,
> y se alumbrarán más de aquesta llama,
> que no por haber hecho otras famosas;
> pues si escribir, si abrirte de esta rama,

[27] Juan Bautista Muñoz descubrió el manuscrito *De rebus gestis Ferdinandi Cortesii* y atribuyó erróneamente el mismo a Calvete de Estrella. Fue Ramón Iglesia quien propuso que se trataba más bien de un trabajo de López de Gómara, una suerte de versión ampliada de la *Historia de la Conquista de México.* Ver, introducción de Jorge Urría Lacroix a Francisco López de Gómara: *Historia general de las Indias y Vida de Hernán Cortés*. Caracas, Ayacucho, 1991, p. XXVII.

será hacer hazañas hazañosas,
qué será el hecho haber cosas tan duras
con tan grandes peligros y aventuras.

De aquestos veo en los siglos venideros
resplandecer con título muy justo,
a los doctores sabios y severos,
Sepúlveda, Zurita, Estrella y Busto;
y el buen Pedro Mexía en los primeros,
y el Doctor Páez discreto, y de buen gusto,
y Santacruz, varón de juicio entero
y el Jovio, y el Ariosto, un nuevo Homero.[28]

La exigencia juvenil de sondear reflexiones, estando en el lugar estratégico en el que Ercilla se encontraba, autoriza a considerar que no solo se enteró de las principales líneas argumentales discutidas por Sepúlveda y Las Casas en el encuentro de Valladolid; es

[28] Luis Zapata de Chaves: *Carlo Famoso*. Valencia, s. e., 1566, p. 46. Vuelve a mencionarlos casi en el mismo orden en el canto XXXVIII, p. 204. Se puede decir de Jerónimo Zurita (1512/1580) que estudió en Alcalá y fue alumno de Núñez de Guzmán, en 1548 se convierte en cronista del reino y posteriormente publica *Anales de la Corona de Aragón* además de una decena de libros históricos. Bernabé de Busto (1502/1557) estudió en Salamanca y Alcalá, en 1530 fue llamado para ser maestro de la emperatriz Isabel. Tradujo al castellano la *Institutio principis christiani* de Erasmo, en esa línea, escribió *Arte para leer y escrivir* e *Introducciones grammaticas*. Pedro Mexía (1497/1551), inclinado a la Astrología, estudió leyes en Salamanca y entabló correspondencia con Erasmo. Sustituyó a Antonio de Guevara como cronista imperial en lengua romance, en ese puesto compuso una inconclusa *Historia del emperador Carlos V*, publicada hasta 1918. Juan Páez de Castro (¿?/1570) estudió en Alcalá, vinculado al movimiento de los Alumbrados, fue amigo de Núñez de Guzmán en Salamanca; se doctoró en Derecho en la Universidad de Padua. Con el propósito de acrecentar su biblioteca, viajó con Jerónimo Zurita al sur de Italia en busca de manuscritos griegos. Se hizo cronista real en 1555. Finalmente, no estoy seguro si Zapata se refiere a Alonso de Santa Cruz (1505/1567), un erudito, cartógrafo y cronista que también fabricó instrumentos de navegación.

plausible que también estuviera al tanto de los altercados políticos que el acontecimiento generó al interior de la corte imperial. La razón primaria de la iniciativa era aclarar, en descargo de la real conciencia del emperador y su reputación internacional, si los procedimientos del sistema de encomiendas plasmados en las Leyes Nuevas de 1542, parcialmente revocadas por los intereses afectados de los colonos, marchaban con apego a la justicia y al talante cristiano.[29] Ya que por el año en el que Ercilla emprende la redacción de *La Araucana*, dicho debate es extraordinariamente vigente, tampoco es desproporcionado juzgar que, junto al resto de motivos previamente expuestos, la curiosidad respecto al asunto ontológico del nativo americano cumpliera una función cardinal en la decisión de servir como recluta en América. En su voluntad desafiante, la obra muestra que Ercilla no tardó en descartar como equivocada la idea de que los nombrados «indios» fuesen *homunculos* (hombrecillos), seres híbridos con dudosa ánima racional y disminuido albedrío político.

Ercilla goza del estatus epistemológico del observador a lo largo de las descripciones planteadas en *La Araucana*. Por constatarlo en primera persona, parece aventajar a aquellos que niegan, mediante una apreciación convencional de ciertos vestigios culturales, un pleno despliegue racional en las instituciones imperantes en los pueblos amerindios. A través de la virtud que le otorga ser testigo presencial, el trabajo de Ercilla desafía a un sector preponderante de la composición social del imperio español que, de un modo u otro, se siente representado en la actitud contraída por Sepúlveda frente al problema. Inclusive es fácil localizar episodios de la obra, en los que el poeta parecería contradecir al

[29] Silvio Zavala: *La encomienda indiana*. México, Porrúa, 1992, p. 92.

maestro humanista por medio de alusiones tácitas, una de ellas, tal vez la más contundente, ofrecida en el prefacio del poema:

> Si a alguno le pareciere que me muestro algo inclinado a la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías más extendidamente de lo que para bárbaros se requiere, si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles.[30]

Preocupados por el devenir de las conquistas españolas, el grueso de los humanistas cortesanos formaban un pequeño ateneo de hombres doctos leales a la cultura italiana y a la personalidad y obra de Erasmo. El privilegio de contar con un lugar adentro del esquema burocrático imperial les permitió influir, en mayor o menor medida, en la configuración del proyecto político desplegado por los Austrias mayores. En el siguiente subcapítulo, especifico la relación de algunos de estos maestros con el programa educativo de índole humanista: mi hipótesis es que el servicio de los pajes actúa como una vía por la que el humanismo se transfiere a la formación personal del príncipe y del espíritu de la nobleza española. La prioridad de la pedagogía en la corte hispana es familiar al rubro del ceremonial palaciego, por lo tanto, me detendré en el análisis de la etiqueta y el ceremonial castellano opuesto al proveniente de Borgoña, obligado en 1548 por los favores y réditos políticos de Carlos V.

[30] Alonso de Ercilla: *Op. cit*. pp. 11-12.

1.1. EN LA CORTE DEL PRÍNCIPE FELIPE

Empiezo este apartado exponiendo algunos trazos del *Libro de la cámara real del príncipe don Juan, oficios de su casa y servicio ordinario* compuesto por Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés hacia 1548, fecha que coincide con la última etapa productiva en la vida del cronista. Oviedo penetra en él el sentido y funcionamiento del ceremonial castellano cultivado durante su primera juventud al servicio de un malogrado príncipe Juan de Aragón, heredero de los Reyes Católicos, muerto recién casado con Margarita de Austria. Se trata de un documento que entraña diversos atributos tanto políticos como estilísticos: publicado en el momento exacto en el que Carlos V ordena al duque de Alba implantar y vigilar el cumplimiento de la etiqueta borgoñona en la Casa de Austria, el *Libro de la cámara real del príncipe don Juan* pretende contrarrestar el daño en el que esta reforma, desdeñada por un amplio sector de la oligarquía castellana, dejó al ceremonial acostumbrado. Simultáneamente, Oviedo desliza opiniones en plena consonancia con Erasmo, que confieren una clara idea del humanismo al que aquí procuro adscribirlo.

De acuerdo con el estudioso Charles Noel, el establecimiento del sistema borgoñón en la corte hispánica estuvo íntimamente ligado a lo que el césar esperaba despertar en su hijo: la convicción de que era un heredero Valois destinado a conducir un imperio que contemplaba a los Países Bajos y al ducado de Borgoña, territorialmente arrebatado por Francia a la dinastía en 1477, de tal suerte que su nombre quedaría asociado al esplendor de sus antepasados ducales. Desde esta perspectiva, para el emperador resultaba apropiado que la realeza española compartiera una cultura cortesana con sus ancestros e inculcara en los

futuros súbditos de Felipe la percepción de un *continuum* histórico entre la autoridad de aquellos y el glorioso presente de los Austrias.[31] Asimismo, la organización de un ceremonial tan fastuoso y rígido como el borgoñón, coadyuvaba a mantener el orden jerárquico a través de un ritual social invariable que acentuaba el lugar *cuasi* sagrado del monarca.

Este característico atisbo sacro que revestía a los emperadores, posee su origen en el ceremonial bizantino, detallado en el códice *De ceremonias aulae bizantine* del siglo X, acostumbrado en la corte imperial instalada en Constantinopla. Además de inspirar el procedimiento de los subsiguientes modos protocolares europeos, incluyendo el borgoñón, el portugués y el castellano-aragonés, dicho documento consigna la divinización del soberano como uno de los más importantes fundamentos de su estatus y dignidad reales.[32] La adaptación y perfeccionamiento del ceremonial bizantino, adecuado anteriormente en el emporio de Carlomagno, culminó en la Casa de Valois, instalada en el ducado de Borgoña desde los tiempos de sus predecesores Capetos; va a ser por conducto del matrimonio entre Maximiliano I y María de Valois como este pasa a integrar parte del fasto y la etiqueta en uso de los Habsburgo.

Sobre la base que legó el duque Felipe III de Borgoña, apodado «el Bueno», la escenificación vivamente suntuosa del poder y la jerarquía, se convirtió en prioridad para la cultura política de los Valois, a la que Carlos V estuvo apegado desde muy temprana edad.

> Felipe el Hermoso murió en Burgos en septiembre de 1506 y su esposa doña Juana, otra vez embarazada, se quedó en España, presa de una enfermedad mental de la que

---

[31] Charles C. Noel: «La etiqueta borgoñona en la corte de España (1547-1800)», en *Manuscrits*, núm. 22, 2004, p. 143.

[32] María Albaladejo Martínez: «Fausto y etiqueta de la casa de Austria, breves apuntes sobre su origen y evolución», en *Imafronte*, núm. 19-20, 2008, p. 11.

> ya no habría de sanar. La tutela del niño fue confiada primero a la viuda de Carlos el Temerario y luego, a partir de 1507, a su tía Margarita, viuda del príncipe don Juan, que vivía en Malinas y le dio una educación impregnada de cultura francesa y orientada casi exclusivamente a los ideales borgoñones, sin tener en cuenta para nada la herencia española del futuro monarca.[33]

Tal vicisitud biográfica acarreó serias dificultades, no solo al autoproclamado desde Bruselas rey de Castilla y Aragón, sino a la propia sucesión a la Corona. Bajo una decisiva influencia de los consejeros Adriano de Utrecht y Guillermo de Croy, la pronta anticipación de Carlos al nombramiento regio, ocurrida aún en vida de su madre, preveía eludir dos circunstancias inconvenientes para sus ambiciones políticas: por un lado, que su hermano Fernando pasara a ser gobernante, ya que este se había quedado en España y tanto al rey Católico como a los súbditos les era mucho más familiar. Y, por otra parte, advirtiendo la próxima muerte del otro de sus abuelos, Maximiliano I de Habsburgo, presentarse a la futura designación como soberano de España y no solo como gobernador de Flandes, le garantizaba mejores probabilidades de éxito para recibir el imperio en patrimonio.[34]

En un momento tardío de la coyuntura de sucesión, Fernández de Oviedo enfatiza el comportamiento deseable de un «verdadero» príncipe castellano, manteniendo la circunspección y terrenalidad de Fernando de Aragón como el arquetipo a imitar. El

---

[33] Joseph Pérez: *Calos V.* Madrid, Temas de Hoy, 1999, p. 16.

[34] *Ibid*. p. 22. Adriano de Utrecht fue el más querido preceptor de Carlos V, llegó a convertirse en el hombre de confianza del rey y como tal fue regente habitual de los reinos de España. Al ser elegido papa con el nombre de Adriano VI, Carlos V vio una salida para recomponer la relación con Roma, pero el recién nombrado pontífice murió al año siguiente interrumpiendo esa esperanza. Por su parte, Guillermo de Croy, llamado Chièvres, fue probablemente el más poderoso y polémico consejero del imperio: por su instancia se tomaron decisiones como la del autonombramiento anticipado de Carlos V. Fue señalado de nepotismo tras imponer a su sobrino en el arzobispado de Toledo.

protocolo ceremonial que reseña en el *Libro de la cámara real del príncipe don Juan* contempla un amplio abanico de servicios palatinos que van desde la organización de las solemnes coronaciones, entradas reales, cultos fúnebres y mecenazgos, hasta la supervisión del apropiado funcionamiento de las cocinas, la alimentación y asistencia en la mesa, el ajuar de las personas principales, el rito de dar a luz y el orden y mantenimiento de las caballerizas. De acuerdo con sus detractores, bajo el sistema borgoñón el conjunto de cada uno de estos aspectos resultaba enorme e innecesariamente costoso: un cálculo contemporáneo propone un gasto anual aproximado de 150 000 ducados, distribuidos entre los variados departamentos que integraban la total asistencia en la corte.[35] En el contexto de esta lid, Oviedo anhela contribuir con su experiencia al restablecimiento de una moderación propia del acervo castellano, que rivaliza con las novedades extranjerizantes de la etiqueta, en ese momento, muy cercana a instalarse.

> He acordado de poner en este breve tractado lo que se usó en mi tiempo en la Cámara Real, porque sospecho que será provechoso, en todo o en parte, para que Vuestra Alteza sea servido e se continúe por aquel tenor que el Emperador nuestro señor quiso significar de su tío, para que Vuestra Alteza se criase e mejor le sirviessen como a verdadero príncipe de Castilla, tomando delante el dechado que es dicho.[36]

El primer amago de Oviedo de trasmitir por escrito su experiencia al servicio de la cámara áulica se remite a 1535, cuando Juan de Zúñiga, ayo del infante Felipe, con el objeto de instruir al futuro monarca en idénticos valores cortesanos a los de su precozmente fallecido tío Juan, le solicita al cronista una relación pormenorizada de los oficios reales vigentes

---

[35] Ramón Carande: *Carlos V y sus banqueros.* Barcelona, Crítica, 2000, p. 318.

[36] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Libro de la cámara real del príncipe don Juan, oficios de su casa y servicio ordinario.* Valencia, Universidad de Valencia, 2006, p. 82.

durante el remoto tiempo en el que se desempeñó como mozo de cámara. No fue sino hasta un último regreso a España, cuando Oviedo finalmente accede a componer el *Libro*; llevado por la necesidad de pedir favores relacionados con las gestiones de la ciudad portuaria de Santo Domingo, según su testimonio, los achaques de la edad le impidieron seguir al capitán Alonso de Peña a Alemania en busca de la corte, de modo que se traslada a Sevilla, donde el benigno y singular clima favorecería la redacción de la mentada obra. Se sabe, por sus propias palabras, que hubo un primer intento de hacer pública su veteranía al servicio del príncipe Juan, como que el escueto manuscrito, actualmente perdido, sirvió de germen y dio motivaciones para componer un segundo trabajo más extenso y detallado.

> El año de mil e quinientos e treinta e cinco años de la Natividad de nuestro Redemptor Jhesu Christo, en esta villa de Madrid […] me embió llamar Vuestra Alteza para que yo informasse a don Johán de Stúñiga, […] de la orden que se tuvo en la casa e servicio del príncipe don Johán, mi señor, porque según el Comendador Mayor me dixo, la voluntad de César fue que Vuestra Alteza se criase e sirviese de la manera que se tuvo con el príncipe, su tío. Y como yo estava por procurador de la cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española e tenía mi despacho para me bolver a las Indias, non obstante esso, me ofrescí a no me partir e quedar en servicio de Vuetra Alteza hasta dar más razón de lo de aquel tiempo pasado. […] E le embié una relación de cinco o seis hojas de papel, en que dixe brevemente aquello de que yo me acordé.[37]

Ya que era una prioridad de Estado hacer del monarca un gobernante orientado por el fervor cristiano e instruido en las formas y la cultura clásica, el programa educativo en la corte no era ajeno a los protocolos que se ejecutaban en la cotidianidad palaciega. Tan pronto como

[37] *Ibid.* p. 81.

el príncipe Felipe cumplió los ocho años de edad, el rey decidió que era momento de comenzar con la instrucción de su hijo y, para dicho fin, se contrató al científico pacense Juan Martínez de Silíceo. Conforme con el semblante biográfico esbozado por José de Espona, Silíceo permaneció estudiando nueve provechosos años en París, donde también se ordenaría como sacerdote. Su genio inclinado a las matemáticas fructificó en el libro *Arithmetica theorica et practica*, mismo que le abrió las puertas al apostolado de la Universidad de Salamanca, ocupando en ella a partir de 1516 el cargo de profesor de Dialéctica. Casi al mismo tiempo en el que ingresa al círculo académico de la llamada Segunda Escolástica salmantina, se integra a la plantilla de maestros del Colegio Mayor de San Bartolomé, donde Silíceo enfatiza su reticente defensa de las políticas de limpieza de sangre que va a proseguir hasta su última fase como cardenal.[38]

Además de contribuir a la penetración de una filosofía natural de impronta parisina en las aulas de los reinos de España, Silíceo fue una figura mayúscula del nominalismo representativo del siglo XVI. Como se sabe, esta tendencia teológica, especialmente anclada al desarrollo doctrinal de Pedro Abelardo y Guillermo de Occam, negaba una existencia real de los universales, conceptos eidéticos comprendidos platónicamente como supuestos referentes de los términos generales. Diferenciados al *εἶδος* (ideas) en que no constituyen ningún fundamento del mundo físico. Para explicar el criterio de clasificación de los distintos entes concretos, los nominalistas recurrían a las semejanzas entre ellos, de esta manera daban preeminencia ontológica a las cosas específicas sobre los vocablos abstractos. Por extraordinario que parezca, la defensa del nominalismo promovida por John Mair en el

[38] Rafael R. de Espona: «El cardenal Silíceo, príncipe español de la contra-reforma», en *Anales de la fundación Francisco Elías de Tejada*, núm. 11, 2015, pp. 43-54.

Colegio de Monteagudo de París, pasó a través del filósofo español Gaspar Lax a Juan de Celaya, por cuyo conducto llegó a Martínez de Silíceo y de este hasta Alonso de la Veracruz.[39]

La correspondencia que Silíceo hace llegar a Carlos V para mantenerlo informado sobre el paulatino progreso de la educación del infante Felipe, es una inmejorable ventana al temperamento, sistema pedagógico y trato que se entabla entre el mentor y su alumno. Convencido de inculcar en el inexperto príncipe, por intermedio de la escuela memorística de Antonio de Nebrija, un genuino amor por el saber, la mansedumbre de Silíceo se ha malinterpretado como condescendencia y factor decisivo en el revés del proceso de aprendizaje del latín: lo cierto, es que al primero a quien frustra el escaso mejoramiento del estudiante en esta disciplina específica, era al propio maestro.

> Porque son difíciles estos primeros principios, ele suspendido por algunos días en el escrevir por esto, porque lo sepa antes que lo aborrezca. […] El estudio del príncipe, quanto a la gramática ha sido algo penoso, porque se le ha hecho dificultoso el tomar de coro [repetir de memoria las reglas del idioma latino].

[39] «Podemos asegurar que Alonso Gutiérrez fue alumno de Francisco de Vitoria durante cuatro años, posiblemente entre 1528 y 1532, en la cátedra de prima de la Universidad de Salamanca. […] Las relecciones de Vitoria a las que Alonso Gutiérrez debió asistir como alumno cursante no fueron las más importantes de las pronunciadas por el teólogo tomista; por ejemplo, cuando Vitoria pronunció las relecciones sobre tema americano, en 1539, Alonso Gutiérrez se llamaba ya fray Alonso de la Veracruz y estaba en México. […] El padrino que eligió Alonso Gutiérrez en su grado de bachiller en teología fue el doctor Juan Martínez de Silíceo. Este dato marca la cercanía del joven Alonso con este profesor salmantino y con la corriente que él representaba. […] Martínez de Silíceo debió haber ejercido influencia intelectual en Alonso Gutiérrez; pero también las decisiones prácticas del padrino ejercieron otra influencia importante para el joven Alonso: la acción política era tan necesaria como la escritura o la docencia.» Ver, Ambrosio Velasco Gómez (Coord.): *Fray Alonso de la Veracruz: universitario, humanista, científico y republicano.* México, UNAM, 2009, pp. 68-75.

> Aunque la caza es al presente la cosa a que muestra más voluntad, no por eso afloxa en lo del estudyo un punto.[40]

Tras cinco años de paciente y esmerada instrucción, el heredero al imperio hispánico aún no alcanza a dominar la lengua franca de Europa; puesto que el latín no solo era una herramienta de prestigio intelectual, sino toda una disciplina de la mente y un vehículo de entrada a los inextinguibles significados del mundo antiguo, aún en sus desigualdades, para los humanistas cultivarlo era un requisito indispensable en la buena formación del hombre civilizado, especialmente, tratándose de un virtual regente cristiano. Además de estrechar el amor por las letras, como quería Guarino Veronese, destapando la procedencia aristocrática del movimiento humanista, el aprendiz debía fundir la nobleza de las costumbres, la gracia en el hablar y el refinamiento de los modales, pues

> en la variedad de su medida, el humanismo enseñaba a duplicar los horizontes con un orbe ideal más rico y más completo que cualquier otro, un orbe que rebosaba en puntos de referencia con los que confrontarse a cualquier propósito, que invitaba a estilizar la vida, refinar el ocio y la conversación, proporcionaba una elegancia inédita con que distinguirse, no ya del común de los mortales, sino entre las filas de la propia *élite*. Era un universo cultural nuevo, polivalente, manejable, cómodo…[41]

Como Erasmo interpelaba en la *Educación del príncipe cristiano*: «Siendo así que no existe bestia tan arisca y tan montés que no consigan amansarla la mano o la industria del domador, ¿por qué ha de pensar que el ingenio de un hombre sea tan agreste y tan sin esperanza que no pueda domesticarlo y mitigarlo una cuidadosa instrucción?»,[42] el sobresaliente papel en la

---

[40] Citado por Manuel Antonio Díaz Gito: *Op. cit.* pp. 87-88.

[41] Francisco Rico: *El sueño del humanismo (de Petrarca a Erasmo)*. Madrid, Alianza, 1997, p. 54.

[42] Erasmo de Rotterdam: *Obras escogidas*. Madrid, Aguilar, 1956, p. 280.

vida humana que reserva Fernández de Oviedo a la educación, demuestra un pleno convencimiento de la noción humanista que atribuye a la enseñanza, cimentada en el estudio agudo del lenguaje, una profunda transformación que aparta al individuo de su *feritas* (estado de fiereza animal) para acercarlo a su *divinitas* (naturaleza divina). Entre otras cosas, al dedicar una extensa descripción del ambiente lectivo imperante en la corte de su tiempo, el *Libro de la cámara real del príncipe don Juan* ofrece indicios de la composición social del conjunto de los pajes, de las cualidades personales que debía cumplir el «varón docto» para poder ser asignado educador de los infantes regios, así como de la delicada labor que desempeñaban los historiadores y cronistas oficiales.

> Pajes del príncipe fueron los hijos de los grandes e principales cavalleros de aquestos reinos. […] la casa del príncipe mi señor fue muy colmada de generosos e de muchos oficiales de limpia sangre, hijosdalgo; e en su capilla e casa muy cumplidamente servido. […] Así como el príncipe fue de edad para comenzar a aprender letras, los Católicos Reyes, sus padres, seyendo informados de los varones doctos e religiosos e honestos que en sus reinos avía, para que suficientemente pudiese su hijo ser enseñado en la doctrina cristiana e letras que a tan alta persona convenía, escogieron por su preceptor al maestro Frey Diego de Deza, de la orden del glorioso Sancto Domingo, que, a la sazón, cursava en Salamanca e leía la cátedra de prima teología, ombre de grandes letras e aprovada vida e tal como era menester para tan real discípulo. […] Historiadores e cronistas son en la Casa Real oficio muy preeminente, e el mismo título dize qué tal ha de ser e de qué habilidad el que tal oficio exercitare, pues ha de escrevir la vida e discursos de las personas reales ─e sucesos de los tiempos─ con la verdad e limpieza que se requiere.[43]

[43] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Libro de la cámara real del príncipe don Juan, oficios de su casa y servicio ordinario. Op. cit.* pp. 89-162. La obra *Institutio principis christiani* de Erasmo fue bien conocida por Oviedo, quien en *Batallas y quinquagenas* no duda de calificarlo como un «dulce tratado

No es casualidad que tanto en las *Quinquagenas de la nobleza de España* como en el mismo *Libro de la cámara real del príncipe don Juan*, Oviedo pretenda emular algunos de los cimientos filosóficos que hicieron conocido a Erasmo alrededor de todo el continente europeo.[44] Gracias a la escrupulosa traducción realizada al castellano por el cronista Bernabé de Busto, a partir de 1530 el tratado *Educación del príncipe cristiano*, publicado originalmente catorce años atrás en Basilea con el título *Institutio principis christiani*, comenzó a hacerse ampliamente popular en todo el reino de España. Su ascendente influencia, y la razón por la que no podía ser ignorado por un fervoroso erasmista como Oviedo, se debía al gran prestigio moral e intelectual del autor que, basado en la destreza adquirida siendo mentor de los hermanos Boerio y de Alejandro Estuardo, vástagos del médico de Enrique VII y último hijo de Jacobo IV de Escocia, procuró trazar la pedagogía que debía comportar la formación ideal de un príncipe cristiano.

A fin de distinguir las cualidades del potencial rey y los objetivos que debe perseguir, Erasmo formula una dicotomía entre la autoridad pagana y la cristiana: la primera, se destaca por ser enemiga jurada de los intereses de su pueblo, mientras la segunda, fundamenta su dominio en la sabiduría, la moderación y el celo del bien común. Estas propiedades heterogéneas del mando, hacen imposible una analogía de reyes cristianos con

---

del famoso e gran doctor Desiderio.» Ver, Gonzalo Fernández de Oviedo: *Batallas y quinquagenas*. Salamanca, Diputación de Salamanca, 1989, p. 321.

[44] Es el caso de la certeza de que la educación conforma, tanto como su nacimiento y linaje, la personalidad del sujeto; la recomendación de tratar al futuro rey sin dejos de adulación; la idea de que la mejor herencia que un monarca puede dejar a sus súbditos es la de un príncipe íntegramente formado y digno sucesor; el símil de la Trinidad adaptado al rey, el príncipe y la patria; la noción de que la infancia es la mejor edad para recibir educación, etcétera. Ver la introducción de Santiago Fabregat Barrios de la edición citada del *Libro de la cámara real del príncipe don Juan*.

sus homólogos gentiles: la distancia que los separa, es la misma que hay entre la forma de gobierno monárquico y el tiránico. Excluyendo todo personalismo y vanidad, Erasmo reitera que la aspiración última del soberano es hacer guardar el bien público al que debe su existencia; sin embargo, por no ser un axioma connatural en él, fomentarlo en los primeros años de crianza, «como los gérmenes que se plantan en el amanecer de la vida», incumbe primordialmente al maestro.

Erasmo está persuadido de que la más firme esperanza de una república estriba en la educación racional del pequeño príncipe; convertirlo en un político magnánimo y persona de fe inexpugnable, sin embargo, no agota la misión pedagógica del instructor, ya que este tiene el encargo platónico de enseñar a su pupilo que tales condiciones no pueden cumplirse a cabalidad sin estar ligadas a su vez a la de ser un filósofo. La suma de características que Erasmo exige en el soberano que imagina, conducen a hacer de él «en cierta manera un retrato vivo de Dios». Puesto que una acertada educación no sólo es capaz de corregir las costumbres agrestes del ser individual sino también de determinar el destino de cuantiosos ciudadanos, hay una serie de atributos a tomar en cuenta en el hombre que contraiga el papel de profesor del eventual monarca.

> Elija para esta misión educacional, entre el número de sus propios deudos, o si no los tuviere haga venir de donde fuere, a varones íntegros, incorruptos, graves, ricos en prolijas experiencias y no solamente duchos en insignificantes máximas políticas: varones ya de días cuya edad les acaree respeto y cuya ejemplaridad de vida les comunique autoridad, y cuya simpatía y don de gentes les procure amor y adhesión afectuoso. […] En toda tarea formativa, pero de manera especial en la del príncipe, hace poner tal moderación y templanza, que la severidad del preceptor cohíba la excesiva lozanía de la mocedad, sin perjuicio de que la amabilidad más exquisita neutralice y sazone el desabrimiento de la obligada coacción. […] Todo aquel que

> asumió el delicado empeño de instruir al príncipe, pondere consigo mismo, una y muchas veces, que se le encomendó una misión nada vulgar, la cual, así como en honra excede a todas las demás, resulta asaz ocasionada a peligros. Y como disposición primera, lleve a esa función un espíritu digno de ella.[45]

El libro de la *Educación del príncipe cristiano* es tan minucioso que incluso enlista una recomendación de lecturas evangélicas y grecolatinas apropiadas para los niños. Todos los preceptos elementales que cabría esperar de siglos de sabiduría acumulada se encuentran amalgamados en los Testamentos, en Platón y Aristóteles, en Plutarco y Séneca, en Cicerón, Salustio y Livio. Lo único que se desaconseja abiertamente es recurrir a las novelas de caballería, por ser «absolutamente ineruditas, necias, propicias para ser recitadas por viejas por engañar el sueño al amor de la lumbre».[46]

Además de la Biblia, la principal fuente que emplea Erasmo a lo largo de la *Educación* es la obra política de Aristóteles, a quien no deja de recurrir al examinar la manifiesta distinción entre el tirano y el monarca o la composición administrativa del Estado, puntos en los que se pronuncia de acuerdo. No así, con la cuestionable teoría de la servidumbre natural a la que desacredita doblemente: primero, «porque la Naturaleza engendró hombres libres y la esclavitud se haya introducido sin acuerdo de la Naturaleza», y segundo, porque «sórdido es mandar irracionales o a vasallos coaccionados». Pese a las constantes alusiones a su autoridad, encumbrada en los círculos intelectuales de su siglo,

---

[45] Erasmo de Rotterdam: *Obras escogidas*. *Op. cit.* pp. 277-279.

[46] A pesar de que Oviedo escribió en su día una novela de caballería intitulada *Libro del muy esforçado cavallero de la fortuna llamado don Claribalte* (1519), junto a Erasmo, también desaconseja la lectura de textos vinculados a este género. Como se puede apreciar, este prejuicio no es nuevo en la sucesiva época de Cervantes.

resulta injustificado tildar a Erasmo de aristotélico incondicional dadas las cortapisas que él mismo acostumbra en su utilización.

> De todas estas iniciativas es menester que ande el príncipe cristiano lo más lejos posible, y situándose en radical oposición con ellas. Porque si tal le pinta Aristóteles, *pagano de buenas a primeras, y luego filósofo y no tan santo ni tan docto como pudiera presumirse*, ¿cuánto más conviene que lo lleve a la práctica el que hace las veces de Cristo?[47] [Cursivas mías]

Empero, el respeto del que disfrutaba Aristóteles entre los humanistas del siglo XVI, hacía prácticamente inevitable aludir a alguna de las variadas esferas de su pensamiento. La devoción por las experiencias contadas por los autores clásicos, implicaba una confianza en la reincidencia histórica de las cosas humanas, presumiblemente regidas por un ciclo pendular. Tomando de modelo indefectible los valores políticos de la Antigüedad, esta recién inaugurada conciencia historicista, conducen a Erasmo y a Nicolás Maquiavelo a especular casi simultáneamente cómo debe dirigirse el rey cristiano en el ejercicio del gobierno que encabeza.

Enmarcados en la constante proclividad a las guerras internas entre pueblos de una misma comunidad de fe y a las amenazas provenientes de poderes externos, *Educación del príncipe cristiano* y *El príncipe*, comparten una causa común expresada en posturas semejantes como la de la necesidad del soberano por ganarse y sustentar la máxima aprobación popular, la de hacer cumplir las leyes que en el pasado han probado eficacia y la de apartarse en lo posible de los cortesanos empeñados en adularlo. Ciertamente, en cuanto al compromiso moral que solicitan de parte del monarca cristiano y de las élites dirigentes,

[47] *Ibid.* p. 293.

Erasmo resulta antimaquiavélico o, si se prefiere, Maquiavelo antierasmita, dicotomía que funda una corriente intelectual en franca colisión en los tiempos venideros.[48]

El punto de inflexión entre los dos filósofos, se encuentra en el balance de la naturaleza humana que, secundariamente, altera el carácter de sus propuestas pedagógicas: para Erasmo, la aventura de ser instruido cumple con su propósito al borrar el aspecto bestial en la persona del príncipe para avecinarse a su dominio divino. En cambio, para el Maquiavelo de *El príncipe* es inconveniente que la formación del ulterior gobernante excluya en él su porción animal, puesto que requiere saber usar según las circunstancias una y otra naturaleza: «Es necesario, pues, ser zorra para conocer las trampas y león para destrozar a los lobos.»

> Desde esta lectura pesimista que hace Maquiavelo sobre la condición natural del hombre, que impediría una intervención positiva de la educación en el plano individual, parece interrumpirse la tradición clásica de autores romanos, como Cicerón o Quintiliano, quienes apostaban por la educación a partir de una naturaleza humana educable, mejorable. Ellos distinguen entre *natura* y *ars* al referirse al hombre en el plano individual, y aceptan que la actuación externa de los educadores mediante el *ars* sobre la naturaleza heredada puede y debe modificar la conducta y los procesos de aprendizaje y socialización del educando, cuando ellos se referían sobre todo a la formación del orador romano. Maquiavelo, por el contrario, no observa ningún beneficio destacable en el plano individual del ciudadano por la intervención educativa, aunque considera que la educación en el plano colectivo, en el gobierno de la ciudad, desempeña una posición estratégica.[49]

---

[48] José Ma. Hernández Díaz: «Maquiavelo y la educación del gobernante», en *Revista de la Sociedad Española de Italianistas*, Salamanca, núm. 9, 2013, p. 102.

[49] *Ibid.* pp. 93-94.

En las respuestas que plantean las interrogantes de mayor urgencia en la bifurcación histórica, Erasmo y Maquiavelo guardan opiniones irreconciliables: donde el primero adjudica una función esencialmente moralizante al papel de la religión en la república, el segundo, ve una vigorosa herramienta política, utilitaria e ideológica. Acerca de las formas lícitas de conservar el poder, Erasmo se ciñe al criterio de justicia, razón y buena voluntad del soberano, mismas que le compensarán eventualmente con orden y respaldo público; entre tanto, Maquiavelo aconseja al mandatario, servirse de cualquier medio a su alcance para lograr los fines apegados a sus intereses, lo mismo de las leyes en rigor que de la violencia. Quizás, el disenso más considerable entre uno y otro sea el del uso permitido de la guerra. Para Erasmo, quien concluye la *Educación* con la suprema de sus predilecciones, un formal ruego por la paz,

> el buen príncipe jamás emprenderá una guerra sino cuando, agotados todos los recursos, por ningún arbitrio humano pudo evitarse. […] algunos príncipes se engañan a sí mismo y dicen para sí: «Existe, con todo, alguna guerra justa, y yo tengo justos motivos de declararla». Dejemos en suspenso la presunta existencia de una guerra justa. Yo pregunto: ¿A quién no parece justa su propia causa?[50]

Por su parte, en *El Príncipe*, Maquiavelo presenta una argumentación cimentada en estimaciones del todo distintas:

> Un príncipe, pues, no debe tener otro objeto ni otro pensamiento, ni ha de tomar cosa alguna bajo su control que no sea la guerra, sus tácticas y sus reglas; porque éste es un arte que se supone únicamente a quien manda. […] cuando los príncipes han pensado más en las delicias de la vida que en las armas, perdieron sus Estados. […] *iustum enim est bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla nisi in armis*

[50] Erasmo de Rotterdam: *Obras escogidas. Op. cit*. pp. 342-343.

spes est [Toda guerra es justa cuando es necesaria, y es humanidad tomar las armas por la defensa de un pueblo, cuando está en ellas su único recurso].[51]

El consentimiento del provecho y recomendación del empleo legítimo de la fuerza hecha por Maquiavelo, produce un eco en el posicionamiento respectivo de Ginés de Sepúlveda. Francisco Castilla Urbano ha demostrado que el humanista cordobés tuvo una significativa aproximación a las obras de Maquiavelo mucho antes de ser traducidas al castellano. De acuerdo con el especialista de Alcalá, Sepúlveda no participaría del inconfundible antimoralismo maquiavélico, pero sí de una misma aspiración a replicar el estilo clásico, sus vínculos profesionales con autoridades religiosas y políticas, las influencias que les formaron, su idea de la historiografía y la filosofía de la historia, el énfasis sobre una acción que puede resistirse a la traición, pero no a las trampas o el engaño, su rechazo a las milicias mercenarias, su concepción de la riqueza, que los alejaría a ambos del credo franciscano de la pobreza, y la ya mencionada necesidad por parte del que detenta el dominio político de recurrir a las armas.[52]

A raíz del categórico fracaso de Juan Martínez de Silíceo en el cometido de aleccionar al tierno príncipe Felipe en la adopción del latín, en 1541, Carlos V promueve a través de Zúñiga y Avellaneda una apremiante renovación de la plantilla de mentores. El de maestro de pajes era un ministerio codiciado por la mayoría de los hombres cultos del reino: además de Calvete de Estrella, entre los ilustres candidatos erasmistas se encontraban Bernabé de Busto, viejo preceptor de la corte, traductor del *Institutio principis christiani* y

[51] Nicolás Maquiavelo: *El príncipe. Op. cit*. pp. 127 y 171.

[52] Juan Ginés de Sepúlveda: *Diálogo llamado Demócrates. Op. cit*. pp. LX-LXI. Encima, ambos autores precisaron, para publicar sus obras, de los servicios del impresor italiano Antonio Blado.

autor de unas *Instrucciones de gramáticas breves y compendiosas*, así como Francisco de Mendoza y Bobadilla, obispo de Coria y amigo personal de Erasmo, Vives y del propio Busto.

Entre los postulantes de tendencia antierasmista estaban Martín Pérez de Ayala, egresado de la Universidad de Alcalá y luego alumno de Vitoria en Salamanca, además del políglota Honorato Juan, futuro obispo de Osma, de quien sabemos por *De vera et facili imitationi Ciceronis* de Lorenzo Palmireno, que procuró desterrar a Erasmo y a Poliziano de la docencia de retórica y gramática en Valencia para retomar el estudio directo de autoridades romanas como Terencio, Cicerón y Virgilio, y así evitar el contacto de la juventud con tendencias que pudieran viciar sus costumbres.[53] Finalmente, junto a estos últimos, se hallaba Sepúlveda, cronista del rey desde 1535, fecha en la que decide poner fin a veintidós años de actividades en Italia, nueve en Bolonia y trece en Roma al servicio del papado. Por entonces, él ya cargaba a sus espaldas más de media docena de obras propias y cinco traducciones en torno a la doctrina aristotélica, de modo que su reputación de avezado latinista ya estaba granjeada. Adicionalmente, acreditaba la limpieza de sangre como miembro de una intachable tradición familiar de «cristianos viejos e hidalgos» relacionados al negocio de curtido de pieles.[54]

En *De rebus gestis Caroli V*, Sepúlveda comenta el solícito encargo del emperador de hablarle al príncipe únicamente en latín. Sin embargo, como demuestra una carta postrera dirigida a Felipe II, Sepúlveda no abandona la sensación de que, a pesar de los esfuerzos

[53] https://dbe.rah.es/biografias/15447/honorato-juan-tristull, consultado el 13 de agosto de 2022.

[54] Ángel Losada: *Juan Ginés de Sepúlveda, a través de su «epistolario» y nuevos documentos*. *Op. cit*. p. 23.

realizados, perdió los primeros y mejores años en la vida del alumno, cuando más dispuesto al aprendizaje podría estar o, por lo menos, que como maestro no contó con el tiempo indispensable para cosechar los resultados que todos esperaban. Pues, en efecto, el latín del monarca nunca consiguió destacarse.

> La mucha afición que tengo al servicio de V. A. después que le conocí más particularmente y comencé a servir a sus estudios lo que pluguiera a Dios que hubiera sido más temprano porque mi deseo hubiera más efecto que bien creo que V. A. después que por allá anda se habrá recordado de aquel tiempo y deseado haber gastado más horas y demás fruto en latín.[55]

A partir del siglo XIV, específicamente tras el Concilio de Vienne, se implementaron cátedras de hebreo, griego y árabe, en las universidades y cortes europeas. Por este motivo, la formación de los jóvenes príncipes no solo contemplaba el estudio del latín, aunque ciertamente la convicción humanista de que su práctica engendraba un razonamiento más ventajoso, sí le daba preferencia pedagógica sobre el resto de estos idiomas. Los vehículos para su transmisión eran la vigente gramática de Nebrija, que comenzaba a ser criticada por depender estrictamente de las capacidades memorísticas del escolar, y el pujante método didáctico de Vives. Este último estaba asentado en la confianza en el perfeccionamiento humano y en los principios humanistas de lenguaje, cultura y literatura latina, prioritariamente. En *Los clásicos en el Renacimiento, la labor educativa de Juan Luis Vives*, Leticia López indica que «Su aportación real consiste en haber planteado y sistematizado un

[55] Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. O. C. t. IX, v. II*. Madrid, Ayuntamiento de Pozoblanco, 2007, p. 371.

canon de lecturas formativas, y en haber establecido criterios de selección para la lectura directa de los autores».[56]

Vives moriría lejos de su ciudad natal, en Brujas, en 1540. No alcanzaría a ver el rumbo que ocho años después iba a toma el reinado de Carlos V quien, luego de la victoria de Mülhberg, convoca a una Dieta en Augsburgo, con el propósito de plantear acuerdos con los gobernantes alemanes que logren mitigar el cisma irreparable de la Iglesia.

Para resolver tan prolongado conflicto, puesto que los luteranos continuaban negándose a asistir al Concilio de Trento, el emperador decidió ofrecerles licencias provisionales como la de la concesión del cáliz y el permiso matrimonial de los sacerdotes. Como era de esperar, esta resolución provocaría la cólera de Paulo III, que en represalia por lo que él consideraba una entrega injustificada de Alemania a los luteranos, alentó una revuelta en Nápoles para debilitar el poder de Carlos V en Italia. De este modo, el soberano entraba en una nueva desavenencia con la Santa Sede que rememoraba los tiempos del Saco de Roma (1527).

Por otro lado, en la corte hispánica se instauraría la etiqueta borgoñona el mismo año de 1548, aspecto que cambiaría el modelo de vida, la conducta y apariencia de la monarquía de mediados del siglo XVI y principios del XVII, en particular, por la manera de ver al rey y el modo de rendirle culto, con la creación de una barrera física y simbólica que envolvía a su persona.[57]

---

[56] Leticia López: *Los clásicos en el Renacimiento. La labor educativa de Juan Luis Vives*. México, UNAM, 2006. p. 102.

[57] María Albaladejo Martínez: *Op. cit.* pp. 9-19.

Con escasos quince años de edad, Alonso de Ercilla acompaña al príncipe Felipe por Italia, Alemania y Luxemburgo, viaje importante cuyo objeto tramado al interior de la corte era acostumbrar al heredero al trono al reconocimiento de los territorios y los numerosos súbditos que quedarían bajo su jurisdicción en el mañana inmediato. En paralelo, Sepúlveda ve publicadas en París sus traducciones de la *Política* y de la *Ética* de Aristóteles, mientras Oviedo, espera que aparezca la suya del piadoso libelo toscano *Reglas de la vida espiritual* compuesto por el canónico Pietro Da Lucca.

1.2. ASPECTOS TEÓRICOS DE JUAN GINÉS DE SEPÚLVEDA VISIBLES EN *LA ARAUCANA*

En sus notas introductorias a *De Regno*, José Manuel Pérez-Prendes reconoce que, aparte de las escasas excepciones de biógrafos como Ángel Losada y Fernando de Sepúlveda, los investigadores de la historia de las ideas jurídico-políticas apenas han reparado en el contenido del tratado postrero de Juan Ginés de Sepúlveda.[58] Ni siquiera las mudanzas administrativas que ocasionó durante el reinado de Felipe II, puntualmente, la creación de núcleos urbanos y el nombramiento de una ciudad donde asentar la capital monárquica, ni el privilegiado lugar que ocupa en la consolidación del pensamiento político del autor y el vasto parentesco con filósofos del momento, que a la postre se convirtieron en canónicos, en especial Maquiavelo y Maior, han salvado del abandono el *De Regno*.

Con el fin de precisar la información editorial de esta relegada obra, sigo el imprescindible trabajo de Losada, *Juan Ginés de Sepúlveda a través de su «epistolario» y nuevos documentos.* Aquí se consignan tres ediciones hasta 1950: la primera de ellas, y más importante para el tratamiento de nuestro interés, apareció en Lérida en 1571 aún en vida de Sepúlveda; se conoce una segunda impresa en Colonia en 1601 y, finalmente, una tercera que vería la luz en 1780 en Madrid, dentro de la meritoria colección de libros del autor que

[58] Juan Ginés de Sepúlveda: *Acerca de la monarquía. Op. cit.* p. IX.

la Academia de la Historia de España preparó ese año.[59] A la lista habría que añadir la recién publicada en 2001 en el tomo VI de *Obras Completas* con el título *Acerca de la monarquía*.

Ubicar las ediciones y fechas de publicación de *De Regno*, ofrece la pauta para sostener que, de haber llegado al conocimiento de Alonso de Ercilla, esta tuvo que ser la primera edición de 1571 impresa en Lérida. Puesto que el tercer libro de *La Araucana*, donde puede apreciarse una influencia evidente de las tesis defendidas por Sepúlveda, no salió sino hasta 1589, es plausible admitir que Ercilla tuvo el tiempo suficiente para consultar y hacer uso indiscriminado de la obra en cuestión. ¿En qué aspectos, sin embargo, coincide con ella y en cuáles el precedente discípulo resuelve desligarse del maestro?

A continuación abordo por separado tres aspectos temáticos que considero esenciales en el planteamiento político de Sepúlveda, de los que presuntamente Ercilla se apropia para determinar los componentes teóricos tangibles en *La Araucana*. Hablo de la valoración positiva de las experiencias de la Antigüedad clásica y la ejemplaridad a la cual remitir los sucesos de actualidad. No se trata solo de la invitación a observar los ideales artísticos grecorromanos en favor del afianzamiento de un estilo, sino a despertar la conciencia humanista que advierte en el pasado una *magistra vitae*, paradigma instructivo con agudos significados para la construcción de la contingencia histórica y política en curso. Las otras dos materias a reflexionar son la teoría de la guerra justa y el uso de la voz «bárbaro», en conjunción con la apreciación ontológica del indio mapuche.

[59] Ángel Losada: *Juan Ginés de Sepúlveda a través de su «epistolario» y nuevos documentos. Op. cit.* pp. 374-375.

a) Modelos clásicos

Ya sea para ensalzar al inclemente enemigo, destacar el heroísmo implícito de una actitud ejemplar o adoptar juiciosas sentencias que persigan fines moralizantes, a lo largo de los treinta y siete cantos (más de veintiún mil versos endecasílabos) que integran *La Araucana*, Alonso de Ercilla remite de manera persistente a la cultura clásica. Complementaria a la voluntad de ornamentar los manuscritos con un despliegue de erudición propio del género de la épica culta, así como al ambiente y acervo intelectual que el humanismo logró filtrar incluso en la escolástica universitaria, no debe desestimarse la variante educativa cortesana en la predilección clasicista que Ercilla termina configurando en su poema.

En sinnúmero de ocasiones, Ginés de Sepúlveda defiende la utilidad de las circunstancias, lenguas, hábitos y discernimiento de autoridades de la Antigüedad, benéfica siempre que haga valerse por «varones muy doctos y de piedad excepcional», encaminados al cumplimiento de la conservación y prosperidad de la república. En *Sobre el destino y el libre albedrío* (1526), el humanista admite que, empleada indebidamente, la comprensión del universo cultural grecolatino conduce a aberraciones doctrinales como la promovida por el luteranismo: «éste es el origen de todos los males, a saber, la vileza y arrogancia de algunos hombres impíos y muy osados, a quienes la reputación de una no mediocre elocuencia y formación realzaba ante la juventud alemana».[60] Sepúlveda sugiere anteponer el dogma de la Iglesia católica a la sabiduría de los filósofos para evadir una deformación potencial de sus preceptos.

[60] Juan Ginés de Sepúlveda: *Sobre el destino y el libre albedrío, O. C. v. XV*. Madrid, Ayuntamiento de Pozoblanco, 2010, p. 4.

> Pero, cuando se habla en costumbres y disputa de las virtudes y de los vicios contrarios, el primer lugar tiene la Sagrada Escritura, pero el segundo los filósofos, no todos, sino los más aprobados, como son los platónicos y los peripatéticos, que determinan que el sumo bien consiste en el uso de la virtud.[61]

La consecuencia de adoptar este principio, es una singular combinación entre fuentes bíblicas y gentiles asociadas para toda especie de analogías y ejemplificaciones. *Acerca de la monarquía* convalida la directriz anteponiendo las prerrogativas evangélicas al acreditado juicio de Aristóteles, Platón, Salustio, Cicerón, el mismo San Agustín, y otros virtuosos más. Personajes históricos como Publio Escipión o Tarquinio el Soberbio, ayudan a Sepúlveda a ilustrar las distintas maneras en que las formas de gobierno civil se preservan o degeneran a lo largo del tiempo. Además, a través de un *locus amoenus*, describe las bondades de la provincia andaluza de Córdoba, donde se sitúa el fértil valle de los Pedroches y su amada Quinta del Gallo.

> Destaca en la suavidad del clima, feracidad, salubridad y belleza del paisaje […]. Esta suavidad favorece la aparición en Córdoba de grandes talentos para los estudios literarios y de espíritus arrojados y hábiles para la guerra. […] En cuanto a la ciudad en sí, se encuentra asentada a orillas del famoso y noble río Guadalquivir, en un lugar perfecto, en parte llano y en parte ligeramente inclinado hacia el oriente, y muy saludable; y tiene en los alrededores una campiña muy productiva […]. Tras una pequeña llanura se alza la Sierra Morena, que cuenta con cultivos de olivo y toda clase de naranjos, de higueras de calidad suprema y de los demás árboles frutales, y está bañada con numerosas fuentes de agua abundante.[62]

---

[61] Juan Ginés de Sepúlveda: *Diálogo llamado Demócrates. Op. cit.* p. 76.

[62] Juan Ginés de Sepúlveda: *Acerca de la monarquía. Op. cit.* pp. 101-102.

En un tono semejante que invoca escenas protagonizadas por ninfas, o lo contrario, por personajes infernales derivados de Lucano y Virgilio, Ercilla aprovecha lugares y peculiaridades de la mitología para yuxtaponer los inusitados paisajes andinos que presencia en compañía del escuadrón conquistador. Las figuras, espacios y motivos clásicos, propios del carácter sincrético de *La Araucana*, revelan un imaginario preciso, ejemplificado en la indistinta aparición de dragones y grifos o panteras y leones, que se debate entre la superstición medieval y el predominio de la ciencia moderna.

Además de exhibir conocimientos adelantados de geografía, el canto XXVII enseña un mundo abierto, interconectado y al alcance de la comprensión subjetiva, físicamente reducido por las novedosas exploraciones de Fernando de Magallanes. Destaca la sustitución de la vieja interpretación teológica por una nueva derivada de la ciencia astronómica («Y como ves en forma verdadera de la Tierra la gran circunferencia, pudieras entender, si tiempo hubiera, de los celestes cuerpos la excelencia, la máquina y concierto de la esfera, la virtud de los astros y influencia, varias revoluciones, movimientos los cursos naturales y violentos.»[63]), la contribución de las individualidades de monarcas y súbditos españoles en el ensanchamiento del orbe y los derroteros de la historia («Mira a Cádiz, donde Hércules famoso sobre sus hados prósperos corriendo, fijó las dos colunas vitorioso, *Nihil ultra* en el mármol escribiendo; más Fernando católico glorioso, los mojonados términos rompiendo, del ancho y Nuevo Mundo abrió la vía, porque en un mundo solo no cabía»; «Ves de Bahama la canal angosta, y siguiendo al poniente la Florida, la tierra inútil y torcida costa hasta la Nueva España proseguida, donde Cortés, con no pequeña costa y gran trabajo y riesgo de la

[63] Alonso de Ercilla: *Op. cit*. p. 251.

vida, sin término ensanchó por su persona los límites de España y la corona.»[64]), igualmente, la vehemencia con que se expresan los prejuicios raciales con sus vecinos africanos («Mira los despoblados arenosos de la desierta y seca Libia ardiente; Garamanta y los pueblos calurosos, donde habita la bruta y negra gente; mira los trogloditas belicosos, y los que baña Gambra en su corriente: mandingos, monicongos, y los feos zapes, biafras, gelofos y guineos.»[65]).

Llama la atención que este recorrido planetario, observado por el protagonista de *La Araucana* en la bola de cristal del Mago Fitón, parta del extremo de Asia hacia el sur de América, es decir, en dirección de oriente a occidente. El exhaustivo nombramiento de los países, pueblos y ciudades de Europa, establece una línea imaginaria entre los alrededores del Mediterráneo, con España destacadamente al centro, y el resto de territorios periféricos. Con una notable precisión geográfica, Ercilla declara que el consentimiento de Dios es indispensable en la continuación del desarrollo expansionista trasatlántico seguido hasta entonces por las potencias europeas («Ves las manchas de tierra, tan cubiertas que pueden ser apenas divisadas: son las que nunca han sido descubiertas ni de extranjeros pies jamás pisadas, las cuales estarán siempre encubiertas y de aquellos celajes ocupadas hasta que Dios permita que parezcan, porque más sus secretos se engrandezcan.»[66]). Parecería que algo de

---

[64] *Ibid.* pp. 247-248.

[65] *Ibid*. p. 243.

[66] *Ibid*. p. 251. Sobre la precisión de las observaciones físicas de *La Araucana*, Sanz Donaire concluye que «La obra es un documento veraz de la realidad del momento, así como punto de partida para el conocimiento de la evolución reciente del paisaje, pues la impronta natural en el mismo se ha mantenido a lo largo de la etapa colonizadora hispana e incluso en la reciente hasta nuestros días. El verismo literario debe su expresión a la peculiar historia del autor que, en el transcurso de su larga y azarosa vida, incluyendo los viajes, ha tenido contacto en numerosísimas ocasiones con terrenos

este sobrentendido enfoque ideológico, fuera simiente en la concepción reproducida dos siglos más tarde por Georg W. Friedrich Hegel y su propuesta político-filosófica del desenvolvimiento fenomenológico del Espíritu, desplazamiento necesario del Ser que, de acuerdo con Enrique Dussel, engloba uno de los momentos constitutivos del «eurocentrismo».[67]

El nuevo estándar técnico de amalgamación, propició la desmesurada explotación minera en las colonias españolas; Rafael Anes estima que en el siglo XVI ingresaron a la metrópoli 153,5 miles de kilos de oro y 7 439,1 miles de kilos de plata provenientes ante todo de minas descubiertas en la década de 1540: Potosí, Zacatecas y Nueva Granada.[68] La súbita apertura y expoliación territorial y humana aceleraron casi íntegramente el forzoso declive de la Edad Media. Según Dámaso Alonso, en menos de cuarenta años la alteración de los patrones literarios también fue radical: «a un lado, como símbolo, *La Celestina*, resumen o condensación genial de un mundo que acaba. Al otro, *Lazarillo de Tormes*: una técnica, un lenguaje, una interpretación de la vida, una sensibilidad que son ya los de los europeos de los

encharcables de máxima importancia, especialmente en el norte de Italia, Alemania, Flandes, Inglaterra y Galicia, lo que añade experiencia a lo vivido en Chile». Ver, Juan José Sanz Donaire: «Verdad geográfica de los humedales en *La Araucana* de Alonso de Ercilla», en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 45, 2016, p. 263.

[67] «Europa, tiene así un «Derecho absoluto» por ser el «portador» del Espíritu en este «momento de su Desarrollo», ante el cual Pueblo todo *otro-pueblo* «no tiene derecho». Es la mejor definición no sólo de «eurocentrismo», sino de la sacralización misma del poder imperial del Norte o el Centro sobre el Sur». Ver, Enrique Dussel: *1492, El encubrimiento del otro*. Buenos Aíres, Docencia, 2012, p. 27.

[68] Rafael Anes Álvarez de Castrillón: «Economía y economistas en la España de Juan Ginés de Sepúlveda», en *e-SLegal Histoy Review*, núm. 15, 2013, p. 6.

tiempos modernos.»[69] El poeta Juan Boscán, por su parte, además de haber traducido al castellano una obra tan determinante como *Il libro del Cortegiano* de Baldassare Castiglione, implantó la revolución del dúctil endecasílabo de impronta italiana, que marginó de la lírica española tradicional el verso de arte mayor y el octasílabo típico del romance.

Atribuir a la fortuna una realidad capaz de intervenir a capricho en las acciones humanas, es una idea que Ercilla hereda del cordobés Juan de Mena, quien en *Laberinto de fortuna*, acusa la naturaleza radicalmente voluble de las cosas: la deplorable falta de permanencia, sobre todo de los precarios resultados orientados al bien, da el talante lóbrego a la injerencia de Fortuna tan privativo de Mena y Ercilla.

Laberinto de fortuna	*La Araucana*
¿Pues cómo, Fortuna, regir todas cosas	Del bien perdido, al cabo, ¿qué nos queda
con ley absoluta, sin orden, te plaze?	sino pena, dolor y pesadumbre?
¿Tu non Farías lo qu'el cielo faze,	Pensar que en él Fortuna ha de estar queda,
e fazen los tiempos, las plantas e rosas?	antes dejará el sol de darnos lumbre:
O muestra tus obras ser siempre dañosas,	que no es su condición fijar la rueda,
o prósperas, buenas, durables, eternas:	y es malo de mudar vieja costumbre;
non nos fatigues con vezes alternas,	el más seguro bien de la Fortuna
alegres agora y agora enojosas.	es no haberla tenido vez alguna.
Mas bien acatada tu varia mudanza,	Esto verse podrá por esta historia:
Por ley te goviernas, maguer discrepante:	ejemplo dello aquí puede sacarse,
ca tu firmeza es no ser constante,	que no bastó riqueza, honor y gloria
tu temperamento es destemperanza,	con todo el bien que puede desearse
tu más cierta orden es desordenanza,	a llevar adelante la vitoria;

[69] Garcilaso de la Vega y Juan Boscán: *Poesías completas*. México, Porrúa, 1999, p. XXI.

es la tu regla ser muy enorme,
tu conformidat es non ser conforme,
tú desesperas a toda esperanza.[70]

que el claro cielo al fin vino turbarse,
mudando la Fortuna en triste estado
el curso y orden próspera del hado.[71]

Los versos iniciales de cada uno de los cantos de *La Araucana* cumplen una doble función agrupada al asunto prometido: por un lado, deleitan al lector con ejercicios poéticos sublimes y, por otro, ofrecen lecciones moralizantes que aspiran a convertirse en enseñanzas. La variación temática, como la del actuar de ciertas mujeres mapuches emparentadas con personajes femeninos arquetípicos de la Antigüedad, permite a Ercilla introducir tópicos de procedencia renacentista; por ejemplo, la búsqueda de Tegualda del cuerpo de su marido Crespino, es aprovechada para enaltecer a la mujer virtuosa («¡Cuántas y cuántas vemos que han subido a la difícil cumbre de la fama! Judic, Camila, la fenisa Dido a quien Virgilio injustamente infama; Penélope, Lucrecia, que al marido lavó con sangre la violada cama; Hipo, Tucia, Virginia, Fulvia, Clelia, Porcia, Sulpicia, Alcestes y Cornelia. Bien puede ser entre estas colocada la hermosa Tegualda, pues parece en la rara hazaña señalada cuanto por el piadoso amor merece: así sobre sus obras levantada entre las más famosas resplandece, y

[70] Juan de Mena: *Laberinto de fortuna*, p. 3. https://biblioteca.org.ar/libros/131692.pdf. Consultado el 20 de septiembre de 2022. Es preciso notar que para Maquiavelo, las acciones humanas emprendidas por el *zoon politikón* (animal político), son capaces de moldear una parte a Fortuna, especialmente con la violencia: «De todas formas, considero que es mejor ser impetuoso que cauteloso, porque la fortuna es mujer que hay que pegar y forzar si quieres tenerla debajo». Ver: *El príncipe*, *Op. cit*. p. 169. El cambio también opera en la representación pictórica de Fortuna: de la rueda, en la que ella mantiene control, al barco, en el que no es más que el viento que hincha las velas, mientras el ser humano sostiene el timón.

[71] Alonso de Ercilla: *Op. cit.* p. 36.

el nombre será siempre celebrado a la inmortalidad ya consagrado»[72]). Igualmente, la fidelidad conyugal que perdura más allá de la muerte, es elogiada a través del proceder de Lauca respecto a su esposo sucumbido en batalla («La vuelta del presidio caminando sin hallar otra cosa de importancia, iba con los soldados platicando de la fe de las indias y constancia, de muchas (aunque bárbaras) loando el firme amor y gran perseverancia, pues no guardó la casta Elisa Dido la fe con más rigor a su marido»[73]).

Por lo común, en el terreno de las pautas formales, se admite que «la poesía de Garcilaso, la primera que en lengua castellana adopta con éxito el petrarquismo, no como una mera repetición [juicio aplicado a la obra de Boscán] sino como un giro creativo inédito en la tradición peninsular, habría de ser el principal modelo del joven Ercilla.»[74] Nacido en Toledo en 1501, Garcilaso de la Vega explotó las posibilidades comunicativas del endecasílabo italiano, hasta el punto de relegar al abandono los instrumentos líricos usuales en la poesía medieval. Si hacemos caso a Dámaso Alonso, al inaugurar una nueva literatura, su contribución detonó el cambio más significativo en la historia de las letras españolas, no sin una severa oposición representada por el escritor renacentista Cristóbal de Castillejo.[75]

---

[72] *Ibid.* pp. 115-116.

[73] *Ibid.* p. 338. Ercilla da una inusual dignidad para la época a la labor que desempeñan las mujeres, destaca así el coraje de la conquistadora Mencía Álvarez de los Nidos (1515/1603) y las guerreras mapuches, cuya valentía le obliga a decir que «De aquí tuvo principio en esta tierra venir también mujeres a la guerra» (p. 212). Los discursos de Marcela y Camila, personajes cervantinos que demuestran una autonomía insólita en su contexto, se asemejan mucho a los de Tegualda y Lauca. Ver capítulos XIV y XXXIII de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. México, UNAM, 2016, pp. 189-431.

[74] J. Aguirre Ortiz, M. Glöel y M. Garrido Monroy: *Op. cit*. p. 405.

[75] Garcilaso de la Vega y Juan Boscán: *Op. cit.* p. XXII. Cristóbal de Castillejo (1490/1550) fue paje del infante don Fernando en la corte de los Reyes Católicos, donde completó sus estudios. A la llegada

El desarrollo del programa artístico de Garcilaso tuvo su cenit durante el reinado de Carlos V, sin embargo, la relación con la ofensiva bélica contemplada en el diseño del soberano y sus funcionarios, no gozó del mismo brío y claridad desde la perspectiva del soldado imperial. Garcilaso, quien había contendido durante toda su vida en por lo menos cuatro campañas militares a favor de la Corona española, aboga en su quehacer poético por un pacifismo renovado, con un sentido político moderno que sospecha de los beneficios atribuidos a las armas.

> ¿A quién ya de nosotros el eceso
> de guerras, de peligros y destierro
> no toca y no ha cansado el gran proceso?
> ¿Quién no vio desparcir su sangre al hierro
> del enemigo? ¿Quién no vio su vida
> perder mil veces y escapar por yerro?
> ¿De cuántos queda y quedará perdida
> la casa, la mujer y la memoria,
> y d'otros la hacienda despedida?
> ¿Qué se saca d'aquesto? ¿Alguna gloria?
> ¿Algunos premios? ¿O agradecimiento?[76]

El pacifismo, lo que incluso simularía una denuncia encubierta limitada al plan expedicionario africano, también se pone de manifiesto en la dudosa composición que

---

al poder de Carlos V, fue despedido de sus servicios y decidió tomar los hábitos en el convento de Santa María de Valdeiglesias. Para 1525 vuelve a integrarse a la burocracia imperial, esta vez en Viena, asiste en calidad de consejero a las dietas de Augsburgo y Ratisbona. Castillejo tradujo a Ovidio y Cicerón, además de escribir sermones y diálogos en verso. En *Contra los que dejan los metros castellanos y siguen los italianos* defiende el uso del romance español.

[76] Garcilaso de la Vega: *Obra poética*. Barcelona, Crítica, 1995, pp. 102-103.

Garcilaso ofrendó a Sepúlveda en el contexto de la campaña de Túnez en la que combatió. *Garsiae Lasi Ode ad Genesium Sepulvedam* fluctúa entre la apología de la guerra y la empatía con las víctimas, el enaltecimiento del feroz rey, bajo contrastes épicos tomados de Horacio y de Virgilio, y la imagen rotunda del desconsuelo del enemigo.[77]

> Puesto que poner más tenso el arco de la religión y de los crueles guerreros hasta el límite en que las dos puntas se dejan unir, sólo a ti, docto Sepúlveda, te ha sido concedido por la Musa; de igual forma te atañe también el escrito sobre África atemorizada bajo un rey intrépido y piadoso, que montando en un caballo ornado de manchas, rápidamente vence a los veloces vientos atravesando las apretadas filas y agita ardiente en su mano la lanza mortal; a quien las turbas abren paso como los ligeros rastrojos en una seca pradera lo hacen ante las llamas o las nubes ceden por el cielo abierto ante los vagos vientos. Mientras belicoso da vueltas constantemente y provoca a los temerosos como un cruel león a las mansas fieras en los bosques de Masilia o de Numidia.
>
> Las esposas que están acostumbradas a tender sus miradas por las anchas planicies de los campos, en sus temblorosos pechos suspiran subidas en las altas torres al ver arrebatados sus amores: «¡Ay! Donceles ─dicen─ apartaos de las ramas y los encuentros con el César, pues son desiguales las fuerzas; pues murió la madre degollada (en cesárea) y dio nombre a los descendientes, mientras se esfuerzan por arrancar de sus entrañas al niño agonizante; éste es el linaje del César, de ahí viene su gozo por nuevas muertes. ¿Crees que quien puso el pie cruel en la vida desde un fúnebre umbral no va a producir y engendrar furor y sed de cálidas matanzas?»[78]

El desacuerdo específico con la guerra emprendida contra el turco, no era ni reciente ni exclusivo de Garcilaso. Ya que algunos sectores de los reinos de Castilla y Aragón pretendían

---

[77] Richard Helgerson: *A Sonnet from Carthage. Garcilaso de la Vega and the New Poetry of Sixteenth-Century Europe.* Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2007, p. 108.

[78] *Ibid.* pp. 257-261.

independencia respecto al sometimiento político del imperio, al margen de la élite de orientación erasmista, era habitual que se proclamara que España no tenía por qué sufragar los gastos destinados al combate de la Reforma y de la oposición al ejército otomano, es decir, a los pilares del ideario carolino para la defensa de la unión espiritual y temporal de toda Europa. En tanto no era competencia de los españoles, quienes nunca antes se habían enfrentado directamente a los turcos, en 1527 las Cortes de Valladolid se negaron a cooperar con los gastos de auxilio militar de Austria y Hungría.[79]

Acaso tal actitud, intrínsecamente sujeta a las demandas de las Comunidades, era la expresión de una nueva conciencia que daba prioridad a los intereses particulares por sobre cualquier otro de condición supranacional. Si Fernando el Católico asimiló la ofensiva turca de manera limitada a los reinos del occidente del Mediterráneo, Carlos V aspiró a darle hondura y amplitud a la misión de incrementar la seguridad y cohesión de todo el continente, custodiado por un solo estandarte. Los principios que ostentaba tradicionalmente el emperador en calidad de *dominus mundi*, contradecían a los de la soberanía estatal demandada por cada uno de los príncipes al frente de los múltiples territorios europeos. La fórmula legal *rex imperator in regno suo est*, utilizada según Francesco Calasso inauguralmente por los tratadistas de Bolonia, sintetiza la exclusividad y plenitud que el rey detenta en el ejercicio del poder, al tiempo que relega al emperador a una función subsidiaria.[80]

---

[79] Joseph Pérez: *Op. cit.* p. 114. España no participó en las cruzadas, pues combatió al enemigo en su propia demarcación; hasta 1492, el enemigo había sido el moro y luego los corsarios berberiscos, vasallos y aliados de los turcos, pero no turcos en sentido estricto.

[80] Alejandro Torres Gutiérrez: «Orígenes canónico-medievales de concepto moderno de Estado», en *Ius Canonicum*, núm. 39, 1999, p. 992.

Sepúlveda y Garcilaso se conocieron en Italia en 1536, justo después de acabar la campaña de Túnez, pero poco antes de que el primero fuera nombrado cronista oficial del reino. Es imposible determinar si a propósito de esa ocasión despertó el peculiar afecto intelectual mutuo, a decir de Losada, el encuentro más bien «ha pasado inadvertido por todos los historiadores de Sepúlveda.»[81] Al aludir a *Democrates primus* y a *De bello africo*, narración que luego es fusionada a la *Historia de Carlos V*, en la oda que Garcilaso designa a Sepúlveda, se reconoce el mérito de probar la compatibilidad que la guerra tiene con el dogma cristiano, *hasta el límite en que las dos puntas se dejan unir*. Por su parte, en una carta dirigida a Luis de Ávila, el humanista recuerda el pretexto de la reunión que mantuvo con el poeta refiriendo que «con gran placer he leído los *Comentarios* sobre las hazañas del césar Carlos en África, que compusiste con gran cuidado y gran habilidad y entregaste a Garcilaso para que me los enviara, y os doy muchas gracias a uno y otro por este regalo tan importante y deseado por mí.»[82]

La conjugación de la escuela humanista de vocación clásica con la hispana del siglo XVI, tiene una de sus muestras mejor logradas en *La Araucana*. Correspondiente al dechado historiográfico y sus propiedades en juego dentro de la obra, Blas Medina Ávila invita a pensarlas desde tres vertientes renacentistas:[83]

1. *Pacto de objetividad*. Desde el libro inicial, Ercilla manifiesta una clara intención de contar los hechos desde un lugar idóneamente neutro, que no mezcle pasiones personales

---

[81] Ángel Losada: *Juan Ginés de Sepúlveda a través de su «epistolario» y nuevos documentos. Op. cit*. p. 72.

[82] Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. O. C. t. IX, v. I*. Madrid, Ayuntamiento de Pozoblanco, 2007, p. 88.

[83] Blas Medina Ávila: *Op. cit.* p. 70.

para así salvaguardar la justa realidad de los sucesos; el precario equilibrio que se establece entre la autoridad de la que lo reviste el haber sido testigo presencial y el crédito general de su relato, depende de sobrellevar el pacto de imparcialidad delineado («[…] podré ya discurrir como testigo que fui presente a toda la jornada, sin cegarme pasión, de la cual huyo, ni quitar a ninguno lo que es suyo»[84]). Cuando se trata de reseñar episodios en los que no fue espectador, Ercilla recurre a la valiosa relación de hechos que le ofrecen informantes, coincidiendo con la persuasión de Sepúlveda de que «para escribir Historia es preciso el conocimiento de los hechos y de los planes y el escritor no puede estar presente en todos los acontecimientos, en muchas ocasiones es necesario que recurra al testimonio escogido de otras personas que tomaron parte en ellos o incluso fueron sus actores principales.»[85]

2. *Ecuanimidad entre lo visto y su expresión literaria*. Lo «imparcialmente» descrito en *La Araucana* va a quedar encuadrado en una voluntad estilística que emula la fineza de Dante, Ariosto, Petrarca y Garcilaso. Aunque «poco tiempo para escribir hay con la ocupación de la guerra», el poeta-soldado se obstina en el avance de su empresa: la convicción de su doble utilidad, artística e histórica, cede a la tinta el protagonismo monopolizado por la sangre. No exagera en amplitud, pues «no hay tan dulce estilo y

---

[84] Alonso de Ercilla: *Op. cit.* p. 269. Oviedo evoca la objetividad de Plinio: «[en cuya imitación] quiero yo, en esta breve suma, traer a la real memoria de vuestra majestad lo que he visto en vuestro imperio occidental de las Indias […]; lo cual digo y escribo por tanta verdad como ello es, como lo podrán decir muchos testigos fidedignos que en aquellas partes han estado». Ver, Gonzalo Fernández de Oviedo: *Sumario de la Natural y General Historia de las Indias*. Madrid, C.E.G.A.L., 1992, pp. 9-11.

[85] Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. O. C. t. IX, v. II. Op. cit*. p. 377. Se trata de una carta enviada al doctor en derecho canónigo Diego de Neila, documento decisivo para conocer las fuentes que conforman el criterio historiográfico de Sepúlveda.

delicado, ni pluma tan cortada y sonorosa que en un largo discurso no se estrague, ni gusto que un manjar no le empalague».

3. *Carácter hazañoso de los acontecimientos que propaga*. A través de conciliar lo que hay en ellas de ejemplar con episodios de la Antigüedad, notable es el afán de Ercilla por elevar las contiendas americanas a un estatus épico. La resistencia y bravura del guerrero araucano y el equivalente mérito del conquistador español, son aptos para entrar a las páginas más memorables de la historia universal.

A estas consideraciones habría que añadir dos más, que Médina Ávila no integra, con relación a la modernidad de Ercilla, entreverada a la contemporánea aparición de los *Ensayos* del humanista francés Michel de Montaigne: 4. *La modestia como síntoma de una autopercepción de la condición de autor*; y 5. *La conciencia nueva de dirigirse a un lector ocioso y deleitable*.

En la intención de encontrar significados paralelos entre dos tradiciones autónomas y divergentes, *La Araucana* es inevitablemente anacrónica. Esto no quiere decir que se aparte deliberadamente del universo indígena, sino que apenas roza una aprehensión certera de su complejidad. Por ejemplo, al plasmar el alcance del concepto *Apó*, Ercilla hace una interpretación equivocada que denota una jerarquía sociopolítica («señor o capitán absoluto de los otros»), cuando en realidad se trata de una noción de índole religioso («espíritu tutelar de un pueblo»[86]). El fenómeno de la lucha conquistadora en su conjunto, no escapa a la perspectiva providencialista; el problema de la evangelización incluye una pugna simbólica de los sistemas de creencias. Así, mientras «Eponamón se les presenta en forma de un dragón

[86] Josef Estermann: *Filosofía andina. Sabiduría indígena para un mundo nuevo.* La Paz, ISEAT, 2006, p. 350.

horrible y fiero con enroscada cola envuelta en fuego, y en ronca y torpe voz les habló luego diciéndoles que apriesa caminasen sobre el pueblo español», «en una nube una mujer venía cubierta de un hermoso y limpio velo, […] con una blanda voz y delicada les dice: ¿A dónde andáis, gente perdida?»[87]

b) Teoría de la guerra justa

La figura del soldado revestida de una gloria impoluta, contrasta en *La Araucana* con el retrato gráfico de la inclemente experiencia de la guerra en pasajes de ingente crudeza («Unos vieran de claro atravesados, otros llevados la cabeza y brazos, otros sin forma alguna machucados, y muchos barrenados de picazos; miembros sin cuerpos, cuerpos desmembrados, lloviendo lejos trozos y pedazos, hígados, intestinos, rotos huesos, entrañas vivas y bullentes sesos»[88]). Ercilla es el recluta español al que aprisiona su destacamento por una riña interna, el que guerrea a muerte en el campo de batalla, el mismo que se conmueve por la ejecución de un cruel castigo al enemigo, el que redacta versos y cavila *a posteriori* las razones aceptables para justificar la declaración de una guerra.

En los escritos de Sepúlveda y de Ercilla despunta el discernimiento moderno de un mundo vasto e interconectado que conduce a la reinvención de un lenguaje más adaptado a él, provisto de categorías científicas y políticas semánticamente nuevas o reconstruidas. En un mismo tiempo y lugar, los autores sirven al propósito común de fortalecer la hegemonía

[87] Alonso de Ercilla: *Op. cit.* pp. 183-184.

[88] *Ibid.* p. 329.

hispánica, la conservación y estabilidad de su mando interno y externo, a través de aceptar la necesaria recurrencia de la guerra y el incremento de su técnica. Esta opción no solo concierne al rubro estratégico, sino a la naturaleza intrínsecamente malévola del género humano, que hace inviable el destierro de las armas por más felicidad que prometa el advenimiento duradero de la paz, pues, «si los lobos no quitas y los otros dañosos animales, nunca acabarás con el pastor que no use de la ayuda de los perros.»[89]

Puesto que «al fin, es imposible que acaezca que un cuerpo sin cabeza permanezca»[90], al inapelable derecho al uso de la guerra, se suma por asentimiento el que, de entre todas las otras formas de gobierno, por antigüedad y ventaja natural, la monarquía sea la más conveniente en la conducción de la república. La implicación, por parte de Sepúlveda y Ercilla, en el proyecto político fomentado en el seno de la corte imperial, es categórica: mediante la ideología humanista de la *translatio imperii*, uno y otro persiguen que el césar Carlos lidere la coordinación cristiana frente al asalto otomano, sofoque la rebelión de los príncipes luteranos y dilate el dominio espacial hispánico («abrid, pues, y romped por esa gente, echad a fondo ya el poder cristiano tomando posesión de un golpe sólo del Gange a Chile, y de uno al otro polo.»[91]), para así alcanzar los honores de Roma y sortear la reincidencia histórica de su decaimiento.

En efecto, la incontestable predilección humanista por la historia, previene a los delegados del imperio hispánico acerca de los factores capitales que debilitaron siglos atrás la gran supremacía romana. La sola mención de las invasiones bárbaras, hace que se pondere,

---

[89] Juan Ginés de Sepúlveda: *Diálogo llamado Demócrates. Op. cit*. p. 50.

[90] Alonso de Ercilla: *Op. cit.* p. 281.

[91] *Ibid*. p. 180.

desde un plano protoglobalizado, el requisito estratégico de mitigar a como dé lugar los diferentes polos en conflicto. El planteamiento de la contra invasión indígena no ha penetrado suficiente en el interés de los investigadores actuales. Ercilla la introduce con intensa suspicacia: «Y dado orden bastante y esto hecho, para acabar de ejecutar su saña, con gran poder y ejército, de hecho querían pasar la vuelta de la España, pensándola poner en tanto estrecho por fuerza de armas, puestos en campaña, que fuesen cultivadas las iberas tierras de las naciones extranjeras»[92]; repitiéndola, en por lo menos dos ocasiones más, en la voz del indomable jefe mapuche Caupolicán: «Bien entendido tengo yo, varones, para que vuestra fama se acreciente, que no es menester fuerza de razones, más solo el apuntarlo brevemente: que, según vuestros fuertes corazones, entrar la España pienso fácilmente y al gran Emperador, invicto Carlo, al dominio araucano sujetarlo», «[…] mas, como quien lo entiende, te prometo que falta por hacer mucho primero que salgan españoles desta tierra, cuanto más ir a España a mover guerra.»[93]

En esa misma línea, el análisis político comprendido en *Acerca de la monarquía* dedica una parte medular y, por lo tanto, nada ingenua, al tema de la defensa propia dirigida a repeler a un destacamento extranjero que acometa una incursión conquistadora en suelo local. Después de indicar que el mejor ejército es el que recluta a las personas más preparadas, en lo tocante a la artillería, Sepúlveda advierte su flaqueza desprovista del amparo de murallas y fortificaciones. También recomienda sacar ventaja del conocimiento previo del terreno circunscrito, prestando auxilio a las poblaciones sitiadas y obstruyendo el tránsito del adversario y todo género de sus suministros. Ante una eventual contra invasión indígena, el

[92] *Ibid*. pp. 80-81.

[93] *Ibid.* pp. 167-169.

gobernante cristiano debería rehuir de los errores cometidos en el pasado por los regentes Antíoco y Rodrigo:

> […] los solados que están en una región extraña, como se dan cuenta que no cabe sino vencer o enfrentarse a la muerte, hacen de la necesidad virtud; en tanto que los ciudadanos y los súbditos del reino, como ven que disponen de muchos refugios para el caso de que se les ponga en fuga, no resisten con tanta firmeza en las situaciones críticas. Por eso sucedió que los romanos fueron vencidos en Italia por Aníbal, […] acordándose de estos hechos y de sus causas, [éste] aconsejaba en persona al rey Antíoco, bajo cuya protección se había puesto tras ser vencido y huir de Escipión, que trasladara de Siria a Italia la guerra con que le amenazaban los romanos. Y como el rey despreció este consejo, resultó vencido por los romanos en la misma Siria y despojado de la mayor parte de su reino. Esto mismo, y aún peor, le sucedió a nuestro rey don Rodrigo, el último rey godo, quien salió a luchar contra los moros que invadían España con todas sus fuerzas y cayó él mismo y dejó a España sin rey y lista para la conquista y el saqueo.[94]

Una contraofensiva desplazada al espacio de la metrópoli íbera no era un parecer sin fundamentos: a Sepúlveda y a Ercilla continúa preocupándoles, aún en tiempos de Felipe II, la conjuración del debilitamiento imperial, tras una eventual represalia fraguada por los pueblos agraviados por las recientes invasiones transoceánicas. Ya en 1545, año en el que se gestó el controvertido diálogo *Democrates secundus*, a través de una completa integración jurídica que incorporara a la burocracia virreinal el servicio de los nuevos súbditos americanos, Sepúlveda exhortaba a acabar de concretar un régimen colonial organizado y eficaz, con el que fortalecer la administración de dominio moderado para que los vencidos no desearan fomentar ninguna rebelión.

---

[94] Juan Ginés de Sepúlveda: *Acerca de la monarquía. Op. cit*. p. 94.

> A mí me agrada sobremanera y siempre me agradó el precepto de los grandes filósofos que escribieron de política, de que en una república perfectamente instituida no sólo se tenga presente a los varones probos sino también a la multitud, al otorgar beneficios y nombrar los cargos. […] los reyes de España y sus consejeros deben tener en cuenta tales preceptos de los filósofos para establecer sobre estos bárbaros un imperio tal que ni, debido a la indulgencia y libertad mayor que la que requiere su naturaleza y condición, se insolenten y con tal licencia y atracción conspiren para volver a su primitiva situación e inveteradas costumbres de vida, ni a su vez se les oprima con tan duro imperio y se les dé un trato tan servil y deshonroso que, hartos de la esclavitud e indignidad, constituyan el peligro de desgracias para los españoles y busquen todas las ocasiones de arrojar el yugo, como hicieron los Ilotas contra los Lacedemonios, los Penestia contra los Tesalios […]. En efecto, tales pueblos frecuentemente conspiraban tomando las armas contra sus señores.[95]

Sin duda, las propiedades que Sepúlveda y Ercilla consignan al *ius ad bellum* robustecen la compatibilidad teórica que existe entre ambos. Anclado a diversas fuentes, compendiadas durante el siglo XII por Graciano en su *Decretum*, el paralelismo establecido en el artículo de Medina Ávila, *Juan Ginés de Sepúlveda en La Araucana*, da comienzo con el examen de cuatro condiciones indispensables para declarar la guerra luego de agotar cabalmente los recursos diplomáticos:[96]

1. *Legítima autoridad*. Únicamente el Estado o el soberano al frente de una forma de gobierno legal, ejerciendo el poder con independencia de cualquier otro principal e investido de la suprema jerarquía, goza de la exclusividad de decidir una guerra. Este punto

---

[95] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. O. C. t. III*. Salamanca, Ayuntamiento de Pozoblanco, 1997, pp. 131-132.

[96] Blas Medina Ávila: *Op. cit.* p. 74.

es compartido por la segunda relección *De Indis*, donde un reputado Vitoria afirma que cualquier república tiene autorización para declarar y hacer la guerra, así mismo, cuando en una república hay un príncipe legítimo, toda la autoridad oficial reside en él.[97]

2. *Buena intención*. Para avalar su probidad, son cruciales los objetivos que se propone el que testifica una contienda armada, ya que esta no puede ser movida en modo alguno «luego que del fin de la paz se desviare, o cuando por venganza, o furor ciego, o fin particular se comenzare.»[98] De acuerdo con Sepúlveda, «con la elegancia que lo caracteriza en el primer libro *Sobre los deberes* [*De Officiis*], Cicerón fue pionero en explicar que las guerras deben emprenderse para vivir en paz sin daños.»[99] En este sentido, atravesar por un conflicto bélico es un mal necesario que debería conducir a la obtención de un bien supremo, de no ser así, sería más conveniente no emprenderlo.

Con relación a la conquista americana, no titubean en acusar la desviación de los fines probos expresada en los graves abusos de los solados compatriotas: «La mucha sangre derramada ha sido (si a mi juicio y parecer no yerra) la que de todo en todo ha destruido el esperado fruto desta tierra; pues con modo inhumano han excedido de las leyes y términos de guerra, haciendo en las entradas y conquistas crueldades inormes nunca vistas.»[100] Al formularse como la perdición básica de los colonizadores, el afán por la consecución de oro amenaza la legitimidad de toda la empresa: «A Valdivia mirad, de pobre infante si era poco el estado que tenía, cincuenta mil vasallos que delante le ofrecen doce marcos de oro al día:

---

[97] Clemente Fernández (comp.): *Los filósofos escolásticos de los siglos XVI y XVII*. Madrid, BAC, 1986, pp. 220-221.

[98] Alonso de Ercilla: *Op. cit.* p. 426.

[99] Juan Ginés de Sepúlveda: *Acerca de la monarquía. Op. cit*. p. 90.

[100] Alonso de Ercilla: *Op. cit.* p. 328.

esto y aún mucho más no era bastante, y así el hambre allí lo detenía: codicia fue ocasión de tanta guerra y perdición total de aquesta tierra.»[101] La denuncia expuesta por Ercilla es planteada en los mismos términos en los que Sepúlveda lo haría, desprovisto de la experiencia de primera mano, en *De Orbe Novo* (1560), crónica de Indias con la que aparentemente quiso reivindicarse frente a los ataques de la orden dominica que lo tildaban de defensor de la esclavitud: «Cuando toda Boriquén pasó a nuestra jurisdicción gracias a Juan Ponce, se distribuyeron los indios por encomiendas; y aquí también, como en la Española, se les explotaba con un trabajo insoportable en la extracción y recogida de oro por la increíble crueldad y avaricia de sus patronos.»[102]

Del mismo modo que es indispensable el hábito de sopesar ventajas y desventajas de la guerra, el rey sabio ha de ser cauteloso para no emprender una acción que le exija rebasar sus recursos y fuerzas llevado por la ambición y la codicia; no vaya ser que después se vea obligado a subvertir su debilidad mediante impuestos y costos insoportables sobre sus ciudadanos y aliados.

3. *Rectitud en su ejecución*. En el canto XXI de *La Araucana*, Ercilla traza una especie de código de honor militar con el que incita al ejército español a actuar con moderación respecto a sus adversarios mapuches: «Aunque os haya ofendido el enemigo, jamás vos le ofendáis a espaldas vueltas; antes le defended como al amigo si volviéndose a vos las armas sueltas, rehuyere el morir en la batalla: pues es más dar la vida que quitalla. Poned a todo en la razón la mira, por quien las armas siempre habéis tomado, que pasando los términos la ira pierde fuerza el derecho ya violado; pues cuando la razón no frena y tira

[101] *Ibid.* pp. 61-62.

[102] Juan Ginés de Sepúlveda: *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid, Alianza, 1996, p. 80.

el ímpetu y furor demasïado, el rigor excesivo en el castigo justificar la causa al enemigo.»[103] La filosofía peripatética constriñe el juicio de que, de entre todas las otras partes de la constitución humana, el intelecto es la más excelente. Por lo tanto, si la culpa establece la proporción de castigo que ha de imprimirse sobre el rival, esta debe ser estimada a la luz de los principios que implanta la recta razón. En el canto XXX, se reitera el encargo que el entendimiento preserva relativo a la mesura de la fuerza: «Muchos querrán decir que el desafío es de derecho y de costumbre usada, pues con el ser del hombre y albedrío justamente la ira fue criada; pero sujeta al freno y señorío de la razón, a quien encomendada quedó, para que así la corrigiese que los términos justos no excediese.»[104]

Ambos autores denotan un antimaquiavelismo al subrayar que el fin no justifica los medios. Supervisando y limitando el actuar de sus soldados, el mismo príncipe ha de encargarse del cumplimiento moderado de la violencia («Y pues del rey como cabeza pende el peso de la guerra y grave carga, y cuando daño y mal della depende todo sobre sus hombros sólo carga […]»).[105] Las denuncias de los excesos cometidos por las tropas conquistadoras, no impiden a Sepúlveda y a Ercilla dedicar cuantiosos elogios a la nación hispana. El afamado ensayo de Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, considera a Sepúlveda como el primer escritor esforzado por destacar las virtudes esenciales de su patria, en una época en la que los sentimientos que caracterizan al nacionalismo moderno aún no estaban del todo definidos.

---

[103] Alonso de Ercilla: *Op. cit.* pp. 129-130.

[104] *Ibid.* p. 295.

[105] *Ibid.* p. 428.

> Mucho antes, los autores extranjeros que trataban de España y los españoles que con motivo de la decadencia ejercieron en el siglo XVII y en el XVIII su bien intencionada crítica y predicación de reformas, así como los que intervinieron en las discusiones con los hispanófobos o en las que promovió la cuestión americana, fueron apuntando en sus escritos numerosas observaciones respecto del carácter español, pero sin carácter ni sistema.
>
> Uno de los primeros, o quizá el primero de todos, fue Juan Ginés de Sepúlveda, quien hacia 1550, en el diálogo conocido con el nombre de *Democrates alter* y con motivo de defender los títulos que España tenía para el dominio de las Indias y la sumisión y tutela de los indígenas del Nuevo Mundo, traza un cuadro sucinto de las cualidades positivas del carácter y civilización españoles. El cuadro es breve e incompleto, reduciéndose a la afirmación de las cualidades de prudencia, ingenio, fortaleza y esfuerzo bélico, humanidad, justicia, religión y sobriedad, pero no es por esto menos interesante en razón de la fecha, del motivo que lo produjo y de la notoriedad del autor.[106]

Una fórmula común de devoción nacionalista, adoptada por determinados historiadores de Indias, es la de remarcar la valentía del guerrero español como agente compensatorio frente a un ejército enemigo con amplia ventaja numérica. *Del nuevo mundo* se hace eco de Fernández de Oviedo al asentir que «los indios que habían sufrido derrotas por separado, decidieron reunir sus fuerzas para luchar contra los nuestros con todas sus tropas. Así que acudieron más de 110.000 hombres a la provincia llamada Yaguaca. Informado de ello, Juan Ponce dirigió también contra el enemigo a todas sus tropas, esto es, a unos 80 españoles, […] los indios quedaron sorprendidos y horrorizados del valor de los nuestros, que siendo tan pocos despreciaban a tantos».[107] Ercilla redunda en el planteamiento del contrapeso que tiene

---

[106] Rafael Altamira: *Psicología del pueblo español*. Barcelona, Minerva, 1971, pp. 89-90.

[107] Juan Ginés de Sepúlveda: *Del nuevo mundo. Op. cit*. pp. 82-83. La misma idea había sido usada por Sepúlveda como prueba del supuesto apocamiento indígena: «siendo por lo demás tan cobardes

en el combate la audacia hispana, exponiendo que «andaba la vitoria así igualmente: mas gran ventaja y diferencia había en el número y copia de la gente, aunque el valor de España lo suplía, pero el soberbio bárbaro impaciente viendo que un nuestro ciento resistía, con diabólica furia y movimiento arranca a los cristianos del asiento. […] Para un solo español cincuenta había, la ventaja era fuera de media; mas cada cual por sí tanto trabaja que iguala con valor a la ventaja.»[108]

4. *Causas justas*. Roberto Andreotti escribió que Sepúlveda *crede che non l'eguaglianza, ma la gerarchia sia lo stato naturale della società umana*.[109] Bajo dicha desigualdad originaria, la guerra justa se presenta como el instrumento coercitivo predilecto de las sociedades civilizadas que salvaguardan el orden exigido por la ley natural. Muchas son las razones para dar comienzo a una guerra de índole recta: ahuyentar las agresiones e

---

y tímidos que apenas pueden resistir la presencia hostil de los nuestros, y muchas veces miles y miles de ellos se han dispersado huyendo como mujeres al ser derrotados por un reducido número de españoles que apenas llegaban al centenar». Ver, *Demócrates Segundo. Op. cit*. p. 66. Dirigiéndose a Carlos V, previamente también declaraba la superioridad europea sobre la «blandura de los asiáticos» en el escenario de la guerra contra el turco: «[…] no pongas trabas a tu grandeza de espíritu ni frene tu entusiasmo la errada interpretación de quienes, midiendo la fortaleza de un ejército no por la clase o valor de los soldados, sino por el elevado número de los mismos, infravaloran tus fuerzas en relación con las de tus enemigos. Si ellos hubiesen leído los textos griegos y latinos en los que se habla de las hazañas bélicas realizadas por los hombres de nuestro entorno, esto es, por los habitantes de la parte del mundo que llamamos Europa, contra los pueblos de Asia, se darían perfecta cuenta de que, muchas veces una reducida tropa de los nuestros desbarató y puso en fuga a tropas enormes de los suyos […].» Ver, Juan Ginés de Sepúlveda: *Exhortación a Carlos V. Op. cit.* pp. 338-339.

[108] Alonso de Ercilla: *Op. cit*. pp. 57-123.

[109] Roberto Andreotti: «La teoría del «Bellum iustum» in Juan Ginés de Sepúlveda, antagonista di Las Casas», en *I diritti dell'uomo e la pace nel pensiero di Francisco de Vitoria e Bartolomé de Las Casas*. Roma, núm. 29, 1988, p. 175.

injurias comprende la recuperación de lo robado y el castigo a los malhechores. Con el deseo de apartar de la maldad a algunos pueblos bárbaros, conduciéndolos hacia la observancia de la ley eterna y la verdadera religión, a través de la asignación de un gobierno civil, también se denota móvil justo el impedir a los incultos la posibilidad de seguir pecando («[…] en justa guerra permitida puede la airada vencedora gente herir, prender, matar en la rendida, y hacer al libre esclavo y obediente»).[110]

Respecto al sometimiento a servidumbre a los pueblos dignos de tal condición, a diferencia de un controvertible y persuadido Sepúlveda, Ercilla no manifiesta opiniones concluyentes. La exhaustiva comprensión que demuestra en *La Araucana* de la doctrina del *ius ad bellum*, no necesariamente es una norma que engloba la totalidad del asunto americano: las nociones referentes a la guerra justa, aparecidas mayormente en el canto XXXVII, se ciñen más bien al contexto de la crisis de sucesión a la Corona portuguesa reclamada por el rey Felipe II. Tras la defunción en Alcazarquivir de Sebastián I y el efímero reinado subsiguiente de Enrique I, dio inicio una seria confrontación por el trono lusitano entre Felipe II y Antonio, prior de Crato, que desembocaría en la batalla de Alcántara con la victoria hispana.[111]

---

[110] Alonso de Ercilla: *Op. cit.* pp. 426-427.

[111] «*He [Felipe II] fervently hoped to secure the throne without the expense and blood of a fight, but he also accepted that even strong claims needed the firm consent of the political elite. Three approaches were made. First, leading jurists from all over Europe were employed to write in support of his cause, so as to convince not only the Portuguese but other European powers. Second, his representatives in Portugal, most notably his ambassador Juan de Silva, his representative the duke of Osuna, and his special envoy Moura, attempted to win over individuals as well as cities. Finally, selective bribes were used. Moura orchestrated a brilliant campaign to win support for his master.*

Felipe II era familiar por el lado paterno de Sebastián I. En razón de este vínculo y ocasión, Ercilla y Sepúlveda se suman al esfuerzo de los juristas que buscaron acreditar legalmente la alternancia del monarca castellano en el trono portugués; sus obras exhiben una preferencia por anclar al enlace consanguíneo el patrimonio real bajo un sistema de sucesión hereditaria y no de elección. Referente a eso, el primero apunta que «sucediendo el legítimo deudo más cercano, el varón a la hembra prefiriendo, y al de menos edad el más anciano, yendo la sucesión y precedencia por derecho de sangre y no de herencia».[112] Por su lado, Sepúlveda escribe en *Acerca de la monarquía* que «si los notables entre los cuales se elegiría por votación al rey fueran todos ellos como deberían, […] de modo que antepusieran en toda circunstancia el bien común y público a sus intereses particulares y a los de los suyos, […] no habría nadie que dudara de que la mejor manera de transmitir el reino sería que al rey muerto lo sustituyera por elección popular la persona mejor y más prudente.»[113]

La distancia especulativa de Ercilla con relación a la postura de su viejo preceptor, acerca de la causa de dominación por grado de civilidad, tiene en la distinta evaluación que uno y otro hace del ser del nativo americano su principal fundamento. A pesar de llamar la atención sobre las desigualdades accidentales entre araucanos y españoles, con frecuencia usando antagonismos como rudeza-clemencia o fuerza-estrategia, Ercilla no pone en duda la naturaleza racional del enemigo, por ejemplo, al distinguir el «orden y policía» colectiva, la capacidad de argumentar, en instituidos consejos de guerra, la justicia de su defensa y los

---

He talked to nobles and clergy, collected information on Portuguese defences, and distributed money liberally». Ver, Henry Kamen: *Philip of Spain*. Great Britain. MPG, 1998, p. 305.

[112] Alonso de Ercilla: *Op. cit*. p. 437.

[113] Juan Ginés de Sepúlveda: *Acerca de la monarquía. Op. cit.* pp. 78-79.

numerosos ejemplos que brinda de fortaleza y arreglo político-militar, de los que reconoce hay mucho que aprender: «Dejen de encarecer los escritores a los que el arte militar hallaron, ni más celebren ya a los inventores que el duro acero y el metal forjaron, pues los últimos indios moradores del araucano Estado así alcanzaron el orden de la guerra y disciplina, que podemos tomar dellos dotrina».[114]

c) Término «bárbaro» y ontología del araucano

De acuerdo con las acepciones compiladas por Jesús García-Añoveros en *Los argumentos de la esclavitud*, el término *bárbaro* goza de una genealogía, procedente de la Antigüedad, que conecta con los significados cristianos y seculares que se dieron al concepto a lo largo del siglo XVI. Aunque renovado por las singulares demandas históricas, sin exceptuar la enardecida discusión por el actuar colonial en América, recurrir a la voz bárbaro habitualmente tiene como denominador común enfatizar una jerarquía cultural que intenta separar lo mismo de lo otro, la identidad de la diferencia, con fines políticos etnocéntricamente determinados.

> El término bárbaro tuvo acepciones distintas, que incluyen una considerable gama de significados. Una de las acepciones más antiguas es la que aplica el término a la lengua. […] También es muy antiguo el significado de bárbaro como no griego, referido a pueblos y personas. […] Igualmente, desde tiempo inmemorial, se llamaron así a los que hablaban mal, rústica, áspera e incorrectamente el griego, primero por los Carios, y luego por los comerciantes que vivían en Grecia. […] A

[114] Alonso de Ercilla: *Op. cit*. p. 199.

> su vez, pronto se llamó bárbaro al desconocedor de la lengua del otro. […] En las constituciones de los emperadores romanos, según consta por el derecho civil y hacen notar Varrón, Brisson, Ioannes Ferdinandus, Funger y Torquemada, se nos dice que bárbaros eran todos aquellos que no estaban sometidos al Imperio Romano. […] A los significados que hemos visto se dieron al término bárbaro hemos de añadir el de carente de razón y de comportamiento cruel y salvaje.[115]

Divulgado propiamente por los humanistas en el entorno sociocultural europeo, la designación secular de bárbaro fue asimilable a la de iletrado, la del hombre de torpe expresividad lingüística o, incluso, la de aquel no versado en el latín y las autoridades grecorromanas. En este último sentido lo acoge Erasmo en *Los antibárbaros*, coloquio dedicado a reprochar la vida monacal y a asentar la compatibilidad, promovida por el humanismo en las universidades, entre los filósofos clásicos y la fe sacramental.[116] Desde la perspectiva cristiana, bárbaro fue sinónimo de pagano, infiel no sometido a la verdad revelada por las Sagradas Escrituras y el poder atemporal de la Iglesia. Ambas acepciones apuntan a

---

[115] Jesús García-Añoveros: *Los argumentos de la esclavitud*. Madrid, Fundación Histórica Tavera. 2000, pp. 33-36. Al explicar el empleo del calificativo «bárbaro» en Aristóteles, Sepúlveda informa que «los griegos llamaban a todas las otras naciones *bárbaros*, distinción que aunque en un principio se refería propiamente al lenguaje, sin embargo la invalidó la costumbre, porque los griegos creían que su pueblo era el más humano de todos, de modo que con la denominación de *bárbaros* querían decir «incultos» e «inhumanos». Ver, Aristóteles: *Sobre la República-libro I, según la traducción latina y escolios de Juan Ginés de Sepúlveda*. Bogotá, Universidad de los Andes, 2015, p. 51. Ya a inicios del siglo XVII, Covarrubias recogió el significado más actualizado de bárbaro: «A todos los que hablan con rosquedad, y grosería, llamamos bárbaros; y a los que son ignorantes sin letras, a los de malas costumbres, y mal morigerados, a los esquivos que no admiten la comunicación de los demás hombres de razón, que viven sin ella, llevados de sus apetitos: y finalmente los que son despiadados y crueles». Sebastián de Covarrubias: *Parte primera del tesoro de la lengua castellana*. Madrid, Melchor Sánchez, 1674, p. 84.

[116] Erasmo de Rotterdam: *Coloquios*. Madrid, Libros Pórtico, 2020.

un pobre desarrollo educativo-espiritual alcanzado por un pueblo o un sujeto al que se le considera, física y simbólicamente, ajeno al cúmulo de valores practicados por una cultura dominante.

Al hacer referencia a los adversarios mapuches, el vocablo más recurrente empleado por Ercilla en *La Araucana*, es precisamente el de bárbaro. En su registro se mezclan las características de vehemencia y crueldad excesiva en la batalla, e idolatría e infidelidad respecto a los asuntos evangélicos. A diferencia de Sepúlveda, quien en *Democrates secundus* enlaza el concepto de bárbaro a la noción aristotélica de esclavo por naturaleza, Ercilla restringe su significado, desterrando del mismo la falta de razón, a un uso ordinariamente más aceptado. Así, desde el canto uno del poema, presenta rasgos fundamentales de la composición sociopolítica mapuche que, en conjunto, demuestran un ejercicio absoluto de la razón.

Reina en el Estado araucano una estructura basada en el quehacer bélico, al que está supeditada la aplicación de la ley («Venus y Amor aquí no alcanzan parte, sólo domina el iracundo Marte»).[117] Los dieciséis caciques que lo encabezan, al lado de una casta de hechiceros que se comunican a modo de oráculo con la deidad pagana Eponamón, tienen la obligación de adoctrinar a sus vasallos en el arte de la guerra «con tal uso, cuidado y disciplina, que son maestros después desta dotrina».[118] Al revestir tan considerable función, las armas de las que se sirven los feroces guerreros son principalmente de contusión y filo

[117] Alonso de Ercilla: *Op. cit.* p. 17.

[118] *Ibid*. p. 18.

«como picas, alabardas, lanzones, hachas, martillos, mazas barreadas, dardos, sargentas, flechas, bastones, lazos de fuertes mimbres y bejuco, tiros arrojadizos y trabucos.»[119]

Si bien Ercilla no estima motivo justo de guerra la apelación al grado de civilidad y sí a la misión predicadora que España tiene en América, en sus observaciones no deja de reconocer la legitimidad en la que se funda el poder político araucano, puesto que este responde a estándares originados por la recta inteligencia. Ubicado en el sitio que ocupó en la corte y siendo, como se autodescribe en las páginas de su afamado poema, un hombre apremiante de inquietudes y saberes múltiples, es casi improbable que Ercilla ignorara los argumentos expuestos por Sepúlveda y Bartolomé de Las Casas en la querella que tuvo lugar en 1550 en Valladolid. Encuadrada en ese conocimiento previo, *La Araucana* parece contradecir a una importante fracción social perteneciente al reino, en ciertos aspectos, representada en el terreno de la discusión pública por la autorizada voz de Sepúlveda.

> Y si a alguno le pareciere que me muestro algo inclinado a la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías más extendidamente de lo que para bárbaros se requiere, si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles.[120]

No solo la aprobación de la organización sociopolítica que respalda con diversos casos, pone a Ercilla del lado de los defensores de la racionalidad indígena, también evita menoscabar su

---

[119] *Ibid*. p. 20.

[120] *Ibid.* pp. 11-12. Que Ercilla se oponga al criterio de Sepúlveda en este punto, no significa que el cura Las Casas halla tenido una influencia en la defensa de esta perspectiva, formada más bien, como se demuestra, en el contacto directo, empírico, con los indígenas.

dignidad llamándolos por sus nombres propios. Por ejemplo, a la mitad del canto XXI, Caupolicán pasa revista al cuantioso ejército mapuche, haciendo alusión a treinta capitanes por sus nombres: Pillolco, Leucotón, Rengo, Tulcomara, Caniotaro, Millalermo, Mareande, Lepomande, Lemolemo, Gualemo, Talcaguano, Tomé, Andalicán, Orompello, Ongolmo, Elicura, Ainavillo, Cayocupil, Purén, Lincoya, Peicaví, Caniomangue, Tucapel, Curgo, Mareguano, Colocolo, Millo, Teguán, Lambecho y Guampicolo.

Aunque viciosos y crueles en el triunfo («cuanto de ira, venganza y furor ciego, el bárbaro, del robo no contento, arrüina, destruye, desperdicia, y aun no puede cumplir con su malicia»),[121] los araucanos resultan ejemplares en muchos ámbitos desiguales relacionados con la guerra: su lucha, sufrimiento y resistencia, dignos de ser inmortalizados por la épica culta y quedar grabados en el recuerdo de montón de generaciones subsiguientes, son llevadas con disposición lógica y estratégica. La humillación que recibe Caupolicán, descalzo, desnudo, con dos pesadas cadenas arrastrando y una soga de grueso nudo al cuello, condenado en pública sentencia a ser empalado y asaeteado vivo para espanto de los antagonistas presentes, alcanza su cenit en la audiencia que sostiene el condenado con el capitán Reinoso. A punto de cumplirse la resolución dictada, Caupolicán advierte al invasor: «Yo soy quien mató a Valdivia en Tucapelo, y quien dejó a Purén desmantelado; soy el que puso a Penco por el suelo, y el que tantas batallas ha ganado; pero el revuelto ya contrario cielo, de vitorias y triunfos rodeado, me ponen a tus pies a que te pida por un muy breve término la vida. […] si en darme la muerte estás ya puesto, especie de piedad es darla presto.

[121] *Ibid.* p. 158.

No pienses que aunque muera aquí a tus manos, ha de faltar cabeza en el Estado, que luego habrá otros mil Caupolicanos, mas como yo ninguno desdichado.»[122]

Con el objetivo de configurar una imagen poética de la notable resistencia mapuche, Ercilla se apoya tanto en la muerte de Caupolicán como en la del guerrero Galvarino, a quien los españoles han castigado cortándole ambas manos y obligan a suicidarse colgándose de la rama de un árbol. La postrera garantía de Caupolicán de continuar con una violenta y férrea oposición, se conjura con las últimas palabras pronunciadas por Galvarino: «No penséis que la muerte rehusamos, que en ella estriba ya nuestra esperanza; que si la odiosa vida dilatamos es por hacer mayor nuestra venganza: que cuando el justo fin no consigamos tenemos en la espada confianza que os quitará, en nosotros convertida, la gloria de poder darnos la vida».[123] El planteamiento heroico, individualista y aristocrático de la historia, plasmado en el martirio y desenlace de los dos personajes que emergen revestidos de honra y altivez, evidencia una vez más el apego de Ercilla a los criterios formales planteados en este ámbito por el humanismo renacentista.

Puesto que para los cronistas de Indias el arquetipo humano viene a ser el europeo, no es difícil comprender que la apariencia física del nativo americano colisione con el ideal de belleza con el que intentan equipararlo. Referente a esto, Josefina Zoraida Vázquez sostiene que

> Colón, Mártir de Anglería y Vespucio, constituyen la primera etapa de la valoración del indio. Aún bastante irreal, producto de una observación aún no muy directa en un marco limitado. Hay en Cortés, en cambio, curiosos afanes mezclados: el del

[122] *Ibid*. p. 379.

[123] *Ibid*. p. 228.

> conquistador, el investigador y, aún más, el ferviente católico. El juicio de Cortés sobre el indio se construirá desde distintos puntos de vista. El hombre práctico e investigador se quedará sorprendido ante la civilización que está ante su vista, más tarde se le presentará el indio antropófago, sodomita y cruel, entonces, pensará que es un infeliz engañado por el demonio.[124]

La descripción física más precisa de los mapuches realizada por Ercilla en *La Araucana*, aparece en las primeras estrofas reales del poema, donde se afirma que «son de gestos robustos, desbarbados, bien formados los cuerpos y crecidos, espaldas grandes, pechos levantados, recios miembros, de niervos bien fornidos; ágiles, desenvueltos, alentados, animosos, valientes, atrevidos, duros en el trabajo y sufridores de fríos mortales, hambres y calores».[125] Una comparación entre estas apreciaciones y las de Fernández de Oviedo, llevan a concluir que en realidad las primeras son positivas. En efecto, aunque «los indios de la Tierra-Firme, cuanto a la disposición de las personas, son mayores algo y más hombres y

---

[124] Josefina Zoraida Vázquez: *La imagen del indio en el español del siglo XVI*. Xalapa, Universidad Veracruzana, 1991, pp. 32-33. La primera descripción de los habitantes del «Nuevo Mundo» escrita por Cortés dice: «La gente de esta tierra que habita desde la isla de Cozumel y punta de Yucatán hasta donde nosotros estamos es una gente de mediana estatura, de cuerpos y gestos bien proporcionada, excepto que en cada provincia se diferencian ellos mismos los gestos, unos horadándose las orejas y poniéndose en ellas muy grandes y feas cosas, y otros horadándose las ternillas de las narices hasta la boca y poniéndose en ellas unas ruedas de piedras muy grandes que parecen espejos, y otros se horadan los bezos de la parte de abajo hasta los dientes, y cuelgan de ellos unas grandes ruedas de piedra o de oro tan pesadas que les hacen traer los bezos caídos y parecen muy disformes.» Ver, Hernán Cortés: *Cartas de relación*. México, Porrúa, 1992, p. 21.

[125] Alonso de Ercilla: *Op. cit*. p. 27.

mejor hechos que los de las islas»,[126] desde la perspectiva de Oviedo, lo más característico en el aspecto del aborigen americano es la «fealdad e incapacidad dellos». En la *Historia general y natural de las Indias* va a observar que «son bien hechos é proporcionados, salvo que tienen las frentes anchas é las ventanas de las narices muy abiertas, é lo blanco de los ojos algo turbio»[127], un poco más adelante, viene a decir que

> estos indios, es nasción muy desviada de querer entender la fé cathólica, y es machacar hierro frio pensar que han de ser chrisptianos, sino con mucho discurso de tiempo, y assi se les ha parescido en las capas (ó mejor diciendo) en las cabezas: porque capas no las traian ni tampoco tienen las cabezas como otras gentes; sino de tan rescios é gruessos cascos, que el principal aviso que los chrisptianos, cuando con ellos pelean é vienen a las manos, es no darles cuchilladas en las cabezas como las otros gentes, porque se quiebran las espadas.[128]

De acuerdo con el longevo cronista, el supuesto espesor craneal desmesurado, cuatro veces más grueso que el de los cristianos, demuestra la deficiente capacidad mental de los americanos que, «como tienen el casco gruesso, assi tienen el entendimiento bestial y mal inclinado». El vínculo que se establece entre la fisonomía, de carácter externo, y las

---

[126] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Sumario de la Natural y General Historia de las Indias. Op. cit*. p. 31. Según Oviedo, el clima, los aires y sobre todo las constelaciones tienen la facultad de diversificar de este modo la naturaleza corporal.

[127] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano, t. I. Op. cit.* p. 137.

[128] *Ibid*. p. 228. Esta es una anécdota que al parecer Oviedo gustaba de repetir usando las mismas expresiones por lo menos desde que concibió el *Sumario*, donde escribe: «cuando se les hace la guerra y vienen con ellos a las manos, han de estar muy sobre aviso de no les dar cuchilladas en la cabeza, porque se han visto quebrar muchas espadas a causa de lo que es dicho, y porque además de ser grueso el casco, es fuerte.» Ver, Gonzalo Fernández de Oviedo: *Sumario de la Natural y General Historia de las Indias. Op. cit*. p. 52.

disposiciones racionales internas, ciertamente responde a un prejuicio arbitrario formulado en un lenguaje pretendidamente científico. Acerca de la turbiedad de la esclerótica de los ojos, Zoraida Vázquez comenta que desde el punto de vista de la idea tradicional que consideraba que las pasiones, los pecados, y en general, las imperfecciones del alma estaban retratadas en el rostro de las personas, no es rara la observación de Oviedo, puesto que a este el alma de los indios le resultaba turbia en demasía.[129]

La versión difundida por Oviedo sobre la presunta naturaleza de los indígenas originarios de América tuvo un gran impacto en el continente europeo, alcanzando a influenciar, durante su amplia circulación, el punto de vista adoptado por Sepúlveda en el contexto de la redacción del *Demócrates Segundo* o *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*. Algo poco admitido es que desde ese momento, teniendo de por medio el debate de Valladolid, hasta la publicación de *Acerca de la monarquía*, las deliberaciones de Sepúlveda sobre la condición indígena evolucionan; «casi treinta años después de empezar a escribir el *Democrates segundo*, y próximo al fin de su vida, no renuncia a sus ideas sobre la conquista. Sin embargo, sería un error considerar que nada había cambiado en su pensamiento en 1571.»[130]

En efecto, tardíamente aparece por lo menos una nunca antes admitida diversidad de la barbarie, con el relativismo conceptual que supone, el abandono del previo silencio para insistir en la avaricia y la crueldad de algunos sectores de encomenderos, y el aprovechamiento de la ambigüedad semántica de la noción *servus*, con posibilidades de ser

---

[129] Josefina Zoraida Vázquez: *Op. cit*. p. 45.

[130] Francisco Castilla Urbano: «La consideración del indio en los escritos sepulvedianos posteriores a la Junta de Valladolid», en *Cuadernos Americanos*, núm. 142, 2012, pp. 77-78.

traducida como *siervo* o *criado*, cambiado las connotaciones ontológicas y consecuencias jurídicas de los nuevos súbditos americanos. Cabe la posibilidad de aceptar al fin en la totalidad de ellas un eco lascasiano.

2. EL HUMANISMO RENACENTISTA BOLOÑÉS

DESCRIPCIÓN DE INTENCIONES

Fortún García de Ercilla, padre de Alonso de Ercilla, como miembro oidor del Consejo Real y de la Cámara de Castilla, gozó hasta el momento de su muerte de la estima y protección del emperador Carlos V. En el Real Colegio de San Clemente de los Españoles en Bolonia, donde acabó de recibir una formación en filosofía y derecho que comenzó años atrás en Salamanca, reinaba una ideología cristiana, nacionalista y proimperial, estrechamente unida a la del fundador Gil Álvarez de Albornoz. Los matices dentro de esta corriente de pensamiento, mantenían el denominador común del clasicismo italianizante de inclinación filológica y depurativa de fuentes.

Con el fin de convertirlo en un centro educativo neurálgico a favor de la política imperial dentro del Estado pontificio, la reforma de 1522 a los estatutos del colegio, endureció las pruebas de limpieza de sangre, expulsando en el camino a los jóvenes conversos, mientras redujo la posibilidad de intervención de las autoridades boloñesas. Baltasar Cuart Moner ha querido ver en el Colegio de San Clemente la primera escuela moderna dirigida a instruir a una burocracia urgida de renovados estándares políticos e

intelectuales que, durante los siglos XV y XVI, permitieron que egresara un copioso número de humanistas con el poder suficiente para respaldar las decisiones expansionistas de la Corona.[131] Sobresalen por brindar estos «servicios» el helenista Núñez de Guzmán, apodado el Comendador Griego, el gramático Antonio de Nebrija, el cronista Francisco López de Gómara, quien pasó una estancia en el colegio antes de convertirse en biógrafo de Hernán Cortés, el arzobispo Antonio Agustín, el filósofo Juan Ginés de Sepúlveda, así como el mismo jurista Fortún de Ercilla.

Hasta ahora, posicioné a través del poema épico *La Araucana* de Alonso de Ercilla, determinados principios humanistas que posibilitan observar la difusión que sustentó en el siglo XVI la educación dentro de un organismo institucional como la corte. En el planteamiento del segundo capítulo, es inevitable transitar por una reflexión acerca de la relevancia que adquirió el Colegio de San Clemente de los Españoles en la configuración ideológica del imperio al mando de los Austrias mayores. El contenido curricular de pronunciado carácter humanista, aunado a la instrucción de algunos de los profesores más afamados de la época, contribuyeron a consolidar un peculiar humanismo cristiano que formuló postulados simultáneos, lo mismo en consonancia o discrepancia, a los de otras instituciones académicas peninsulares.

Dada la irrestricta apelación a la autoridad pagana clásica, en particular al usual empleo de Aristóteles, no faltaron en este contexto reproches de índole nacionalista por parte

---

[131] Baltasar Cuart Moner: «De Bolonia a las Indias: los colegiales de San Clemente en la administración americana durante el siglo XVIII», en *Estudios de historia social y económica de América*, núm. 16-17, 1998, p. 170.

de sabios ajenos al amparo italiano;[132] si bien, algunas de las relaciones epistolares que estos emprendieron con los alumnos de San Clemente no se caracterizan por la amabilidad que cabría esperar entre compatriotas, los «albornoces» mantuvieron una cercanía instintiva con los poderes de su tiempo que a su vez demandaban sus consejos. En buena medida, esto hizo del movimiento humanista algo más que solo una escuela de pensamiento.

Justamente un lustro anterior a que Ignacio de Loyola se hospedara entre los muros del Colegio de San Clemente, Carlos V lo visitó por primera vez en 1530 con el único fin de conocerlo y asistir a una misa en la capilla anexa al edificio. Entre el veintidós y el veinticuatro de febrero de ese año, el soberano recibió de manos del papa Clemente VII las coronas de romanos y lombardos que le concedían a la manera carolingia el título real del Sacro Imperio Romano Germánico. La ciudad de Bolonia fue escenario del simbólico restablecimiento de los poderes de la Antigüedad: por lo menos, esta fue la interpretación de los humanistas partidarios de la idea de erigir un frente único, asociado por intereses comunes bajo la garantía jurídica de la *amicitia*, que subordinara el voluntarismo del resto de monarcas cristianos al poder supranacional del nuevo emperador.

---

[132] En varias cartas dirigidas a Sepúlveda, Melchor Cano le recrimina las consideraciones positivas que este muestra por los italianos en analogía a los españoles. Por ejemplo, en pleno debate sobre la censura del *Demócrates Segundo* escribe: «Más bien te arrepientes ya y te molesta haber nacido en España y no reniegas de tu patria en la medida en que sea tramposamente lisonjera con tu talento; pero a punto estamos de que saques partido de este agravio, pues puedes considerarte italiano y ser tenido por otros como italiano (…)». Ver, Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. O. C. t. IX, v. II. Op. cit.* p. 224. Por su parte, Erasmo muestra una notable antipatía por los italianos; la aversión por su vanidad al considerar «bárbaros» a los extranjeros la expone en el *Ciceronianus sive de optimo genere dicendi*. Lo mismo piensa su amigo Juan Luis Vives al decir: «el italiano siente asco y aborrecimiento de todos los trasalpinos, como si fueran bárbaros», en *De la insolidaridad de Europa y de la guerra contra el Turco*. *Op. cit.* p. 41.

Los ejércitos del sultán Solimán el Magnífico y del almirante turco Barbarroja, dispuestos a combatir en el extrarradio de Europa, sumados a las pugnas de hegemonía entre los distintos reinos y al cisma religioso provocado por la Reforma protestante, llevaron a algunos altos burócratas del reino a la certeza de que solamente una coalición de príncipes en función de un único cayado, sería capaz de detener las amenazas que prometían hacer desaparecer a la cristiandad como patrón civilizador.[133] Tal fue la envergadura del proyecto político que oscilaba en las mentes de los influyentes funcionarios erasmistas Mercurino Gattinara y Alfonso de Valdés.

Puesto que se imbrica en la tradición jurídica ejercida en Bolonia desde el siglo XI, con la decisiva incorporación curricular del *corpus iuris civilis* de Justiniano, para poner en perspectiva el papel que tuvo el Colegio de San Clemente en el entramado cultural de la monarquía hispánica, es oportuno vincularlo a *la prima Università del mondo occidentale*; posteriormente, resulta indispensable analizar la existencia del colegio y, sobre todo, el pensamiento de un puñado de notables graduados de él, en relación con la producción intelectual proveniente de otras universidades continentales de indudable temperamento humanista. De la mano de John Mair, destaca La Sorbona, por haber sido el centro educativo donde se gestó la primera actualización de Aristóteles, con el propósito de enlazar la doctrina de la *φύσει δούλου* (servidumbre natural) al dilema ontológico del nativo americano. Así mismo, en el vasto orden del derecho, es necesario atender las formulaciones originadas por los egregios personajes procedentes de las universidades castellanas de Alcalá y Salamanca.

---

[133] [Sin autor]: *El emperador Carlos y su tiempo: actas IX Jornadas nacionales de historia militar. Sevilla 24-28 de mayo de 1999*. Deimos, Sevilla, 2000, p. 35.

El examen del *ius ad bellum* planteado por la escuela jurídica boloñesa, en particular, por las resoluciones vertidas por Fortún de Ercilla en el *Tratado de la guerra y el duelo* de 1528, publicado contemporáneamente por Carolina Nonell, incrementa la visión hasta ahora conseguida de *La Araucana*, pues «aunque el poema ha sido estudiado desde muy diversos puntos de vista, se ha obviado que [el tratado de su progenitor] fue una de sus fuente directas».[134] Al mismo tiempo, se revela que la correspondencia entre los idearios filosóficos de Ercilla padre y Sepúlveda va más allá de una simple conformidad intelectual. La instrucción humanista de matriz renacentista que reciben de primera mano en el Colegio de San Clemente de los Españoles, determina por lo menos dos aspectos capitales estrechamente enlazados de sus respectivos pensamientos: en primera instancia, la sobrestimación del aristotelismo proveniente de la tradición exegética que parte de Alejandro de Afrodisias y persiste hasta un decisivo Pietro Pomponazzi. Y, en segundo lugar, la inmersión en los problemas sugeridos por el humanismo jurídico de los predecesores Alciato y Giovanni da Legnano.

Evidencia del súbito ascenso de la importancia del Colegio de San Clemente, desde su instauración a mediados del siglo XIV, fueron las reformas impulsadas durante el reinado de Felipe II que concedían adjudicaciones limitadas de altos puestos burocráticos a alumnos egresados. Junto a estos privilegios, la aparición de un pensamiento original más o menos homogéneo, con el característico sello italianizante, obliga a situar la existencia del mismo en relación a otras universidades europeas no necesariamente partidarias de un idéntico estándar humanista. Dentro y fuera del territorio italiano, despuntan para esta investigación

[134] Luis Gómez Canseco: «Ercilla, la guerra justa y el duelo. Fuentes y razones», en *Arte Nuevo*, núm. 8, 2021, p. 55.

las de Bolonia, Padua y Pisa, esta última donde se educaron los Malferit y los Villalonga, familias de renombrados juristas mallorquines que mantenían un encumbrado prestigio en la corte hispana,[135] además de París, Salamanca y Alcalá. Buena parte del clima de controversias políticas e ideológicas, agudizado por los conflictos coyunturales propios del siglo XVI, se debe a este fértil entrecruzamiento institucional que lo propició.

El conjunto de estas reflexiones ambiciona llegar a concebir un concepto de humanismo de presumible cuño renacentista al que vincular a los protagónicos cronistas Gonzalo Fernández de Oviedo y Juan Ginés de Sepúlveda. Para conseguirlo, conviene fijar las características singulares, de la escurridiza noción de «humanismo», en cada una de sus corrientes preservada en el seno de la visión teórica aquí adoptada. La tradicional definición propuesta por Paul Oskar Kristeller, que dice a la letra que se trata de «un amplio movimiento cultural y literario que, en su esencia, no era filosófico, pero sí conllevaba importantes nociones y consecuencias filosóficas»,[136] es provechosa únicamente cuando se analizan sus elementos e incorpora en el resultado genérico su propio devenir histórico. A fin de fortalecer este cometido, empleo las categorías ofrecidas por Ambrosio Velasco Gómez en el ensayo titulado *Humanismo*, que prueban la inviabilidad de trabajar con un concepto unívoco, dadas

---

[135] Antonio Planas Rosselló y Rafael Ramis Barceló: «Juan Ginés de Sepúlveda y el humanismo jurídico mallorquín», en *e-SLegal Histoy Review*, núm. 15, 2013, p. 88. Ya que solo una permisión divina ampara sus bienes, en *Apologeticum juris responsum pro justitia Regum catholicorum in occupatione Indiarum*, Pedro Malferit asevera que luego de la venida de Cristo, todo dominio y jurisdicción puede ser arrebatado justamente a los infieles. Cita a San Agustín para recomendar que por algún medio honesto, no por la fuerza ni las amenazas, sean convertidos a la ley de Cristo. Ver, Henri Méchoulan: «Pedro Malferit, un détracteur du Confesionario de Las Casas», en *Moreana*, núm. 42, 1974, pp. 5-15.

[136] P. O. Kristeller: *El pensamiento renacentista y sus fuentes*. México, FCE, 1982, p. 51.

las numerosas escuelas que lo atomizaron principalmente por causas ideológicas, formativas e idiosincráticas.[137] Sin prescindir de ciertos denominadores comunes, este marco teórico, deudor de las ideas de Joaquín Xirau sobre los orígenes del erasmismo español, expone determinados humanismos, sus representantes, círculos intelectuales, doctrinas evangélicas y proyectos políticos.

Puesto que la hipótesis que defiendo es que el humanismo renacentista constituye uno de los fundamentos ideológicos más importantes en los respectivos pensamientos de Oviedo y de Sepúlveda, es oportuno deslindarlos de otros patrones humanistas que predominaron en el siglo XVI, en algunos casos, sujetos al peso de los distintos trances renacentistas que florecieron a lo largo del continente europeo desde dos siglos antes. De igual modo que la base de sus principios políticos se refleja en el espejo del pensamiento protosecularizado de la jurisprudencia boloñesa, más que de un sistema propiamente teológico, exhibo que ambos autores cimentan los textos americanistas que escribieron en los preceptos estilísticos e historiográficos conformes con la norma típicamente clásica.

En comparación con la prolongada estancia de Sepúlveda en Italia, la de Oviedo fue temporalmente corta: durante 1499 y 1500 peregrinó por las ciudades de Milán, Mantua, Pavía, Turín, Ferrara, Bolonia y Roma, urbe donde permanecería hasta el año de 1502. Pese a la relativa brevedad de esta etapa, la huella que imprimió en su criterio ulterior parece ser insondable. A propósito de la agudización del carácter anticlerical que demuestra a lo largo y ancho de su ingente obra, Juan Pérez de Tudela observó que durante su breve permanencia en Italia, «despertó en el futuro cronista un criterio ético y universalista, por encima e incluso

[137] Ambrosio Velasco: *Humanismo*. México, UNAM, 2009.

en oposición de Roma».[138] Este desencanto gradual por la clerecía de su tiempo, va a acompañar una ascendente confianza en la misión providencial del rey Carlos V, presente en la expectativa con la que aborda el tema americano a partir de 1514, fecha en la que realiza su primer viaje al «nuevo» continente. La *Historia general y natural de las Indias* patentiza el escepticismo de Oviedo sobre el propósito del Requerimiento, la implementación del bautismo masivo, el abuso de un clero asociado a las campañas de usurpación y violencia, y otras disposiciones relacionadas al papel de la Iglesia en América.

Por ser el gran modelo de la prosa italiana renacentista, con el fin de robustecer la comprensión del perfil específico de humanismo al que me decido adscribir las ideas de Oviedo y de Sepúlveda, hago uso de *El Cortesano* de Castiglione, además, los demarco ante todo respecto a aquel humanismo relacionado y personificado en Erasmo. Como Marcel Bataillon evidenció en *Erasmo y España,* el erasmismo fue un movimiento filosófico y cultural mucho más amplio que la propia doctrina del erudito de Rotterdam.[139] La admiración que Oviedo mantuvo por su figura está convincentemente probada por la reconstrucción del hipotético fondo de su biblioteca personal realizada por Daymond Turner, siguiendo las obras que cita el cronista de modo desperdigado a lo largo de sus trabajos. Se tratarían por lo menos de cuatro libros capitales que seguramente compró en Italia y formaron parte de su acervo en Santo Domingo: en versión latina, la *Institutio Principis Christiani* y el *Enchiridion militiis*

[138] Juan Pérez de Tudela: «Rasgos del semblante espiritual de Gonzalo Fernández de Oviedo: la hidalguía caballeresca ante el Nuevo Mundo», en *Revista de Indias*, núm. 69-70, 1957, p. 463.

[139] Marcel Bataillon: *Erasmo y España. Estudio sobre la historia espiritual del siglo XVI*. México, FCE, 1996, p. 364.

christiani y, en castellano, *Los Coloquios* y el *Libro del aparejo que se debe hazer para bien morir*.[140]

A su vez, como humanistas interesados en comprender, aconsejar, debatir y actuar en todos los acontecimientos de entonces, era ineludible que en algún punto de sus trayectorias las convicciones de Sepúlveda colisionaran con las de Erasmo. La acalorada disputa, que remonta su origen a la animadversión con Alberto Pío, tras acusar a Erasmo de ser uno de los principales incitadores del protestantismo, dio pie a una escueta correspondencia de ocho misivas centradas en tres asuntos: la enemistad con el príncipe de Carpi, íntimo amigo de Sepúlveda, la polémica con Diego López de Zúñiga sobre la valoración de la *Vulgata* y las adelantadas consideraciones filológicas del Nuevo Testamento, primera crítica literaria sobre el mérito de la nueva edición de Erasmo.[141] Con *Cohortio ad Carolum V ut bellum suscipiat in Turcas*, libelo coyuntural en el que Sepúlveda instiga al emperador a dirigir las armas de sus ejércitos contra los enemigos turcos, se acentúa el ejemplar divorcio entre los dos puntos de vista en el terreno de la legitimidad de la guerra y su compatibilidad con la doctrina cristiana.

En este segundo capítulo (El humanismo renacentista boloñés), no dejo de lado las hondas diferencias que también existen al interior de los concernientes idearios de Fernández de Oviedo y de Ginés de Sepúlveda, así como los límites que experimentaron para ver concretadas sus perspectivas en las políticas que puso en práctica la Corona hispánica en

---

[140] Daymond Turner: «Biblioteca Ovetense: a spectulative reconstruction of the library of the first chronicler of the Indies», en *The papers of bibliographical society of America*, núm. 57, 1963, p. 162.
[141] Ángel Sáenz-Badillos: «Ginés de Sepúlveda y la filología bíblica», en *Cuadernos de filología clásica*, núm. 5, 1973, p. 126.

América. El paso por Italia durante distintos períodos, es apenas suficiente para sostener que hay efectivamente una influencia que determina homogéneamente varias zonas de su pensamiento y estilo; obviamente, el predominio italiano es sustancial en la configuración personal, ideológica y profesional de ambos, pero sería torpe negar el influjo de la tradición escolástica española, de donde los dos heredan, por ejemplo, el acentuado carácter providencialista presente en varios pasajes de las historias que escribieron.

Es necesario preguntarse si acaso Oviedo y Sepúlveda son aliados de un solo credo, es decir, si representan a un idéntico sector intelectual que, entre otras cosas, compartiría una filosofía de la historia con primacía de la civilización occidental en detrimento de otras; así como el propósito de integrar a las culturas periféricas al gran flujo de la «historia universal» con la condición previa de que tales culturas sean negadas, proceso dialéctico que llamo *asimilación negativa*. Para 1550, ambos son presentados por Bartolomé de Las Casas como pertenecientes al mismo interés sociopolítico del imperio, argumentando con razón que las «distorsionadas» obras de Oviedo, además de las *Cartas de relación*, los informes del propio Cortés y sus reclutas, eran las fuentes principales de Sepúlveda. Ni entonces ni después, se ha estudiado con exhaustividad el papel formativo que tuvo el humanismo italiano en los dos cronistas, crucial en la adopción de un criterio negativo de la naturaleza ontológica del llamado «indio» que, traducida en acciones, resultaría en los abusos llevados a cabo por frailes, encomenderos y soldados.

Las cualidades humanistas puntualmente reflejadas en algunos de los escritos más representativos de ambos cronistas, será parte del contenido de los próximos capítulos (El humanismo erasmista de Gonzalo Fernández de Oviedo y Juan Ginés de Sepúlveda: un humanista filoitaliano); de las abundantes corrientes coetáneas, en este, me enfoco en demarcar la que nos interesa.

2. LOS HUMANISMOS ITALIANOS

Por humanístico ha de entenderse el interés por las *litterae humaniores* griegas y latinas antiguas, diferentes y, en cierto sentido, opuestas a las letras sagradas. El término fue puesto en circulación en el siglo XIX por el pedagogo alemán Ritter von Niethammer. Su empleo para designar la primera revolución cultural moderna es retroactiva, pues en los aproximadamente tres siglos del Renacimiento existía la palabra *humanista*, mas no tuvo la connotación historiográfica que adquirió posteriormente. Además, no es sino hasta bien entrada la modernidad que se identifica como «humanismo renacentista» aquel que hunde sus raíces en el territorio italiano y cuyo atributo característico en el plano pedagógico es la enmienda del modelo educativo medieval, con un énfasis en el *trivium*, y en el ontológico, en la autoconciencia del ser humano y su historicidad.

Hasta el siglo XVI en las universidades reinaba el plan educativo escolástico que tenía como eje fundamental una pauta de inspiración romana respecto a las artes liberales divididas en dos grandes ramas: *sermocinales* o *trivium*, que abarcaban las materias de gramática, lógica y retórica, y *matemáticas* o *quadrivium*, que componían las de aritmética, geometría, astronomía y música. Las reformas curriculares durante la Edad Media se vieron reflejadas en la organización del saber por facultades, un aspecto temprano de la especialización universitaria. Una vez cristianizado el imperio romano, las artes liberales, en particular las del *trivium*, sirvieron a la lectura de la Biblia y a la teología en general, circunstancia que ocasionó, por un lado, que se formara un canon de autores cristianos, en especial posteriores al siglo XI y, por otro, que se abandonara progresivamente la literatura

griega y romana. Los cambios por los que los humanistas abogaban, incluyendo una vuelta a los autores antiguos, anunciaban una nueva concepción del ser humano, su saber y su historia.

Definitivamente, la prioridad por la inquietud literaria y pedagógica que mostró el movimiento humanista tiene una preocupación fundada en un método inédito para un nuevo saber. Los *studia humanitatis* van a enfocarse principalmente en una novedosa noción de ciudadanía entendida como acto de la vida propiamente humana, en este sentido, el currículum humanístico planteado entre otros por Paolo Vergerio, Battista Guarino, Maffeo Vegio y Vittorino da Feltre, tiene un sólido vínculo con la formación cívica y política. La imposibilidad de compaginar del todo con la filosofía escolástica reside precisamente en el modo de entender la educación. De acuerdo con Enrique González,

> […] un común denominador caracterizó al humanismo durante sus sucesivas etapas: la preocupación por un método práctico en oposición al meramente discursivo de la escolástica, el cual fuera aplicable a la solución de las necesidades materiales y políticas de la cada vez más pujante sociedad civil; un saber que sirviera a los intereses de los príncipes y señores de los emergentes regímenes absolutistas.[142]

A esta intención favoreció la ausencia del sector eclesiástico en la educación preuniversitaria en Italia y la proliferación de manuscritos, entre los más relevantes varios de Cicerón, que los humanistas se dieron a la tarea de buscar, analizar, traducir y editar. En síntesis, el choque del humanismo con la tradición escolástica se da en el terreno pedagógico con la sustitución del método deductivo por el histórico analítico, pero sobre todo en la hermenéutica bíblica

[142] Enrique González González: «Hacia una definición del término Humanismo», en *Estudis: Revista de historia moderna*, núm. 15, 1989, p. 49.

con las versiones que ensayaron Lorenzo Valla y Antonio de Nebrija, y Erasmo, a todas luces como un desafío, publicó en 1516.

El ejercicio participativo en la política era consustancial al nuevo ideal de ciudadanía promovido por el humanismo. Incluso la pretensión de perfeccionar el estilo expresado en la lengua latina estaba relacionado con el incipiente nacionalismo que experimentaban los Estados; el latín se convertiría no solo en un instrumento comunicativo, sino en toda una disciplina mental y un vehículo de acceso al mundo antiguo, cifrado, según la *Miscelánea* de Angelo Poliziano, como cúmulo de aprendizaje verdadero. En una actitud de arrogancia epistemológica, dominarlo con eficacia y elegancia garantizaba la entrada a una *humanitas* que se concebía genuina, mientras que mantenerse al margen de su aprendizaje, perpetuaba en los pueblos y los individuos la condición de barbarie. Además de las civilizaciones que las potencias imperiales paulatinamente sometían, también fueron descalificados de «bárbaros» los hombres de la Edad Media, los galos y otras etnias del norte de Europa.

En la esfera del humanismo se da la primera gran renovación educativa de la modernidad; en un artículo reciente, Jacques Lafaye elige denominarlo como «la primera revolución cultural moderna».[143] Es revolucionario, porque a través de la laicización de la

[143] Jacques Lafaye: «El humanismo, revolución cultural», en *Revista Estudios*, núm. 111, 2014, p. 10. En otro lugar, el académico indica que «Una revolución cultural consiste en la sustitución de un sistema de referencias filosóficas o religiosas, científicas, estéticas, éticas y políticas, por otro parcialmente nuevo. […] Tales cambios radicales han surgido en circunstancias históricas particulares, de crisis social e institucional, mutación económica, agotamiento de la ideología imperante». Ver, Jacques Lafaye: *Por amor al griego. La nación europea, señorío humanista (siglos XIV-XVII)*. México, FCE, 2005, p. 18.

cultura, logró situar al individuo en el centro del universo simbólico de entonces, cambiando para siempre el emplazamiento del paradigma teológico medieval. Dentro de una total crisis de los significados y métodos de la Europa cristiana, tal alteración no podía llevarse a cabo sin proclamar una nueva actitud del sujeto ante el mundo.

> La fábrica secular, de apariencia inconmovible, se quiebra de arriba abajo y amenaza con derrumbarse con estrépito. El hombre se da cuenta de que los grandes valores que orientan la historia ─Verdad, Bien, Belleza, Justicia, Santidad…─ son producto de la conciencia humana y sólo pueden adquirir validez si resisten a la prueba de la crítica racional. La conciencia humana, creadora de la cultura, se erige en su fin y en su juez supremo.[144]

De igual manera, es cultural porque inventa una insólita disposición ante el saber que desencadena la sustitución de los silogismos escolásticos por la lectura y glosas de textos grecorromanos: al decretarlas *studia humanitatis*, los autonombrados «gramáticos» consagran formalmente las literaturas de la antigüedad clásica, igualando la nobleza de las letras profanas a las sagradas, propias de las *studia divinitatis*.[145] De la mano del rescate de manuscritos griegos y latinos, la fundación de bibliotecas y la profesionalización de libreros, editores, críticos y mecenas, perfeccionamientos tecnológicos como el de la imprenta, el papel y los medios de distribución, favorecieron a la excepcional repercusión que adquirió el libro en todas las áreas del conocimiento.

---

[144] Joaquín Xirau: «Humanismo español», en *Cuadernos americanos*, núm. 1, 1942, p. 138.

[145] Fue Poliziano el primero en impugnar las connotaciones negativas asociadas a la altanería que con frecuencia se referían al *grammaticus*; en el *Lamia*, la *praelectio* de 1492 de su curso sobre los *Primero analíticos* aristotélicos, anunció su inconformidad con el abuso del término para designar a los maestros de primeras letras, y reclamó para sí la nobilísima condición de *grammaticus*. Ver, Francisco Rico: *Nebrija frente a los bárbaros*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 1978, p. 53.

Por último, el humanismo es la primera insurrección educativa en ostentar un carácter moderno porque, desde las academias, precipita la secularización con categorías del pensamiento adaptadas a un nuevo orden sociocultural. Así como los hallazgos astronómicos de Nicolás Copérnico hicieron que prevaleciera un relativismo inédito al forzar la transición cosmológica del espacio cerrado al universo infinito, alejado de la versión providencialista, el nuevo antropocentrismo razonado inaugura una ciencia histórica concentrada exclusivamente en el quehacer humano. Esto no significó, necesariamente, que el humanismo se opusiera a la fe religiosa y a la teología en su fundamento, sino más bien hizo que prevaleciera un afán conciliador entre ellas y el cuerpo de otras áreas de pensamiento seculares basadas en la formación clásica.

En suma, desde esta posición, lo que el humanismo renacentista consigue implantar en los albores de la Edad Moderna es lo que Luis Villoro llamó una nueva «figura del mundo», un conglomerado de ideas que expresan, antes que una doctrina formulada en enunciados claros, una manera de pensar las relaciones del ser humano con el entorno mediato: no se trata de un sistema sino de una mentalidad.[146]

Pese a haber discrepancias en las interpretaciones y los procedimientos para alcanzar resultados, las reacciones de filiación humanista nacidas alrededor de la profunda crisis que estaba perturbando el arcaico equilibrio del catolicismo medieval, «convienen en la persecución de una fórmula que permita desarrollar plenamente el nuevo principio de

[146] «Una figura del mundo comienza a brotar, lentamente, en el seno de la anterior. Primero es patrimonio exclusivo de unos cuantos, luego se va poco a poco generalizando hasta convertirse en el marco incuestionable de la época. […] una época dura lo que dura la primacía de su figura del mundo». Ver, Luis Villoro: *El pensamiento moderno. Filosofía del Renacimiento*. México, FCE, 1992, pp. 8-9.

emancipación humana».[147] A través de criterios culturales e históricos, en el ensayo *Humanismo español*, Joaquín Xirau dividen en tres los primigenios sistemas humanistas: el renacentista de estirpe italiana, «el más consecuente y avanzado»; el nórdico, especialmente solícito por resolver problemas de índole moral y religioso, adoptado en la *koiné* germánica; y el de la filosofía de Cristo o erasmismo, divulgado mayormente en territorio español y en las recién fundadas capitales americanas.

a) Humanismo renacentista italiano

Sin negar su condición de fuente primordial, origen de la transformación de marcos y patrones del contexto medieval, en la historiografía vigente predominan dos definiciones del primero de los sistemas enlistados por Xirau, identificado por él como el *renacentista italiano*. Basados en la narrativa de que los humanistas eran sobre todo extraordinarios especialistas en la Antigüedad, un primer enfoque considera al humanismo la nueva filosofía del Renacimiento que tuvo como cualidad esencial una firme oposición al escolasticismo. A esta percepción, sostenida por el propio Xirau, se le opone la evidencia de que el movimiento humanista no se originó en el campo de la filosofía y la ciencia sino principalmente en el del gremio de los retóricos y gramáticos.

En la perspectiva de Ernesto Grassi, la dificultad de defender la tesis de que en el ámbito filosófico el humanismo no mantuvo una oposición y ruptura efectiva con su pasado inmediato, cuando se estudia lo mucho que conservó del medievo, proviene de que se piense

[147] Francisco Rico: *Nebrija frente a los bárbaros*. *Op. cit*. p. 139.

en la filosofía principalmente en la línea de la tradición metafísica y no en la irrupción de una original teoría del lenguaje, donde ciertamente se plantearon enormes discontinuidades.

> La tradición humanista se opone a la metafísica tradicional y, por tanto, a la derivación racional de lo existente. […] uno de los problemas centrales del humanismo es no el hombre, sino la cuestión del contexto originario, del horizonte o «apertura» en que aparecen el hombre y su mundo. […] el humanismo no trata estos problemas mediante una confrontación lógico-especulativa con la metafísica tradicional, sino más bien analizando e interpretando el lenguaje y en especial el lenguaje poético.[148]

La otra corriente considera que el movimiento humanista solo favorece el surgimiento del estudio de lo clásico a través de la aplicación y difusión de los valores de una crítica filológica e histórica, aplicados a textos entonces recientemente descubiertos. Sin embargo, este enfoque también puede resultar parcial, ya que el conjunto de las obras consideradas humanistas son mucho más numerosas y variadas que las contribuciones a lo estrictamente clásico, y no se las puede explicar como consecuencia necesaria de este tipo de estudios.

En *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, Kristeller expone y justifica una tercera posibilidad de interpretación historiográfica que afirma una relativa continuidad entre el humanismo y las tradiciones medievales ya que, con arreglo a él, fuera de una búsqueda en la elegancia de la expresión literaria, el uso creciente de materiales clásicos y la recurrencia de métodos críticos para acercarse a los mismos, la profundidad de los problemas que se plantea el movimiento humanista ya está presente en la tardía Edad Media. En otras palabras,

---

[148] Ernesto Grassi: *Vico y el humanismo. Ensayos sobre Vico, Heidegger y la retórica.* Barcelona, Anthropos, 1999, pp. 97-99.

lo que el humanismo llegó a hacer es únicamente un número limitado de cambios formales y no una renovación de fondo en las materias.

Kristeller recurre al ejemplo de la retórica italiana, que sin ser invento de los humanistas, le imprimen un estilo nuevo de cuño clasicista. Lo mismo sucede en la epistolografía, continuidad del *ars dictaminis*, la elocuencia y la filosofía moral. La confrontación que comúnmente se subraya con los escolásticos durante el período de auge del humanismo, vendría a ser una forma de la batalla de las artes, ya que en esta perspectiva cronológica nombrada por el autor «pluralismo histórico», el escolasticismo italiano y el humanismo surgieron más o menos al mismo tiempo, hacia fines del siglo XIII; lo que significa que se desarrollaron de forma simultánea.[149]

Como probó Jacob Burckhardt en su afamado estudio *La cultura del Renacimiento en Italia*, la época renacentista estuvo acompañada de un florecimiento económico sin igual en la península itálica, principalmente en ciudades como Ferrara, primera urbanización moderna de Europa donde se planifican y construyen grandes barrios urbanos para una copiosa población metropolitana; Florencia, patria de la ciencia histórica en el sentido moderno, «la ciudad de la agitación constante, que nos ha dejado documentos, tanto

[149] P. O. Kristeller: *El pensamiento renacentista y sus fuentes. Op. cit*. p. 147. En otro lugar, el autor señala que «si queremos insistir en que no hubo rompimiento súbito entre la Edad Media y el Renacimiento, sino una especia de continuidad, también debemos entender que continuidad no es lo mismo que estabilidad, sino que implica una gran cantidad de cambio gradual y una innovación acumulativa.» Ver, P. O. Kristeller: *Ocho filósofos del Renacimiento italiano*. México, FCE, 1970, p. 191.

individuales como colectivos, de quienes durante tres siglos participaron en esa agitación», y, no menos importante, Venecia, «la ciudad del visible equilibrio y del silencio político».[150]

Con la recuperación de una *Economía*, peripatética en sus principios y de amplia circulación durante el siglo XV, Leonardo Bruni fue uno de los primeros en descubrir el vestigio cívico de Aristóteles que presentaba en los bienes materiales una herramienta necesaria de la *virtus* activa.[151] Si bien el común denominador fue una nueva sensibilidad que comenzó a prevalecer con relación al dinero y la felicidad terrena que proporcionaba, con la consecuente afirmación de la espontaneidad en la vida que se impuso sobre la beatitud eterna que prometen la fe y la virtud, el notable desarrollo económico de cada ciudad, articulado en las pujantes actividades portuarias, mercantiles y bancarias, perjudicó a la reiterada idea de unirse para formar una sola confederación. Sobre Venecia, Burckhardt escribe:

> Inexpugnable como ciudad, consideró siempre los asuntos exteriores con la más fría reflexión, ignorando casi la lucha entre los partidos que asolaban el resto de Italia. Sólo con fines transitorios concertó alianzas, y al más alto precio posible.[152]

La configuración política y la división entre Estados italianos permiten comprobar que no hubo gobierno que no hiciera todo lo que estuviera en sus manos para luchar contra otras

---

[150] Jacob Burckhardt: *La cultura del Renacimiento en Italia*. México, Porrúa, 1984, p. 34.

[151] «Con el fin de mantenerse al paso con el pensamiento del nuevo siglo, Bruni cita la *Ética a Nicómaco*, el hombre necesita de la prosperidad material «porque es un ser humano»; y, en su calidad de ciudadano, hace notar que la *virtus* requiere de la ayuda de los bienes materiales en la *civilis et negotiosa vita* y no puede prescindir de ellos incluso en la *vita contemplativa* puesto que hay numerosos recursos, como la salud y la alimentación, que todos necesitan». Ver, Hans Baron: *En busca del humanismo cívico florentino. Ensayo sobre el cambio del pensamiento medieval al moderno*. México, FCE, 1993, p. 197.

[152] Jacob Burckhardt: *Op. cit.* p. 37.

potencias vecinas. Los pactos, aunque sea alguna vez, con Mohamett II y otros sultanes turcos que lo relevaron en el poder, confirman que no eran inéditas ni raras las alianzas de príncipes cristianos con los líderes del imperio otomano. Para cuando Francisco I y Solimán II entablan sus acuerdos para frenar el dominio de Carlos V, muchos príncipes italianos, entre los que destaca Ludovico el Moro, ya habían recurrido a la misma alternativa política. Contrarias a Italia, las naciones de Francia y España se habían convertido en grandes potencias modernas que no habían de darse por satisfechas y lucharían a muerte por establecer una zona de influencia y una posesión estratégica de sus respectivos reinos en Italia.

De acuerdo con Lafaye, el preponderante refinamiento cultural del humanismo italiano estuvo en muchas ocasiones desligado del compromiso político; el carácter elitista y minoritario del movimiento se explica por la falta de masas alfabetizadas y el enorme poder de la Iglesia aún preeminente en la época.[153] Uno de los personajes que mejor representa el aspecto esmerado del humanismo es el conde Baldassare Castiglione, cuya vida estuvo marcada por los grandes cambios culturales. Nacido en 1478, estudió latín y griego con Demétrio Calcóndila, profesor en Milán y Florencia e impresor de Homero y Eurípides en las primeras versiones en griego que se hacían en Italia y, de Giorgio Merula, editor de los epigramas de Marcial y las comedias de Plauto. De la diplomacia aprendió todo al servicio de los Sforza, los Gonzaga y los Médici. En 1523, Julio de Médici, mecenas de Ginés de Sepúlveda durante esta etapa, ya nombrado papa con el nombre de Clemente VII, tomó a Castiglione como nuncio del Estado pontificio en España.

Castiglione desarrolló su temperamento en la corte de Urbino, entorno en el que se concentraban algunas de las personalidades más atractivas de toda una época, ideal para

[153] Jacques Lafaye: «El humanismo, revolución cultural», *Op. cit.* p. 11.

practicar el gozo de la conversación y el refinamiento de la conducta civil. La sola descripción del castillo de Urbino devela el alto valor que los humanistas daban a la historia y a su conservación, a través de piezas de gran estimación, que adicionalmente conferían prestigio a quienes las amasaban en colecciones personales:

> Este señor [Federico II de Montefeltro], demás de otras muchas cosas que hizo dinas de ser loadas, edificó en el áspero asiento de Urbino una casa, la más hermosa que en toda Italia se hallase, y así la forneció de toda cosa oportuna, que no casa, más ciudad parecía, y no solamente de aquello que ordinariamente se usa, como de vaxillas de plata, de aderezos de cámara, de tapicería muy rica, y de otras semejantes cosas, la proveyó; mas por mayor ornamento la ennobleció de infinitos bultos de los antiguos, de mármol y de bronzo, de pinturas singularísimas y de todas maneras de instrumentos de música, y en todo ello no se pudiera hallar cosa común, sino escogida y muy ecelente. Tras esto, con mucha costa y diligencia juntó un gran número de muy singulares y nuevos libros griegos, latinos y hebraicos, y guarneciolos todos de oro y de plata, considerando que ésta era la mayor ecelencia de todo su palacio.[154]

Al describir el perfil del erudito alemán Eduard Fuchs, Walter Benjamin reconocía la tenacidad de la que eran capaces los humanistas que se proponían nutrir sus colecciones con un sinfín de adquisiciones griegas en el umbral de la modernidad. A la pregunta general por las motivaciones que subyacen a una colección, Benjamin afirma en *Desembalo mi biblioteca* que «el instinto más profundo que subyace en el deseo que experimenta el coleccionista de adquirir nuevos objetos, y ésa es la razón por la que el coleccionista de libros antiguos se encuentra más cerca del origen de cualquier acto de coleccionar que el aficionado cuyo

[154] Baldassare Castiglione: *Op. cit.* pp. 74-75.

interés se centra en las reediciones para bibliófilos, es el de Renovar el mundo.»[155] El gusto por revivir el momento de haber sido adquirido, el deseo de poder ser legado, en suma, el destino del objeto que encuentra su sino en una colección son adicionales a la pulsión que Benjamin expresa en la intención de *renovar el mundo.* Para el humanista esta fórmula adquiere una dimensión que escapa a los anhelos puramente personales cuando le incorpora el adjetivo *antiguo*.

Castiglione atestigua en su relato que lo que se consideraba más valioso, de entre todas las maravillas contenidas en el palacio del conde de Urbino, eran los libros. Esta no era una predilección aislada: de acuerdo con Edward Wilson-Lee, en los cuatro mil volúmenes que sobrevivieron de los quince mil que llegó a reunir Hernando Colón en su biblioteca personal, apuntó dónde, cómo y por cuánto había sido adquirido cada uno de los libros, así como dónde y cuándo los leyó, si conocía o no a su autor e incluso la hora en la que los había comprado. En la Biblioteca Colombina, considerada la más grande del siglo XVI, existe un ejemplar de la *Cohortatio ad Carolum V* de Sepúlveda, en el que puede leerse lo siguiente: «Este libro me dio el autor del en Bolonia a 16 de enero de 1530». El último hijo de Cristóbal Colón no sólo coleccionó libros de todos los géneros sino que atesoró también folletos, música impresa, estampas y otros cientos de cosas.[156]

---

[155] Walter Benjamin: *Desembalo mi biblioteca. El arte de coleccionar*. Barcelona, José J. de Olañeta, 2012, p. 37. Para un sucinto, pero puntual seguimiento de la expansión del coleccionismo en México véase el ensayo de Carlos Monsiváis «La hora de las adquisiciones espirituales» incluido en *Rituales del caos*. México, Bolsillo Era, 2012, p. 232.

[156] Edward Wilson-Lee: *Memorial de los libros naufragados. Hernando Colón y la búsqueda de una biblioteca universal*. Madrid, Ariel, 2019. El hallazgo del libro de Sepúlveda anotado por Hernando Colón lo da Losada en *Juan Ginés de Sepúlveda a través de su «epistolario» y nuevos documentos. Op. cit.* pp. 359-360.

El coleccionismo contemporáneo en general, y la bibliofilia en particular, sobrevivieron como un aspecto humanista dada su utilidad y funcionalidad en la conservación de bibliotecas privadas. Los libros de pergamino, caligrafiados e iluminados a color, encuadernados con cuero repujado y con cierres de plata, eran objetos de empeño, de préstamo y hasta de alquiler para hacer copias.[157] Se sabe que en el siglo XV, el sistema de catalogación se perfeccionó gracias a la demanda de personajes relevantes en la vida pública de Italia: *condottieri*, banqueros, nobles y miembros importantes del clero acudían a los humanistas para que tradujeran, comentaran, imprimieran, encuadernaran u organizaran sus libros. Vespasiano da Bisticci alcanzó renombre después de que sistematizara el catálogo de la Biblioteca Laurenciana de Florencia, una de las más grandes de su tipo pagada por Cosme de Médici. Posteriormente, Da Bisticci también auxilió al papa Nicolás V en el arreglo de la que sería la Biblioteca Vaticana; en medio de la construcción de la Basílica de San Pedro, se las tenía que ver con el transporte apropiado de los volúmenes.

La publicación de *Il libro del Cortegiano* en 1528, en la imprenta de Aldo Manucio, tuvo repercusiones en las cortes europeas que la leyeron como el manual más actualizado de etiqueta. La versión castellana apareció seis años después bajo la traducción de Juan Boscán quien, por instancia de Garcilaso de la Vega, acató la tarea de ofrecer a los españoles una interpretación fiel y moderna del libro. Los traductores humanistas, igual que cancilleres y maestros, sucesores profesionales de los dictadores, son herederos de los traductores medievales. Por lo tanto, aunque sí traducen bajo nuevos criterios, no los desprecian del todo. Refiriéndose a su propio trabajo, Boscán escribe: «Yo no terné fin en la traducción deste libro

---

[157] Jacques Lafaye: *Albores de la imprenta. El libro en España y Portugal y sus posesiones de ultramar (siglos XV y XVI)*. México, FCE, 2004, p. 63.

a ser tan estrecho que me apriete a sacalle palabra por palabra, antes, si alguna cosa en él se ofreciere, que en su lengua parezca bien y en la nuestra mal, no dexaré de mudalla o de callarla».

El resultado, en la opinión de Garcilaso, es que,

> diose Boscán en esto tan buena maña, que cada vez que me pongo a leer este su libro, no me parece que le hay escrito en otra lengua. […] Guardó una cosa en la lengua castellana que muy pocos la han alcanzado, que fue huir de afetación sin dar consigo en ninguna sequedad, y con gran limpieza de estilo usó de términos muy cortesanos y muy admitidos de los buenos oídos, y no nuevos ni al parecer desusados de la gente. Fue, demás desto, muy fiel tradutor, porque no se ató al rigor de la letra, como hacen algunos, sino a la verdad de las sentencias.[158]

El nuevo modelo humanista de traducciones iniciado por Manuel Crisoloras que ostenta como principio desentenderse del método previo de seguir palabra por palabra, tiene eco también en el Aristóteles que Bruni, en un primer momento, y Sepúlveda después traducen. Su intervención adquiere trascendencia por ser mediadora en el debate que el primero mantiene con Alonso de Cartagena precisamente por la correcta traducción de Aristóteles, que en resumen se plantea la pregunta ¿quién está autorizado para interpretar? Frente a las engorrosas versiones medievales, Bruni traduce la *Ética* de Aristóteles a un latín que quiere ser ciceroniano, cosa que para Cartagena supone traicionar el carácter filosófico de la obra aristotélica, ya que a sus ojos es mejor la fidelidad conceptual que el buen uso del idioma, convirtiendo al Filósofo en un orador.[159]

---

[158] Baldassare Castiglione: *Op. cit*. p. 55.

[159] Salvador Mas Torres: «Elementos clásicos en el pensamiento político de Juan Ginés de Sepúlveda», en *Gerión. Revista de Historia Antigua*, núm. 37, 2019, p. 429.

Sepúlveda conjuga lo mejor de ambas tradiciones: quiere conseguir un estilo ciceroniano, pero lejos de enfrascarse solo en eso, emplea todo su conocimiento filosófico para darle exactitud conceptual a sus versiones. En una carta dirigida a Julio de Médici, aparecida en la dedicatoria de su interpretación del *Parvi Naturales*, establece tres etapas de las traducciones latinas de Aristóteles, donde él se ve a sí mismo como heredero de Marsilio Ficino, quien había estudiado medicina en Bolonia, convirtiéndose luego en traductor de algunos de los *Diálogos* de Platón, y Argirópulo, al mismo tiempo que precursor de la nueva, más moderada y actual etapa:

> Aquella antigua traducción palabra por palabra que usaban los filósofos latinos que habían sumergido los entendimientos en tantos errores que los expositores explicaban casi todo erróneamente y el resto más bien obtenía por adivinación. […] Tales dificultades Argirópulo las solventó en buena parte bajo los auspicios de tus predecesores, es justo que yo te ofrezca lo omitido por él y traducido por mí […] ni palabra por palabra, en aras de una insoportable fidelidad, ni tampoco como si fuera una paráfrasis, ampliar los conceptos abreviados o podar los demasiado extensos.[160]

El debate abordado en *El Cortesano* acerca del uso hablado y escrito del toscano y otras lenguas locales italianas, fue heredado por Dante y su *De vulgari eloquentia*, que buscaba cimentar una lengua italiana de cualidades poéticas capaz de igualar en belleza y eficacia a

[160] Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. O. C. t. IX, v. I. Op. cit*. pp. 9-10. Décadas atrás, Nebrija emparentaba la lengua latina a las edades de la vida en la *Introductiones latinae*: la infancia comprendería de Enio a los Escipiones; la espléndida juventud que abarcó doscientos cincuenta años, de Cicerón a Quintiliano y de Catulo a Estacio; tras Hadriano, sufrió cuatro siglos y medio de vejez, donde hubo pocos autores que pueden tolerarse. De este modo, como Sepúlveda, Nebrija se somete él mismo y el desvelo de sus trabajos a la historicidad. En la historia funda el método y los objetivos: vuelta a los clásicos y retoño del latín.

la literatura latina. En la propia dedicatoria al cardenal Miguel de Silva, Castiglione dice no tener en buena regla que la lengua vulgar sea mejor cuanto más se parece a la latina, ni por qué razón a una costumbre de hablar se deba dar mayor autoridad que a otra. En consonancia con la búsqueda humanista de un canon pedagógico, los tertulianos que se reúnen en la corte de Urbino, en la voz de Federico de Montefeltro, concuerdan en

> […] escoger un autor entre los otros a quien siga, el cual sea aprobado por consentimiento de todos. Éste ha de ser la guía y el escudo contra los reprehensores. Y si me preguntáis quién querría yo que fuese, deciros que el Petrarca (en lengua vulgar digo) o el Bocacio, y quien déstos se aparte andará a tiento como si caminase a escuras.[161]

Fernández de Oviedo, que como se sabe no era ningún experto latinista aunque, cabe mencionar, que entre sus capacidades tenía una caligrafía exquisita, tuvo una modesta faceta como traductor al realizar un traspaso del toscano al español del relato *Corbaccio* o *Laberinto d'Amore* de Boccaccio, además de un pequeño manual de piedad intitulado *Regule de la vita spirituale et secreta theologia* de Mantua Pietro Da Lucca.[162] La conclusión principal de este último insistía en cómo con una cierta y breve manera de hacer oración, el cristiano podía

---

[161] Baldassare Castiglione: *Op. cit*. p. 125.

[162] En cuanto a las aptitudes manuales y caligráficas de Oviedo, Bautista de Avalle-Arce alude que «Lo más inmediato de elogiar es la letra de todo el códice [se refiere al manuscrito de *Batallas y quinquagenas*], en la preciosa mano de Oviedo, calígrafo profesional o poco menos, que denuncia un temperamento artístico del que, por suerte, tenemos varias muestras. La más conocida es la serie de ilustraciones con que el propio cronista enriqueció el texto de su *Historia general y natural de las Indias*. […] Sabemos también que su incontenible talento artístico halló otra forma de expresarse, y fue en el arte de cortar figuritas de papel, que le llevaron a expresiones de vanidosa ufanía. Bien es cierto que la destreza de este arte provocó la admiración de Leonardo da Vinci, nada menos.» Ver, Gonzalo Fernández de Oviedo: *Batallas y quinquagenas. Op. cit*. p. 17.

por sí mismo, sin autoridad papal, adquirir el verdadero jubileo e indulgencia plenaria. Con ello, se buscaba denotar la escasa credibilidad en las bulas papales.

Contracorriente de los que piensan que la marginal traducción de Oviedo «no deja de ser una curiosidad que un hombre como él haya puesto los ojos en un manualito de piedad sumamente tradicional y que a los erasmistas militantes debe haberles parecido bastante ñoño y anticuado»[163], José Luis Egío sostiene que con ella el cronista intentó y logró filtrar varios puntos característicos de la sensibilidad religiosa erasmista en una época muy complicada para los seguidores de esta corriente en el reino de España. Rescatando del olvido el tratado de un autor algo anterior a Erasmo y mucho menos conocido para los lectores peninsulares, como era Da Lucca, Oviedo lograba difundir mensajes erasmistas, afines a los de Bernardino Pérez de Chinchón y Pedro Mexia, sin levantar las sospechas de la Inquisición.[164] Recordemos que este magisterio confinó desde 1536 a los índices de censura el *corpus* erasmista.

Otros parentescos adicionales que comparten Castiglione y Sepúlveda son la antipatía que sienten precisamente por Erasmo, en especial por su posición respecto a la guerra y la paz en el seno de los reinos cristianos; la forma dialógica en la que ambos deciden exponer sus ideas para enfatizar los contrapuntos, uno, sobre la correcta expresividad lingüística y otras cualidades que debe tener el buen cortesano y, el otro, para desanudar puntos de vista contrarios. Mientras, en el ámbito político, Castiglione, como Sepúlveda, ve con buenos ojos la gestión de Carlos V en Italia en su combate a los franceses. Pese a esta

---

[163] Antonello Gerbi: *La naturaleza de las Indias nuevas.* México, FCE, 1978, p. 190.

[164] Miguel-Anxo Pena e Inmaculada Delgado (Coords.): *Humanismo cristiano y reforma protestante (1517-2017)*. Salamanca, UPSA, 2018, p. 293.

demostrada simpatía, su lealtad al papa es inexpugnable, como lo demuestra la enérgica condena del Saco de Roma que lo lleva a una ríspida confrontación con Alfonso de Valdés, a propósito de la relación de hechos que este estaba divulgando en sus obras.

En efecto, en *Diálogo de Lactancio y el Arcediano*, o también *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, Valdés achaca a un manifiesto juicio de Dios el castigo de la ciudad de Roma por separarse del credo cristiano viviendo en la idolatría y el vicio permanentes. Critica el papel de los consejeros del papa en la confrontación coyuntural con Francia, ya que según ciertos informes anónimos, estos lo habrían asesorado para incitar a Francisco I a romper su palabra, luego de haber estado preso en España, para atacar otra vez a Carlos V. La liga convocada por Clemente VII buscaría así restituir el ducado de Milán a los Sforza y menguar el poder del emperador en Italia. De este modo responsabiliza por dos vías a los consejeros del pontífice, y a él mismo, al tiempo que exonera de culpas a Carlos V por los penosos acontecimientos sucedidos en Roma: uno, por azuzar a la guerra contra el emperador y, dos, por saltarse las funciones esenciales de su encargo. En la generalidad, como fiel erasmista, al decir que es obligado limitar las funciones del papa al ejercicio espiritual y condenar la guerra, Valdés sigue la doctrina expuesta por Erasmo en los *Coloquios*.

El resumen de hechos lo expone al comienzo del libelo antirromano que propaga la versión española del histórico saco:

> Luego que el Rey [Francisco I] fue suelto, comenzó el Papa procurar hacer nueva liga con el Rey contra el Emperador, sin haberle dado causa alguna para ello, y esto a tiempo que los turcos con un poderoso ejército comenzaron a entrar por el reino de Hungría. Estaban los enemigos a la puerta y él revolvía nueva guerra en casa. […] Después su Majestad fue informado por sus capitanes que el Duque [Francisco Sforza] había entendido y sido parte en la liga que el Papa y los otros potentados de Italia hicieron contra él, y pues en ello había crimen *laesae maiestatis*, era razón

> que, como rebelde y desagradecido [ya que Carlos V lo había asignado conciliadoramente tiempo atrás como duque] fuese privado de su Estado.[165]

Ángel Crespo señala, en el prólogo de *El Cortesano*, que Castiglione fue a pedir personalmente a Carlos V que incautara y quemara todas las copias del *Diálogo* de Valdés; este último al enterarse dirigió una carta al mismo Castiglione en la que reconocía haberse excedido un poco al juzgar a su santidad, y que por servirlo estaba dispuesto a enmendarlo, no así la tesis de la culpa que pesaba sobre sus ministros y consejeros. La *risposta* del nuncio por escrito no se hizo esperar, en ella denunciaba a los hermanos Valdés de tener antecedentes familiares judaicos y, entre otras cosas, llamaba a Alfonso «furia infernal», «imprudente» y «sacrílego».[166]

Bataillon agrega que al ver que el emperador no ordenaba el retiro de la obra de Valdés, Castiglione lo llevó ante el Inquisidor General para pedir su pena de fuego, ya que en sus palabras, el diálogo era vehículo de las ideas luteranas. El juez Alonso Manrique contestó que escribir contra las costumbres del papa y del clero no era motivo suficiente para iniciar con el tradicional proceso de herejía y con eso clausuró la disputa. De paso, Bataillon apunta pertinentemente que «la experiencia política de Sepúlveda, lo mismo que su orientación espiritual, era completamente opuesta a la de un Alfonso de Valdés. Él ha vivido

---

[165] Alfonso de Valdés: *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*. Menorca, textos.info, 2016, pp. 21-22. La versión hispana contenida en el *Diálogo* se popularizó llegando a las calles en la forma de un romance que cantaba: «La gran soberbia de Roma, hora España la refrena: por la culpa del pastor, el ganado se condena».

[166] Baldassare Castiglione: *Op. cit*. p. 22.

el duelo entre Carlos V y Clemente VII no como imperial, sino como romano. […] No comparte ni el pacifismo de Erasmo ni el mesianismo de los imperiales.»[167]

Como rememora en *Historia de Carlos V*, la noche del 6 de mayo de 1527, Sepúlveda se guareció a través de una galería subterránea de las huestes imperiales con los mismos protagonistas de la historia: el papa Clemente VII y su delegación oficial, entre los que iba Alberto Pío y el mercenario Renzo da Ceri, encargado de defender la ciudad, de quien en aquel momento se apoderó el pánico, el miedo y la desesperación, en el Castillo de Sant'Angelo. El cordobés se lamenta con amargura que «ese mismo día, el cardenal Francisco Orsini, que por encargo del pontífice alistaba y disponía la guarnición, me obligó a abandonar el castillo por el mero hecho de ser yo español.»[168]

Si eso podemos decir de Roma, de Florencia hay otros tantos aspectos oportunos: desde la llegada en 1396 del embajador de Bizancio, Crisoloras, para ocupar la cátedra de griego en la Universidad de Florencia, esta se vuelve epicentro del humanismo. A su arribo a la ciudad, Crisoloras tomó a Bruni a su cargo, antes, había sido preceptor de Guarino Veronese quien, a su vez se hizo maestro de Manucio en Ferrara. Este es un momento crítico para el impulso del humanismo, ya que estimuló el advenimiento a Italia de otros maestros bizantinos que se formaron detrás de él; es el caso de Gemistos Plethon, «quien según el propio informe de Ficino dio a Cosimo de Medici la idea de fundar una Academia Platónica

---

[167] Marcel Bataillon: *Op. cit.* p. 409. Aun cuando Sepúlveda estuvo relacionado con la corte de Clemente VII, quien apreciaba su trabajo de traductor desde que era cardenal, no hay rastros de que asintiera su política contra Carlos V. Ninguna de las dedicatorias de sus obras, muestra una defensa de las posturas antiimperialistas del séquito pontificio.

[168] Juan Ginés de Sepúlveda: *Historia de Carlos V (Libros VI-X). O. C. t. II.* Salamanca, Ayuntamiento de Pozoblanco, 1996, p. 39.

en Florencia, idea que había de realizar muchos años después el mismo Marsilio Ficino.»[169] Otro, es el regreso de Francisco Filelfo de Constantinopla a Venecia y luego a Florencia con ingentes materiales clásicos recogidos a través de los años. En la segunda ciudad impartió cátedras de Homero y Tucídides y tradujo a otros tantos autores antiguos.

Por otra parte, en Venecia se estableció el fondo Bessarión de códices griegos y latinos, principio de la Biblioteca marciana creada en 1515. Su primer director fue Andre Navagero, íntimo amigo de Castiglione, el cual siendo embajador en España entró en contacto con Boscán y Garcilaso a los que inició en el petrarquismo desatando en la poesía española la revolución de la métrica italianizante. Si el helenismo revivió en Florencia, en Venecia seguidamente se afianzó. Alberto Pío, príncipe de Carpi, decidió respaldar económicamente el proyecto de Manucio de crear una imprenta para publicar clásicos griegos. En la dedicatoria de la *Lógica* de Aristóteles, este le promete al mecenas editar las obras completas del Filósofo y las de sus comentaristas. La motivación de publicar a los clásicos en su idioma original es declarada en una carta a Catalina Pía que recoge Lafaye: «¿Cómo alguien que ignorara el griego pudiera imitar a los autores griegos, que han sido los más eminentes en todas las ramas del saber, y a los que, como se sabe, la lengua latina está endeudada de todo lo bueno que tiene?»[170]

---

[169] P. O. Kristeller: *Ocho filósofos del Renacimiento italiano. Op. cit*. p. 59. Más que una escuela establecida, se sabe que la Academia florentina era un círculo de amigos informalmente organizado que incluso participaba de actividades lúdicas, como eran las celebraciones del natalicio de Platón, con banquetes en los que cada participante daba un discurso filosófico.

[170] Jacques Lafaye: *Por amor al griego. Op. cit.* p. 62. Coincidentemente, esta Catalina a quien Manucio dirige la epístola, fue familiar de Emilia Pía, esposa de Antonio de Montefeltro, a quien retrató Rafael y hace de moderadora en los debates y tertulias de *El Cortesano*. Como se puede apreciar, el círculo social de la élite culta italiana era muy estrecho.

b) Humanismo nórdico

Conforme a Xirau, el humanismo nórdico, segunda corriente que enlista, nutrió la Reforma protestante, ya que se encontraba vinculado a ciertos ideales de Lutero que por la brevedad del ensayo no alcanza a exponer totalmente. Una de sus principales características es que niega el racionalismo pagano, sello característico de los italianos, en conjunción con la doctrina cristiana. Xirau no toma en cuenta que los antecedentes del protestantismo, como apunta Quentin Skinner, se encuentran ya en tradiciones profundamente arraigadas del medievo tardío. Skinner se refiere a la relación entre el hombre y Dios propuestas por dos corrientes religiosas, la *devotio* moderna y la *via* moderna, que atendieron dos problemas específicos: el entendimiento de Dios por el hombre y la relación entre el mérito y la salvación. Incluso más, la idea misma de la Iglesia como autoridad jurisdiccional, proveniente de movimientos como el lolardo y el husita del siglo XIV, que exigieron un cristianismo más sencillo y apostólico.

El ataque a los abusos clericales, especialmente el uso de indulgencias, característicos del luteranismo, fue un punto totalmente convenido en la visión de profesores educados en el humanismo que tenía como núcleo pedagógico el aprendizaje del hebreo, el griego y el latín, además del desarrollo de una conciencia nueva de la función de las traducciones. La incorporación en Alemania de personajes como Beatus Rhenanus, Philipp Melanchthon, Wolgang Capitol, y en Inglaterra de William Tyndale y John Cheke, ayudó a fortalecer los fundamentos intelectuales de la Reforma, desempeñando así un papel clave en la difusión de su influencia. Simultáneamente, esto trajo que, dado su grado de

involucramiento, poco tiempo después del rompimiento definitivo de Lutero con la Iglesia muchos hombres destacados se vieran obligados a seguirlo.[171]

Al igual que Rhenanus, alumno de Johann Kühn, helenista educado con Marco Musuru en Padua que llevó la enseñanza de griego a Basilea, y cuya gran biblioteca tiene una importante colección de manuscritos antiguos conservada en Sélestat, interesa el caso de Melanchthon porque fue el mayor organizador de la enseñanza superior alemana. Con su cátedra de griego, convertiría la universidad de Wittenberg en centro humanista; ahí mismo, Lutero fue uno de sus colegas y discípulos, y bajo su sutil presión emprendió la traducción de la primera Biblia al alemán. Pilar Pena Búa, llama la atención al decir que ambos reformistas tienen temperamentos opuestos: pese a ser alegre y divertido, Lutero tiende a la ira, es determinado y tenaz, mientras que Melanchthon posee una mente clara y tranquila, es sobrio en expresiones, paciente y trabajador.

> Melanchthon fue quien transfirió los ideales humanistas a la Reforma: los reformadores tenían puestas grandes esperanzas en el poder de la educación para dirigir el pensamiento y moldear el comportamiento. El celo reformador y el poder político se unieron a favor de un programa educativo que armonizase rectitud evangélica y cívica. […] Melanchthon es, junto con Lutero, el creador del luteranismo; superó a Lutero como sistemático y autor de las confesiones luteranas. Si aceptamos la imagen tradicional, tendríamos que afirmar que quizá la reputación de Lutero como único reformador y fundador del luteranismo se deba sólo a su

[171] Quentin Skinner: *Los fundamentos del pensamiento político moderno. t. II. La Reforma*. México, FCE, 1993, p. 37.

> carácter inquebrantable y vivaz, mientras que Melanchthon poseía una naturaleza pausada y tranquila.[172]

Aunque actualmente se sobrevaloren sus diferencias, esto no impidió que se consideraran en el futuro imaginario protestante un dúo perdurable.

c) Humanismo erasmista

Al fin, en la sistematización presentada por Xirau, aparece la nombrada filosofía de Cristo o erasmismo, nutrida de las concepciones de Erasmo, aunque representadas por perspectivas mucho más variadas que estas. El erasmismo es una corriente política y liberal en esencias, por ello se mueve conflictivamente entre el protestantismo y el Renacimiento; en un orbe que se separa por tensiones internas, trata de continuar la tradición ecuménica cristiana en su unidad. En *El humanismo castellano del siglo XV*, publicado en la década de 1970, Ottavio Di Camillo retrocede un siglo para llamar la atención sobre la importancia, en la configuración posterior del erasmismo, que tuvo la relación de Petrarca con los españoles, a quienes pidió buscar manuscritos antiguos, así como el vínculo que estos mantuvieron, aparte de Italia, con la ciudad francesa de Aviñón, uno de los centros culturales más importantes del siglo XIV en Europa.

Entre los personajes prehumanistas españoles del siglo XV, Di Camillo enuncia a Pedro López de Ayala, en cuyas creencias hay matices que deben ser tenidos en cuenta en

[172] Miguel-Anxo Pena e Inmaculada Delgado (Coords.): *Humanismo cristiano y reforma protestante (1517-2017)*. *Op. cit.* p. 131.

relación al nacimiento del humanismo en España, así como a Alonso de Cartagena. Pese a este crucial precedente, según el autor, habrá que esperar dos décadas más para ver germinar en Castilla la creciente secularización de la vida y otras nociones vanguardistas del humanismo representadas por las ideas de Coluccio Salutati, en la persona de Villena, Cartagena, Mena, Pérez de Guzmán y Santillana.[173]

Ciertamente, no fue sencilla la lucha por integrar a los programas escolares de España, las perspectivas humanistas traídas de Italia de la mano de las propuestas de Valla: los clásicos no satisfacían la imagen del saber admitida y valorada por la sociedad española, se consideraban nocivos para las materias genuinamente respetables como la exégesis bíblica, el derecho y la filosofía moral y natural, en suma, los pilares curriculares de la Universidad de Salamanca. Con Nebrija, y su particular dedicación a los jóvenes para quienes compuso unas *Introductiones latinae*, por fin se establece y florece el Renacimiento en España. Mas el gramático no se quedó ahí, ya que «propone una revisión general de la cultura: armado con los *studia humanitatis*, rechaza globalmente la orientación medieval del saber que por no poseer debidamente el latín ha degradado todas las disciplinas. […] Nebrija asevera que en el conocimiento de la lengua está fundada *nuestra religión i república christiana*.»[174]

Apoyado en Xirau, Ambrosio Velasco amplía considerablemente su panorama:

> […] es importante aquí distinguir dos tradiciones humanistas coexistentes en el siglo XVI en España. Una, más vinculada al proyecto imperial y que proviene principalmente de Erasmo de Rótterdam, principal exponente del Renacimiento del

[173] Ottavio Di Camillo: *El humanismo castellano del siglo XV*. Valencia, J. Doménech, 1976, p. 31.

[174] Francisco Rico: *Nebrija frente a los bárbaros: Op. cit*. pp. 49-50.

> Norte y que tiene su principal influencia a través del Cardenal Cisneros y de la Universidad de Alcalá, […] El otro humanismo que se desarrolla en los territorios españoles tiene su centro en la Universidad de Salamanca, especialmente con Francisco de Vitoria y Domingo de Soto y posteriormente, ya en América con Alonso de la Veracruz, […] este es propiamente el humanismo iberoamericano.[175]

Desde la perspectiva de Velasco, el erasmismo está vinculado a las esferas del Estado y trabaja a su favor, en cambio, la corriente proveniente de la Escuela de Salamanca cultiva un espíritu abiertamente crítico. Podríamos representarnos esta aparente dicotomía en las figuras de Fernández de Oviedo y Bartolomé de Las Casas. Y, sin embargo, sería inadecuado plantear una segmentación radical, ya que la mayoría de los protagonistas de la revolución humanista en España, y fuera de ella, demuestran a lo largo de sus obras la intención de especular y actuar como librepensadores. En todo caso, la idea de la existencia de dos corrientes distanciadas por sus compromisos gubernamentales, revela lo heterogéneo que era el humanismo en sí mismo, llegando a tener entre sus adeptos a funcionarios, profesores, clérigos y, demás actores sociales, de variadas visiones filosóficas y políticas.

La planeación urbanística de Alcalá de Henares, ciudad pretendidamente solo de vida universitaria que sirviera de modelo a otras, el programa escolar que simulaba el *modus parisiensis* de las tres vías: nominalista, escotista y tomista, el eje de la impartición de las tres lenguas: hebreo, griego y latín, más la donación de una gran biblioteca, alcanzarían el esplendor de su sentido cultural con la publicación de la Biblia políglota complutense llevada a cabo por el cardenal Jiménez de Cisneros. Aunque Nebrija acaba desmarcándose del proyecto por diferencias formales, participó en él ofreciendo el hipotético «servicio al

[175] Ambrosio Velasco: *Op. cit.* p. 11.

imperio». En *El lado más oscuro del Renacimiento*, Walter Mignolo indica que una de las características de la obra de Nebrija es su llamado a un pacto entre las letras y las armas, justo cuando el reino de Castilla estaba convirtiéndose en un Estado moderno guiado por letrados, algunos de ellos traídos a la corte hispánica desde Italia. Por ejemplo, Pedro Mártir de Anglería y Lucio Marineo Sículo.

> Como humanista [Nebrija] sabía que el poder de una lengua unificada a través de su gramática yacía en que se enseñara a los bárbaros así como las lenguas bárbaras podían ser controladas escribiendo sus gramáticas. […] Valla notó que la reconstrucción de un imperio no se podría lograr, únicamente, por medio de las armas; en cambio, quería lograr sus objetivos por medio de las letras. Al contrastar el latín de sus antepasados con la expansión del Imperio Romano y al subrayar la fuerza de la lengua como una fuerza unificadora sobre las conquistas políticas y geográficas, Valla previó la recuperación romana de su poder perdido y, como consecuencia, predijo una Italia unificada que jugaría un papel central en el futuro de las nuevas naciones emergentes.[176]

El programa para salvar a la Roma cristiana del analfabetismo lingüístico y cultural, delineado por Valla en las *Elegantiae linguae latinae*, igual que el de Nebrija para expandir y fortalecer al imperio español, se basaban en una singular filosofía del lenguaje cuya raíz se encuentra en San Agustín; más específicamente, conforme a Mignolo, en la mezcla de las tradiciones platónicas y cristianas aplicadas para justificar la necesidad de un lenguaje unificado que contrarrestara la pluralidad de idiomas después de Babel. Nebrija debió tener en mente el destino de Castilla luego de la reconquista de Andalucía y, tal vez, en consonancia con el monarca Fernando el Católico, anticipaba que los reinos aumentarían su dominio en

---

[176] Walter D. Mignolo: *El lado más oscuro del Renacimiento. Alfabetización, territorialidad y colonización.* Colombia, Universidad del Cauca, 2016, pp. 76-77.

el Mediterráneo y el norte de Europa. En la dedicatoria de la *Gramática sobre la lengua castellana* «Ala mui alta i assí esclarecida princesa doña Isabel, la tercera deste nombre, reina i señora natural de España i las islas de nuestro mar», escribió:

> […] acordé ante todas las otras cosas reduzir en artificio este nuestro lenguaje castellano, para que lo que agora i de aquí adelante enél se escriviere pueda quedar en un tenor i estender se en toda la duración delos tiempos que están por venir, como vemos que se a hecho enla lengua griega i latina, las cuales, por aver estado debaxo del arte, aun que sobre ellas an passado muchos siglos, toda vía quedan en una uniformidad. […] El tercer provecho deste mi trabajo puede ser aquel que, […] después que Vuestra Alteza metiesse debaxo de su iugo muchos pueblos bárbaros i naciones de peregrinas lenguas, i conel vencimiento aquéllos ternían necessidad de recebir las leies aquel vencedor pone al vencido i con ellas nuestra lengua, entonces por esta mi Arte podrían venir enel conocimiento della, como agora nos otros deprendemos el arte della gramática latina para deprender el latín.[177]

El cardenal Cisneros estudió en el Colegio Mayor de San Bartolomé de Salamanca, fundado en 1401 por Diego de Anaya y Maldonado, inspirado en el de San Clemente de los Españoles de Bolonia. La Universidad de Salamanca en ese momento es una de las encrucijadas culturales más importantes del mundo; la importancia de sus debates, proyecciones y confluencias, alcanza a los continentes de Europa y América, especialmente, a las nuevas sedes educativas en los reinos de México y el Perú. Es así, porque pese a tener a la teología como la razón de mayor peso, no deja de lado una vocación práctica que abraza las preocupaciones sociopolíticas del momento. La Escuela de Salamanca no tendría, por otro lado, el impacto que llegó a tener si no fuera por el poder que enviste el conjunto del orbe

[177] Antonio de Nebrija: *Gramática sobre la lengua castellana*. México, Academia Mexicana de la Lengua, 2014, pp. 9-10.

católico de entonces. De una primera etapa, alumnos y profesores destacados fueron Alfonso de Madrigal, el Tostado, a quien Fernández de Oviedo cita constantemente en la *Historia general y natural de las Indias*, y Sánchez de Arévalo, que aplicó de modo inédito fórmulas clásicas a la historia de España en *Compendiosa historia hispánica*. Mientras, de una segunda etapa, sobresalen los profesores Francisco de Vitoria, Domingo de Soto y Melchor Cano.

Por otro lado, ¿se puede afirmar que el humanismo erasmista contribuyó filosóficamente en los genocidios españoles en América? Lejos de ser fenómenos pretendidamente absolutos, el Renacimiento y el humanismo, en general, fueron movimientos provincianos y etnocéntricos que, con la cadena de conquistas sucedidas, vieron su posible expansión montada ideológicamente sobre el universalismo abstracto de la Iglesia católica. Únicamente en el despliegue de un sistema pedagógico y religioso para hispanizar a los sujetos coloniales, subordinando en el camino las epistemologías nativas, puesto que el «otro» era evaluado como una amenaza potencial a la propia integridad, el humanismo fue un instrumento decisivo. Desde temprana época, hay registro del envío de ejemplares de obras de Nebrija a América, «el humanista vino de España detrás de los conquistadores.»[178]

Dada una superior base material, y movidos por la confirmación de su poder más que por la curiosidad y el interés, al edificar su periferia en América, los conquistadores convierten a Europa en centro. Y, sin embargo, al imponer como modelo inmejorable una cultura y una visión del mundo, crean a su vez los principios de un nuevo humanismo americano de temperamento anticolonial. De esta manera, los «excesos» del Renacimiento, con la implícita construcción de una jerarquía ontológica basada exclusivamente en la epistemología clasicista, despiertan una conciencia filosófica apegada al método humanista,

[178] Antonio de Nebrija: *Op. cit*. p. XXXV.

pero en contra de las pretensiones imperiales, en figuras como Antón de Montesinos, Alonso de la Veracruz y el padre Las Casas, en crónicas como la de Bernal Díaz del Castillo, quien se sirvió del contacto con los tlaxcaltecas para reproducir parte de su versión dentro del pacto colonial español y en instituciones donde se formaba la élite novohispana, como fue el Colegio franciscano de la Santa Cruz de Tlatelolco.

Ya que hay contra discursos yuxtapuestos, así como la cultura dominante no alcanzó a volverse homogénea, la conquista no fue totalizante ni un hecho consumado. La lucha permanente de los signos, impiden hablar de una anexión completa a la civilización occidental. El objetivo físico y simbólico de integración, me permite proponer la categoría de *asimilación negativa*, bajo los pilares humanistas de un hipotético *homo universalis* que embiste la fórmula general *homini dignitates*, expresado en la educación que busca desterrar la *feritas* que manifiesta el obrar del bárbaro para conducirlo a la *divinitas* de su naturaleza oculta. La asimilación negativa, desarrollada en el capítulo 4.1. *Demócrates Segundo* a la luz de la formación humanista, se enunciaría como la intención de incorporar a las culturas periféricas al gran flujo de la «historia universal», con la condición previa de que tales culturas sean negadas; de modo que lo que se asimila es la forma domesticada, transformada por la dialéctica colonial, de lo diferente, forzado a la similitud, a lo mismo.

*

Hay varias hipótesis respecto a las motivaciones que dieron origen al humanismo; tradicionalmente se ha señalado la caída de Constantinopla y el éxodo a Italia de sabios helenistas bizantinos. En *Introducción al humanismo renacentista*, Nicholas Mann también destaca la convicción de que la crisis eclesiástica, el cataclismo que provocó la peste negra y la convulsión social, permitieron que cobrara fuerza la idea de que todo estaba empeorando

en el «Viejo Continente» y que, por esa razón, había que volver a mirar a los modelos de la Antigüedad principalmente a través de los ojos de la historia y la filología.[179] No hay duda de que el Renacimiento y el humanismo se hermanan en la intención de revivir algo que consideraban apagado por la «oscuridad» de un periodo que, desde su lugar, valoraron como intermedio.

En la esfera estrictamente académica, Kristeller resume las numerosas aportaciones de los humanistas del siguiente modo:

> Al examinar las fuentes antiguas desarrollaron las técnicas de la crítica histórica y textual; estudiaron y restauraron la ortografía, gramática, estilo y prosodia del latín clásico; extendieron el conocimiento de la historia y mitología antiguas; y desarrollaron disciplinas auxiliares tales como la arqueología y epigrafía. También introdujeron la escritura humanista, base de nuestras actuales letras manuscritas y de imprenta, imitando la minúscula carolingia […]. En el campo de los estudios griegos, los humanistas se convirtieron en herederos de los sabios bizantinos, y fueron los responsables de la introducción del saber griego en la Europa Occidental.[180]

Pese a sus numerosas virtudes culturales, el humanismo nunca pretendió ser democrático; su sentido elitista y minoritario estaba conjugado en las condiciones históricas de la época en la que se desarrolló. En este sentido, «no fue un fenómeno de masas, por dos razones: no había masas alfabetizadas en la Europa de aquel tiempo, y el poder de la Iglesia era preeminente pues la fe popular estaba muy arraigada».[181] Pese a multiplicar por centenares las copias de

---

[179] Jill Kraye (Ed.): *Introducción al humanismo renacentista*. Madrid, Cambridge University Press, 1998, p. 37.

[180] P. O. Kristeller: *Ocho filósofos del Renacimiento italiano. Op. cit.* p. 36.

[181] Jacques Lafaye: «El humanismo, revolución cultural». *Op. cit.* p. 10.

textos, y a cambiar en consecuencia las condiciones del mercado, la imprenta no hizo el libro tan barato como para estar al alcance de todos. Fue a partir de los años cuarenta del siglo XVI, que la tirada editorial permitió la existencia de un verdadero mercado europeo, y el libro pasó de ser una auténtica «joya» a un objeto «semiprecioso». En aquel decenio crecieron las grandes bibliotecas, que rebasaban los mil volúmenes, como la de los albornoces, íntimos amigos de Sepúlveda, Antonio Agustín, arzobispo de Tarragona, quien estableció la imprenta en su diócesis, y la de Honorato Juan, obispo de Osma.[182]

A pesar del debate todavía inconcluso entre académicos e historiadores, la noción de humanismo parece poseer ciertas cualidades específicas que van a permitirme trabajar en esta etapa con una definición que se antoja suficiente para mi propósito. Este consiste en explorar líneas generales que lleven a construir un concepto crítico del humanismo renacentista boloñés y, al mismo tiempo, adecuado para centrar el interés primordial en la influencia que tuvo este movimiento en Fernández de Oviedo y Ginés de Sepúlveda, cronistas de Indias educados a su amparo. El primero, como cortesano en Nápoles, y el segundo, como estudiante en el Colegio de San Clemente en Bolonia. Bajo esta intención, sería equivocado no considerar provisional la idea de humanismo así como dejar de invocarla dada su irrenunciable importancia ulterior.

[182] Jacques Lafaye: *Albores de la imprenta. El libro en España y Portugal y sus posesiones de ultramar (siglos XV y XVI). Op. cit.* p. 64.

2.1. HUMANISMO RENACENTISTA BOLOÑÉS

La fisonomía cultural de Bolonia, ciudad en la que Juan Ginés de Sepúlveda adquiere una comprometida proclividad por el aristotelismo y otros estudios humanistas, no podía ser solo consecuencia de la reunión de algunos profesores de moda y de ambiciosas empresas editoriales encabezadas por Francesco Puteolano, sino de personajes y libros de toda Europa que participaron de una tradición rica y plural anclada al pasado inmediato del *Trecento.* Al humanismo boloñés lo define en gran medida la pujanza del *Alma Mater Studiorum* y demás instituciones escolares como fue el Real Colegio de San Clemente, por el cual, desde su fundación a mediados del siglo XIV, los españoles comenzaron a tener un rol significativo en la comunidad intelectual regional.

Depurada de pestes, amenazas y odios civiles, con el arribo al poder de Sante Bentivoglio, y después con su sucesor Giovanni II, Bolonia experimenta algunas décadas de estabilidad política resurgiendo como una nueva Roma. A ella le cantan Sabadino degli Arienti y también Antonio Urceo Codro, dos de los escritores locales más elocuentes del *Quattrocento,* quienes reseñaron «*le scene della vita vera e i personaggi di una Bologna reale, svelando tutto il fascino eterno di certo umanesimo, proprio nella dimensione in cui la letteratura si fa vita in un gioco di maschere allo specchio che si iterano e che continuano a dialogare.*»[183]

En el campo de la revolución humanista, Bolonia se comportó de un modo comparable al resto de las ciudades universitarias de Italia: el imperante empuje crítico

[183] Antonio Urceo Codro: *Sermones (I-IV).* Roma, Carocci, 2013, p. 46.

respecto a los viejos métodos y enfoques filológicos, historiográficos, jurídicos, entre otros, concurrió con la reactivación del aristotelismo en cenáculos de diversas procedencias y orientaciones sociointelectuales. Contrario a lo que pudiera pensarse, durante el Renacimiento la lectura de Aristóteles no era solo una ostentación erudita, pues casi cualquiera que tuviera un conocimiento superficial de las letras podía obtener el material bibliográfico adecuado para su aprendizaje.

Con base en la sofisticación formativa, Charles B. Schmitt subraya que habían tres tipos de lectores de Aristóteles vigentes durante aquella época: el primer sector carecía de una amplia instrucción, por lo que no estaba preparado para el estudio sistemático de la filosofía. Algunos podían leer algo de latín, pero su mayor fuente de conocimiento tenía su origen en la proliferación de expositores vernáculos. Un segundo grupo lo constituían estudiantes que tomaban lecciones con los profesores entendidos en la materia, a ellos estaba destinada la ingente cantidad de copias de diversas clases de manuales didácticos. Finalmente, teniendo en cuenta que la mayor parte de la literatura interpretativa se encontraba escrita en latín, estaban los especialistas que tenían como requisito el dominio de esta lengua e, incluso entre ellos, únicamente algunos podían darse el lujo de leer griego.[184]

Como Schmitt patentiza en *Aristóteles y el Renacimiento*, las obras aristotélicas fueron leídas en muchos contextos diferentes, por ejemplo, el de la corte y la escuela, la

[184] Charles B. Schmitt: *Aristóteles y el Renacimiento*. s/l, Universidad de León, 2004, p. 63. Como estudiante, Sepúlveda estaría ubicado entre el segundo y el tercer grupo, con la cualidad adicional de, aparte de conocer bien el latín, entender el griego mucho mejor de lo que el propio Pietro Pomponazzi llegó a hacerlo. En la *Antiapología en defensa de Alberto Pío, príncipe de Carpi, frente a Erasmo de Rotterdam*, sin embargo, Sepúlveda escribe de Pomponazzi: «mi profesor, sobresaliente por su conocimiento del latín y el griego».

academia de letras y la universidad, la casa de familia y el monasterio. Según correspondiera a cada uno de los rasgos del lector, maestro, cortesano, *condottiero* o monje, toda la sociedad instruida de entonces leía a Aristóteles. Por lo tanto, no era inusitado que entre personas de disímil bagaje sociocultural, se encontraran defensores ortodoxos del controvertible esencialismo jerárquico propio de la ontología aristotélica: Gaspar Pallavicino, personaje histórico conectado a una influyente familia de la provincia lombarda, pronuncia en muy buena lid filosófica un panegírico de la doctrina de la servidumbre natural y de la inferioridad de las mujeres respecto a los hombres considerados ciudadanos. Sin embargo, a los ojos de la mayoría de contertulios retratados en *El Cortesano*, las ideas de Pallavicino resultan anacrónicas al siglo en el que están en entredicho las perniciosas opiniones sobre las mujeres, así como una visión más limitada de la esclavitud por naturaleza. El privilegio de la réplica, delata que la autoridad de Aristóteles en ese momento histórico, tal vez desde Petrarca, ya no es incuestionable.

Aunque Aristóteles continuó siendo un referente ineludible de pensadores clave, la exégesis de sus obras durante el Renacimiento no fue meramente una continuación ciega de la de la Edad Media. Si para los humanistas, él representaba la verdad de la filosofía, resultaba claro el importante papel que debería jugar el material contextual para poner en evidencia el sentido correcto de sus palabras, es por ello que el enfoque humanista fue menos filosófico y más histórico que el escolástico: las nuevas *adnotationes* se vigorizaron mientras la *quaestio* sufría un repliegue. La versión de la *Ética* hecha por Bruni tuvo como criterio a la filosofía históricamente condicionada por el tiempo, el lugar y la cultura, luego, tales consideraciones debían ser tenidas en cuenta a la hora de interpretar textos de períodos anteriores. Esto no significó que el proyecto humanista fuera totalmente homogéneo, pues,

como el mismo Schmitt admite, dentro de los variados grupos peripatéticos hubo una gran diversidad de actitudes, métodos y vínculos con respecto al *Corpus Aristotelicum*.[185]

En Bolonia, Francesco Filelfo inauguró el interés filológico por las obras aristotélicas, personajes como Niccoló Perotti o el propio Urceo Codro, fueron entusiastas de sus traducciones y comentarios. Además de dar más valor a los textos griegos y romanos de los glosadores del Filósofo y de prestar mucha atención al análisis lingüístico de palabras y oraciones, el método humanista en el que Filelfo coincide, buscaba paralelos históricos preferentemente clásicos. Así, los humanistas ansiaban evitar las interferencias de la tradición medieval, en especial la que provenía de los árabes, en las interpretaciones que estos mismos ambicionaban «depurar».[186]

Así como las obras morales tuvieron un estímulo conciso para los circuitos humanistas, la *Política* de Aristóteles fue objeto de examen por aquellos que se inclinaron a admitir, justificar y desarrollar la idea de la política como una ciencia práctica, fundamentadora del poder, el Estado y los regímenes de gobierno. La interpretación de este manuscrito hecha por Sepúlveda, se sumó a la predilección humanista por traducirlo y comentarlo con el fin de proporcionar razones para hacer frente a otros estados con los que se competía por influencia y dominio territorial, asimismo, para conducir el señorío directo sobre los súbditos. Por entonces, la *Política* vio sus mejores exégesis bajo las apreciaciones de Guillermo de Moerbeke, Piero Vettori, Jorge de Trebisonda, Teodoro de Gaza y Ermolao Barbaro.

---

[185] *Ibid.* p. 26.

[186] José Luis Colomer y Amadeo Serra (Coord): *España y Bolonia, siete siglos de relaciones artísticas y culturales*. Madrid, CEEH, 2006, p. 79.

Con la intención de entregar más que una mera traducción, Sepúlveda trabajó en la *Política* durante su última etapa en Italia y la primera tras su retorno a España, es decir, de 1534 a 1545. Esmerado por cumplir con el encargo de Julio de Médici y transmitir una comprensión profesional del texto aristotélico, realizó comentarios con aclaraciones a los pasajes relevantes que, de acuerdo a su discernimiento, podrían presentar ciertas dificultades. Esta y otras características como la de dedicar el fruto de su quehacer a funcionarios públicos y demás personas vinculadas al servicio del Estado, ni «los más doctos filósofos y refinados en toda cultura, así tampoco para los más absolutamente ignorantes o tardos», o la elección de no dejar términos en griego al verter al latín, explican parte de cómo entendió Sepúlveda la *Política* desde las dimensiones filológica y filosófica.[187]

En lo que respecta a los preceptos teóricos de la traducción, Sepúlveda concilia los posicionamientos de Cartagena y Bruni al aspirar a la exactitud conceptual y el rigor filosófico en la reconstrucción de los argumentos sin ensimismarse, a pesar de querer alcanzar una expresividad ciceroniana, en la retórica y el estilo. En el proemio que hace de dedicatoria al príncipe Felipe, queda claro que lo más característico del esfuerzo

[187] Aristóteles: *Sobre la República-libro I, según la traducción latina y escolios de Juan Ginés de Sepúlveda*. *Op. cit*. Por tratarse de la fuente capital en la configuración de su pensamiento, con consecuencias decisivas pocos años después, el volumen despertó recientemente el interés del grupo de traducción de latín de la Universidad de los Andes, donde se reeditó siguiendo los ejemplares publicados en París (1548), Colonia (1601) y Madrid (1775). Esta última edición enmendada constata que Sepúlveda tenía por costumbre revisitar sus libros durante el avance de los años. Esto ratifica la percepción de que conforme iba madurando sus ideas, tanto en su papel de traductor como en el de autor, sus resultados investigativos se transforman. En este sentido, es significativa la copiosa cantidad de manuscritos de *Democrates secundus*.

interpretativo de Sepúlveda es la precisión y claridad de sus elecciones terminológicas, más el estilo elegante que difiere de las glosas medievales.

> Aristóteles deliberadamente hace ambiguas las oraciones que pueden tener varios sentidos, los cuales, si el intérprete redujera a uno, obraría ineptísimamente al eliminar la libertad de juzgar de los ingeniosos que no permanece sino cuando el traductor se ciñe a lo latino, pero no con bárbara fidelidad y cuando deja tan complicada la oración en latín como estaba en griego. Estas dificultades hacen que frecuentemente el intérprete no pueda ser aristotélico ni tampoco ciceroniano, aunque me parecería satisfactorio ser ciceroniano si lo que elaboré hubiera alcanzado esto, usar un discurso claro y perspicuo en este género de escribir, cuando lo permita el asunto.[188]

El ejercicio de traducir no es en absoluto inocente. Tal y como muestra una carta dirigida al reverendo Miguel de Arcos, con fecha del 2 de mayo de 1552, Sepúlveda aplaude y ahonda en la explicación correcta del significado que Aristóteles da a la locución *actio simpliciter*, esto es, «acciones en cierto sentido involuntarias». A lo largo de la disensión epistolar, referente a los grados de repercusión que alcanzan los pecados, ambos recurren a la autoridad del Filósofo, a quien leen con el particular interés de hacer compatible su saber con el credo cristiano.

> Los nuestros, los que cultivan la Filosofía cristiana, poco o nada se apartan de los peripatéticos, cuya cabeza es Aristóteles, en la exposición de los deberes, esto es, cuando disputa sobre las virtudes y sus vicios contrarios; porque unos y otros se proponen exponer el orden natural, que la ley Eterna ordena respetar.[189]

---

[188] *Ibid*. p. 30.

[189] Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. O. C. t. IX, v. II. Op. cit.* p. 291.

Resultado de una veneración de impronta formativa, Sepúlveda plasma los principios de la doctrina aristotélica en los libros que compone en el marco de tiempo que dedica a la traducción de un conjunto de tratados entre los que se encuentran *Parvia Naturalia*, *Meteorología*, *Ética* y *Política*. Era inevitable que esta familiaridad con el pensamiento de Aristóteles, no condicionara el carácter de su intervención en el debate coyuntural por América, al que es convocado por el presidente del Consejo de Indias, García de Loayza. En efecto, en 1545, mientras daba los últimos retoques a su versión de la *Política*, Sepúlveda ya se encontraba integrando las tesis que iban a dar volumen al *Democrates secundus*. La fuerza del influjo aristotélico en este escrito es mayúscula y se certifica por el uso del sistema filosófico expuesto en una modalidad textual incuestionablemente parecida.

Política	*Demócrates Segundo*
Por lo que sucede que el modo de adquirir recursos en la guerra también procede, de cierta manera, de la naturaleza. En efecto, parte de éste es la facultad de cazar, de la cual conviene servirse tanto frente a las betias como frente a aquellos hombres que, si bien han nacido para ser gobernados, se niegan a ello, en la convicción de que esa guerra es justa por naturaleza. [1256b]	Aquellos cuya condición natural es tal que deban obedecer a otros, si rehúsan su gobierno y no queda otro recurso, sean dominados por las armas; pues tal guerra es justa según opinión de los más eminentes filósofos. [p. 53]
En todo lo que está constituido por varias partes y que se desarrolla en algo único y común, tanto si es de elementos continuos o separados, en todo aparece lo dominante y lo que es dominado, y eso sucede en los	[…] siendo por naturaleza siervos, bárbaros, incultos e inhumanos, rechazan el gobierno de los más prudentes, poderosos y perfectos, el cual deben admitir para gran beneficio suyo, como es

seres animados como en la naturaleza toda. […] Del mismo modo es necesario que siceda entre todos los humans. Todos aquellos que se diferencian entre sí tanto como el alma del cuerpo y como el hombre del animal, se encuentran en la misma relación. [1254b]

justo por aquella justicia natural, según la cual deben estar sometidos la materia a la forma, el cuerpo al alma, el apetito a la razón, los brutos animales al hombre, es decir, lo perfecto a lo imperfecto, lo peor a lo mejor. [p. 102]

Puesto que al momento de presentarse en la Junta de Valladolid, Sepúlveda está embebido en el aristotelismo, este método, régimen conceptual y manera de filosofar, definen la perspectiva con la que aborda el problema americano. Una de las palabras centrales en su argumentación es la proveniente del griego *δούλος*, que en la transposición que realiza al latín decide mantener como *servus*, noción que en el vocabulario castellano de entonces tenía dos posibles equivalencias: *siervo* y *esclavo*. A propósito de este punto, Robert E. Quirk ha señalado que la causa de la supuesta incomprensión de la teoría de Sepúlveda se debe en parte a una desacertada o malintencionada interpretación de *natura servi*. Esta observación enfatiza la meticulosidad filológica que procuraba Sepúlveda en su rol de traductor y, por lo tanto, en la improbabilidad de tomarse a la ligera términos tan esenciales para su pensamiento.

Las consecuencias no son menores, ya que de interpretar *servus* en la acepción de esclavo (*slave*), pesaría sobre el nativo americano vencido el lastre jurídico de un mero instrumento de trabajo sin opción de convertirse en sujeto de derechos. En cambio, aun conservando un estatus social inferior al del resto de súbditos, como siervo (*serf*) cabría la posibilidad de ser integrado al Estado hispánico y a la comunidad de fe cristiana.

> *The serf was an integral part of Christian society, the lowest element, to be sure, but a person with status, with rights, duties and privileges [as a slave never was]. […] Far from recommending enslavement and destruction of the Indias, Sepúlveda in 1550 would transfer to the New World feudal institutions similar to those which governed societal relationships in medieval Europe.*[190]

Quirk reconstruye el camino seguido por la «malinterpretación» de los conceptos usados por Sepúlveda. Conforme a su análisis, la perpetuación del equívoco se gestó en su propio tiempo de la mano de las ideas divulgadas por Bartolomé de Las Casas, quien, al escribir en español y no en latín, descartó fácilmente la distinción entre esclavitud y servidumbre incluida en la voz *servi*: «*In refuting the imputation of natural servitude to his Indians, Las Casas always wrote of serfs by nature,* siervos a natura, *not* esclavos». En autores recientes, muy populares, se prescinde de la acepción de siervo, contemporánea al siglo XVI, distorsionando el significado original al que Sepúlveda presuntamente buscaba referirse. Por ejemplo, «*Where Las Casas wrote* siervos a natura *and [Lewis] Hanke "slaves by nature", the translator has made it* esclavos por naturaleza, *terminology never used in the discussion.*»[191]

---

[190] Robert E. Quirk: «Some Notes on a Controversial Controversy: Juan Ginés de Sepúlveda and Natural Servitude», en *The Hispanic American Historical Review*, núm. 3, 1954, pp. 360-363. En el prólogo de su versión de la *Política* de Aristóteles, Gómez Robledo exhibe su postura en torno al tema: «La igualdad entre todos los hombres, por más que sea un dato natural en cuanto que se sustenta en la pura naturaleza humana, no lo es en el sentido de su patencia o mostración inmediata. […] Sólo cuando se sabe por una parte que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y por la otra que Cristo derramó su sangre por el último de los hombres, sólo entonces el hombre en general es cosa sagrada para el hombre: *homo res sacra homini*.» Ver, Aristóteles: *Política*. México, UNAM, 2018, p. XII.

[191] *Ibid.* p. 362. A pesar de lo crucial de la advertencia que desarrolla Robert E. Quirk, lingüísticamente no estoy capacitado para aportar algo importante a ella. Tampoco conozco de ninguna fuente que la discuta o cuando menos la ponga sobre la mesa.

Como es de suponer, además de la teoría social y administrativa, los escolios explicativos de la *Política* realizados por Sepúlveda siguen de cerca la cosmología aristotélica; puesto que «la naturaleza de cada cosa se funda y se discierne en mayor grado por su fin mismo», ambas realidades son entidades estructuradas naturalmente, jerárquicas y universales. Además del marcado interés que exhibe el autor por esta materia desde los primeros lustros de educación superior, *Sobre el destino y el libre albedrío*, manuscrito temprano de 1527, reafirma que en los programas educativos de Bolonia descollaba una sólida formación aristotélica.

> En esta parte [la ley natural] seguiremos a Aristóteles y a su cuidadoso y autorizado intérprete Alejandro de Afrodisias, filósofos griegos y, según la capacidad intelectual del hombre, muy perspicaces a la hora de extraer la verdad de los secretos de la naturaleza y de escudriñar sus misterios. No precisamente interpretándolos, sino bebiendo de sus fuentes […].[192]

Los registros sobrevivientes de la biblioteca del Colegio de San Clemente de los Españoles, indican que desde mediados del siglo XV había en su acervo bibliográfico una buena cantidad de ejemplares de Aristóteles, además, de que gradualmente se integraron en décadas posteriores varios tratados de Cicerón.[193] *De officiis* o *De los deberes*, por ejemplo, se encontraba en las estanterías de la biblioteca cuando Antonio de Nebrija era colegial. Cimentada en una clara exposición de la *lex naturalis* (ley natural) y de la teoría del justo medio, ya que de él se obtenía una autorizada lectura de la moral aristotélica, como el libro

[192] Juan Ginés de Sepúlveda: *Sobre el destino y el libre albedrío. Op. cit.* p. 14.

[193] José Luis Colomer y Amadeo Serra (Coord): *Op. cit.* p. 81.

clásico que fue, el de Cicerón debió ser consultado durante aquella etapa por una mayoría de alumnos albornoces.

Al asumir que el ser humano es un *zoon politikón*, pues, encima de que es un animal al que le es inherente la búsqueda y el gozo de la verdad, «es el único que conoce qué es el orden, qué es lo conveniente y qué norma debe seguirse en las acciones y en las palabras», Cicerón secunda la antropología aristotélica. En la sociedad natural, los vínculos comunes más férreos son suministrados por el lenguaje, que todo abarca y une entre sí, y la razón, a través de la cual las personas conocen el móvil de las cosas, perciben las semejanzas entre ellas y con facilidad ven el curso de la vida y disponen de antemano de cuanto es necesario para su mejoramiento. O sea que la razón y el lenguaje, a juzgar por Cicerón, les otorgan la comprensión histórica que les es propia.

Sumado al ahínco de dirigirse a un solo propósito, por tratarse de animales inimitables, dependientes entre sí, los seres humanos tienen la responsabilidad de cultivar, mantener y transmitir el vínculo colectivo y la cohesión universal de su género.

> Que sea la misma la utilidad de cada uno y la de todos; porque si cada quien la toma para sí, se deshará todo el consorcio humano. Y si además la naturaleza prescribe esto: que el hombre quiera que se mire por el bien del hombre, quienquiera que éste sea, por la sola razón de que es hombre, de acuerdo con la misma naturaleza es necesario que la utilidad sea común a todos. Si es así, todos estamos comprendidos dentro de una sola e idéntica ley natural.[194]

Sin embargo, puesto que en el conjunto de la comunidad humana hay determinados miembros que no lo son de hecho, sino solo de nombre, principalmente porque su inclinación

[194] Marco Tulio Cicerón: *De los deberes*. México, UNAM, 1948, p. 227.

al *corporis voluptatem* no les autoriza disfrutar de la *hominis praestantia*, «debe desterrarse de la humana sociedad toda esa raza perniciosa y malvada. […] debe segregarse esta crueldad y monstruosidad propia de la bestia, bajo la figura de hombre, de lo que es como cuerpo común de la humanidad.»[195] Para acentuar la tesis de la solidaridad al auxilio de los individuos sociales moralmente descarriados, Cicerón cita en *De los deberes* los *Annales* del poeta Quinto Ennio, quien sustenta que «el hombre que bondadosamente muestre el camino al que anda perdido, obra como si encendiera una luz con su propia luz; pues no por haberla encendido para aquél, luce menos para él mismo.»[196]

Por la naturaleza de los juicios y el aspecto formal de las demostraciones que emplea, Sepúlveda es en igual proporción tanto cristiano y aristotélico como humanista ciceroniano. Siendo estudiante en Bolonia, debió conocer bien el libro *De officiis*, del que muy probablemente luego se ayudó para nutrir la argumentación de su postura frente a la cuestión americana. Además de proporcionarle una competencia deductiva y estilística, Cicerón le brinda a Sepúlveda una de las líneas argumentativas más firmes del *Democrates secundus* que, a su vez, orienta toda su filosofía de la historia: la de ver en la humanidad una

---

[195] *Ibid.* p. 223.

[196] *Ibid*. p. 63. Aun cuando el parecer de Cicerón respecto a la concordancia humana es secular, hay una analogía con las premisas que Sepúlveda utiliza para el asunto americano: «Pues la frase de aquel Cremes de Terencio: «hombre soy y ninguna cosa humana pienso que me sea indiferente», dando a entender que el hombre debe mirar por su semejante y hacerle bien en cuantas cosas pueda sin detrimento propio, y que todos tenemos este deber de humanidad, es ley divina y natural que brota de aquella luz del rostro de Dios grabada sobre nosotros, es decir, de la ley eterna y enseñada en el *Eclesiástico* con estas palabras: Dios encargó a cada uno de los hombres de su prójimo». Ver, Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo*. *Op. cit*. p. 84.

sola entidad, de objetivos adyacentes, con la obligación solidaria de separar al prójimo que comete faltas del envilecimiento y la barbarie.

La teoría de la guerra justa también ocupa un lugar primordial en *De los deberes*. Cicerón sustenta en él la tradición romana cuando afirma que se puede recurrir a la fuerza una vez que la discusión deja de ser fructífera. Así como es legal únicamente si se comienza motivada para atraer la paz, la guerra precisa de ser declarada y, una vez conseguida la victoria, que se respete a quienes no fueron expresamente crueles durante el combate. «Según dize Tullio, hemos de tomar las guerras para que bivamos en paz sin iniuria, y esta sentencia destos sabios gentiles, esta trasladada muchas vezes delos sanctos doctores, y en este parecer son los doctores seglares, que llaman a la paz, fin de la guerra»:[197] el *Tratado de la guerra y el duelo* de Fortún García de Ercilla, evidencia que los juristas boloñeses del siglo XVI acatan, en lo general, las prescripciones del *ius ad bellum* proyectadas por la tradición clásica ciceroniana. Ercilla, como la mayoría de los humanistas de su tiempo, intenta conjugar la valía de Cicerón, y demás fuentes paganas, con los Padres de la Iglesia y otras autoridades cristianas.

La redacción del libro de Ercilla responde a la eventualidad política de la continuación de las pugnas territoriales entre Francia y España que, desde que se pactó en 1516, el tratado de Noyon había apaciguado fragmentariamente. Aunque en origen el reclamo de Francisco I era sobre la posesión de Navarra, la reanudación de las hostilidades conduciría paulatinamente a los ejércitos enemigos a batirse en suelo italiano. Es así que a inicios de 1525, tras el éxito bélico de las tropas del emperador en Pavía, cae prisionero el monarca

[197] Carolina Nonell: *Fortún García de Ercilla y su «Tratado de la guerra y el duelo»*. Bilbao, Junta de Cultura de Vizcaya, 1963, p. 108.

francés quien luego se ve orillado a firmar el tratado de Madrid. En la posición de cautivo de Carlos V, renuncia expresamente al ducado de Borgoña, así como a sus pretensiones sobre Génova, Nápoles y Milán.[198]

Bajo el lastre de estas cláusulas, Francisco I es puesto en libertad; sin embargo, apenas transcurridos unos meses, en junio de 1526, rompiendo su palabra al no retirarse del Milanesado, prosigue con el desafío militar al césar Carlos. Esta sombra de «deslealtad» da ocasión a Ercilla para responsabilizar al rey de Francia de la ruptura cristiana y de la violencia desatada al interior del continente y, de manera simultánea, salvaguardar la imagen del emperador.

A mitad de la crisis, Carlos V solicitó recomendaciones de sentido práctico a sus asesores sobre si era conveniente rechazar o aceptar el desafío a duelo propuesto por Francisco I, acaso el último episodio de la historia oficial del lance de honor en España y Francia. Esta demanda real colocó a Ercilla, y al resto de consejeros del monarca, ante el reto de salvaguardar el sentido de reputación que exigía el código caballeresco vigente y el rechazo de la Iglesia hacia quienes recurrían a este procedimiento. En primera instancia, Ercilla justifica la guerra más desestima que, a imitación de esta, el duelo esté apoyado en el derecho natural y la ley divina; si, eventualmente, el emperador llegara a admitir contender en persona con el rey francés, solo lo haría obligado por una causa pública, es decir, en apego a la defensa de su reino.

---

[198] Como traté escuetamente en el capítulo 1.1. En la corte del príncipe Felipe, Borgoña representaba mucho para Carlos V, pues los valores labrados al interior del ducado formaban parte de su identidad biográfica y política. Por todo ello, hasta su muerte no desistió en recuperarlo.

Bastante afiliado a Cicerón y a abundantes ejemplos anclados a la historia de Roma, el *Tratado de la guerra y el duelo* desarrolla el planteamiento de los cuatro grados regulares de sociedad humana: el parentesco de alma y cuerpo, la comunidad política, la unidad de fe y, por último, la conformidad en las virtudes morales.

> Ay una compañia y ayuntamiento de todo el género humano, en el qual por un parentesco del anima y del cuerpo todos los mortales nos ayuntamos, y esta es aquella compañia que por ser de natura compañeros y amigables noses natural alos humanos, como lo dize Aristoteles, y esta compañia natural tuvo origen de nuestra generacion y de aquel parentesco que del primer padre se deriva en todos los fijos […]. Ay otra sociedad mas proxima, que es de la misma gentes, o provincia, y mas interior es, la que es dela misma ciudad […]. Tambien ay otra compañia a nuestro proposito que nos es mas bien aventurada, y por claridad divina mas justa, por la qual, no en ciudadanos, mas en hermanos con divino vinculo y mas apretado nos ligamos en sancto nombre de nuestro señor Jhesuchristo por sancto baptismo. […] Ay otra compañia que en alguna manera parece a esta de arriba que assi como por las virtudes theologales nos juntamos los christianos en compañia divina, assi por nobleza que es ayuntamiento de las virtudes morales, se vinculan y obligan entre si los que son nobles.[199]

Las cuatro ataduras connaturales de la congregación humana hacen que, aunque puedan ser lícitas, entre cristianos la guerra y el duelo no son deseables. Según el criterio teológico de Ercilla, el origen de las contiendas se remonta a las luchas celestiales entre el Arcángel San Miguel, adalid de las potencias del bien, y los ángeles malvados. Por mucho que considere que no hay otra cosa más perjudicial a la alianza del linaje humano que el enemistarse y combatir, pues «la causa toda del guerrear, como de toda otra miseria, fue el pecado y ofensa

[199] *Ibid.* pp. 112-113.

divina», si se consignan móviles adecuados conforme a razón y justicia, un caballero devoto, distanciado del proceder de las bestias salvajes, puede pelear tan santamente como un espíritu bienaventurado.

Equivalente a los intentos posteriores de Sepúlveda en *Democrates primus*, Ercilla logra congeniar la doctrina cristiana con el derecho a la guerra, empero, para asignarle un forzoso carácter de justicia, reconoce que la búsqueda de la paz, así como la condición de responder a la provocación y las injurias, no bastan, ya que las mismas pueden transformarse en demandas comunes de buenos y malos. Por lo tanto, en adherencia a la ley natural, enlista algunos requisitos que apremian llevar a cabo la guerra con rectitud: primero, que la declaración de esta esté sustentada en la legitimidad de un príncipe, después, que se actúe sin codicia ni deseo de venganza y ajeno a toda crueldad.

Las autoridades más acostumbradas de un eclesiástico del siglo XVI en torno al derecho internacional se encontraban en la Biblia, Aristóteles y el derecho canónico. El caso de Sepúlveda no es distinto, sus influencias jurídicas más palpables, además de las referidas, son Domicio Ulpiano, clave en el tratamiento del concepto de *lex naturalis*, y el propio ideario de Ercilla. En el opúsculo *Una construcción incómoda del* ius ad bellum. *Juan Ginés de Sepúlveda y el humanismo jurídico en el Colegio de San Clemente de Bolonia*, Javier García Martín indica que este último representa a un humanismo jurídico entreverado a la teología, cuyo referente final es el canonista lombardo Giovanni da Legnano.[200] En otras

[200] El autor acepta la dificultad de definir «humanismo jurídico», sin embargo, es capaz de señalar que «el elemento innovador parece haber sido, fundamentalmente, la puesta en cuestión del *Corpus* justiniano como fuente jurídica única a partir de la que deducir la *ratio scripta* que los humanistas tratarán de encontrar en la historia, la Biblia (en su versión original) o en los autores grecolatinos.» Ver, Javier García Martín: *Op. cit.* p. 30. El abogado Giovanni da Legnano (1320/1383) arribó a

palabras, establece que hay rasgos teóricos en Legnano que es oportuno rastrear en Sepúlveda a través del pensamiento forense de Ercilla.

Sin desatender las disparidades, en esencia, los grados de utilización de Aristóteles y, en lo relativo a la imperante disputa de las artes, el lugar de la jurisprudencia con relación a la filosofía moral, dichos aspectos son los siguientes:

> 1. Frente a los filósofos que intentaban desligar el derecho civil del derecho canónico defendería la complementariedad de ambos aun perteneciendo a «virtudes aristotélicas diferentes».
> 2. Admitiendo la mutabilidad del derecho positivo, insistía en la existencia, que la ciencia jurídica debía descubrir, de principios inalterables y universales, como en medicina y meteorología.
> 3. Por último, no dudaba en dar cobertura teórica al poder temporal del papa, pero no tanto por su *auctoritas* como por la superioridad que entendía tenía el derecho canónico, incluso sobre el papa mismo.[201]

Junto a Ercilla, Sepúlveda va a sostener que todas las leyes deben apuntar al propósito de la conservación del género humano. Al abrigo de este principio, introducen un criterio de validez que las trasciende y, en función del mismo, equiparan, a imitación de Legnano, los derechos canónico y civil. Ambos son de índole complementaria porque, además de pertenecer al derecho positivo, concurren con los mismos principios y tienden al mismo fin: la observancia del derecho natural y la ley eterna, «razones superiores docentes de la naturaleza encargadas de gobernar las cosas.»

Bolonia a los treinta años, donde se convirtió en profesor de derecho canónico. Mientras cosechaba el prestigio de su cátedra, dedicó el tratado *De bello* al cardenal Gil de Albornoz, fundador del Colegio de San Clemente. En los periodos de Gregorio XI y Urbano VI, se desempeñó como vicario papal.

[201] *Ibid.* p. 32.

Sumada a la ostensible cercanía intelectual, una fehaciente prueba de la enorme admiración que Ginés de Sepúlveda cultiva por García de Ercilla, es la carta que le manda a Diego de Arteaga, rector del Colegio de San Clemente en 1515, momento en que el primero llega a Bolonia. En ella se devela el alcance de un texto escrito por Ercilla *Sobre el fin último de ambos Derechos*, además de varios aspectos particulares de Sepúlveda que permiten adentrarse a su personalidad desde atributos habitualmente menos notorios. Al confesar que Ercilla es su «modelo intachable de buenas costumbres y estudio; y de tal modo tomado que lo admiraba como maestro y rector de mi vida», Sepúlveda deplora que su mentor y amigo haya decidido regresar a España.

> Te juro, Diego, que a Fortunio lo apreciaba y reverenciaba en mi corazón incluso antes de verlo, tan solo por su fama; y es que yo estimo a los estudiosos y reverencio también a los eruditos. Pero después de conocerlo a fondo e íntimamente, lo aprecio, reverencio y admiro. Pues entonces había oído lo que todos: que es un hombre entregado y consagrado a los estudios humanísticos, dotado de un talento agudo, abierto y polifacético; […] A decir verdad ¿de qué hablaba la gente cuando mi llegada a Italia, sino de Fortunio? […] Que me aspen si sé qué me admira más en él. Porque, ¿qué perfección ha de existir o a poseído alguien, que no encuentre su modelo acabado en Fortunio? Si consideras su vida recta, este hombre es el culmen de la ponderación, de la elegancia, de la constancia. […] Estas dotes son muy sobresalientes y solo caben en los sabios y más íntegros. Ciertamente es digno de Sócrates, aunque en los vascos hay un cierto talante belicoso poco menos que innato ─ya ves que no tengo voluntad de halagaros─, si en alguna ocasión, como suele pasar, alguien ataca a Fortunio con vehemencia y a este le nace el talante vasco, es asombroso ver cómo no se deja llevar por él y cómo, antes bien, lo controla, reprime y modera. […] Su criterio, en lo que a mí respecta, me basta como razón en las cuestiones inciertas. En cuanto al manejo de fuentes, suele causarme admiración el que cada día, cuando le rodea una multitud de jóvenes estudiantes para plantearle problemas intrincados y complejos, nada hay que no sepa, y sin embargo nunca

> responde a la ligera y sin reflexión, con diversas consideraciones según la disparidad de asuntos; de modo que acaba entendiéndose que es más que verdad la frase de Tucídides: «la ignorancia es arrojo, el cálculo, indecisión». […] Y no se contenta con trabajar, entre los escritores de Derecho, con los más prudentes: inspecciona a los filósofos, no deja de lado a los teólogos. […] tú ves lo grande que es en Italia la fama de Fortunio. […] Pero él, inclinado a los temas políticos, no presta tanta importancia a todo eso, sino que centra todos los esfuerzos de su alma «en servir a mi rey», como él dice: asegura que esto es lo que los mejores deben procurar con todas sus fuerzas.[202]

Ciertamente, la genérica descripción de «un hombre consagrado y entregado a los estudios humanísticos», borra las disparidades entre las dos escuelas humanistas dominantes en la Italia desde la que Sepúlveda intercambia correspondencia siendo estudiante en Bolonia. Si bien se oponen al método escolástico, ambas corrientes estaban divididas por el empleo de la lógica aristotélica. Para una facción, encabezada entre otros por Lorenzo Valla, Luis Vives y Rodolfo Agrícola, la atención en la retórica era prioritaria ya que esta es expresión lingüística de una verdadera captación de la realidad concreta. De acuerdo con las *Elegantiae* de Valla, «la retórica [a diferencia de la filosofía] no tiene nada que no sea digno de alabanza, pues te enseña a descubrir y a disponer, por así decirlo, los huesos y los nervios del discurso, y a adornarlos, o sea a darle carne y colores; por último, te muestra cómo enviarlo a la memoria y cómo pronunciarlo con elegancia, esto es, cómo respirar y gesticular.»[203]

A pesar de que el aristotelismo, el otro sistema imperante del humanismo, fuera condenado de manera indiferenciada en el Quinto Concilio Lateranense a propósito de poner en duda la inmortalidad del alma racional, este a su vez no se salvó de segmentaciones

---

[202] Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. O. C. t. IX, v. I. Op. cit*. pp. 1-4.

[203] María Morrás (Ed.): *Manifiestos del humanismo*. Barcelona, Península, 2000, pp. 91-92.

internas. Simbolizado por el debate de Agostino Nifo con Pietro Pomponazzi, la disociación se fraguó entre seguidores de las añejas exégesis peripatéticas realizadas por Averroes y Alejandro de Afrodisias. El grupo instruido en Padua, del que formaban parte Nifo y Pomponazzi, era un hito en el firme acatamiento a los escritos originales de Aristóteles por parte de los eruditos: es la última generación en la que los contenidos de la escolástica medieval aún son enseñados con cierta intensidad en las universidades italianas. A la vez, es la primera en tener una significativa inclinación hacia los comentaristas griegos del Filósofo.[204] Esta escuela es aristotélica por sus fuentes y autoridades, pero también escolástica por su método, estilo y terminología.

En Padua reinaba la tradición tomista. En las aulas universitarias, las verdades de fe eran respetadas, no obstante, se enseñaba la doctrina aristotélica, de apariencia incompatible con los dogmas cristianos en lo que respecta a la eternidad del mundo y la inmortalidad del alma. Petrarca llegó a sospechar de la actitud de sus enemigos paduanos, a quienes acusó de hipócritas al valerse de una «doble verdad» formativa. Igual que Pomponazzi, Nifo, su más grande enemigo, y Girolamo Fracastoro, su mejor alumno, se prepararían intelectualmente en la Facultad de Medicina de la *Università degli Studi di Padova*. Cumpliendo como embajador de Venecia en España, Fracastoro pudo haber tenido encuentros con Fernández

[204] Charles B. Schmitt: *Op. cit.* p. 113. Algo importante que anota Kristeller es que «se alude a ella a menudo como Escuela de Padua, pero yo prefiero llamarla la escuela italiana. La Universidad de Padua llegó a ocupar un lugar especialmente importante en la tradición aristotélica durante los siglos XV y XVI, pero no tuvo ningún monopolio en el movimiento ni hubo alguna uniformidad acerca de su enseñanza. Más aún, durante el periodo más temprano hasta mediados del siglo XIV, Padua fue menos importante que Bolonia en este desenvolvimiento […].» Ver, P. O. Kristeller: *Ocho filósofos del Renacimiento italiano. Op. cit.* p. 101.

de Oviedo en Toledo; su poema *Syphilis* evidencia el atractivo que América ejerció sobre él. Por su parte, con la pronta traducción del *Sumario de la natural historia de las Indias*, hecha por el geógrafo humanista Giovanni Ramusio, se entabla una relación perdurable entre Oviedo e Italia.[205]

Pomponazzi, quien procura seguir la línea de influencia estoica que marcó Afrodisias hacia el siglo II, defiende que el ser humano es el fin mismo, que como parte de la naturaleza, Dios opera sobre él por influjo de las esferas celestes en una suerte de determinismo astrológico. Contrario a los allegados a Averroes, que sostenían la existencia de un alma universal e inmortal, el *Tractatus de inmortalitate animae* no buscaba probar la no inmortalidad del alma, sino asentar que esta no es demostrable por la simple razón y, por lo tanto, que la respuesta habría de buscarse solo en el terreno de la religión. La teoría del conocimiento de Pomponazzi no deja sitio a las acciones demoniacas, milagrosas o divinas perturbadoras del concierto del mundo: puesto que no capta lo universal sino es por lo singular, el alma siempre necesita de un cuerpo, de este modo, de acuerdo con José García Valverde, deslinda a Aristóteles de Tomás que Aquino.

> El alma humana es por sí misma mortal y sólo en cierto aspecto inmortal, o si se quiere, esencialmente mortal y sólo accidentalmente inmortal; frente a [Tomás de

---

[205] «Con la publicación del *Sumario*, si no tal vez con la mera noticia de su redacción, se inicia, pues, una nueva fase de la relaciones de Oviedo con Italia: una fase de acción recíproca y de influencia, no ya de Italia en Oviedo, sino mutua, entre Oviedo, en su calidad de conocedor de las Indias, y un grupo de grandísimos estudiosos y escritores que residían en Venecia, Padua y Verona, varones llenos de curiosidad, más aún, de un ardiente interés científico por los fenómenos físicos y las sorprendentes poblaciones del Nuevo Mundo. Además de Ramusio, estaban en este grupo el ilustre médico y poeta didáctico veronés Gerolamo Fracastoro y el famoso literato, diplomático e historiador, cardenal Pietro Bembo.» Ver, Antonello Gerbi: *Op. cit*. p. 194.

> Aquino] considera que para que el alma sea forma del hombre en un sentido pleno debe carecer de una entidad propia e independiente, y esto es lo que se demuestra por el hecho de que en todas sus actividades ─incluidas las del intelecto─ tiene dependencia de lo corpóreo y material, y de que su pluralidad numérica sólo puede entenderse desde su vinculación al cuerpo, y nunca fuera de él; frente a él, en fin, sostiene que el origen del alma sólo puede estar en la generación natural junto con el compuesto del que forma parte indisociable.[206]

Estos controvertibles puntos de vista llevaron al teólogo pisano Bartolomé Spina a imputar a Pomponazzi y a Cayetano la ruptura del bloque aristotélico-tomista abriendo el camino a todas las herejías. En medio de las inculpaciones, es probable que Ambrosio de Nápoles aconsejara a Nifo escribir un tratado *De inmortalitate animae humanae contra Petrum Pomponatium libellus* publicado en Venecia en 1518. En su *Responsorium*, aparecido el subsiguiente año, Pomponazzi no solo se dedica a atacar personalmente a Nifo señalándolo de «gente del vulgo que peroran en las tabernas», sino también añade el argumento nuevo de que «el alma-forma es a la vez motriz y movida, puesto que el cuerpo es móvil; pertenece, pues, a la física y sigue la suerte común de los seres sublunares sometidos a la generación y a la corrupción.»[207]

Aun cuando Pomponazzi manifestaba ser solo un intérprete de Aristóteles y no un teólogo y, que al defender su posición hablaba como físico sin prejuzgar los dogmas de la fe cristiana, a las que por lo demás prestaba su adhesión, sabía muy bien de los peligros potenciales a los que se estaba enfrentando. Por ejemplo, en Toulouse fue condenado a la hoguera Lucio Vanini, quien había escrito dos libros inspirados en las tesis respaldadas

---

[206] Pietro Pomponazzi: *Tratado sobre la inmortalidad del alma*. Madrid, Tecnos, 2010, p. LIX.

[207] Yvon Belaval (Coord.): *Historia de la filosofía. Vol. V: La filosofía en el Renacimiento*. México, Siglo XXI, 1974, p. 109.

tiempo atrás por Pomponazzi. Este costoso reparo lo constriñe a evitar publicar dos obras más que no vieron la luz sino hasta después de su muerte, acaecida en 1525.[208]

Pomponazzi se encontraba en Bolonia durante la etapa más álgida de los debates en torno a la inmortalidad del alma. Siendo ya una codiciada y renombrada personalidad académica, en el Colegio de San Clemente de los Españoles empieza a impartir clases a partir de 1512: «*in 1524-25 no other teacher in the faculty of Arts and Medicine could match Pomponazzi's salary of L. 2100 per year*».[209] Por aquel periodo, Sepúlveda debió ser su alumno en los cursos de filosofía natural, la impronta educativa quedó cristalizada en la encomienda, emprendida por él, de dar con el auténtico Aristóteles a través de la traducción purificativa del *corpus*. Pese a la explícita diferencia que hay entre uno y otro, en relación con la libertad inherente al ser humano contrapuesta al determinismo astrológico, ¿es viable inquirir influencias provenientes de Pomponazzi en el campo de la antropología, derivada de la psicología aristotélica, usada después por Sepúlveda?

Sobre los cimientos del aristotelismo, en los capítulos trece y catorce del *Tratado sobre la inmortalidad del alma*, preguntándose cómo sería posible fundar una ética en valores circunscritos únicamente en los límites de la existencia mundana, desvinculados de la esperanza de inmortalidad, Pomponazzi plantea un discurso moderno, una especie de moral

---

[208] Hércules Gonzaga trasladó los restos del que fuera su maestro a Mantua, su ciudad natal, donde le erigió un monumento. La relación de Gonzaga con Sepúlveda puede constatarse por un escueto intercambio epistolar. Otro hecho que prueba lo angosto del círculo social que Pomponazzi y Sepúlveda concurrieron, es que cuando la Universidad de Padua fue cerrada por la guerra de la Liga de Cambrai en 1509, Pomponazzi permaneció un tiempo con Alberto Pío, futuro amigo y mecenas de Sepúlveda, luego se mudó a Ferrara y, finalmente, aceptó el profesorado en Bolonia.

[209] David A. Lines: «Natural philosophy in Renaissance. The University of Bologna and the beginnings of specialization», en *Early Science and Medicine*, núm. 6, 2001, p. 272.

sin custodia religiosa. Al estilo de Cicerón, afirma que la naturaleza propia del ser humano es la convivencia con sus congéneres, y que esta aptitud originaria se actualiza por conducto de tres *intellectus* correspondientes a tres ámbitos de acción: el práctico o moral, el cognitivo y el productivo.

La partición resalta el lugar intermedio que ocupa el ser humano en la jerarquía universal; el *intellectus speculativus* le permite ponerse en contacto con lo divino, mientras que el *intellectus factivus*, base de la actividad «más inferior y de carácter mecánico», lo remite al grado más bajo de su ser, pues «las bestias también participan de él […], dado que muchas construyen casas y muchas cosas que ponen de manifiesto a nuestros ojos la presencia del intelecto ejecutor.»

> […] todo el género humano puede ser comparado a un hombre particular. Pero en un individuo humano hay múltiples y diversos miembros que están ordenados para diversas funciones y diversos fines próximos, pero sin perder de vista que todos ellos están destinados a un único fin, por lo cual todos ellos deben participar de alguna tarea. Y si ese orden fuera transgredido, o bien no existiría el hombre o bien mal viviría. […] Estas funciones u operaciones no son iguales, sino que una se da antes y otra después, una es más perfecta, y otra más imperfecta. […] aunque entre estos miembros haya tanta diversidad, sin embargo, ésta no es de tal naturaleza que genere discordia; por el contrario, debe haber una diversidad conmensurada. Y si ésta es excedida, entonces se sigue la perdición del individuo o la enfermedad.[210]

Dado que en la perfección del *intellectus operativus* (intelecto moral) debe situarse el fin natural del ser humano y sus sociedades, es evidente que solo esta dimensión es irremplazable. Sin embargo, por la inmensa diversidad contingente que hace que no todos

[210] Pietro Pomponazzi: *Op. cit.* pp. 122-123.

tiendan por esencia al mismo fin, «algunos son hombres nobles y de naturaleza bien constituida por Dios. Otros, por el contrario, no están tan bien dispuestos», Pomponazzi admite necesaria la ley y su consecutivo aparato disciplinario para controlar los comportamientos depravados.

> […] si todos los hombres se encontraran en aquel primer nivel señalado [el moral], aun concediendo la mortalidad de las almas, se harían virtuosos. Pero casi nadie está en esa disposición, por eso fue necesario proceder a través de algunas invenciones. Y esto no entraña inconveniente alguno, dado que la naturaleza humana, está casi al completo inmersa en la materia y participa poco del intelecto; de ahí que diste más el hombre de las Inteligencias, que el enfermo del sano, el niño del adulto, y el ignorante del sabio.[211]

Es claro que como colegial en Bolonia, Sepúlveda fue vigilante de las porfías teóricas que Pomponazzi acometió. Por él refrenda la idea de una condición equívoca del ser humano y, en paralelo, de la coordinación inquebrantable de su género. Pero, tal vez lo más importante, que gracias al humanismo boloñés que encarna el maestro, Sepúlveda queda embaucado en la tradición aristotélica, lo mismo que ciceroniana. Y, por mediación de su preceptor y compañero Fortún de Ercilla, al humanismo jurídico de Giovanni da Legnano. En conjugación, en Bolonia Sepúlveda se convierte en un intelectual humanista en toda la extensión de la palabra, y beberá de esta corriente principios que no va a abandonar en el momento de encarar sus propias discusiones.

[211] *Ibid*. p. 142.

2.1.1. EL «PRESTIGIO LIMITADO» DE LOS EGRESADOS DEL COLEGIO DE SAN CLEMENTE DE LOS ESPAÑOLES DE BOLONIA

> En Bolonia además del hospedaje de los estudiantes, estaba prevista su dedicación al estudio en celdas desahogadas y bien iluminadas, y había habitaciones para el rector y los capellanes, un ámbito propio para biblioteca, servicios y una capilla colegial. […] se trataba principalmente de ofrecer a los colegiales un lugar de residencia y estudio en el que se pudiera conciliar el ideal de vida comunitaria y la actividad intelectual particular de cada estudiante.[212]

Las palabras de Amadeo Serra Desfilis en su artículo *El Colegio de España en Bolonia y la arquitectura universitaria del primer Renacimiento en Italia y España*, destacan que los ámbitos de la vida colegial, en específico, el recogimiento íntimo para el cultivo del estudio y la cooperación en la esfera social, determinaron el diseño arquitectónico bajo el cual se acabó de construir, hacia 1367, el inmueble del Real Colegio de San Clemente de los Españoles. Principalmente inspirado en la École de Saint-Martial de Toulouse, los pórticos, corredores, patios y jardines estaban asignados para ejercer la reflexión retraída, el paseo y la conversación. Un puntual y fervoroso inventario hecho por un joven Ginés de Sepúlveda, es recogido por Juan Beneyto Pérez en la biografía que consagró al humanista.

> Es una construcción rectangular con huertas y casas anejas. En el centro tiene un jardín con laureles, bojes y jazmines. La torre del reloj, con campana y gnomon, señala la marcha del tiempo, mientras en la planta superior las tres ventanas del salón, dirigidas hacia el Mediodía, ofrecen a nuestra vista el gracioso y ameno paisaje de la Bolonia del Apenino. […] Los colegiales se colocan según su

[212] José Luis Colomer y Amadeo Serra (Coord.): *Op. cit.* pp. 20-21.

> especialidad: los teólogos ocupan las habitaciones de Oriente, excepto uno que vive en la parte Norte; los médicos, al Oeste; los juristas no pueden localizarse en un solo rincón ─son tan numerosos, que ocupan alcobas dispersas.[213]

La fundación del colegio en Bolonia, fijada en el testamento del cardenal Gil Álvarez de Albornoz, tenía como fin último «asegurar la posibilidad de que una élite intelectual española ─en función del sistema de selección de colegiales─ pudiera estudiar en la que, desde mediados del siglo XIII, se consideraba como una de las cuatro universidades principales del orbe católico, junto con las de Oxford, París y Salamanca.»[214] Esta disposición de la monarquía hispana, se afincaba también en la oportunidad de especializar a un grupo de funcionarios con suficiente entendimiento de la realidad italiana. Por su parte, para los egresados, los puestos adquiridos en Italia servían de plataforma hacia la consecutiva obtención de cargos más altos en los reinos de Castilla y Aragón.

El *acta sodalium*, conglomerado de legajos aportados por los solicitantes para ingresar al Colegio de San Clemente, muestra que el candidato debía acreditar unas *primae probationes*, testimonios de cinco personas que convalidaran si era hijo de legítimo matrimonio, si él, sus padres, abuelos, y ascendencia, eran cristianos viejos, así como si cumplía con el requisito de no sobrepasar determinadas rentas. El cuestionario se entregaba con unas *litterae praesentatitiae* o cartas extendidas por el obispo de la diócesis que requería la plaza para el escolar por el que estaba intercediendo. Para terminar, el colegio hacía una investigación propia con el fin de ratificar las pruebas ofrecidas. A este concluyente proceso

---

[213] Juan Beneyto Pérez: *Op. cit.* pp. 36-37.

[214] Dámaso de Lario: «La universidad de Bolonia y el Colegio de España en el tránsito de los siglos XVI al XVII», en *Estudis: Revista de historia moderna*, núm. 8, 1980, pp. 7-8.

se le llamaba *secundas probationes*. Una vez superados los requisitos, el postulante por fin se convertía en colegial.

Baltasar Cuart Moner clasifica los perfiles de admisión en dos ramas definidas por el tipo de abolengo de los alumnos: los nobles castellanos, aragoneses (Fortún de Ercilla, miembro de la casa de Hermendura) y portugueses; y los que no aducen pertenencia a la nobleza (Sepúlveda se inscribe cuando su abuelo trabajaba en la administración municipal de Pozoblanco como escribano).[215] En poblaciones de antiguo régimen como las europeas de entonces, el objetivo de muchos estudiantes era mantenerse o ascender a un plano social elevado e, inmiscuyéndose en la burocracia estatal o eclesiástica, disfrutar de los cotos de poder.

En la *Historia de los hechos del Cardenal Gil de Albornoz* (1521), Sepúlveda aprovecha para hacer un sucinto recuento de algunas de las figuras que asistieron al Colegio de San Clemente durante diferentes ciclos.

> De él salieron personajes, cuya enumeración sería larga, ilustres por su sabiduría en todas las épocas, los cuales con su saber y su consejo favorecieron grandemente ya a las distintas ciudades, ya a España entera. Y viven hoy no tan pocos (para que nadie piense que la fertilidad de este colegio ha envejecido por agotamiento), los cuales honran nuestro siglo en parte con la docencia, en parte con obras literarias, otros con la administración del Estado. De ellos es Antonio de Nebrija, quien, una vez vencida con sus armas la barbarie que, después de haber exterminado de España el esplendor de la lengua latina, reinaba a lo largo y a lo ancho, consigna ahora en sus obras la historia de los Reyes de España con un estilo brillante y que rivalizará

[215] Baltasar Cuart Moner: «Colegiales y burócratas. El caso del Colegio de San Clemente de los españoles de Bolonia en la primera mitad del s. XVI», en *Studia historica. Historia moderna*, núm. 1, 1983, p. 74.

> con la Antigüedad. Y el cántabro Fortún García, doctísimo en ambos derechos, ahora Consejero real. […] Además el salmantino Antonio de Burgos […], también es muy merecedor de ser contado entre los importantes el sevillano Juan Montesdoca […]. Nuestro es también un personaje ilustre de la teología, el obispo de Barcelona Martín García. […] Dos razones, en efecto, me impulsaron sobre todo a citar nominalmente a quienes he mencionado antes de éste: la primera, porque de algunos, personajes doctísimos y muy merecedores de recuerdo, sólo de oídas he sabido su valía, a otros sin embargo los he tratado en diversos lugares y circunstancias, pero personalmente y en parte me he servido de su magisterio; la segunda razón es que ellos, ya con su magisterio en las más célebres Universidades, ya con la publicación de sus obras han dado a conocer a todo el mundo su singular sabiduría.[216]

A pesar del rebuscamiento y tecnificación de una novel burocracia, al estar al servicio de la conservación de las relaciones de poder efectivas, los ministerios dentro del Estado moderno no dejarán de circular en perímetros restringidos. Tomando en cuenta los primeros sesenta años del siglo XVI, Cuart Moner registra que, de la totalidad de albornoces, el 71,4% realizó estudios en derecho civil y canónico, un 15,8% en medicina y solo un 12% en teología. Relativo a la ocupación de los graduados, el 35,5% obtenía oficios o cargos de decisiones. De la cifra integral de colegiales, únicamente el 9,8% terminaba formando parte de la auténtica élite económica y de poder, el resto tenía puestas sus esperanzas en que estos hicieran funcionar la transmisión de empleos dentro de la «familia colegial», vía albornociana de colocación administrativa.[217]

---

[216] Juan Ginés de Sepúlveda: *Historia de los hechos del Cardenal Gil de Albornoz. O. C. t. V*. Salamanca, Ayuntamiento de Pozoblanco, 2002, pp. 79-80.

[217] Baltasar Cuart Moner: «Colegiales y burócratas. El caso del Colegio de San Clemente de los españoles de Bolonia en la primera mitad del s. XVI». *Op. cit*. p. 92. El autor sitúa a Ercilla en la

En una breve sección de un análisis sobre la historiografía de Francisco López de Gómara, dedicada a San Clemente, Jacques Lafaye opina que «el imperialismo español del siglo XVI, impregnado de espíritu de cruzada, ha tenido en Sepúlveda su jurista, en Nebrija su gramático, en Gómara su cronista de guerra; los tres fueron destacados albornoces del ya famoso Colegio de Bolonia».[218] Más allá de la docta envergadura de las personalidades aludidas por Lafaye, como evidencia Cuart Moner, el colegio apenas gozaba de un *prestigio limitado* debido, en parte, a las desventajas que los egresados tenían respecto a otras escuelas mayores de España y a la abundancia de letrados que salían de ellas. En Castilla, detentaban una reputación superior los colegios de San Bartolomé, Santa Cruz, Cuenca, San Ildefonso u Oviedo, la mayoría inspirados en el modelo arquitectural y educativo de San Clemente.

Como sea, el Colegio de los Españoles en Bolonia tuvo la rara fortuna de conservar el grueso de la documentación archivística de su historia, entre las que se encuentran los *Libri admissionum*, registro de los datos personales de los incorporados al colegio a partir de 1452. En el siglo XV, eran admitidos en él treinta estudiantes españoles: dieciocho plazas de jurisprudencia, ocho de teología y cuatro de ciencias médicas. Los escolares tenían la opción de intervenir en debates y clases particulares en la *Università di Bologna*; la asignación de una lección catedrática, como consecuencias de dichas discusiones, tenía lugar, para los artistas, en una solemne ceremonia en la iglesia de San Francisco y, para los juristas, en la de San Domenico.

---

cúspide estatal al obtener un lugar en el Consejo de Castilla, al que arribó luego de ser presidente del Consejo de Navarra. Mientras que a Sepúlveda, «probablemente el de más talla entre los egresados de todo el siglo XVI», lo coloca en un nivel medio de la burocracia eclesiástica.

[218] Jacques Lafaye: *Sangrientas fiestas del Renacimiento. La era de Carlos V, Francisco I y Solimán (1500-1557)*. México, FCE, 2014, p. 155.

Sumada a una inalterable lectura de la Biblia durante las comidas, los colegiales debían asumir el compromiso de presenciar misa todos los días en la capilla adjunta al edificio. No obstante ser un pecado, los ficheros preservados de la biblioteca destacan un asiduo robo de libros por parte de los alumnos. Tal vez porque, como Sepúlveda menciona, habían en los anaqueles innumerables volúmenes valiosos, tentadores: «La biblioteca general, que por el oriente linda con la capilla por la parte superior, está llena de libros no tanto hermosos como llenos de anotaciones. Son, en efecto, muy antiguos en su mayoría y escritos a mano, y consta que el mismo Gil había usado algunos de ellos cuando vivía.»[219]

De los diez años que pasó en Italia, Nebrija permaneció cinco en Bolonia. Fue admitido como becario en el Colegio de San Clemente el 2 de marzo de 1465. En sus salones despertó una devoción por la lengua latina que derivaría en el desarrollo de un esquema pedagógico inspirado en Valla, expuesto en unas *Introductiones latinae* compuestas por encargo de la reina Isabel en 1481.

Nebrija estaba persuadido de que el latín, así como era cimiento del derecho y la medicina, lo era también de las Escrituras: por lo tanto, los teólogos que lo desconocieran jamás tendrían acceso a los padres de la Iglesia, sin los cuales no se podía beber directamente de las cristianas aguas de la verdad revelada. Por ignorar el idioma latino «todos los libros en que están escritas las artes dignas de todo hombre libre yacen en tinieblas sepultados, en particular las artes que dicen de humanidad, porque son propias del hombre en cuanto

[219] Juan Ginés de Sepúlveda: *Historia de los hechos del Cardenal Gil de Albornoz. Op. cit*. p. 79.

hombre.»[220] Esto es, sin el latín no hay conducto para unificar un mundo verdaderamente humano.

En oposición a Nebrija, López de Gómara demuestra en sus crónicas una exánime ilustración filosófica y teológica. El lapso en el que este vivió en Italia, principalmente afincado en Bolonia, es más o menos entre 1529 y 1545, es decir, de los 18 a los 34 años de edad. No puede pasar desapercibido que en el último párrafo de la *Historia general de las Indias*, así como en el preámbulo a las *Guerras de mar del emperador Carlos V*, Gómara nombre a Sepúlveda. En el primer caso, recalca: «Yo escribo sola y brevemente la conquista de Indias. Quien quisiere ver la justificación de ella, lea al doctor Sepúlveda, cronista del emperador, que la escribió en latín doctísimamente; y así quedará satisfecho del todo».[221] Acerca de este pasaje, una hipótesis de Lafaye es que «el capellán escribió la *Historia de Indias* por encargo del que fue su patrón en Bolonia [o sea, Sepúlveda], y como secuela de la disputa de Valladolid, del año anterior.»[222]

> Si se coteja la *Historia* de Gómara con la *Historia* de Sepúlveda [*De rebus gestis Caroli V*], la interpretación de Gómara refleja la interpretación de los coroneles y los soldados, y su propia percepción en el terreno; la versión de Sepúlveda es la oficial, destinada a ser la autorizada para la historia de siglos futuros. De estas confrontaciones, se puede concluir que Sepúlveda, avezado a las justas de teólogos y canonistas, se movía con maestría en las disputas abstractas, mientras que Gómara,

---

[220] Juan Gil Fernández: «Nebrija en el Colegio de los Españoles en Bolonia», en *Emérita*, núm. 33, 1965, p. 347.

[221] Francisco López de Gómara: *Historia general de las Indias y Vida de Hernán Cortés. Op. cit*. p. 320.

[222] Jacques Lafaye: *Sangrientas fiestas del Renacimiento. La era de Carlos V, Francisco I y Solimán (1500-1557). Op. cit.* p. 143.

> más pobre de aristotelismo y más familiar de «solados viejos», sí fue un espectador maravillado del mundo, las situaciones y los hombres de guerra. […] Ahora, algo muy significativo tuvieron en común Gómara y Sepúlveda, la identidad de temas y la analogía de títulos de sus respectivos escritos históricos.[223]

En verdad, fuera de que Sepúlveda toma como modelo la historiografía de la escuela florentina de Bruni, apoyada en los principios de dependencia de los autores antiguos, en especial Tito Livio y Salustio, y el de disidencia con el formato eclesiástico, desde su primera obra histórica (*Liber gestorum Aegidii Albornotii*) exhibe atributos propios de los *encargos oficiales*. En conformidad con los vigentes cronistas áulicos, la biografía que gesta Sepúlveda sobre Gil de Albornoz se adecua a las directrices historiográficas correspondientes a la novedosa monarquía unitaria hispánica, en fase imperial expansiva en Italia. Jenaro Costas Rodríguez explica que,

> La unificación territorial y política de España lleva a la toma de conciencia de gran país en el concierto europeo, generando un nuevo tipo de nacionalismo y el deseo de investigar en su historia general […]. La solución era escribir y reescribir la historia hispana dentro de los cánones que entonces imperaban: el estilo humanista que superaba la aridez e insulsez de las crónicas medievales y el empleo del latín como único medio de franquear las barreras lingüísticas y poder llegar a todo el mundo civilizado.[224]

En resumen, se enfatiza el carácter político de la historiografía, del cual no escapan las cinco obras históricas, abarcando el inconcluso *De rebus gestis Philippi II*, redactadas por

---

[223] *Ibid.* pp. 150-153.

[224] José Solís de los Santos (Ed.): *Actas del congreso internacional sobre el V centenario del nacimiento del Dr. Juan Ginés de Sepúlveda celebradas en Pozoblanco, del 13 al 16 de febrero de 1991*. Córdoba, Ayuntamiento de Pozoblanco, 1993, pp. 95-96.

Sepúlveda. A juzgar por Cuart Moner, había ciertos inconvenientes a la hora de escribir sobre esta asignatura, máxime para aquellos que deseaban narrar el tiempo presente y, a la par, mantener los preceptos formales de la retórica, cuidando la selección de los hechos, su combinación y exposición adecuada. Por ejemplo, alcanzar términos en español correlativos con los clásicos, y compaginar la información documental y oral con otras fuentes escritas por autores contemporáneos.[225] Ejecutar, además, una relación de hechos sobre un monarca reinante comprometía la objetividad del historiador y, el resultado, difícilmente satisfacía a todos los lectores. Era este, precisamente, el cometido de los cronistas regios.

El protocolo de coronación de Carlos V a manos de Clemente VII, el 24 de febrero de 1530, día en que el monarca cumplía treinta años, dio lugar entre los humanistas, acongojados por la historia, a una interpretación cargada de simbolismos. El recién consumado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico besaba respetuosamente los pies del papa, al tiempo que redoblaban los tambores de las tropas y repicaban las campanas de la iglesia de San Petronio de la ciudad de Bolonia. Así, los fundamentos del mesianismo cesáreo hispánico se robustecen de la mano de una actitud renacentista de tendencia restauradora de la Antigüedad: «¿Qué era lo que estaba produciéndose? Sencillamente, se entendía como el restablecimiento de la armonía de poderes, como si ante el Papa estuviera otra vez es emperador Constantino.»[226]

---

[225] Baltasar Cuart Moner: «Los romanos, los godos y los reyes católicos a mediados del siglo XVI: Juan Ginés de Sepúlveda y su *De Rebus Gestis Caroli Quinti Imperatoris et Regis Hispaniae*», en *Studia historica. Historia moderna*, núm. 11, 1993, pp. 65-66.

[226] José Solís de los Santos (Ed.): *Op. cit.* p. 65. En *Batallas y quinquagenas*, Oviedo rememora, por lo menos en seis ocasiones, la coronación de Carlos V; por ejemplo, al referirse a la participación que tuvo en el acontecimiento Diego López de Pacheco, Marqués de Villena: «Dicho me han que se halló

En el séptimo libro de *Historia de Carlos V*, Sepúlveda amplía el suceso recordando que los acuerdos a los que llegó el papa con el emperador, en el contexto de la Paz de Cambray con Francia, cosechó el duro reclamo de Antonio de Leyva, un militar destacado en las guerras italianas, especialmente, por el pacto de restituir a Francisco Sforza sus títulos sobre el Milanesado con la única condición de que pagara a lo largo de diez años una renta de novecientas mil coronas de oro. El discurso de Leyva, que no está expuesto por otros cronistas y que seguramente Sepúlveda recogió *in situ*, concluía que,

> Era por esto, emperador, por lo que tantos hombres excelentes y valientes así de origen español como germano sucumbieron sirviendo a las armas y aun en el campo de batalla, por lo que todas vuestras tropas corrieron en repetidas ocasiones los mayores peligros y sufrieron privaciones de todo tipo, para que vos, de quien creíamos que, estando presente, subyugarías a toda Italia, entreguéis a los enemigos lo que los vuestros han logrado a costa de tantas penalidades y tan gran derramamiento de sangre, dejándoos cautivar por las palabras artificiosas de aquellos que, sin resultado, os han atacado una y otra vez con sus armas, y que, con el pretexto de la religión, os exhortan a la paz de la cristiandad, una paz que ellos

---

con el Emperador, nuestro señor, en Italia, al tiempo de su gloriosa coronación de Boloña el año 1530, quando el Papa Clemente Séptimo le consagró e dio la corona imperial a su Cesárea Magestat.» Por su parte, el cronista demuestra estar al tanto de las empresas del cardenal Albornoz al mencionar a uno de sus futuros familiares: «¿Es [Luis Carrillo de Albornoz] pariente de aquel famoso Cardenal don Gil de Albornoz, que tiene aquella sumptuosa capilla en la yglesia mayor de la cibdad de Toledo, e que hizo aquel Colegio de los Españoles en la cibdad de Boloña?» Ver, Gonzalo Fernández de Oviedo: *Batallas y quinquagenas. Op. cit.* pp. 87-325.

> mismos perturban, y a la guerra contra los turcos, a quienes acostumbran a levantar contra vos.[227]

Conforme con Leyva, ceder Milán a los Sforza era una muestra de debilidad, pues ¿qué seguiría para España, renunciar también a Nápoles? Personalidades destacadas no estuvieron de acuerdo con la salida de Carlos V de Castilla durante aquella ocasión, sugiriendo que era preferible continuar las campañas marciales en el norte de África antes que embarcarse en aventuras de dudosa rentabilidad política y de una gloria transitoria.

Carlos V se presentó, por lo menos en dos ocasiones, en el Real Colegio de San Clemente de los Españoles durante los cuatro meses en los que se alojó en Bolonia, a propósito de la investidura de coronación. La visita atrajo la ratificación de beneficios y derechos que, a través de una bula, León X había ofrecido al colegio una década atrás. Los favores brindados por soberanos y dirigentes eclesiásticos, era la manera más usual y conveniente que las escuelas medievales tenían para incrementar sus capacidades físicas y financieras que, a su vez, se traducían en una ampliación de la matrícula, mejores salarios y una captación más eficaz de profesores de renombre.

Esto lo ilustra satisfactoriamente el Colegio de Montaigú de La Sorbonne de París, semillero del nominalismo, que detentaba en el siglo XVI un inmenso prestigio entre los castellanos: verbigracia, bajo la custodia de John Maior estudiaron los hermanos Luis y

---

[227] Juan Ginés de Sepúlveda: *Historia de Carlos V (Libros VI-X). Op. cit.* p. 88. Sepúlveda también aclara el papel que él ocupó en el recibimiento de Carlos V en Italia: «[A Génova] llegaron poco después tres cardenales, enviados según costumbre por el pontífice Clemente como embajadores suyos: Alejandro Farnesio, posteriormente sucesor de Clemente en el supremo pontificado a la muerte de éste; el español Francisco Quiñones, en cuyo cortejo iba yo mismo, e Hipólito de Médicis.» Quiñones fue protector del Colegio de San Clemente, en donde trabó amistad con Sepúlveda, al que incorporó en el encargo papal de rehacer el *Breviario romano*.

Antonio Núñez Coronel, el lógico Gaspar Lax y Francisco de Vitoria. Graduado en Monteagudo en 1505, quizás Maior fue el primer tratadista europeo en abordar la conquista de América desde un encuadre político que justificaba la ocupación de las tierras gentiles por parte de los cristianos. El segundo libro del *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo* de 1519, momento que solo permite hablar de «islas del Mar Atlántico», da un punto de vista jurídico para deponer a los reyes paganos que no consientan el advenimiento de la fe cristiana.

La transcripción del *Comentario* de Maior, conservado en la biblioteca Perry-Castañeda de Austin, microfilmado por María del Carmen Rovira, expone lo siguiente:

> Aún hay otra cosa: aquel pueblo del otro lado y más allá del Ecuador vive bestialmente y viven hombres muy feroces como dice Tolomeo en el cuadripertito y ya esto es claro por experiencia que el primero que nos ocupa (que conquista aquella isla) justamente los gobierne, porque por naturaleza son siervos, como es claro en los capítulos tercero y cuarto del libro primero de la Política.[228]

Por un lado, la obstrucción a la prédica evangelizadora y la persecución a los nuevos conversos y, por otro, la presunta incapacidad de autogobierno de los aborígenes americanos, son los aspectos que el profesor escocés interpone en la legitimación que hace de la conquista y del despojo del derecho de potestad que los nativos poseían. Así pues, Maior pasa a ser el primer letrado en recurrir a la doctrina aristotélica de la servidumbre natural para encarar el problema de América y la duda ontológica que, entre los europeos, despertaban sus habitantes.

---

[228] María del Carmen Rovira Gaspar: «Juan Ginés de Sepúlveda y Francisco de Vitoria. La crítica de Bartolomé de Las Casas a las opiniones de Maior sobre América», en *Pensamiento novohispano*, núm. 7, 2006, pp. 33-34.

Como se puede distinguir, la argumentación que Sepúlveda adopta en el *Demócrates Segundo* y, por extensión, en la Junta de Valladolid, no es insólita. Esta parece filtrarse de manera casi natural en los colegios en los que se enseñaba ortodoxamente a Aristóteles, como era el caso del de San Clemente.

3. EL HUMANISMO ERASMISTA DE GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

DESCRIPCIÓN DE INTENCIONES

Nacido en Madrid en 1478, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés hizo su primer viaje al Darién en la expedición de Pedrarias Dávila. En 1514, el cronista contaba con treinta y seis años de edad y se embarcó hacia América con un encargo específico, según narra él mismo en las primeras páginas de la inmensa *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano.*

> […] despues quel año de mill é quinientos y trece de la Natividad del redemptor nuestro, Jesu-Chripsto, el Cathólico rey don Fernando, de gloriosa memoria, abuelo de Vuestra Cesárea Magestad, me envió por su veedor de las fundiciones del oro á la Tierra-Firme; donde assi me ocupé quando convino en aquel oficio, como en la conquista y pacificacion de algunas partes de aquella tierra con las armas, sirviendo á Dios y á Vuestras Magestades. […] En la qual conquista los que en aquella sason passamos con Pedrarias Dávila, lugar teniente é capitan general del rey Cathólico, é despues de Vuestras Magestades, seriamos hasta dos mil hombres, é hallamos en la

> tierra otros quinientos é mas chripstianos, debaxo de la capitania de Vasco Nuñez de Balboa en la cibdad del Darien […].[229]

La crónica fundacional de Oviedo inaugura un tipo de *praxis* discursiva colonial. Entre lectores europeos, el éxito del *Sumario de la general y natural historia de las Indias*, redactado en Castilla en 1526, había sido inmediato, lo mismo que la primera parte de la *Historia general y natural de las Indias*, impresa en Sevilla nueve años después. El proyecto histórico ovetense contempló desde un inicio ser desmesurado: por la misma razón, los cincuenta libros de la *Historia*, divididos en tres partes, esperaron casi tres siglos para ser publicados por primera vez en su totalidad. El *Sumario*, más el *Cathálogo Real de Castilla*, le permitieron a Oviedo ser recompensado por Fernando el Católico con el nombramiento de cronista oficial del reino, para que «descansasse ya en mi casa recoligiendo y escribiendo con más reposo estas materias e nuevas historias de Indias.»

En el presente capítulo, el objeto de estudio global será el vínculo de los cronistas de Indias con el humanismo italiano, representado de manera preliminar por Pedro Mártir de Anglería, traído de Roma a las cortes hispánicas por el conde de Tendilla en 1487. En Anglería destacan ya los principios humanistas en torno al trabajo de estilo, es decir, al manejo de la expresividad, la elegancia y la elocuencia, así como la obligatoria consulta de testigos directos de los acontecimientos a narrar: principalmente, el adelantado Vasco Núñez de Balboa, en el caso de la composición de las *Décadas del Nuevo Mundo*.

En un personaje como Oviedo, el humanismo solo es un ámbito de la totalidad de aspectos que están en juego al momento de historiar la conquista española de América: se

---

[229] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano. t. I. Op. cit.* p. 30.

trataría de una base escolástica, vertida en una latente óptica providencialista, además de la tradición historiográfica hispánica, la literatura de caballería, reflejada en sus valores en *Las siete partidas* de Alfonso el Sabio, y la pastoral judeocristiana. En el apartado 3.1. Providencialismo e historiografía ovetense, haré eco de estos abundantes aspectos.

En un artículo reciente, Santiago Fabregat Barrios asegura que

> Uno de los problemas con el que se enfrenta la extensísima *Historia* de Fernández de Oviedo como objeto de estudio, es la existencia de una serie de rígidos juicios de valor sobre ella, en no pocos casos verdaderos tópicos y prejuicios, tendentes a simplificar y trivializar la enorme complejidad que la obra encierra.[230]

Es probable que el maremágnum de «rígidos juicios» en relación con Oviedo y su obra, comenzara a gestarse contemporáneamente a su propia vida. El sistema de contradicciones internas en su pensamiento, ostensible en la *Historia general*, por ejemplo, respecto al empleo de las fuentes, el valor de los autores antiguos o la evaluación del proyecto colonial, fueron duros motivos de críticas por parte de sus detractores; el mayor de ellos, fray Bartolomé de Las Casas. Además de haber sido una propiedad exigida al historiador en las convenciones profesionales del momento, si Oviedo despliega erudición en sus escritos, es justamente para tratar de acallar a aquellos que le dan poco crédito como autor.

Aun cuando los géneros de la historia y la crónica tienen una dimensión considerablemente política en los textos del cronista, no se pueden soslayar las ambiciones personales del que fuera, durante su adolescencia, mozo de cámara del príncipe don Juan en los usos discursivos de los que se auxilia.

---

[230] Santiago Fabregat Barrios: «Presencia y función de los mitos clásicos en la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo», en *EPOS*, núm. 19, 2003, p. 81.

Juan Pérez de Tudela admite que la crónica ovetense está sensiblemente marcada por la «breve, pero significativa» estancia del autor en Italia. En la sección 3. El singular erasmismo de Gonzalo Fernández de Oviedo, me detengo, sobre todo, en el análisis de los libros que el cronista habría adquirido durante su escueto paso por la península itálica. La biblioteca que conservó y consultó durante el resto de su vida en Santo Domingo, certifica la influencia que tuvo sobre Oviedo la escuela florentina, de donde pudo haber heredado los principios humanistas de urbanidad, burguesía y sentido civil laico, manifiestos en el aristocratismo y el proyecto de conformar, como modelo colonial, una élite noble sustentada en la Orden de Santiago.

Refiriéndose al abandono progresivo de la pasión juvenil que Oviedo mantuvo por el género medieval de las novelas de caballería, menos reparos hay al momento de reconocer el influjo que Erasmo tuvo en el cronista desde que Bataillon escribiera que «el erasmismo ayudó a este hombre a hacerse consciente de su dignidad de escritor, y lo confirmó en la ambición de instruir en vez de divertir.»[231]

Aunque a lo largo del capítulo actual me sirvo del *Libro del muy esforzado caballero de la fortuna llamado don Claribalte*, o solo *Claribalte*, la investigación se enfoca en las dos crónicas americanas de Oviedo por excelencia: el *Sumario* y la *Historia general*. Aun cuando en la madurez sobreviven algunos rasgos del período «preerasmista», este se separa de sus intereses primitivos, llegando a considerar a los libros de caballería, «necios e ineruditos». En cambio, a partir de 1526, va a esmerarse por encuadrar la colonización de América en una prolongación de la historia peninsular.

[231] Marcel Bataillon: *Op. cit.* p. 643.

Si bien el frecuente uso de la analogía le permite al cronista dar cuenta y sentido de orientación a lo que observa, América presenta para el europeo del siglo XVI un «Nuevo Mundo» que intentará asimilar a su propia cosmovisión. La naturaleza, de condición novedosa, será el inédito paradigma de observación en el cual se priorizará la vista y el oído, sentidos que dan al testimonio de Oviedo legitimidad y autoridad. En 3.1. Providencialismo e historiografía ovetense, trato de demostrar que la materia Historia natural, a la cual Plinio bautizaría con su obra homónima, prácticamente no cambiará hasta Charles Darwin, pues antes de él, el cosmos era percibido como un conjunto de entes acabados, fijos al plan divino, no como un proceso sometido al paso del tiempo.

En el subcapítulo 3.2. La representación del llamado «indio»: estética y ontología, examino las motivaciones religiosas implícitas en el desprecio que Oviedo manifiesta por los nativos americanos, el notable tránsito en la *Historia general* hacia una mayor tolerancia, así como las denuncias a los abusos de sus compatriotas, acentuadas en el contexto de la aplicación de las Leyes Nuevas. Dicha alteración en el planteamiento del cronista, se da simultáneamente a la constatación del derrumbe del proyecto colonial que este imaginaba, próximo a la instauración de una aristocracia subsidiaria cuya primera obligación sería defender los valores de la monarquía. Como dice atestiguar, en su lugar reina entre los colonos una creciente ambición por el oro.

Oviedo no niega que los llamados «indios» empleen la razón ni, por ende, que sean parte de la genealogía adámica; si el clima y las constelaciones tienen la facultad de modificar la apariencia corporal, la decrepitud moral de los pueblos y habitantes de América, más bien, la va a explicar bajo un argumento providencialista. En este sentido, el olvido de Dios en el que había caído el continente «redescubierto» por Colón, con arreglo a la discutida hipótesis

ovetense de las Hespérides, se debe a la libre decisión de los pobladores de adorar al diablo, entregándose a sus tentaciones y perpetuándolas en sus ritos e instituciones culturales.

En la *Apología*, presentada por Las Casas en la controversia de Valladolid, el fraile atribuye a Oviedo ser un «miserable [al haber] reunido tantas mentiras en su obra.» Puesto que, en efecto, Sepúlveda acepta como verdaderos los juicios enunciados por Oviedo, era crucial desmentir a la principal fuente de su adversario con el fin de fracturar los cimientos de los silogismos planteados en el *Democrates secundus*. Sin embargo, como estudiaré más tarde, en Juan Ginés de Sepúlveda: un humanista filoitaliano, antes que un autor incondicional, Sepúlveda hace un uso conveniente de Oviedo en todo lo que respecta a sus propósitos.

3. EL «SINGULAR» ERASMISMO DE GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

Resulta tan fértil el contacto de Gonzalo Fernández de Oviedo con la Italia humanista, que Antonello Gerbi dedicó un extenso apartado a su estudio en el libro más prestigioso de su carrera como hispanista: *La naturaleza de las Indias nuevas*. En él declara que

> […] desde su primera juventud hasta su más tardía ancianidad Oviedo fue lector asiduo de poetas, historiadores, tratadistas y moralistas italianos; que su curiosidad, estimulada en algunos casos por circunstancias personales, se extendía en otros a su vida y a su carrera; que su mirada intelectual estaba enderezada, más allá de la remota península ibérica, hacia las tierras aún más remotas de Italia, y más precisamente hacia el centro más fervoroso de actividad literaria, hacia Venecia con su pléyade de editores, de doctos prófugos y de escritores de profesión; y que de la historiografía humanística florentina y de la erudición veneciana tomó Oviedo incansablemente elementos formales y sustanciales de su técnica descriptiva y de su visión del mundo.[232]

El corto periplo italiano de Oviedo comenzó en Génova en 1499, cuando contaba con veintiún años de edad. Luego transitó vertiginosamente por las cortes de Milán y Mantua al servicio de Ludovico el Moro e Isabella Gonzaga; enseguida peregrinó con Juan Borgia Lanzol, nepote del papa valenciano Alejandro VI, por Turín, Pavía, Ferrara, Bolonia y Roma. Convertido en un cándido adepto al humanismo, Oviedo regresa a España en 1502 con una comitiva de la exreina doña Juana. Durante este trecho eventual de cuatro años, aprende la lengua toscana, habilidad que le será útil para traducir tiempo después a Pietro da Lucca y a

[232] Antonello Gerbi: *Op. cit*. p. 206.

Giovanni Boccaccio, igualmente, amasa poco a poco una biblioteca personal que lo acompañará hasta la consumación de sus días en 1557 en Santo Domingo.

La importancia de alumbrar este último aspecto reside en que los libros que adquiere Oviedo en Italia, demuestran que casi todas las fuentes clásicas que cita a lo largo de su obra son indirectas, provienen de interpretaciones medievales: es el caso de las *Etimologías* de san Isidoro de Sevilla, la versión de la *Iliada* de Juan de Mena, los libros de Aristóteles traducidos por Francesco Filelfo, etcétera. Según Fabregat, a pesar de que Oviedo ignoraba totalmente la lengua griega, sí era capaz de leer el latín con suficiente solvencia; de modo que habría sido un persistente lector, en su idioma original, de *Las Metamorfosis* de Ovidio, las *Geórgicas* de Virgilio, las *Décadas* de Livio y, claro está, la *Historia natural* de Plinio.[233] Cosa que no siempre es reconocida, tal vez desde que Las Casas lo llamó impostor al «pretender dar la impresión de que ha leído las viejas historias, aunque sólo ha leído las escritas en lengua española.»[234]

La biblioteca ovetense, estudiada diligentemente por Daymond Turner, evidencia que las mayores influencias españolas de Oviedo fueron Jiménez de Rada y su *Historia de rebus Hispaniae*, de Alfonso el Sabio la *General estoria*, así como los trabajos referidos de manera profusa de Fernández de Madrigal, el Tostado. Mientras que de la literatura romance española destacan Juan Boscán, Jorge Manrique y Juan de Mena, de quien cita el *Laberinto de fortuna* en la *Historia general*, de la italiana sobresalen Dante, Petrarca y Boccaccio.[235]

---

[233] Santiago Fabregat Barrios: *Op. cit.* p. 71.

[234] Bartolomé de Las Casas: *Apología*. Madrid, Ed. Nacional, 1975, p. 381.

[235] Daymond Turner: *Op. cit.* p. 167.

Un asunto que con frecuencia se pasa por alto, es el encuentro epistolar que Oviedo sostuvo con el cardenal humanista Pietro Bembo, a decir de Ángel Crespo «el mayor petrarquista de todos los tiempos», mismo que estaba sumamente preocupado por el estatus de la lengua italiana respecto al de la latina. En *Prosas de la lengua vulgar*, Bembo defendió la imitación del estilo y el vocabulario de los tres grandes autores florentinos: Dante, Petrarca y Boccaccio, tesis que también quedó retratada en las páginas de *El Cortesano* de Castiglione. Acaso de él, Oviedo adquiere el interés por Boccaccio y es persuadido para imitar la propagación del uso del castellano a la par del latín en contextos cultos.

Buena parte de los historiadores españoles del siglo XVI, atribuyen a los romanos la cultura y la civilización, y a los visigodos el arribo de una total constitución política de Hispania como entidad soberana, no supeditada a ningún otro poder superior. Los Reyes Católicos, descendientes de los godos, simbolizarán la *restauratio Hispaniae* tras la expulsión de los moros de la Península: además de ser los responsables de dar el carácter universal a la monarquía católica, a estos les asignan el rol de vínculo entre la Hispania antigua y la de Carlos V. Para Oviedo y Sepúlveda, el papel de Roma en la historia de España va a ser ambivalente, pues, si bien admiten que es la mayor fuente de la civilización, también representa el sometimiento al imperio.[236] Notablemente más antirromanista, la defensa de la lengua castellana realizada por Oviedo encierra un voto a favor de la superioridad de España en comparación con Roma.

[236] Baltasar Cuart Moner: «Los romanos, los godos y los reyes católicos a mediados del siglo XVI: Juan Ginés de Sepúlveda y su *De Rebus Gestis Caroli Quinti Imperatoris et Regis Hispaniae*». *Op. cit*. p. 74.

La condición de ser un latinista regular y un desconocedor absoluto del griego, supedita el estilo con el que Oviedo redacta sus crónicas. La declaración de renuncia al adorno literario proveniente de Cicerón, uno de los más significativos estándares humanistas, en beneficio del relato directo, llano y, ante todo, «verdadero», hace de Oviedo un *humanista particular*, con una doble actitud frente a la cultura clásica. Por ejemplo, al momento de utilizar mitos de la Antigüedad como fuentes historiográficas, por un lado, respondiendo a exigencias intelectuales, es retórico y erudito y, por otro, solo cuando se trata de probar el eminente pasado de España, es crítico y científico.

Retomando la *General estoria* de Alfonso el Sabio y a san Isidoro, tanto en la dedicatoria de su novela *Claribalte* como en la *Historia general*, Oviedo sostiene que Túbal, nieto de Noé, fue el primer rey de España. A la alusión mitológica evangélica, el cronista da una función política siguiendo, sin proponérselo, la corriente hermenéutica del evemerismo. Esta perspectiva enunciaba que los héroes en realidad fueron personajes históricos que al pasar el tiempo, mediante un proceso de «deificación», se convirtieron en símbolos colectivos.

> Evémero considera que los dioses pertenecían a una antigua dinastía de reyes, al estilo de los reyes helenísticos, que se caracterizaron por sus «acciones benéficas» y por sus «inventos». […] Evémero escribió su libro con un propósito panegírico en honor a su mecenas, el rey Casandro; de este modo, el monarca quedaría identificado, gracias a sus hazañas y obras, con un futuro dios cuando su pueblo se olvidara de su carácter humano, al igual que sucedió con Urano, Crono o Zeus.[237]

[237] Francisco García Jurado (Ed.): *Diccionario hispánico de la tradición y recepción clásica*. Madrid, Guillermo Escolar, 2021, p. 243.

Ya que, de ordinario, Oviedo va a centrarse prioritariamente en la experiencia empírica, la alusión a Túbal es uno de los pocos casos en los que el mito hace de fuente documental. El evemerismo y el tópico del sobrepujamiento, traducido en la afirmación de que en proporción de hazañas y personajes los hispanos sobrepasan todo lo conocido por el mundo antiguo, tratan de elevar la notoriedad de las gestas llevadas a cabo por sus compatriotas en América contrastadas con las empresas bélicas de Carlos V dentro de Europa.

Aun cuando la imagen del héroe conquistador va a entrar en declive en el escenario de la promulgación de las Leyes Nuevas, en ella Oviedo conjuga valores de la antigüedad con otros actuales. Por ejemplo, otra vez, con miras a resaltar la ventaja que los españoles poseen sobre los antiguos, equipara a Hernán Cortés con Alejandro Magno.

> Yo que no mis años, sino mis victorias suelo numerar, si los dones de la natura cuento, luengo tiempo he vivido. Assi lo dixo Alexandro Magno á Cratero en cierta respuesta que le dió. Por cierto si esta regla ó cuenta hace Cortés, tenerse puede por de luega edad, segund las victorias que le ha dado Dios; y tanto son de tener en más, quanto con más flaco principio que Alexandro comenzó este capitan á buscar renombre entre los que son más ilustres é loables en el mundo.[238]

Al comparar la figura de Cortés edificada por Oviedo con la esbozada en *La conquista de México* de López de Gómara, es evidente que la segunda resulta más moderna. Dentro de la mayor sobriedad posible y en consonancia con el papel decisivo que las grandes individualidades tienen en la historia, Gómara guarda una inclinación por caracterizar a los personajes de acuerdo con sus capacidades y deficiencias. Contada al modo clásico, *La*

[238] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano. t. X. Op. cit.* p. 230.

conquista trata de confirmar los designios de la providencia: España como vehículo beatífico, con Cortés al mando y el cronista siendo testigo.

> Cortés es presentado por Gómara como un hombre arrogante, muy seguro de sí mismo, capaz de ganarse a sus hombres y de hacerse aliados, y de ser muy cruel cuando lo juzgaba necesario. Era piadoso, muy preocupado de atender a las cosas de la religión. Su arrogancia se revela en el trato con superiores, iguales y subordinados.[239]

El firme nacionalismo de Oviedo, hermanado al cesarismo del Dante de *De monarchia*, no puede desligarse de la pretensión continuista en la que se inscribe la composición de la crónica americana, un episodio más en la historia de la Corona castellana. En otras palabras, el *Sumario* y la *Historia general* vendrían a complementar las *Batallas y quinquagenas* y el *Cathálogo Real de Castilla*, ubicando a la conquista de América en el *continuum* de la historia peninsular, en particular, la de la monarquía hispánica. Así, las nuevas

---

[239] Francisco López de Gómara: *La conquista de México.* Madrid, Historia 16, 1987, p. 25. Al no haber viajado a América, la crónica de Gómara se alimenta de las noticias que le proporcionan Oviedo, Anglería, Motolinía, Enciso y los soldados Andrés de Tapia y Gonzalo de Umbría. Cervantes de Salazar y Díaz del Castillo le incriminan haber imputado la hazaña conquistadora exclusivamente a Cortés: «Y en esto que escribe es por sublimar a Cortés y abatir a nosotros los que con él pasamos, y sepan que hemos tenido por cierto los conquistadores verdaderos que esto vemos escrito, que le debieron dar oro a Gómara y otras dádivas porque lo escribiese de esta manera porque en todas las batallas o reencuentros éramos los que sostenían a Cortés, y ahora nos aniquila en lo que dice este cronista.» Ver, Bernal Díaz del Castillo: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México, Mexicanas, 1950, p. 123. Las Casas se suma a la acusación de atreverse a escribir sobre algo que no presenció: «Gómara, clérigo, que escribió la *Historia* de Cortés, que vivió con él en Castilla siendo ya marqués, y no vio cosa ninguna, ni jamás estuvo en las Indias, y no escribió cosas sino lo que el mismo Cortés le dijo, compone muchas cosas en favor dél, que, cierto, no son verdad.» Ver, Bartolomé de Las Casas: *Historia de las Indias. t. III.* Caracas: Ayacucho, 1956, p. 106.

demarcaciones sometidas, condicionadas por la lógica tardomedieval de Oviedo, se anexan al discurso oficial que tiene como factor decisivo la custodia de las políticas imperiales expansionistas.

Desde el planteamiento teórico de la asimilación negativa, el discurso de Oviedo es paradigmático, ya que al subsumir el hecho del «descubrimiento» al particular devenir de España, acepta que solo con la venida de los conquistadores, América adquiere un genuino sentido histórico. Aseveración que se opone a la autonomía ontológica de los pueblos recientemente dominados. El proceso requiere de la negación de la realidad colonizada para ser incorporada a los anales de la metrópoli, es decir a la «Historia», bajo la mirada del cronista como pieza testificante crucial. En América, Oviedo *es* los ojos de la monarquía española y de sus intereses. Como explica Álvaro Baraibar

> Oviedo adopta la «actitud de invisibilidad» propia del historiador con el objetivo de dar voz a una entidad superior a su mismo acto de escritura, la Monarquía, agente de la historia por antonomasia que no necesita del esfuerzo narrativo del cronista.[240]

Desde 1490 que comenzó a servir en la casa de los duques de Villahermosa, y enseguida al primogénito de los Reyes Católicos, el príncipe Juan de Aragón, Oviedo se constituye como un cortesano palaciego. Esta última experiencia contribuye para que escriba posteriormente el *Libro de la cámara real del príncipe don Juan, oficios de su casa y servicio ordinario*. «Como humanista, por su vivencia personal, va a aplicar a sus conciudadanos con el mayor rigor, el principio de la nobleza como valor, esfuerzo y virtud del individuo al servicio de un

[240] Álvaro Baraibar: «El concepto de autoridad en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo», en *Hispanófila: Literatura-Ensayos*, núm. 171, 2014, p. 47.

rey.»[241] Sumado a sus aprendizajes civiles en Italia, es así que el modelo colonial más apropiado para el cronista no debe residir en hombres de baja extracción social, tampoco en monásticos y letrados, pues según él solo los nobles, quienes conservan la virtud necesaria para triunfar sobre la corrupción predominante en América, agrupados en una institución certificada por los Cien hábitos de Santiago, serían capaces de resguardar las posesiones transatlánticas del emperador.

Oviedo deposita en el modelo aristocrático el monopolio de la violencia y el favorecimiento de la Corona. Igualmente, llama a elegir a los prelados y, a otras autoridades eclesiásticas que acompañen en la travesía conquistadora, por sus cualidades personales:

> […] sean dotos y de buena casta é de aprobada y experimentada vida é virtudes, é que residan en sus obispados; é lo mismo digo que se guarde en las eleciones de los jueces de la justicia é officiales de la real hacienda, porque aunque hasta agora por la bondad de Dios y aviso de Vuestra Señoría assi se ha mirado, si en esto oviesse descuydo, visto está qué tales andarán las ovejas, si los pastores á quien fueren recomendadas no fueren quales los han menester […].[242]

Con pronunciado celo patriótico, el cronista hace saber que no le gusta que no se haya limitado a los castellanos la exploración y explotación del continente. Como certifica el tránsito de los últimos libros de la *Historia general*, en el «Nuevo Mundo» la nobleza institucional que podría secundar la formación de una élite social legítima se encuentra ausente. En el fondo, como apunta con certeza Alexandre Coello, a Oviedo «le preocupa el

---

[241] Gilles Bataillon, et. al.: *Las teorías de la guerra justa en el siglo XVI y sus expresiones contemporáneas*. México, UNAM, 2008, p. 107.

[242] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano. t. I. Op. cit*. p. 23.

tejido social sobre el cual aquellos hombres de guerra consolidan un proyecto duradero de colonización.»[243]

Muchas de las opiniones políticas de Oviedo son las de un súbdito instruido en la casa regia de Castilla y otras cortes italianas menores. Gerbi destaca este rasgo heterogéneo al proponer que «El futuro historiógrafo de las Indias Nuevas, si es español de nacimiento, de lengua y de empleo, es un italiano del primer Cinquecento por su formación mental, por su curiosidad científica, por su elevado concepto del oficio de historiador, y finalmente por el sutil humorismo […].»[244] Es decir, Oviedo es tanto europeo como americano, español e italiano, medieval y moderno, y si acaso hubiese sólidas distinciones entre historia y crónica, su nombre también ocuparía un lugar en ambas disciplinas.

Una de las peculiaridades ovetenses más contiguas a Erasmo se encuentra en el estilo narrativo, cuya directriz detalló el humanista de Rotterdam en *Opus de conscribendis epistolis* de 1522. El compendio, de preceptiva epistolar y retórica, enfatiza el mérito de la concisión y la claridad que se adquiere sacrificando la ornamentación, más nunca el ingenio. Otro adeudo directo de Erasmo, es el trascendental emplazamiento a desarrollar la capacidad de ser fiel a la verdad de los hechos y, sin desatender el humor, propio de las mejores correspondencias, demostrar una actitud humilde. En este sentido, cada vez que tiene oportunidad, Oviedo se declara ante el lector «muy pobre ó falta de estilo é palabras artificiales.»

---

[243] Alexandre Coello de la Rosa: «¿Indios buenos?, ¿indios malos?, ¿buenos cristianos? La cara oscura de las Indias en Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés», en *Scripta nova*, vol. V, núm. 101, 2001, p. 7.

[244] Antonello Gerbi: *Op. cit.* p. 163.

La admiración por Erasmo no era ningún secreto. Oviedo se ocupa de hacerla explícita en *Batallas y quinquagenas*, donde dice refrendar su fascinación por el «famoso e gran doctor»; mientras, en la *Historia general*, al referirse al *De praeparatione ad mortem*, señala: «[…] pero como quiera que se la muerte, no por esso debemos juzgar á ninguno. Assi nos lo acuerda aquel notable y famoso dotor moderno, Erasmo Roterodamo, en aquel su provechoso tractado que ordenó del apercebimento y aparejo quel chripstiano deba hacer y proveerse para la muerte.»[245]

A pesar de la genuina admiración que profesa Oviedo a la piedad que manifiestan los consejos de Erasmo y su ferviente adhesión a los fundamentos del dogma cristiano, parte de la «singularidad» del erasmismo que practica, es que no reconoce el irenismo extremo, que condena cualquier tipo de respuesta armada, defendido por la llamada filosofía de Cristo. Por tratarse de una guerra aprobada y encargada por el mismísimo papa Alejandro VI para cumplir con benignos fines religiosos, y así consumar el designio de la providencia de castigar los pecados y al mismo tiempo salvar a los infieles del olvido de Dios, el cronista emite opiniones probélicas en torno a la «cruzada» evangelizadora emprendida por España contra los pueblos amerindios.

La adopción formal del diálogo, cuando menos en una ocasión, por parte de Oviedo, supone un homenaje a los autores clásicos que lo inventaron y a los humanistas que lo recuperaron como estimable vehículo de ideas y discusiones: los más afamados entre ellos, *El cortesano* de Castiglione y los *Coloquios* de Erasmo. En efecto, a través de un par de personajes nombrados con sus oficios, «Alcalde» y «Sereno», los ciento treinta y dos

---

[245] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano. t. V. Op. cit*. p. 108.

diálogos conservados de *Batallas y quinquagenas*, presentan puntos de vista acerca de informes genealógicos, nobiliarios e históricos en general.[246] Oviedo es exhaustivo al brindar datos particulares de las figuras que retrata: considera la estirpe, los enlaces y la descendencia, los avatares de la casa a que pertenecían, el cálculo de la renta solariega y la heráldica de cada dinastía.

También la recurrencia e interés de Oviedo por abordar temas ligados a la nobleza, le granjea el improperio de Las Casas, quien acota: «¡Bien sé que debemos perdonar a semejante idiota, más bien preocupado por dibujar los árboles genealógicos de cierta gente!»[247] Lo cierto es que dicha predilección no es una afición cualquiera, sino un imaginario que el cronista cultiva desde muy pequeño, estrechamente vinculado a su biografía. Basta con observar que el argumento de *Claribalte* empieza informando la estirpe del protagonista, un dechado de virtudes.

> Todo aquel reino enteramente daba gracias a Dios por haber hecho tal persona, viendo su disposición y hermosura y viveza de su ingenio, la prudencia y sosiego que en él abundaba y la fortaleza y maña que tenía, la afabilidad y franqueza, el esfuerzo grande que en él resplandecía.[248]

---

[246] Alberto del Río Nogueras: «Diálogo e historia en las *Batallas y Quinquagenas* de Gonzalo Fernández de Oviedo», en *Criticón*, núm. 52, 1991, p. 93. La decisión de elegir dos personajes cuyas ocupaciones representen sus nombres, se apega al coloquio «Cartuxano» de Erasmo. Este trata de dos hermanos que se reencuentran después de pocos años, uno convertido en fraile cartujo y el otro en soldado. «Cartujo» y «Soldado» van a reprenderse mutuamente por la elección profesional que tomaron, asimismo, cada uno tratará de defenderla. Ver, Erasmo de Rotterdam: *Coloquios familiares*. Barcelona, Anthropos, 2005, p. 155.

[247] Bartolomé de Las Casas: *Apología*. *Op. cit*. p. 378.

[248] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Claribalte*. México, UAM-I, 2002, p. 60.

El relato trata de las aventuras del digno Claribalte por los reinos de Francia e Inglaterra. Circundado de atmósferas cortesanas, Félix, como también es nombrado, tiene que librar batallas y torneos a caballo (unas justas que le merecen la designación de «Caballero de la Rosa», recuerdan más de un episodio de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*). Igualmente debe asistir, en calidad de paladín, a casamientos y comidas con caballeros de Escocia en salones londinenses; los enredos epistolares en los que se ve envuelto, son el producto de aquellos dilemas amorosos que le atrae el ser un favorecido natural de las mujeres. Todo ello contribuye a inferir que Oviedo fue un hombre de inmensa imaginación.

El *giro erasmista* en él, originado muchos años después de regresar de Italia, se hace aún más patente con el abandono y desprecio consecutivo de las novelas de caballería. La recomendación de Erasmo, aparecida en la *Educación del príncipe cristiano*, de no leerlas por ser «absolutamente ineruditas, necias, propicias para ser recitadas por viejas por engañar el sueño al amor de la lumbre», llevará al cronista al punto de renegar de su creación juvenil *Claribalte*.

3.1. PROVIDENCIALISMO E HISTORIOGRAFÍA OVETENSE

La reiteración de la inabarcabilidad de las cosas, expresada en el tópico latino *ars longa vita brevis*, es decir, la insuficiencia de toda posible empresa humana por agotar la vasta naturaleza de América, tenía el esencial obstáculo epistemológico de un vacío de principios organizadores y enunciadores para afrontar dicha realidad.

> Y nos declara por lo que vemos del mundo, que quien pudo hacer aquello es bastante para todo lo que dél no alcanzamos, assi por su grandeza, como por la poca diligencia nuestra, é principalmente por la flaqueza humana, de que los mortales estan vestidos; de que resultan otras causas é inconvenientes que pueden impedir tan loable ocupacion, como es ver con los ojos corporales lo que hay en esta compusicion á ellos visible de la universal redondez, á quien los griegos llaman *cosmos*, é los latinos *mundo*. En el qual mucho menos dela quinta parte algunos cosmógraphos quieren que sea habitada: dela qual opinion yo me hallo muy desviado, como hombre que fuera de todo lo escripto por Tholomeo, sé que hay en esta imperio de las Indias […], tan grandes reynos é provincias y de tan extrañas gentes é diversidades é costumbres y cerimonias é idolatrias, apartadas de quanto estaba escripto (desde *ap initio* hasta nuestra tiempo): que es muy corta la vida del hombre para lo poder ver, ni acabar de entender ó conjecturar.[249]

La estrechez de vocabulario cognitivo, orilla a Fernández de Oviedo a delinear una protoetnología comparativa. Es por ello que el procedimiento más recurrente en la *Historia general* es la analogía, el *igual a… como en*… Así, América provoca la gestación de una

[249] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano. t. I. Op. cit.* pp. 26-27.

epistemología moderna centrada en la experiencia, específicamente, en lo visto y lo oído. En el *Sumario*, a través del recurso del sobrepujamiento, Oviedo reincide en señalar la ventaja de las proezas españolas sobre las del mundo antiguo, al igual que el privilegio de haber sido su testigo inmediato: «[…] ignorantes del todo los antiguos, decían ser inhabitable naturalmente la dicha tórrida zona y Equinocial línea. Todo esto depongo y afirmo como testigo de vista, y se me puede mejor creer que a los que por conjeturas, sin lo ver, tenían contraria opinión.»[250]

En la *Historia general*, el ataque a los cronistas que se atrevieron a escribir acerca de América sin haber estado ahí, es más periódico y frontal. Queda claro que en primer lugar se hace referencia a Mártir de Anglería, por las numerosas inexactitudes vertidas en sus afamadas *Décadas del Nuevo Mundo*. De acuerdo con Gerbi, son igualmente cuantiosas las razones personales de la aversión que expone Oviedo por Anglería: ya por los beneficios y el prestigio que este ha cosechado sin haber atravesado nunca el mar océano, ya por su

[250] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Sumario de la Natural y General Historia de las Indias. Op. cit*. p. 38. A partir de Oviedo, la cualidad de haber sido testigo se convierte en un recurso que envuelve de verdad y objetividad a las anécdotas propuestas por los nuevos historiadores: Díaz del Castillo titula deliberadamente su crónica *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, donde escribe «[…] mas lo que yo vi y me hallé en ello peleando, como buen testigo de vista, yo lo escribiré, con la ayuda de Dios, muy llanamente, sin torcer a una parte ni a otra.» Ver, Bernal Díaz del Castillo: *Op. cit.*, p. 13. Años después, Alonso de Ercilla echa mano del tópico en *La Araucana* para revestirse de imparcialidad: «podré ya discurrir como testigo/que fui presente a toda la jornada,/sin cegarme pasión, de la cual huyo,/ni quitar a ninguno lo que es suyo.» Ver, Alonso de Ercilla: *Op. cit.* p. 269.

amistad con Pedrarias Dávila e, incluso, por el reconocido latinismo que a sus ojos lo vuelve jactancioso.[251]

> […] será á lo menos lo que yo escribiere historia verdadera é desviada de todas las fábulas que en este caso otros escriptores, sin verlo, desde España á pié enxuto, han presumido escribir con elegantes é no comunes letras latinas é vulgares, por informaciones de muchos de diferentes jyicios, formando historias mas allegadas é buen estilo que á la verdad de la cosa que cuentan; porque ni el ciego sabe determinar colores, ni el ausente assi testificar estas materias, como quien las mira. […] Por cierto yo veo cosas escriptas desde España destas Indias que me maravillo de lo que osaron los auctores dellas, arrimados á sus elegantes estilos, seyendo tan desviados de la verdad como el cielo de la tierra; y quedan disculpados con decir: assi lo oí, é aunque no lo ví […].[252]

En orden jerárquico, al testimonio presencial y su comprobación por los sentidos, sigue como tercer criterio, lo leído. Oviedo admite, solo como añadidura retórica y erudita a la experiencia, obras de Plinio, a quien, aunque lo contradiga en alguna ocasión, vuelve profusamente, Teofrasto, Ptolomeo y otros pocos autores grecolatinos.

> Si seguimos la secuencia propuesta por el texto [*Historia general y natural de Indias*] no sorprende menos que frente a esas Autoridades, pertenecientes a las más

---

[251] Antonello Gerbi: *Op. cit.* p. 288. Al escribir de la exploración de Jamaica (L. II, cap. XII), Oviedo denuncia que «Esta isla creo yo que es la que el chronista Pedro Mártir quiso intitular *Alpha*, a; é otras veces la llama Juana; pero de tales nombres no hay en estas partes e Indias isla alguna.» Adicionalmente, Gerbi anota que «hay en él [Oviedo] un complejo de inferioridad lingüística muy natural en quien había estado durante la mocedad al servicio del príncipe don Juan, que, como Oviedo repetidamente lo recuerda, era excelente latinista, y que además se había hecho seguidor de los humanistas italianos.»

[252] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano. t. I. Op. cit.* pp. 29-39.

> altas jerarquías religiosas y filosóficas, Oviedo oponga un «todos» vulgar como objeto colectivo del saber y que afirme que este último es un hecho o suceso ordinario revelado directamente por la naturaleza, anulando con todo aquello la condición extraordinaria o «áurica» del conocimiento.[253]

La importancia del «todos vulgar», cobra una dimensión mayúscula cuando se pone en relación con la mudanza del latín a la lengua vernácula, en que se inicia a producir el discurso científico y filosófico del siglo XVI, a partir de Galileo Galilei y René Descartes. Contrario a estas y otras figuras cultas que buscaron desligarse del latín por considerarlo una rémora del medievo, el humanismo hizo del conocimiento y uso de este idioma su modernidad. En parte, es por ello que el cientificismo indiano de Oviedo y la nueva filosofía antiimperialista, fundada en territorio americano por el padre Las Casas y Alonso de la Veracruz, se separan radicalmente del humanismo de Sepúlveda, «rezagado» por la imposibilidad de quebrar el ensimismamiento cultural basado en principios de autovalidación.

En 1532, año en el que es nombrado cronista oficial del reino de España, Oviedo se convierte en una fuente autorizada de conocimiento. Delante de esa novedosa realidad cognitiva representada por América, su imagen queda fusionada a la dupla poder-saber del oficialismo institucional. Lo llamativo, como expresa Luz Ángela Martínez, es que «la [nueva] verdad científica es la que proviene del mundo extra ecuménico y no del ecuménico; asimismo, que esa verdad está medularmente ligada a su autorrefutación y no a sus siglos de

[253] Luz Ángela Martínez: «El quiebre epistemológico y el surgimiento de nuevo sujeto de conocimiento en la *Historia general y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo», en *Revista chilena de literatura*, núm. 77, 2010, p. 237.

saber.»[254] Lo pecaminoso y maligno es de donde emana la verdadera y actualizada imagen de la Tierra.

En pocas ocasiones se lee al cronista aceptar la utilidad de un saber distinto al occidental. Los ejemplos no dejan de ser excepcionales y, casi siempre, la categoría de verdad que se les adjudica tiene una dimensión práctica, de supervivencia. Por ejemplo, al acordarse que tuvo que recurrir a la herbolaria para salvar la vida, en el primer libro de la *Historia general*, Oviedo habla positivamente de la medicina tradicional indígena. Lo mismo hace, al mencionar en el *Sumario*, el cuidado que requieren las aves y otros animales así como la atención agrícola del maíz; «se aprendió todo de los indios, y de la misma manera lo hacen los cristianos que en aquella tierra viven.»[255] En esos momentos, el historiador cede a requerir de un conocimiento estimulado, desde su visión, por lo demoniaco.

Al consultar a informantes locales, Oviedo más bien hace referencias indirectas. Los mismos aborígenes parecen reportarle el maltrato recibido por los hombres que dejó Cristóbal Colón al frente del poblado La Isabela durante una de sus vueltas a España y la lucha que estos acometen enseguida por relevarlo en el poder. En esta ocasión, el cronista acepta como fuente documental la versión de los acontecimientos aportada por los «indios», y con esto cambia parcialmente su estatus epistemológico.

---

[254] *Ibid*. p. 242.

[255] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Sumario de la Natural y General Historia de las Indias. Op. cit*. p. 21. Mucho más adelante (L. XXIX, cap. XXXII), Oviedo vuelve a observar que «son muy grandes hervolarios algunos indios en aquella provincia, é conoscen muchas hiervas para diversas enfermedades, en especial los señores é hombres principales, é aquellos tequinas, é aun algunas mugeres, en las quales es mas peligroso el officio.»

> Luego se supo de los indios cómo aquellos chripstianos les hacían muchas males é les tomaban las mugeres y las hijas, é todo lo que tenian segund lo querian hacer. […] Súpose assi mismo que la elecion de los dos capitanes que el almirante mandó que quedassen, para despues del primero, fué mucha causa, de su separacion, porque segund los indios decian, cada uno de los otros quería ser capitan.[256]

La creencia de Oviedo acerca de que los oriundos del continente americano eran descendientes de una diáspora visigoda venida del norte, tuvo el efecto de poner en segundo plano las donaciones pontificias y las «hazañas» náuticas del almirante Colón. La controvertida hipótesis de las islas Hespérides, hacía del «descubrimiento» de América un hallazgo accidental de territorios previamente explorados por los antiguos españoles.

> Yo tengo estas Indias por aquellas famosas islas Hespérides (assi llamadas del duodécimo rey de España, dicho Hespero). […] Y porque al presente corren de su gloriosa Natividad mill é quinientos é treynta é cinco años, síguese que agora tres mil é ciento é noventa y tres años, España é su rey Hespero señoreaban estas islas ó Indias Hespérides: é assi con derecho tan antiquíssimo, é por forma que está dicha, ó por la que adelante se dirá en la prosecucion de los viajes del almirante Chripstóbal Colom, volvió este señorío a España a cabo de tantos siglos. E paresce que, como cosa que fue suya, quiere la divina justicia que lo haya tomado á ser é lo sea perpétuamente.[257]

---

[256] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano. t. I. Op. cit.* p. 102.

[257] *Ibid. t. I.* pp. 46-50. Con base en los dichos de Oviedo de que Colón pudo haber usado información, derivada de sus lecturas, en el plan que lo condujo a su hallazgo, Edmundo O'Gorman subraya que para él, «Colón supo lo que eran las tierras cuya existencia reveló, es decir, tuvo conciencia del ser de esas tierras». Y, porque tuvo conciencia de lo que hallaba, puede afirmar que «descubrió». O'Gorman cuestiona la interpretación del hecho, diciendo que Colón, agente de la conciencia, no solo no supo con exactitud a dónde había llegado aquel octubre de 1492, sino que se empeñó en sostener

Hipótesis esta, por cierto, que Mártir de Anglería rechaza ya que, siguiendo la tradición ptolemaica, identifica las Hespérides con las islas de Cabo Verde. Igualmente, López de Gómara va a tratar de refutar a Oviedo en la *Historia general de las Indias*, depositando el crédito en la concordancia que guarda dicha región con la imagen platónica del continente perdido o Atlántida.

> […] no hay para qué disputar ni dudar de la isla Atlántide, pues el descubrimiento y conquistas de las Indias aclaran llanamente lo que Platón escribió de aquellas tierras, […] Así que podemos decir cómo las Indias son las islas y tierra firme de Platón, y no las Hespérides, ni Ofir, y Tarsis, como muchos modernos dicen […].[258]

Por más que los problemas del nuevo sujeto epistemológico representado en Oviedo, no podían ser en todas sus características ajenos al paradigma de la Europa del predescubrimiento, son inéditas y profusas las contrariedades que suscitan. Para empezar, envestido del oficialismo imperial, la labor del cronista debía salvaguardar la defensa jurídica de la Corona sin rehusar el criterio histórico y el provecho individual.

En el ámbito especulativo, Oviedo tuvo que lidiar con la constatación física de una extensa cuarta parte del mundo y la crisis del relato teológico que esta supuso; para hacerlo, ensaya una explicación providencialista apoyada en un presunto estadio de pecado, imperante entre los indígenas y sus poblados, que justificaba el duradero «olvido de Dios».

---

que había arribado a los litorales del extremo oriente de la Isla de la Tierra. Por lo tanto, no se puede admitir que haya descubierto. Ver, Edmundo O'Gorman: *La invención de América.* México, FCE, 1984, pp. 23-24.

[258] Francisco López de Gómara: *Historia general de las Indias y Vida de Hernán Cortés. Op. cit*. pp. 113-114.

> Y no tampoco se dexaron de juntar por esto, para la permission divina que los excluyó de sobre la tierra, los grandes y feos é inormes pecados y abominaciones destas gentes salvajes é bestiales; […] De que infiero que no sin grande misterio tuvo Dios olvidados tantos tiempos estos indios, é despues quando se acordó dellos conforme á la auctoridad de suso, viendo quanta malicia estaba sobre esta tierra toda, é que todas las cogitaciones de los corazones destos en todos tiempos eran atentas á mal obrar, consintió que les acabasen las vidas, permitiendo que algunos inocentes, y en especial niños baptizados se salvassen, é los de demas pagassen.[259]

La ejecución de la justicia divina, expresada en la fórmula del castigo proporcional al pecado, se cumple de manera implacable y universal: lo mismo, caerá sobre los nativos por sus idolatrías, como sobre los conquistadores que se excedan con sus atropellos. A fin de ejemplificar la gravedad de la culpa, Oviedo describe gráficas escenas de canibalismo entre los caribes: «todos los que matan se los comen, y las mujeres que toman sírvense de ellas, y los hijos que paren cómenselos después; y los muchachos que toman de los extraños, cápanlos y engórdanlos y cómenselos». Luego, continúa mencionando en el *Sumario*, rituales malignos que se llevan a cabo antes de una batalla y otros eventos significativos:

> Así que el que es maestro de sus responsiones y inteligencia con el diablo, llámenle tequina; y este tequina habla con el diablo y ha de él sus respuestas, y les dice lo que han de hacer, y lo que será mañana o desde a muchos días; […] engañados por él de haber visto que en efecto les ha dicho muchas cosas que estaban por pasar y salieron ciertas, créenle en todo lo demás, y témenle y acátenle, y hácenle sacrificios de muchas partes de sangre y vidas humanas […].[260]

---

[259] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano. t. I. Op. cit.* pp. 143-144.

[260] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Sumario de la Natural y General Historia de las Indias. Op. cit*. p. 41.

En la *figura del mundo* de la que Oviedo participa, el «arreglo» inmaterial hecho entre los denominados «indios» con Satanás, es la causa de que Dios determinara mantenerlos por centurias en la ruindad moral y el apartamiento del resto de la humanidad. En este sentido, 1492 simboliza el momento prodigioso en el que la inspirada nación española, abanderando el cometido de atraer a las ovejas perdidas al redil de los dogmas del Evangelio, obra simultáneamente como entidad salvadora y espada vengadora frente a las depravaciones de los infieles. Encabezando este servicio divino, la descendencia de los Reyes Católicos ensancha la religión y beneficia a la Iglesia apostólica de Roma: «Y assi como lo hacen, assi los esfuerza y favoresce Dios, y contínuamente aumenta é prospera su real ceptro é alta estirpe.»

El lugar que un hombre con la fe de Oviedo asigna a Dios, no le resta la apetencia de convertirse en un espectador aventajado de la hermosa pintura que es el mundo.[261] El cronista proporcionó las primeras reseñas científicas de muchos vegetales comestibles y de más de treinta plantas medicinales tales como la coca, el tabaco y la canela. En la pluma de Oviedo, el amplio inventario de la flora y la fauna americana, resulta minucioso y grácil; por ejemplo, al referirse en el *Sumario* al «perico ligero» o perezoso explica:

---

[261] «Que sea Dios pintor del mundo é componedor é criador de las diverssas colores é matices de la moltitud de sus obras é de todo lo que contiene é de que nuestra vista puede ser capaz, nos lo muestra, é la Sagrada Escriptura […].» Ver, Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano. t. X. Op. cit.* p. 280. Es casi seguro que el gusto personal de Oviedo por las artes plásticas, lo adquirió en la Italia renacentista («[…] aquel Leonardo de Vince, o Andrea Manteña, famosos pintores que yo conocí en Italia»); pienso que esa pasión, sumada a la de la caligrafía y la papiroflexia, juega un rol, no del todo advertido, en la decantación científica con la que observa. Cuando no le bastan las palabras para ofrecer la rigurosa forma de un animal o instrumento, dibuja, se ayuda de la memoria del ojo.

[…] es un animal el más torpe que se puede ver en el mundo, y tan pesadísimo y tan espacioso en su movimiento, que para andar el espacio que tomarán cincuenta pasos, ha menester un día entero. […] Será tan luengo como dos palmos cuando ha crecido todo lo que ha de crecer, y muy poco más desta mesura será si algo fuere mayor; menores muchos se hallan, porque serán nuevos; tienen de ancho poco menos que de luengo, y tienen cuatro pies, y delgados, y en cada mano y pie cuatro uñas largas como de ave, y juntas; pero ni las uñas ni manos no son de manera que se pueda sostener sobre ellas, y de esta causa, y por la delgadez de los brazos y piernas y pesadumbre del cuerpo, trae la barriga casi arrastrando por la tierra; el cuello de él es alto y derecho, y todo igual como una mano de almirez, que sea de una igualdad hasta el cabo, sin hacer en la cabeza proporción o diferencia alguna fuera del pescuezo; y al cabo de aquel cuello tiene una cara casi redonda, semejante mucho a la de la lechuza, y el pelo propio hace un perfil de sí mismo como rostro en circuito, poco más prolongado que ancho, y los ojos son pequeños y redondos y la nariz como de un monico, y la boca muy chiquita, y mueve aquel su pescuezo a una parte y a otra, como atontado, y su intención o lo que parece que más procura y apetece es asirse de árbol o de cosa por donde se pueda subir en alto; y así, las más veces que los hallan a estos animales, los toman en los árboles, por los cuales trepando muy espaciosamente, se andan colgando y asiendo con aquellas luengas uñas. El pelo de él es entre pardo y blanco, casi de la propia color y el pelo del tejón, y no tiene cola. Su voz es muy diferente de todas las de todos los animales del mundo, porque de noche suena, y toda ella en continuado canto, de rato en rato, cantando seis puntos, uno más alto que otro, siempre bajando, así que el más alto punto es el primero, y de aquél baja disminuyendo la voz, o menos sonando, como quien dijese, *la*, *sol*, *fa*, *mi*, *re*, *ut*; así este animal dice, *ah*, *ah*, *ah*, *ah*, *ah*, *ah*. […] yo le he tenido en mi casa, y lo que supe comprender de este animal, es que se debe mantener del aire; y de esta opinión mía hallé muchos en aquella tierra, porque nunca se le vido comer cosa alguna […]. No muerde, ni puede, según tiene pequeñísima la boca, ni es

> ponzoñoso, ni he visto hasta ahora animal tan feo ni que parezca ser más inútil que aqueste.[262]

Al dejar de ser parcialmente un erudito que repite conocimiento del pasado, Oviedo es un claro precursor del naturalismo de la Edad Moderna o, mejor dicho, en varios aspectos, es el primer naturalista moderno. Se empecina en advertir que al afrontar, de modo material y no solo especulativo, la novedosa realidad de todo un continente, los españoles sobrepasan a los antiguos: ahora la historia natural se ampara en «documentos», no solo librescos, sino en aquellos que son las cosas mismas.

Puesto que lo que existe era para Oviedo, y para la mayoría de sus contemporáneos, un acto divino de creación, el cosmos bien podía aprehenderse comparando la multiplicidad de los entes en la naturaleza. Dotados de esencias, los mismos habían sido fijados por Dios en el espacio y el tiempo, entonces, el mundo estaba constituido de diversos objetos susceptibles a ser reconocidos. La teología natural tenía una garantía providencial en la *scala naturae*, progresión del reino animal cada vez más perfecta, auténtica cadena del ser, que culminaba en el hombre.[263]

---

[262] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Sumario de la Natural y General Historia de las Indias. Op. cit*. pp. 63-65.

[263] Juan Manuel Malda: *El oído de Darwin.* Querétaro, Marginalia, 2020, p. 70. Además de otras concepciones (por ejemplo, la de la privación de una dirección y un centro absolutos), el «fijismo» y los grados de ser en la naturaleza, entran en una primera crisis con Giordano Bruno. En *Dialoghi metafisici*, este niega la existencia de esferas elementales, impugnando así una noción fundamental de la cosmología aristotélica, y tilda de «producto de la imaginación» la idea de una jerarquía del orden natural. Ver, P. O. Kristeller: *Ocho filósofos del Renacimiento italiano. Op. cit.* pp. 182-183.

3.2. LA REPRESENTACIÓN DEL LLAMADO «INDIO»: ESTÉTICA Y ONTOLOGÍA

Son fácilmente identificables dos etapas en la *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano* y, por lo tanto, en el mismo Fernández de Oviedo, respecto a la posición que se asume en torno a los habitantes del «Nuevo Mundo» y al proceder de los españoles en este territorio. En el primer momento, plasmado del libro I al XX, la degradación en la que se presenta a los pobladores de América es contundente; sin embargo, a partir de los acontecimientos narrados después de la promulgación de las Leyes Nuevas, correspondientes a la segunda y tercera parte de la *Historia general*, el cronista se muestra más tolerante al respecto y, al mismo tiempo, arranca a denunciar la ambición de sus compatriotas y, como consecuencia, el mito del conquistador entra en declive.

El precedente de la famosa Junta de Valladolid de 1550, tuvo lugar en la misma ciudad en 1542. Unos *Remedios para la reformación de las Indias*, presentados por Las Casas, contemplaban dieciséis puntos en contra del vigente sistema de encomiendas. La concurrencia a la asamblea la componía, entre otras personalidades, Juan de Zúñiga, comendador de Castilla y ayo del príncipe Felipe, el doctor Gregorio López, Francisco de los Cobos, comendador mayor de León y, el presidente del Consejo de Indias, García de Loayza. Este último es quien, poco después, extiende a Sepúlveda la invitación a escribir un tratado acerca de las justas causas admisibles de la guerra contra los «indios». La junta concluyó en Barcelona y, a partir de ella, se dictaron las Leyes Nuevas aquel mismo año.

Silvio Zavala sitúa las más relevantes disposiciones de la entonces reciente legislación:

> Los primeros capítulos se referían a la organización del Consejo de Indias, audiencias, pleitos, etc. El capítulo XXI ya se refería a la materia de los indios, previniendo que, en adelante, por ninguna vía se les hiciera esclavos. El capítulo XXII suprimió los servicios que se exigían a los indios por vía de «tapia» y «naboría», y en general todo trabajo involuntario. El capítulo XXIII insistía en la libertad de los indios, ordenando que se efectuara la revisión de todos los títulos de esclavitud existentes con anterioridad a la ley. […] El capítulo XXIX mandaba que los encomenderos que se hubieran excedido con sus indios o los hubieran maltratados fueran privados de ellos. […] El espíritu general de la ley, contrario a las encomiendas, culminaba en el capítulo XXX […], este capítulo de modo general quitaba la facultad de encomendar a las autoridades de Indias, y además derogaba la antigua ley de la sucesión por dos vidas, puesto que en muriendo el poseedor actual, la encomienda se incorporaría a la Corona y los herederos sólo gozarían la pensión que el rey acordara. […] Todos los indios que por efecto de los mandatos anteriores habían de quitarse o vacar, debían, según el capítulo XXXI, ser bien tratados, instruidos en las cosas de la fe, como vasallos libres y «gobernados en justicia por la via y orden que son gobernados al presente en la Nueva España los indios que están en nuestra Corona Real.»[264]

En la Nueva España, Antonio de Mendoza y el obispo Juan de Zumárraga, intentaron sosegar el descontento que produjo entre los colonos la noticia del edicto. Para vigilar y ejecutar las Leyes Nuevas dentro de esa demarcación, fue asignado por cédula regia Francisco Tello de Sandoval, egresado del Colegio de San Bartolomé de Salamanca e inquisidor de Toledo. En junio de 1544, dos procuradores y dos frailes partieron rumbo a la metrópoli con el propósito de solicitar la revocación del insólito estatuto por ser, en palabras del propio Sandoval, «inviable»: sin las encomiendas, es decir, sin el tributo de los aborígenes, las fuerzas productivas, base del sustento de los colonos hispanos en América, no podían prosperar.

---

[264] Silvio Zavala: *La encomienda indiana*. México, Porrúa, 1992, pp. 79-80.

Posiblemente con miras a defender su renombre e intereses particulares, amalgamado a un sentido de lealtad a la Corona y sus disposiciones, en el contexto de la voluntad estatal de imponer las Leyes Nuevas, el discurso personal y político de Oviedo se reformula. Aunque los atropellos perpetuados por sus coterráneos, contribuyen a la gradual desilusión del cronista sobre el papel evangelizador del imperio, en primera instancia, no es que le afligieran las condiciones de sujeción y maltrato en la que vivían los nativos, lo que le preocupaba era la resistencia del tejido social sobre el cual la monarquía debía robustecer un proyecto colonial perdurable. En esta coyuntura, Oviedo filtra una proposición alrededor de la que considera la mejor forma para apuntalar dicho designio: trasplantar en América una aristocracia subsidiaria asentada en la Orden de Santiago.

Aun cuando, en calidad de «marcador del hierro de los indios y siervos», Oviedo mandó a señalizar con acero abrasador en el muslo (o frente, según Las Casas), a varios grupos originarios destinados al comercio de esclavos, de acuerdo con las evidencias presentadas por Coello de la Rosa, este jamás participó en ninguna ejecución selectiva.[265] En el *Sumario*, sin embrago, el cronista hace mención al conjunto de indígenas que él mismo trasladó con júbilo a España como parte de un favor al soberano: «Pocos días antes que el Católico rey don Fernando pasase de esta vida, le traje yo a Plasencia seis indios caribes de los flecheros que comen carne humana, y seis indias mozas, y muy bien dispuestos ellos y ellas.»[266]

---

[265] Alexander Coello de la Rosa: «Héroes y villanos del Nuevo Mundo en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés», en *Anuario de Estudios Americanos*, t. LXI, núm. 2, 2004, p. 616.

[266] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Sumario de la Natural y General Historia de las Indias. Op. cit*. p. 69.

A pesar de la ambivalencia contenida en la *Historia general*, a propósito de la estimación de los habitantes de América y la codicia y comportamiento de los soldados españoles, Oviedo nunca cuestionará la autoridad del rey ni los títulos de donación que concertaban la presencia de la monarquía hispánica en el continente. Esto no significa que haya decidido silenciar sus críticas en torno a aspectos como el de la insatisfactoria aplicabilidad del Requerimiento y su dudoso valor jurídico para extender las conquistas.

> Yo pregunté después año de 1516 al doctor Palacios Rubios […] si quedaba satisfecha la conciencia de los cristianos con aquel requerimiento é dijome que sí, si se hiciese como el requerimiento lo dice. Más paréceme que se reía muchas veces cuando yo le contaba lo desta jornada y otras que algunos capitanes después habían hecho. Y muchos más me pudiera yo reír dél y de sus letras, si pensaba que lo que dice aquel requerimiento lo habian de entender los indios sin discurso de años é tiempo […], adelante se dirá el tiempo que los capitanes del daban, atando los indios después de santeados, y en tanto, leyéndoles toda aquella capitulación del Requerimiento.[267]

---

[267] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano. t. I. Op. cit.* p. 171. El Requerimiento se fundaba mayormente en la teocracia pontificia, «permiso» divino que concedía al papa «que pudiese estar y poner su silla en cualquier otra parte del mundo, y juzgar y gobernar a todas las gentes.» El documento leído en castellano, exigía de los amerindios que «reconozcáis a la Iglesia por señora y superiora del universo mundo y al Sumo pontífice llamado Papa, en su nombre, y al rey y a la reina nuestros señores, en su lugar, como a superiores e señores y reyes desas Islas y Tierra Firme, por virtud de dicha donación, y consintáis y deis lugar que estos padres religiosos vos declaren y prediquen lo susodicho.» Y estimaba que «Si así lo hicierdes, haréis bien, […] vos recibirán con todo amor y caridad, […] Su Alteza vos dará muchos privilegios y exenciones, y vos hará muchas mercedes. Si no lo hicierdes, o en ello dilación maliciosa pusierdes, certifico que con el ayuda de Dios yo entraré poderosamente por vosotros y vos haré guerra por todas las partes y maneras que yo pudiere, y vos sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de Sus Altezas, y tomaré vuestras personas y de vuestras mujeres e hijos y los haré esclavos […] y vos

Al mismo tiempo que Oviedo, el geógrafo Martín Fernández de Enciso también reparó en la ineficacia del Requerimiento, el cual, con el jurista Juan López de Palacios Rubios, había ayudado a redactar. En una *Suma*, Enciso rememoraba que «Yo requerí de parte del Rey de Castilla a dos caciques de estos del Cenú […]; en lo que decía que el Papa era señor de todo el Universo en lugar de Dios y que él había hecho merced de aquella tierra al rey de Castilla, dijeron que el Papa debiera estar borracho cuando lo hizo pues daba lo que no es suyo y que el rey que pedía y tomaba tal merced debía ser algún loco.»[268] En la *Apología a favor del libro Sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, Sepúlveda suscribe las críticas al Requerimiento, salvo que pueda hacerse «sin gran dificultad y útilmente», parece que debe rechazarse por la imposibilidad de cumplir sus prescripciones y por sus nulos resultados. Quizás esta excepcional coincidencia con Las Casas explique por qué, a partir de 1550, el documento desaparece de los textos legales obligados.

Igualmente, Oviedo admite ser contrario a una clase social emergente que, aprovechando una posición de poder, por mucho que sea ociosa, hace jugosas fortunas en América. El cronista reclama a los comerciantes que arribaron poco después al territorio, cuando ya no era preciso el arrojo obligado de los primeros años de incursiones:

> Porque la salvajez dela tierra y los ayres della y la espessura de los hervajes y arboledas de los campos, y el peligro de los rios é grandes lagartos é tigres, y el experimentar de las aguas é manjares, fuese á costa de nuestras vidas y en utilidad

---

tomaré vuestros bienes, y vos haré todos los males y daño que pudiere […]; y protesto que las muertes y daño que dello se recrecieren sean a vuestra culpa.» Ver, Silvio Zavala: *Las instituciones jurídicas en la Conquista de América*. México, Porrúa, 2006, pp. 216-217.

[268] https://dbe.rah.es/biografias/16115/martin-fernandez-de-enciso. Consultado el 6 de febrero de 2024.

> de los mercaderes é pobladores, que con sus manos lavadas agora gozan de muchos sudores ajenos.[269]

En el capítulo XXXIII del libro veintinueve de la *Historia general*, el cronista elabora una minuciosa recopilación de atrocidades realizadas impunemente en contra de los nativos americanos por Pedrarias Dávila y una compañía de subordinados. En dicha «relación de daños», se cuentan, entre todo tipo de crueles abusos, violaciones, robos, aperreos y degollamientos. Según Louise Bénat-Tachot, «Es así como ciertos capítulos de la *HGNI*, por su énfasis y patetismo, parecen escritos por… el propio Las Casas.»[270] En este pasaje, Oviedo vuelve a evocar el tópico de la inclemente justicia celestial que, forzosamente, sobreviene a los pecadores.

> Por muy peor tengo no querer los hombres bien obrar, que no no saberlo hacer. Bien creo yo que algunos capitanes de los que en esta gobernacion de Castilla del Oro han andado, no supieron bien obrar, porque nunca lo aprendieron ni usaron; é la culpa é falta questos tales han obrado acá, tanto y más se deben atribuyr al gobernador que los admitió á tal officio, como al que mal le usó. Otros algunos destos capitanes, que supieron hacer bien é no lo hicieron, essos tengo por diabólicos; puesto que algunos otros (que fueron los menos en número) son dinos de loor. Y assi con los unos é los otros ha tenido Dios tan particular cuenta é aviso, como sus fines é vidas lo han mostrado; pero porque este juicio é castigo esté mas manifiesto para correcion de los pressentes é por venir, digo assi.[271]

---

[269] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano. t. I. Op. cit.* p. 30.

[270] Gilles Bataillon, et. al.: *Op. cit.* p. 99.

[271] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano. t. VIII. Op. cit.* p. 60. Tal comprensión no parece inusual entre los cronistas; a su manera, López de Gómara lo evoca: «Oso decir sobre esto que todos cuanto han hecho morir indios así, que

Otro trazo habitual en Oviedo es que hable de «pacificar» una región indómita o aun sin explorar. Nuevamente, Las Casas es quien señala que «¡Pacificación llama ese calumniador matar criaturas de Dios racionales con crueldad digna de los turcos y por ninguna o levísima causa y llevar a la perdición a innumerables almas, con gran infamia del nombre de Cristo, las cuales hubieran podido conocer a Este!»[272] Las Leyes Nuevas evidencian que el término estaba ya en práctica durante la primera mitad del siglo XVI, pero no fue, sino hasta la regencia de Felipe II, que adquiere el carácter de una estrategia de ocupación. En las Ordenanzas de 1573, «pacificar» es definido como «traer de paz al gremio de la Santa Iglesia y a nuestra obediencia a todos los naturales de la provincia y sus comarcas, por los mejores medios que los expedicionarios supieren y entendieren.» Durante la primera etapa de la conquista, un problema crítico es el de la correspondencia entre teoría y práctica: los colonizadores en los tiempos de Oviedo, operaban en su mayoría bajo el planteamiento jurídico que consideraba lícita la guerra de pacificación en el «Nuevo Mundo» si los oriundos se negaban a acatar la valía de la Iglesia y la jurisdicción hispana luego de ser requeridos.

A lo largo de su amplia obra, Oviedo subraya en cada ocasión puntual apegarse a la verdad de los hechos que narra, aquellos que testimonió o, en su defecto, recogió de informantes de primera mano. En el capítulo cincuenta y siete de la quinta parte de la *Apología*, Las Casas presenta una disertación en contra del cronista, fuente nuclear de

---

han sido muchos, casi todos han acabado mal. En lo cual, paréceme que Dios ha castigado sus gravísimos pecados por aquella vía.» Ver, Francisco López de Gómara: *Historia general de las Indias y Vida de Hernán Cortés. Op. cit.* p. 320.

[272] Bartolomé de Las Casas: *Apología. Op. cit*. p. 380.

Sepúlveda, haciendo hincapié precisamente en el desapego que este tiene a la verdad. El orden de la arenga antiovetense abarca tres aspectos:

1. Opiniones y juicios negativos que nutren la heredada visión engañosa que Sepúlveda se formó de los indígenas. Para este caso, el fraile ofrece ejemplos tomados de los libros III y VI de la *Historia general*. 2. Una breve refutación al método expuesto por Oviedo, en la que se concluye con el cuestionamiento: «¿no es acaso absurdo el que aquel miserable haya reunido tantas mentiras en su obra, prometiendo escribir la verdad, y haya impuesto al lector meras fábulas?»[273] Y 3. los motivos ulteriores que pudo tener el alcaide de Santo Domingo para divulgar sus difamaciones: a) ser uno de los encargados de despojar a los pueblos naturales y apoderarse del botín en su cargo de «veedor» del rey, y b) por sus mismos crímenes, haber sido cegado por Dios para no reconocer la buena disposición de los indios.

Centrado en el cruce de información y de ciertas coyunturas, como la de la convivencia que ambos cronistas de Indias tuvieron en Santo Domingo entre septiembre y noviembre de 1544, hay un puntilloso escrutinio, por parte de Rómulo D. Carbia, de la conducta de Las Casas con relación al aborrecimiento que demuestra una y otra vez por Oviedo. No excento de predisposiciones en contra el obispo de Chiapas en él, el investigador argentino, discurre:

> 1° Que Las Casas no logrando ser escuchado por Oviedo, y no habiendo obtenido que rectificase sobre lo que él tenía escrito, trató de desacreditarlo como historiador, porque así podía luego demostrar que no merecía fe, y no mereciéndola no era justo darle crédito en lo que escribiera acerca de la conquista de Cumaná. 2° Que este afán de desprestigio está documentado en toda la obra de Las Casas, en la cual Oviedo aparece siempre exornado con los epítetos, nada *evangélicos* de *tirano*,

[273] *Ibid.* p. 378.

> *robador*, *destructor*, y su historia calificada de *falsísima* y *nefanda*. 3° Que eligió, para evidenciar la falsía del cronista, un asunto de moda a la sazón ─la prioridad de Descubrimiento─ acerca del cual había opinado desfavorablemente un fiscal del rey y sobre cuyo tema, pocos años después, volviera López de Gómara. 4° Que eso está de manifiesto en los capítulos que Las Casas consagra en su *Historia* a la hipótesis de Oviedo.[274]

En la que fuera una auténtica lucha política por influenciar las decisiones reglamentarias del imperio alrededor de la colonia trasatlántica, conscientes de lo que se jugaba, los protagonistas de la disputa no dudaron en aprovechar los recursos a su alcance con el objeto de reforzar coaliciones y atraer simpatizantes a sus causas. Al impugnar la veracidad de Oviedo, Las Casas consolida un enfoque dual para rebatir los argumentos de Sepúlveda en la controversia en la que ambos intervinieron: ¿quién manifestaba la realidad correspondiente a la naturaleza del llamado «indio» y su presteza para adoptar el evangelio?, ¿es acaso bárbaro y bestial o manso y bien dispuesto? La estrategia lascasiana no solo hacía constar que Sepúlveda ignoraba el arreglo cultural y particular de los indígenas, por no haberlo observado en persona, sino, también, que los dichos sobre los que este erigía su criterio, derivaban principalmente de una fuente muy sospechosa.

---

[274] Rómulo de Carbia: «La historia del descubrimiento y los fraudes del P. Las Casas», en *Nosotros*, núm. 264, 1931, p. 153. La revisión antagónica a la imagen tradicional de Bartolomé de Las Casas, no se caracteriza por su equilibrio: por ejemplo, en una conferencia pronunciada por el exdirector de la Real Academia Española, Ramón Menéndez Pidal, se tilda al fraile de ser «exagerado», «mentiroso», «calumniador» y «paranoico», en fin, un lunático de «anormalidad mental». Ver, Ramón Menéndez Pidal: *El padre Las Casas y la leyenda negra*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1962. Al descubrir que son pocos los autores del s. XVI a los que no se ha adjetivado alguna vez de mala fe, lo único que se prueba es que estamos lejos de una comprensión cabal de sus ideas, una que no busque calzarlas dentro de posturas políticas extemporáneas.

En los informes de Oviedo, las descripciones tocantes a la vertiente física de los nativos son homogéneas. En el *Sumario* se apunta que los habitantes de La Española son «de estatura algo menor que la de España comúnmente, y de color loros claros. […] Tienen frentes anchas y los cabellos negros y muy llanos, y ninguna barba ni pelos en ninguna parte de la persona, así los hombres como las mujeres.» Definitivamente, los insulares son distintos a los «indios» asentados en Tierra firme, «mayores algo y más hombres y mejor hechos que los de las islas.»[275] Además de la conjetura de que fueron los caribes los responsables de inocular la sífilis entre los navegantes de Colón, la *Historia general* repite la advertencia acerca del excesivo grosor craneal de los americanos, síntoma de su característica obnubilación.

> […] estos indios, es nasción muy desviada de querer entender la fé cathólica, y es machacar hierro frio pensar que han de ser chrisptianos, sino con mucho discurso de tiempo, y assi se les ha parescido en las capas (ó mejor diciendo) en las cabezas: porque capas no las traian ni tampoco tienen las cabezas como otras gentes; sino de tan rescios é gruessos cascos, que el principal aviso que los chrisptianos, cuando con ellos pelean é vienen a las manos, es no darles cuchilladas en las cabezas como las otros gentes, porque se quiebran las espadas.[276]

En suma, algo que distingue a Oviedo de un sector de polemistas destacados es que sopesa en los aborígenes en su conjunto la posibilitad de un ejercicio pleno de la razón. A diferencia de Bernardo de Mesa, Tomás Durán, Pedro Malferit, Juan de Quevedo, Tomás de Ortiz, John

---

[275] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Sumario de la Natural y General Historia de las Indias. Op. cit*. pp. 19-31.

[276] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano. t. I. Op. cit*. p. 228.

Maior y Ginés de Sepúlveda, el cronista nunca desestimó el íntegro empleo de la facultad racional de los pobladores de América. Él mismo apunta que, pese a la degeneración cultural, originada por el centenario olvido de Dios, en la que vivían, «naturalmente todo hombre dessea saber, y el entendimiento racional es lo que le hace mas excelente que á otro ningún animal.»[277] Así, mantiene las pautas oficiales declaradas por el Requerimiento, es decir, estima a los nombrados «indios» súbditos nuevos de la Corona pertenecientes a un mismo género y esencia.

> Yo, Pedrarias Dávila, su criado, mensajero y capitán, vos notifico y hago saber como mejor puedo que Dios Nuestro Señor, uno y eterno, crió el cielo y la tierra y dio un hombre y una mujer, de quien nosotros y vosotros y todos los hombres del mundo fueron y son descendientes y procreados, y todos los que después de nosotros vinieren; mas por la muchedumbre de la generación destos ha sucedido desde cinco mil y más años que el mundo fué criado, fué necesario que los unos hombres fuesen por una parte, y otros por otra, y se dividiesen por muchos reinos y provincias, que en una sola no se podrían sostener ni conservar.[278]

En la contestación de 1542 a una carta de Antonio de Mendoza, incluida en la *Historia general*, Oviedo perfila una sospecha, complementaria a la del Requerimiento, con relación a la procedencia geográfica de los habitantes de América: creaturas racionales, descendientes de una diáspora visigoda, originadas en el mismo seno adámico.

> Quanto á lo que Vuestra Señoria dice de la relacion que me enviaron de Venecia del orígen dessa gente ser venida del Perú, é que tiene la opinion contraria é cree que vino de la parte del Norte, yo assi lo pienso como lo dice Vuestra Señoria, é quessos de Nicaragua serian la mesma gente […]. La mesma opinion tengo assimesmo que

[277] *Ibid.* p. 26.

[278] Silvio Zavala: *Las instituciones jurídicas en la Conquista de América*. *Op. cit*. p. 216.

> Vuestra Señoria tiene en la gente de los gigantes, cuyos huessos singnificaron ser su estatura de diez y ocho ó diez y nueve piés de alto; porque sin dubda son de la parte del Estrecho de Magallanes é de allí adelante […].[279]

Por último, algunas apreciaciones de Oviedo desnudan la lógica que hay detrás del apego de los pueblos americanos por sus instituciones y costumbres transmitidas de una generación a otra. Planteando el problema al nivel de historia cultural, el cronista establece ciertos paralelismos de esta naturaleza entre las sociedades locales y las de los gentiles de otros tiempos y latitudes. De igual forma que en el libro XLV, se ocupa de detallar el método y la función de los oráculos, en el libro XXXIII, se refiere concretamente a los antiguos griegos al mencionar la similitud que existe entre los distintos panteones de dioses.

[279] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano. t. X. Op. cit*. p. 121.

4. JUAN GINÉS DE SEPÚLVEDA, UN HUMANISTA FILOITALIANO

DESCRIPCIÓN DE INTENCIONES

En el capítulo anterior planteé un análisis, en clave humanista, de la mayoría de los trabajos divulgados hasta hoy del famoso cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. Centrado en el *Sumario de la general y natural historia de las Indias* y en la enorme *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano,* busqué resaltar las características que hacen de Oviedo un «erasmista singular». Entre otras materias, se abordó lo tocante a la concepción historiográfica, la labor de estilo y el empleo de fuentes, la relación personal y política con la nobleza castellana, las afinidades con las ideas de Erasmo, así como las doctrinas de la guerra y la ocupación y cómo llevarlas a cabo en América.

Igualmente, apunté algunos de los grandes desacuerdos que marcaron, alrededor de las controversias oficiales que tuvieron lugar hacia mediados del siglo XVI en el reino de España, la animadversión entre el cronista y el sacerdote dominico Bartolomé de Las Casas. Sin embargo, no se destacó suficiente el influjo que las historias escritas por Fernández de Oviedo llegaron a tener en Juan Ginés de Sepúlveda, en particular, sobre los prejuicios que

este reprodujo de los aborígenes americanos en el *Democrates secundus* y demás trabajos vinculados a la cuestión colonialista.

Sepúlveda certifica que mucha información vertida en la crónica indiana *De Orbe Novo* se la proporcionó el mismo Hernán Cortés en persona. De acuerdo con el estudioso Ángel Losada, de la indagación en las obras del humanista, es viable deducir por lo menos tres encuentros entre ambos personajes: dos en Valladolid, en el ámbito de la corte real, y uno más en Salamanca, con motivo de las nupcias de Felipe II con María de Portugal. A su vez, Losada advierte que Sepúlveda tuvo conocimiento de unos «comentarios» procedentes de la pluma de Cortés. En efecto, los mismos podrían tratarse de las cinco *Cartas de relación*, abarcando la primera, extraviada hasta el presente, que el soldado dirigió al emperador Carlos V de 1519 a 1526.[280]

De esta manera, *De Orbe Novo* integraría las noticias que Sepúlveda recibió de Cortés, así como de las crónicas que Mártir de Anglería, López de Gómara y Fernández de Oviedo redactaron en torno a las imperialistas incursiones americanas. Como si Sepúlveda resolviera continuar la solicitud de Oviedo de que «no se aparte la intencion y obra del que tomare cargo de enmendar la mia, diciéndolo por mejor estilo», los dos primeros libros de *Del nuevo mundo* son únicamente resúmenes, compensados por la elegancia latina, de los

[280] Ángel Losada: «Hernán Cortés en la obra del cronista Sepúlveda» en *Revista de Indias*. Madrid, núm. 31-32, 1948. p. 28. La primera carta que Cortés dirige a Carlos V y a su madre fue escrita en julio de 1519, en la Villa Rica de la Veracruz. Algunos especialistas creen que López de Gómara poseyó una copia y la incorporó en su *Historia de la conquista de México*; al fallecimiento del cronista, en 1560, sus papeles pasaron a manos de Honorato Juan, obispo de Osma, a cuya muerte un hijo de Felipe II se los llevó al Escorial donde probablemente siga resguardada en legajos ignotos. Ver introducción de Manuel Alcalá, en Hernán Cortés: *Op. cit.* p. XIII.

pasajes equivalentes en la *Historia general y natural de las Indias*. La prioridad que se otorga a este autor, lo patentiza el hecho de que el propio Sepúlveda reconoce en Oviedo una de sus irrenunciables fuentes primarias.

> Los españoles, por su parte, recorrieron en sus navegaciones casi todo el orbe, excepto las zonas heladas, en busca de reinos desconocidos y de tierras no exploradas, llevando el imperio español y la religión cristiana a lo largo y ancho del mundo. Gonzalo Fernández de Oviedo, hombre sabio y prudente, narró la historia de estos hechos en español por cargo oficial; nosotros, ocupados en asuntos de suma importancia, contaremos lo esencial de los hechos dignos de recuerdos para no dejar sin tratar esta parte de la historia.[281]

Como he señalado, para Oviedo y Sepúlveda fue determinante la permanencia en Italia: el humanismo renacentista imprimió una huella particular en sus obras. Haber sido fervientes cristianos, como el mismo Las Casas, no evitó que sostuvieran una inflexible enemistad con el fraile. Involucrados en la política imperialista de Carlos V, en el rol de cronistas oficiales del reino, ninguno cuestionó la conquista ni los principios jurídicos sobre los que esta pretendió asentarse. Adicionalmente, Sepúlveda fue un intelectual humanista con grandes atributos filológicos, un polemista aristotélico tenaz, pero, sobre todo, fue un hombre de Estado propio de su tiempo. Una época singularmente convulsa.

De acuerdo con la información biográfica obtenida a lo largo de este trascendental capítulo, «Juan Ginés de Sepúlveda, un humanista filoitaliano», dividido en dos amplias secciones (4. Perfil humanista en un grabado póstumo y 4.1. *Demócrates Segundo* a la luz de la formación humanista), presento la imagen de Sepúlveda en su contexto. Esto con el

[281] Juan Ginés de Sepúlveda: *Historia del Nuevo Mundo. Op. cit.* p. 56.

objetivo final de proponer una lectura, en clave política y humanista, del controversial tratado *Demócrates Segundo* en conexión con otras de sus obras completas.

Además de abrazar el dogma de la fe y querer conciliar la religión cristiana con la formación clásica, en especial, con la vinculada al platonismo y al aristotelismo, en Sepúlveda actúan los mismos principios humanistas que Paul Oskar Kristeller afirma encontrar en Francesco Petrarca. Estos son, una constante voluntad por alcanzar a dominar la elocuencia ciceroniana, una desmedida pasión por la fama y un firme ideal del sabio que, en las postrimerías de su vida, se retira de la escena pública a la campiña.[282] Tal como hiciera Cicerón en su afamado recogimiento a la villa Tuscolana, Petrarca decidió hacer de los poblados de Vaucluse y Aquá refugios para su jubilación, mientras que Sepúlveda se apartó de las querellas mundanas a la huerta del gallo en su natal Pozoblanco.

Cuatro son las biografías en las que fundamento mis opiniones relativas a la vida íntima y externa de Sepúlveda. Dos de ellas, aunque conservan un interés único, como el de haber difundido en el mundo anglosajón la silueta del pensador cordobés, son algo abreviadas y desactualizadas. Aludo al trabajo de Aubrey F. G. Bell, *Juan Ginés de Sepúlveda* (1925), y al de Juan Beneyto Pérez, *Ginés de Sepúlveda: humanista y soldado* (1944). Sin duda, el otro par de semblanzas aquí utilizadas es notoriamente más vigente: su completitud y cuidado las convierte en las biografías más autorizadas hasta ahora. Me refiero a *Juan Ginés de Sepúlveda a través de su «epistolario» y nuevos documentos* (1949) de Ángel Losada, y a *Sepúlveda, cronista del Emperador* (2012), de Santiago Muñoz Machado.

La importancia de comenzar este apartado con un minucioso estudio de la *Cohortatio ad Carolum V ut bellum suscipiat in Turcas* (1529) y la circunstancia política en

[282] P. O. Kristeller: *Ocho filósofos del Renacimiento italiano. Op. cit*. p. 33.

la que fue concebida, reside en que la obra encierra las apreciaciones personales de Sepúlveda referentes a la amenaza que el turco representa para la cristiandad en un momento decisivo; en ellas, el autor establece prematuramente la necesaria confrontación entre civilización y barbarie. Considerada de este modo, la *Exhortación a Carlos V*, comprendería una primera faceta del pensamiento político del autor, en la que se erige una peculiar filosofía de la historia y se anuncian ciertos puntos de la teoría de la guerra justa, que después se complementarán con los juicios en torno a la conquista de América. En la *Exhortación*, Sepúlveda persuade al emperador a desoír el irenismo difundido por los erasmistas, en cambio, le ofrenda una estrategia de combate bajo la premisa de universalidad que el imperio hispánico de entonces estaría en condiciones de lograr.

En cuanto a controversias, el precedente más destacado de la discusión con los dominicos Bartolomé de Las Casas y Melchor Cano, es la que Sepúlveda entabló en la década de 1530 con Erasmo. De la intensidad que llegó a tener esta interesante disputa, dejó constancia el mismo humanista cordobés en una *Antiapología en defensa de Alberto Pío, príncipe de Carpi, frente a Erasmo de Rotterdam*. Alberto Pío fue uno de los mecenas más poderosos de la Italia renacentista, el fruto predilecto de su relación con letrados como Manucio, Bembo y Ariosto, fue el acrecentamiento de la tendencia humanista en los centros universitarios de toda Europa. La relevancia de la *Antiapología* escrita por Sepúlveda en auxilio del que fuera su protector, descansa en que esta certifica la poca estima que los italianos guardaban por la figura de Erasmo, ya por sus «deficiencias» en el conocimiento de los antiguos, ya por su «limitada» escrupulosidad de estilo. Igualmente, en ella es posible advertir la naturaleza y el enfoque de los ataques predilectos de Sepúlveda, así como lo holgado que se muestra en el terreno de las contiendas eruditas.

En 1550, cuando debate con Las Casas en la junta convocada por Carlos V en Valladolid, Sepúlveda ya está curtido en polémicas. Sin embargo, a diferencia de lo sucedido con Erasmo, con quien modera su beligerancia y logra congraciarse entablando una relación epistolar relativamente duradera, con Las Casas nunca fue posible una aproximación similar, quizás por la disparidad de caracteres, la dificultad coyuntural de los temas abordados o, sencillamente, porque el elevado prestigio de Erasmo volvía impensable toda riña prolongada. Ciertamente, el fraile dominico fue para Sepúlveda un adversario distinto al resto: si bien en la esfera personal no cabe plantear ningún influjo mutuo, exploro la posibilidad de que el ideario antiimperialista lascasiano haya obligado al humanista a matizar, en la crónica *Del nuevo mundo* (1560) y en el manuscrito tardío *Acerca de la monarquía* (1571), su perspectiva inaugural relativa a los nativos americanos.

Además de constatar si las calumnias que, en su *Epistolario*, dice recibir Sepúlveda por parte de Las Casas luego de la Controversia de Valladolid, son medios propagandísticos de descrédito o si, por el contrario, se justifican por las resoluciones plasmadas en el *Demócrates Segundo*, en 4. Perfil humanista en un grabado póstumo, analizo la tesis vertida por Henri Méchoulan en *L'antihumanisme de J. G. de Sepúlveda. Étude critique du «Democrates primus»*. Por plantear exactamente lo opuesto a lo sustentado hasta ahora en este trabajo, no puedo desatender, por su alto grado de pertinencia, la formulación de Méchoulan acerca de situar la ideología de Sepúlveda en las antípodas de las escuelas humanistas.

En la sección 4.1., denominada El *Demócrates Segundo* a la luz de la formación humanista, hago un análisis minucioso del tratado más polémico y discutido de Sepúlveda sin desvincularlo de otros escritos adicionales, la biografía, las corrientes de pensamiento y el contexto histórico al que responde su composición. Al margen de estos elementos, cuando

menos, se distorsiona una parte de la congruencia y el sentido primario del discurso sepulvediano incluido en el *Democrates secundus*. Tal como veremos, en este momento la tesitura política dentro y fuera de la corte hispánica, los intereses diplomáticos de por medio y el carácter humanista, en particular, reflejado en la tarea de traducir y depurar al «verdadero» Aristóteles, tienen un papel mayúsculo.

Ya que hay una cantidad considerable de variaciones, estimo necesario hacer una pequeña aclaración bibliográfica alrededor de las existentes entre las cuatro ediciones publicadas hasta el día de hoy del *Demócrates Segundo*. En primer término, me refiero a la de 1892 de la Real Academia de la Historia de España revisada por Marcelino Menéndez y Pelayo; en segundo lugar, a la aparecida en México, cincuenta años después, bajo el sello editorial del Fondo de Cultura Económica con un revelador prólogo de Manuel García Pelayo; luego, la del Instituto Francisco de Vitoria traducida por Ángel Losada, notablemente más completa por la unificación de códices inéditos y, por último, basada en la versión hecha por Losada, la publicada en 1997 en el tercer tomo de *Obras Completas* de Sepúlveda al cuidado de Alejandro Coroleu.

Además de usar la última y más acabada impresión del *Demócrates Segundo*, empleo la *Apologia pro libro de justis belli causis* de la Editora Nacional de Madrid, la crónica *Del nuevo mundo* de Alianza Editorial y el libro *Acerca de la monarquía* correspondiente al sexto tomo de las *Obras Completas*, subvencionadas por el Ayuntamiento de Pozoblanco. En todos ellos, Sepúlveda aborda de modo explícito el asunto americano asumiendo como fuente documental primaria las historias compuestas por Gonzalo Fernández de Oviedo. Por este motivo, en 4.1. El *Demócrates Segundo* a la luz de la formación humanista, realizo un diálogo intertextual sujeto a los siguientes ejes temáticos:

a) Teoría de la guerra justa. La especulación acerca del *ius ad bellum* desarrollada por Sepúlveda está en la línea de la tradición escolástica de Santo Tomás y San Agustín a Tomás de Vío, Cayetano. En la inédita guerra que libra España en contra de los múltiples pueblos trasatlánticos, se añade a ella el iusnaturalismo aristotélico, el moderno sentir nacionalista y una actualizada ciencia y técnica militar. En el crispado panorama internacional del siglo XVI, protoglobalizado, la guerra es el instrumento *ad hoc* de la moderna estabilidad geopolítica.

Para Sepúlveda, en América no conviene mantener una lucha permanente: los pobladores del «Nuevo Mundo» deben transitar, en cuanto las autoridades coloniales se deshagan de las instituciones nefandas y la educación provista por hombres intachables se arraigue, de un estado de esclavitud a uno de vasallaje, es decir, del sistema de dominio *heril* al del imperio *civil*. Así, Sepúlveda recomienda inaugurar un tipo de ciudadanía americana semejante a la del súbdito castellano común y corriente. Métodos como el del repartimiento y la encomienda, únicamente son regímenes coloniales transitorios, lo que viene a significar que, a pesar de ser considerados «esclavos por naturaleza», no es prudente que los «indios» conserven, en el ámbito social, una condición inmutable de servidumbre.

Tal como Oviedo imagina, para Sepúlveda el prototipo del héroe militar español está personificado en el capitán Gonzalo Fernández de Córdoba. En el escrito temprano *Gonsalus seu de appetenda gloria dialogus* (1523), se elogian por primera vez aspectos de la vida activa propia del humanismo cívico florentino y boloñés como el honor, la virtud y la gloria, fundantes del ideal del guerrero cristiano, que reúne las armas y las letras, al servicio de la patria. Examinaré que este planteamiento originario, en amplio contraste con el *Tratado del esfuerzo bélico heroico* del jurista Juan López de Palacios Rubios, va a profundizarse más adelante en el diálogo *Democrates primus* (1535).

b) La teoría aristotélica de la «servidumbre natural». Así como las influencias latinas más notables en la teoría política, historiográfica y literaria de Sepúlveda son Tito Livio, Salustio y Cicerón, el concepto antropológico que el autor despliega en el *Demócrates Segundo*, es herencia directa de la *Política* y la *Ética* de Aristóteles, obras que, gracias a su faceta de traductor, llegó a conocer muy bien.

En la *Ética a Nicómaco* se asevera que el fin de todo ser considerado «hombre» estribaría en la perfección de la tarea que le es más específica, lo que solo este puede hacer, o lo que puede hacer mejor que cualquier otro; en la medida en que, por ejemplo, una herramienta sirve al propósito de un artesano, esta cumple con su destino intrínseco. En consecuencia, aparte de las características comunes que guarda con los animales, lo peculiar del ser humano tendrá que depender de las capacidades exclusivas de su naturaleza, en primer término, la de la actividad del alma de acuerdo con la razón.

«Mas como el artesano no siempre realiza con perfección igual su propia obra, podemos distinguir la del hombre inferior y la del que sobresale por su virtud»; en la jerarquía ontológica dispuesta por Aristóteles, la actividad de la razón debe medirse «de acuerdo con su excelencia, y, si éstas son varias, con la mejor y la más perfecta». El equivocismo antropológico extendido a la *Política* apuntaría a que, a diferencia del ciudadano ateniense, el «bárbaro» no cumplimenta el suceso racional, pues aunque potencialmente lo ostente, las pasiones corporales reinan sobre él. Para la comunidad de intereses que forman el esclavo por naturaleza y el amo, es justo y conveniente que cada parte obre de acuerdo con su tendencia consustancial.

En *Democrates secundus*, Sepúlveda no solo legitima el uso conceptual y argumentativo de Aristóteles sino que lo equipara comprometedoramente con el de las fuentes cristianas más habituales. Para actualizar la doctrina de la «servidumbre natural», falta

que reúna pruebas suficientes, proporcionadas sobre todo por las crónicas de Fernández de Oviedo, de la «incapacidad» racional de los indígenas americanos: el déficit de letras, historia escrita en sistema alfabético y un sentido distinto de propiedad, se presentan como síntomas obvios de dicha condición.

c) Humanismo filoitaliano. Resultado de un auténtico interés por todas las áreas del saber, el humanista del Renacimiento es un erudito atraído por la impetuosa vida de la *res publica*. La lectura concienzuda del *Demócrates Segundo*, evidencia que contiene pilares discursivos provenientes de las asignaturas de historia clásica y moderna, teología, filosofía, matemáticas, estadística, astronomía, geografía y medicina.

Posicionándose en los focos de poder, donde se arguyen resoluciones y se formulan estrategias, el humanista piensa acerca de lo que pasa a su alrededor y, cuando se lo permiten las circunstancias, actúa intentando influir con sus consejos sobre los protagonistas en la arena política. Los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* de Maquiavelo, son ejemplares porque respaldan con contundencia la noción, alimentada inicialmente por Coluccio Salutati, de la historia como *magistra vitae*. En esencia, las experiencias álgidas del pasado hacen de maestras del presente.

Sepúlveda no titubea en poner sus conocimientos al servicio de un Estado hispánico en pleno apogeo expansionista. El preámbulo al *Demócrates primero* demuestra que en la imitación de Roma y en el arraigo del concierto entre las armas y las letras, está cifrado el futuro éxito del imperio.

> […] después de mi larga peregrinación de dieciocho años en Italia, […] de lo que más placer hube fue ver algunos ser inclinados no solamente a las armas, pero también a las letras, contra la costumbre de nuestra nación, porque en los tiempos pasados era cosa muy rara ver hombre español de casa ilustre que hubiese aprendido

> siquiera la lengua latina; cuya causa yo creo haber sido las guerras que mucho tiempo los nuestros trajeron casi continuamente con los moros enemigos de la religión cristiana. Porque los estudios de las letras suelen ir tras los ocios de la paz, la cual, después que por la grandeza de ánimo y sabiduría de los excelentes y religiosos príncipes don Fernando y doña Isabel nos fue dada y confirmada, sojuzgados los enemigos y en parte destruidos, paréceme que de día en día salen más caballeros mancebos que procuran acrecentar la gloria de la guerra de sus antepasados, dándole por colmo la alabanza de la doctrina a imitación de los antiguos romanos.[283]

No es raro hallar que la desmesurada predilección por algunos autores grecolatinos, lleve a los humanistas al extremo de ponerlos por encima de la equivocación justificando sus errores de juicio. En *El sueño del humanismo*, Francisco Rico trata el caso de Ermolao Barbaro, quien, convencido de que Plinio no desacierta sino rarísimas veces, achaca la responsabilidad de los fallos que pueblan su *Naturalis historia* a los copistas medievales que él mismo se propone subsanar. ¿Actúa Sepúlveda de manera similar respecto a Aristóteles? Así lo entiendo solo parcialmente porque, aunque la imagen y el pensamiento del Filósofo lo apasionaron desde joven, aprovechando cualquier ocasión para compararse con él, Sepúlveda no aceptó explícitamente error alguno en su doctrina. Sin embargo, en oposición a Aristóteles, admite una capacidad de superación limitada en el esclavo innato al tiempo, que una responsabilidad conjunta por parte del amo.

La preceptiva humanista de acudir de manera reiterada a símiles de la Antigüedad clásica para explicar la actualidad, cumple en Sepúlveda y demás autores contemporáneos a él, la función de erigir paradigmas políticos y morales. Por ejemplo, análoga a la expuesta

[283] Juan Ginés de Sepúlveda: *Diálogo llamado Demócrates*. *Op. cit.* p. 9.

por Dante en *De monarchia*, su concepción de imperio, indisolublemente ligada al papado, es reproducida del modelo romano. Con la pretensión de convalidar una eventual herencia, no es raro que Sepúlveda establezca comparaciones entre el «césar» Carlos V y Constantino, entre la voluntad expansionista de España y la de Roma.

Parte de las tesis que integran la *Exhortación a Carlos V* se sustentan en una filosofía de la historia de carácter cíclico, según la cual, en el contexto de la conflagración contra el rival turco, el emperador tiene el encargo de dirigir las tropas de los «nuevos griegos» hacia la victoria en contra de los «nuevos persas». Dado que los ancestros de los otomanos son los antiguos persas orientales, vencidos en las guerras médicas por los griegos, de los cuales descienden directamente los europeos, no cabe lugar para creer en un eventual fracaso bélico. Mucho después, en *Acerca de la monarquía*, Sepúlveda refuerza la idea de la recurrencia temporal al declarar que las culturas que fueron sometidas durante un periodo histórico específico, incluyendo a la propia Hispania, pueden llegar a convertirse, al paso de las épocas, en grandes potencias mundiales.

La universalidad que el imperio español pueda lograr con sus estrategias expansivas, garantiza la difusión ecuménica del orbe cristiano. En el pensamiento de Sepúlveda, el camino para implantar un dominio sólido en América es dual: la fuerza de las armas debe acompañarse del cometido altruista de evangelizar a las poblaciones oriundas. El paternalismo sepulvediano de impronta ciceroniana, expresado en la proposición de reformar, en favor de los valores occidentales, las costumbres estimadas «bárbaras», procede en función del servicio que este hace a la humanidad. Al proclamar un *homo universalis*, cuya legitimidad está condicionada por una *dignitate hominis*, basada en el desarrollo de una educación con el vigor suficiente para alejar al ser humano más bestial de la *feritas* y acercarlo a la *divinitas* de su naturaleza, habla el pensador del Renacimiento.

Las hipótesis que aventuro a continuación, hermanadas unas con otras, serán abordadas de modo puntual al interior de este capítulo. Para empezar, lo que tenga de ortodoxa la aplicación de Aristóteles por parte de Sepúlveda al problema americano fue desafortunada; aun cuando sus compatriotas Antonio Agustín, Pedro de Soto y otros letrados lo apoyaron, llegó a recibir serias amonestaciones de sus partidarios contemporáneos. La posición profesional en la que el humanista quedó después de la famosa Junta de Valladolid, fue más bien desaventajada: no solo porque el *Democrates secundus* fue condenado por tribunales universitarios a la censura y la traducción que elaboró de la *Ética* de Aristóteles fue relegada, hasta el punto de no haberse publicado hasta el presente, sino también porque, contrario a otros tutores del príncipe Felipe nombrados obispos o arzobispos, como Martínez de Silíceo y Honorato Juan, Sepúlveda fue arbitrariamente marginado. Más tarde, en 1566, a diferencia de todos sus adversarios, el humanista mantuvo un proceso inquisitorial del que salió indemne.

Mi intención con estos señalamientos, de los cuales ofrezco evidencias, no es victimizar a Sepúlveda sino revelar el daño que causó a su prestigio su intervención en las disputas imperiales por América, razón que se empalma con las modificaciones que sufren a lo largo del tiempo algunas de sus posturas inaugurales. Distinto a lo que podría creerse, la influencia del pensamiento del autor, en lo referente a la política colonial implementada por Carlos V, es secundaria: el acervo de las tesis defendidas en el *Democrates secundus* y en la *Apologia pro libro de justi belli causis*, está muy lejos de representar el posicionamiento oficial de la Corona hispánica frente al problema.

En lo que concierne a la imagen histórica de Sepúlveda, comparto la mayoría de las concepciones propuestas por Ángel Losada, así como las sugeridas últimamente por los hispanistas Jaime González Rodríguez y Francisco Castilla Urbano, de este último, en

especial las que desarrolla en *El pensamiento de Juan Ginés de Sepúlveda. Vida activa, humanismo y guerra en el Renacimiento*. Y es que, sin negar los intereses que Sepúlveda persiguió con su discutible actuación en Valladolid, suscribo la necesidad de estudiar la suma de su programa intelectual más allá del episodio de desacuerdos que sostuvo con el padre Las Casas.

> Los trabajos que adoptan este punto de vista [ver en Sepúlveda al representante mejor cualificado de un proyecto reaccionario], bastante numerosos, no sólo coinciden en sus conclusiones, sino que también suelen hacerlo en una serie de supuestos: se centran en una parte de los escritos del humanista, generalmente en una sola obra, su *Demócrates segundo*, en el que tienden a encontrar lo esencial de los mismos [agravante adicional, si se trata de ediciones incompletas], y desprecian por irrelevantes o desconocen directamente el resto de sus textos; en segundo lugar, consideran que, después de redactar esa obra, mantuvo durante el resto de su vida ─cerca de treinta años─ las mismas ideas acerca de los indios; tercero, juzgan su pensamiento envuelto en la sombra de una sospecha permanente: la de que responde pura y exclusivamente a una filosofía del dominio y explotación de los indígenas americanos, olvidando sus propias declaraciones en sentido contrario y la ideología general que inspira toda su escritura; esto último tiene una cuarta consecuencia: la valoración moral sobre la obra del cronista se extiende a él mismo, al que se atribuye, como mínimo, una doblez en sus juicios que le inhabilita aún más.[284]

---

[284] Francisco Castilla Urbano: *El pensamiento de Juan Ginés de Sepúlveda. Vida activa, humanismo y guerra en el Renacimiento. Op. cit.* p. 11. Otro biógrafo actual afirma algo similar, que «Se ha dado la paradoja de que, como la intervención más generalizada del *Democrates alter* lo considera un tratado en el que Sepúlveda defiende la razón de Estado y el Imperio de Carlos V por encima de los derechos de los indios, se cargó inmediatamente sobre su autor la tacha de ser un escritor oficialista, conservador e imperialista en todo. Establecido este diagnóstico, el resto de la obra de Sepúlveda se ha solido valorar, aun sin leerla, de acuerdo con el mismo patrón.» Ver, Santiago Muñoz Machado: *Sepúlveda, cronista del Emperador*. Madrid, Edhasa, 2012, p. 8.

De un conocimiento más preciso y exhaustivo de Sepúlveda, depende parte del enriquecimiento del debate sobre la división de los argumentos durante el proceso de conquista y las distintas actualizaciones, como el que apunto en la teoría jurídica de un Carl Schmitt, de una tradición dentro de la filosofía política. Por fin, en el desarrollo de esta larga sección, intitulada «Juan Ginés de Sepúlveda, un humanista filoitaliano», pregunto qué tan justificada sigue siendo la afirmación de Perez-prendes y Muñoz de Arraco de que,

> El verdadero JGS es todavía desconocido hoy, y en la medida en que se vaya editando y estudiando a este autor, el *Demócrates segundo* irá quedando reducido a su escasa magnitud de obra menor, tanto por sus contradicciones internas, como por sus conclusiones y desde luego por sus efectos.[285]

El aporte de la publicación de los diecisiete volúmenes que comprenden las *Obras Completas* de Ginés de Sepúlveda, auspiciadas por el Ayuntamiento de Pozoblanco, es un eslabón crucial en este camino.

[285] José Solís de los Santos (Ed.): *Actas del congreso internacional sobre el V centenario del nacimiento del Dr. Juan Ginés de Sepúlveda celebradas en Pozoblanco, del 13 al 16 de febrero de 1991*. *Op. cit.* p. 275.

4. PERFIL HUMANISTA EN UN GRABADO PÓSTUMO

El retrato más divulgado de Juan Ginés de Sepúlveda, gracias al cual su nombre permanece anclado a un determinado rostro desde el siglo XVIII, es un grabado del artista murciano Juan Barcelón y Abellán compendiando en *Retratos de Españoles Ilustres* (1791). Barcelón trabajó sobre un dibujo que José Maea había realizado aquel mismo año; comisionado para copiar los originales resguardados en la biblioteca de El Escorial, el pintor realizó más de cincuenta bocetos entre los que se encontraba el de Sepúlveda. Losada conviene en prevenir que «desconocemos el original en que pudo inspirarse Maea», por lo que se ignora si la primera obra estuvo apegada a algún tipo de información morfológica del protagonista. Al pie del grabado se registra: «Cordobés: Teólogo, Crítico, Filólogo, e Historiador: nació en 1490 y murió en 1573.»

En el retrato, Sepúlveda aparece girado en tres cuartos con la frente despejada y ancha. El ceño parcialmente fruncido antagoniza con la boca ligera, casi esbozando una sonrisa, características que en conjunto lo muestran reflexivo sin restarle buena disposición. Se trata de una persona de edad madura, rozando los cincuenta años, es decir, de un Sepúlveda un poco más allá de la mitad de su vida, precisamente en la etapa en la que se convierte en preceptor del infante Felipe y sus pajes, entre los que se encontraba un joven Alonso de Ercilla. Con pretexto de esta comisión, el humanista gusta compararse con Aristóteles cuando, al igual que él, el soberano le confía la educación del príncipe.

> […] el motivo primero para que unos grieguecillos superficiales y unos hombres famélicos lo envidiasen y calumniasen, se debe a que Aristóteles se marchó a la Corte tras abandonar el Liceo, y allí fue tratado con benevolencia en consideración

> a su gran virtud y sabiduría […], el rey [Filipo] esperaba que educara a su hijo [Alejandro] y lo convirtiera en un hombre docto, digno de él y de la sucesión al reino.[286]

Alrededor de 1540, Sepúlveda está enfrascado en la política imperial que se discute al interior del hermético grupo de la corte de Carlos V. Ha regresado a España, posterior a una dilatada estancia de veintidós años por la península itálica, en donde transitó con éxito de estudiante del Real Colegio de San Clemente de los Españoles de Bolonia a representante peripatético en cenáculos ilustres y afecto personal del papa. Además de incluir una advertencia del peligro que el ejército turco simboliza para Europa y la cristiandad en su totalidad, la incitación belicista *Cohortatio ad Carolum V ut bellum suscipiat in Turcas*, encierra el interés de Sepúlveda por congraciarse con el emperador, y convertirse en uno de sus consejeros oficiales, luego de las desavenencias que este mantuviera con Clemente VII.

Dentro de la óptica de la filosofía de la historia planteada por Sepúlveda en la *Exhortación a Carlos V*, el conflicto militar que se desarrolla en Hungría, amenazando con extenderse por el resto del continente, es en el fondo la lucha entre los europeos «civilizados» en contra de los «bárbaros» de Asia, personificados por las huestes del sultán otomano Solimán. Este enfrentamiento está hermanado al que tuvo lugar en la Antigüedad: así, el presupuesto de que los troyanos eran antepasados de los turcos y los griegos predecesores directos de los europeos, demostraría la superioridad de estos sobre los primeros, pues en el pasado, de hecho, ya habían obtenido relevantes victorias como la de la legendaria guerra de Troya.

---

[286] Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. O. C. t. IX, v. II. Op. cit.* p. 339.

> Si ellos hubiesen leído los textos griegos y latinos en los que se habla de las hazañas bélicas realizadas por los hombres de nuestro entorno, esto es, por los habitantes de la parte del mundo que llamamos Europa, contra los pueblos de Asia ─de cuya confusión y amalgama política procede prácticamente el ejército turco─, se daría perfecta cuenta de que, muchas veces, una reducida tropa de los nuestros desbarató y puso en fuga a tropas enormes de los suyos […].[287]

Por un lado, en la *Exhortación* aparece reflejada por primera vez la tríada, sinonímica e indivisible en el pensamiento general de Sepúlveda, de civilización, europeísmo y cristiandad. Por otra parte, se manifiesta una interpretación de la historia como fenómeno cíclico, de movimiento pendular y repetitivo. La legitimidad de relevar a la Grecia clásica se funda en la defensa, actualizada por los pueblos de Europa, de los valores de la civilización occidental nacidos en la antigua Atenas; como ocurrió antes, con el césar dirigiendo a una emergente sociedad convenida de príncipes cristianos, se apuntalaba la victoria sobre los adversarios orientales.

No hay otro sino el emperador Carlos V quien debe conducir el ataque en contra del enemigo turco. Evocando la admonición que jura desaparecer el paradigma civilizatorio abanderado por el cristianismo, Sepúlveda persuade al soberano para que asuma, de una vez por todas, su trascendental papel que no es otro sino el de «luchar por la patria, por los hijos, por los altares y los hogares, en suma, por la salvación y la libertad y por la mismísima religión». En caso de perder tan importante contienda, los fieles cristianos se verían reducidos a la tiranía de los seguidores de la «falsa religión de Mahoma», en una penosa condición caracterizada por innombrables hostigamientos y desdichas.

---

[287] Juan Ginés de Sepúlveda: *Exhortación a Carlos V. Op. cit.* p. 339.

> […] si un pueblo cristiano es vejado por alguien de nombre cristiano que se comporte como un tirano en lugar de como un príncipe, por muy insaciable y cruel que sea esa vejación, dispone al menos de otros paliativos con que mitigar el dolor de los males que le acucian. Primero, conserva no sólo la libertad cristiana, sino también la civil […]; se sirve, en efecto, en gran medida de sus propias leyes, tiene magistrados propios, conserva en definitiva la forma de un estado regio y de hombres libres […]. Segundo, existe la esperanza de poder transformar de alguna manera esa situación calamitosa en otra más llevadera. […] Pero a quienes una vez sometieron su cuello al pesadísimo yugo de la esclavitud turca, a ésos, pregunto yo, ¿qué consuelo les queda para tan grandes males?, ¿a qué esperanza pueden aferrarse para soportar sin un inmenso dolor a calamitosa situación que sufren, tras la pérdida no ya de la libertad, sino de la esperanza misma de la libertad?[288]

El análisis comparativo elaborado por Sepúlveda entre la cultura cristiana y la turca, envuelve temas sociopolíticos como los del ordenamiento legislativo, usufructuario, estamental y educativo que, una vez agrupados, tienden a remarcan la distancia de un pueblo bárbaro respecto a uno civilizado. El humanista cordobés desaprueba que los turcos posean «una ley que no sólo dispone que pasen al fisco real los bienes de los que mueren sin otorgar testamento y sin tener hijos, sino también que, en todas les herencias, el rey, como si fuese uno más de los hijos del muerto, reciba una parte de la herencia equiparable a la de estos». Luego critica que «no hay sátrapas, ni tetrarcas, ni persona alguna, en fin, revestida del poder o la dignidad de que gozan entre nosotros los llamados condes, marqueses o duques»; asociado a la congénita proclividad a restringir libertades, condena también que «les está

[288] *Ibid.* p. 331.

totalmente prohibido el estudio de las letras y vedado el conocimiento de las artes liberales.»[289]

En *El pensamiento de Juan Ginés de Sepúlveda. Vida activa, humanismo y guerra en el Renacimiento*, Castilla Urbano indica que Sepúlveda coincide con el reclamo de otros humanistas adeptos a Carlos V, al sostener que cualquier ventaja turca entrañaría un riesgo supremo para la existencia de Europa en su generalidad y que, por eso mismo, es necesario para las naciones cristianas priorizar esta lucha frente a otras de carácter intestino. Las demandas hechas en la *Exhortación* delatan similitudes admirables con las que Juan Luis Vives formuló en los impresos de 1526, *De la condición de los cristianos bajo el Turco* y *De la insolidaridad de Europa y de la guerra contra el Turco*, donde se preguntaba a la sombra de un hipotético fracaso militar: «¿Qué libertad podrá existir bajo tal dueño o tales dueños, especialmente para nosotros, cuando no la hay ninguna para sus propios naturales? De letras no habrá ni cuidado ni siquiera mención. La religión correrá gravísimo riesgo.»

> Aunque se trata, evidentemente, de una afirmación más próxima a la propaganda que a la pura descripción, como demuestran testimonios contemporáneos que señalan lo contrario [el autor cita el ejemplo de *Viaje de Turquía de Pedro de Urdemalas*], no carece de interés que el humanista Sepúlveda, como Vives, encuentre la prueba más evidente de los resultados que produce esta persecución de la cultura en la misma Grecia que, floreciente en otro tiempo en todo tipo de conocimientos, se ha convertido bajo el dominio otomano en un páramo cultural donde apenas es posible encontrar personas que sepan leer sus antiguos escritos.[290]

---

[289] *Ibid.* p. 332.

[290] Francisco Castilla Urbano: *El pensamiento de Juan Ginés de Sepúlveda. Vida activa, humanismo y guerra en el Renacimiento. Op. cit.* p. 87.

Vives estima que la unidad de fe podría conllevar, aunque sea temporalmente, a un acuerdo estratégico. Su visión a largo plazo, afín a las súplicas de los erasmistas, es que los monarcas de Europa interrumpan las viejas pugnas entre reinos en beneficio de un sostenimiento prolongado de la paz. Sin embargo, la afrenta inmediata de las tropas turcas, lo orilla a alejarse del irenismo radical pregonado por Erasmo, estrechando su doctrina a la tendencia humanista que más bien se adhería a los inminentes requerimientos del contexto. Y es que, por la inapelable voluntad apaciguadora, los erasmistas debían lidiar con el arreglo entre un arquetipo humano racional y, por lo tanto, manso con sus semejantes, y una realidad, tal como una declaración de guerra, atada a un tiempo concreto.

Entre las consecuencias que le proporciona a Sepúlveda la publicación de la *Cohortatio ad Carolum V* se cuenta la disputa epistolar, devenida en discrepancia filológica, que mantuvo con Erasmo durante más de un lustro. Este libelo diplomático es el primer embate dirigido por él en contra de los partidarios del erasmismo, «hombres perversos, que andan propagando la sacrílega idea, teñida de un falso color de cristianismo, de que no es propio de la tolerancia cristiana valerse del hierro y las armas para poner coto a la violencia de los turcos». La recriminación al drástico pacifismo esparcido por la llamada filosofía de Cristo, «no proviene, como otras herejías, de un desvarío sino de la maldad y capcioso sacrilegio de un autor». Sepúlveda lanza un último dardo insinuando que el «autor», a todas luces Erasmo, es un agente encubierto del oponente, «corrompido por las promesas y regalos de los turcos».[291]

En términos teóricos, la *Exhortación* enuncia un planteamiento que va a continuar de forma implícita en la mayoría de tratados posteriores. Con la finalidad de contrarrestar los

[291] Juan Ginés de Sepúlveda: *Exhortación a Carlos V. Op. cit.* p. 334.

argumentos conciliativos de los erasmistas, Sepúlveda profundiza en el concepto de la división social del mundo manifestada por los Evangelios. A los representantes del «reino espiritual», integrado en su mayoría por clérigos, les está vedado encarar las injusticias por la vía de las armas, pues su instrumento predilecto de lucha es la oración; mientras, en el perímetro del «reino civil», la principal atribución de los reyes y sus vasallos es la de repeler las agresiones del enemigo y combatir las tropelías con todos los recursos a su disposición. En este último ámbito, las palabras de Cristo que inducen a «poner la otra mejilla» ante una ofensa, es únicamente preceptiva, es decir, no alcanza la categoría de ley.

> Y no por el hecho de que ni Cristo […], ni sus apóstoles, […] nunca hicieran la guerra contra los pueblos a los que eran enviados para apartarlos de sus viejos rituales y del supersticioso culto de falsos dioses, e imbuirlos de la verdadera religión cristiana, […] no por eso los cristianos de ahora vamos a dudar en proteger y defender por cualquier medio a nuestro alcance, incluso con las armas, la sacrosanta religión y nuestra libertad […]. Se me podrá objetar que Cristo prohíbe oponer resistencia a los violentos […]. No obstante lo cual, el apóstol Pablo, […] cuando recibió una bofetada por orden del pontífice Ananías, se mostró tan poco dispuesto a ofrecerle al ejecutor de la orden la otra mejilla para que se la golpease […]. Esta reacción del apóstol pone de manifiesto que las anteriores palabras de Cristo no han de ser entendidas de forma literal, ni se adecúa a todos los hombres ni a todas las épocas; Cristo, más bien, pronunció éstas y otras muchas no porque fuera su intención que los hombres quedasen atados a ellas como a leyes, sino, en parte, para mostrar el camino de la perfecta máxima.[292]

En simultaneidad al esclarecimiento de la concepción teológica de los dos reinos, Sepúlveda refuerza la innegable armonía que existe de la ley natural con la ley divina, pues «¿qué otra

[292] *Ibid.* pp. 334-335.

cosa es la naturaleza, sino un orden constante de causas regidas por Dios como causa primera y moderadora de las demás?» «¿Acaso les va estar permitido a los animales defender su vida del ataque de los enemigos, unos con los cuernos, otros con los dientes o con uñas afiladísimas, cada uno con las respectivas armas de que los dotó la naturaleza al efecto, y a las gentes cristianas no les va a estar permitido?»[293] En este sentido, un rey cristiano, revestido del mérito civil más alto, que no respondiera a una afrenta que vulnera la religión que dice profesar, obstaculizaría las leyes divina y natural.

Durante el periodo vital de Sepúlveda en el que es inmortalizado en el grabado de Barcelón, el humanista tiene anclados sus desvelos en la ruptura interna de la Iglesia propiciada por la Reforma protestante y en el enfrentamiento que libra la comunidad cristiana con el ejército otomano. A propósito de tales preocupaciones, redacta dos tratados independientes: *De fato et libero arbitrio* (1526) y *Pro Alberto Pio, principe Carpensi, Antapologia in Erasmum Roterodamum* (1532), donde se opone tajantemente, al atribuirles una parte de responsabilidad en la crisis, a los diferentes sistemas teológico-filosóficos promulgados por Lutero y Erasmo.

Antagónico a las tesis reformistas plasmadas en *De servo arbitrio*, contestación de Lutero a la *Diatribe seu collatio de libero arbitrio* de Erasmo, Sepúlveda suscribe que «ser hombre consiste en ser racional, esto es, en poseer en él el principio tanto de actuación como de no actuación, hasta el punto de que no puede ponerse en duda que quienes suprimen de

[293] *Ibid*. p. 337. En *Demócrates Segundo*, Sepúlveda refrenda la idea, solo que en esta ocasión cita explícitamente a Aristóteles: «la naturaleza armó al resto de los animales de garras, cuernos, dientes, cascos y otras muchas defensas, y al hombre le preparó para toda clase guerra dándole las manos que sustituyen a las garras, cuernos y cascos, lo mismo que a la espada y lanza y cualquier clase de armas que la mano puede utilizar». Ver, Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit.* p. 51.

nosotros el libre albedrío suprimen al hombre del hombre».[294] Por impugnar el determinismo metafísico protestante, contiguo al monergismo, para favorecer la autodeterminación que concede al ser humano el ejercicio de su propia razón, agente decisivo para la salvación conforme al sinergismo, *Sobre el destino y el libre albedrío*, es acaso el libro de Sepúlveda más ligado a la antropología que deriva de la amalgama entre el humanismo aristotélico y el católico. Tal mixtura es representada de manera ejemplar, durante el Renacimiento, por la doctrina de Pico della Mirandola.

Una premisa fundamental del «nuevo antropocentrismo razonado» característico del humanismo renacentista es la libertad intrínseca del ser humano. Tanto Pico, como consecutivamente Sepúlveda, examinan esta proposición en el marco de las facultades de la razón frente a la necesidad y la contingencia. Ya que las estrellas, al ser cuerpos materiales, no pueden interferir en el curso del orden espiritual, ambos van a restringir las demostraciones astrológicas, en auge durante la Baja Edad Media, señalando que el ordenamiento celeste no es forzosamente determinante en el ánima individual. La renombrada *Oratio de hominis dignitatis* de Pico, sitúa al género humano en una esfera aparte, exenta de influjos, al de las angélicas, celestiales y elementales. En palabras de Sepúlveda, «mientras los demás elementos obedecen a causas externas, el hombre es el único animal inmune a este determinismo ineluctable, ya que es propio de él poseer en sí mismo el principio y la causa de sus acciones y no responder en absoluto a causas vinculantes de origen externo.»[295]

---

[294] Juan Ginés de Sepúlveda: *Sobre el destino y el libre albedrío. Op. cit.* pp. 33-34.

[295] *Ibidem.*

«Dios puso al hombre como una obra de naturaleza indefinida»; una de las implicaciones de la máxima de Pico, es que, a través de la práctica de la libertad, las personas tienen la capacidad de degenerar en las formas más bajas de animalidad y también de reinventarse en los más altos aspectos de su potencial condición, esto es, de transitar de la *feritas* (fiereza) a la *divinitas* (divinidad) incorporada a su propia virtud.[296] El núcleo de este concepto es reelaborado treinta años después por Sepúlveda, cuando apunta que «si alguno, pues, nacido bajo el influjo de unos astros poco favorables quiere vencerla, puede con la *práctica de las costumbres contrarias* superarla hasta el punto de adquirir de pleno los hábitos que están en el extremo opuesto, es decir, *otra naturaleza*, contraria a aquélla con la que vio la luz.»[297] [Cursivas mías]

Además de encerrar la idea capital de que el universo físico, jerárquico y diferenciador, se rige por la necesidad, mientras que en el dominio humano prevalece la libertad, y de rebatir los principios sobre los que los reformistas perseguían fincar su credo, *Sobre el destino y el libre albedrío* intenta ser una herramienta de difamación personal en contra de Lutero. Semejante a lo que hizo con Erasmo en la *Exhortación a Carlos V*, Sepúlveda usa la calumnia y la reproducción de rumores como mecanismos de desprestigio

---

[296] Giovanni Pico della Mirandola: *Discurso sobre la dignidad del hombre*. México, UNAM, 2016, p. 18.

[297] Juan Ginés de Sepúlveda: *Sobre el destino y el libre albedrío. Op. cit.* p. 38. Aunque Pico incorpora a su filosofía conceptos y perspectivas, como los de la Cábala, que Sepúlveda no emplea, el espíritu de lo que ambos desarrollan está imbuido en la corriente renacentista. La discordancia más notable de la antropología expuesta en *Sobre el destino y el libre albedrío* (donde, nótese que el autor admite la posibilidad de una *mudanza de naturaleza*) respecto a la planteada en *Demócrates Segundo*, es que en la primera, no introduce explícitamente la jerarquización ontológica propia del Aristóteles de la *Política*.

en mitad de una lucha política. Con el objetivo de proyectar una imagen negativa sobre Lutero, «hombre intrigante, muy osado, muy ávido de cambios, impío y desmedido por naturaleza», alude a que este habría desvirgado a su prometida antes de contraer matrimonio, también que, «cegado por un ansia tan grande de placeres», se habría convertido en un viejo verde que, incluso, estaría involucrado indirectamente en un homicidio.[298]

No obstante reconocer, en *Sobre el destino y el libre albedrío*, que Erasmo «ataca [con la *Diatribe*] el error de Lutero y, más bien, engaño y maliciosa impiedad de forma sin duda sabia y muy agudamente aquél, pero no obstante demasiado comedida, por no decir escueta y tímida», en la *Antiapología en defensa de Alberto Pío, príncipe de Carpi, frente a Erasmo de Rotterdam*, Sepúlveda cimenta su invectiva en el ligamen conceptual que ubica entre uno y otro. Esta impresión, tan costosa para Erasmo, se habría creado y propagado en los círculos eruditos de Italia, en especial, en la mente del poderoso príncipe y mecenas Alberto Pío.

> El mayor reproche que te hace Alberto Pío y otros muchos no es que critiques abierta y claramente las instituciones y las tradiciones recta y auténticamente legadas por nuestros mayores, sino la forma en la que has contribuido a sembrar algunos peligrosos recelos, de modo que aparentemente nunca habría surgido la herejía luterana si no la hubiese precedido las bromas o las exigentes críticas de Erasmo.

[298] La relación de Lutero con Ulrich von Hutten data de varios años antes de que este último asesinara, en una taberna de la localidad italiana de Viterbo, a un parroquiano francés por una trivialidad que encendió una polémica fatal. Sepúlveda manipula esta información asegurando que Lutero protegió a Hutten dentro de su movimiento, cosa que no es precisa.

> […] afirman algunos que lo que dijo Erasmo en broma lo sostuvo después Lutero en serio; las dudas de aquél fueron afirmaciones tajantes de éste.[299]

Sepúlveda delibera minuciosamente acerca del contenido del satírico *Moriae Encomium, sive Stultitiae Laus*. Deplora que las burlas de Erasmo se hayan extendido hasta los estudios rigurosos, las instituciones tradicionales, la forma de vida de los frailes y, aun, la mismísima religión, sus ministros y el magisterio de Cristo. «¿No hemos de considerar que quien hizo esto cometió un crimen o al menos una imprudencia?» Desde la perspectiva de Sepúlveda es insuficiente el deslinde formal de que, «verdaderamente», es la Locura la que interviene en la obra y de que solo se trataría de la condena de algunas prácticas y personajes en particular. Tales explicaciones son interpretadas, por el grupo capitaneado por Pío, como meras excusas pusilánimes.

De todos los escritos con los que Erasmo se dispuso a defenderse de estas y otras acusaciones, sobresale la misiva que le envió en privado al blanco de sus disgustos, Alberto Pío, en octubre de 1525. Por la carta, es posible imaginar la incómoda situación en la que Erasmo permaneció en el desacuerdo transversal entre teólogos católicos y luteranos reformistas; en ella también describe los puntos clave de la que él mismo considera su indeterminada «relación» con el protestantismo.

> Acepto que cada uno, según su opinión, juzgue mi talento, mis escritos o mi elocuencia. Más me preocupa saber que el mismo príncipe repite con frecuencia en los banquetes de los cardenales y en las reuniones de los eruditos que todo el tumulto que vivimos tiene su origen en Erasmo. Como estas acusaciones carecen totalmente de fundamento, me pregunto qué otra cosa más hostil podría decir contra mí alguien

[299] Juan Ginés de Sepúlveda: *Antiapología en defensa de Alberto Pío, príncipe de Carpi, frente a Erasmo de Rotterdam*. *O. C. t. VII*. Salamanca, Ayuntamiento de Pozoblanco, 2003, p. 160.

a cuyos padres yo hubiese envenenado. Al iniciarse el proemio de la tragedia luterana, con el apoyo casi general, yo exhorté el primero a mis amigos a no comprometerse en este asunto, cuyo final preveía sangriento. Y, puesto que algunos pretendían que yo estaba de acuerdo con Lutero, sin duda para atraer más gente a su partido, he declarado en libros ya publicados que no tenía nada que ver con Lutero, ni lo tendría. Advertí al mismo Lutero que tratara los temas evangélicos de manera que pareciese que no se hacía concesiones a la ambición ni al odio, y que se procurara que el asunto no concluyera en revolución.

De un lado los teólogos, por odio a las bellas letras, no han ahorrado esfuerzos para empujarme a la secta que, según pensaban, sería condenada en breve. Del otro lado los luteranos, con halagos y argucias, y finalmente con amenazas e injurias, buscaban el mismo objetivo, aunque con intenciones diferentes a las de los teólogos, a pesar de lo cual no he movido hasta el presente un dedo para apartarme de la comunión de la Iglesia romana. No desperdiciarías en absoluto esta actitud mía si conocieras el estado de ánimo de tantas de nuestras regiones, los planes de nuestros príncipes; si supieras cuántos desórdenes hubiera podido provocar si hubiera querido proclamarme adalid de esta empresa. Pero he preferido mostrarme desnudo y desarmado a los ataques de ambos bandos antes que tender un dedo a la facción que no reconoce a la Iglesia Romana. Pero "Lutero ha sacado provecho de mis libros". Él mismo lo niega sin ambages y dice y escribe sobre mí lo mismo que este príncipe de Carpi, es decir, que no sé nada de Teología, pues nunca estoy de acuerdo con sus tesis. Pero supongamos que él haya tomado algo de mis trabajos, ¿por qué se me imputa este hecho más que a Pablo o Agustín, en los cuales sostiene que se basan sus tesis? Es evidente que cuando escribía yo estas obras no sospechaba esta conmoción. Hay quienes dicen: "¿Por qué no saliste enseguida al paso del mal naciente?" Porque creía, con otros muchos, que Lutero era un hombre de bien enviado por el cielo para corregir las depravadísimas costumbres de los hombres, aunque ya por aquel entonces me desagradaban algunas actitudes suyas, sobre las que le llamé la atención. […] Si me permites seguir hablando libremente, te diré cuál ha sido, al menos en mi opinión, la fuente principal de esta epidemia. La vida

> abiertamente impía de algunos sacerdotes, el orgullo de algunos teólogos, la insoportable tiranía de algunos frailes: esto es lo que ha dado lugar a este desastre.
>
> Al principio la disputa era por la lengua y las letras latinas. Yo siempre las he favorecido, para que, una vez admitidas, enriquecieran y reforzaran los estudios tradicionales, y no para echar por la borda, según se dice, a los viejos profesores; para servir a la gloria de Cristo, no para traernos el viejo paganismo. Mientras se luchaba con suerte indecisa sobre este asunto, la discusión ha sido llevada por los frailes al tema de la fe; este pretexto les resulta grato. [...] A partir de entonces el odio de los hombres sabios contra los frailes ha empezado a hacerse violento. En plena guerra entre los devotos y los enemigos de las musas surgió Lutero. Al punto los frailes han intentado implicar a los cultivadores de las letras más refinadas en la causa luterana, para perder al mismo tiempo a ambos. De esta manera hemos llegado poco a poco a esta situación trágica; por la obstinación de unos que siempre se inclinaban a lo peor, y por los odios y gritos intempestivos de ciertos representantes del otro bando.[300]

En la *Antiapología,* escrita poco tiempo después de la muerte de Pío, Sepúlveda rebaja extraordinariamente su previa agresividad contra Erasmo. Devela que, distinto a lo que este afirma, con el claro deseo de devaluar el talento de su adversario, la *Responsio paraenetica ad Erasmum Roterodamum* que su benefactor le consagró para atacarlo, la escribió sin su ayuda: «Si no confías en la veracidad de mis palabras, cuando digo que nadie leyó el libro antes de concluirlo, siendo yo testigo ocular […], cree al menos en mi juramento.» El cordobés sugiere a Erasmo observar que «los italianos valoran tus escritos de forma diferente a la de tus compatriotas, los germanos, y a la de la mayoría de los míos, los españoles». Enseguida le demuestra buena fe al excusar públicamente su desenfrenada inclinación por Luciano de Samósata: «En tu defensa, de hecho, he sostenido yo con ellos frecuentemente

[300] *Ibid.* pp. XIX-XX.

un gran debate al no poder consentir la altanería de algunos y su desprecio hacia ti, a quien consideran ayuno en filosofía y más amigo de Luciano que de Aristóteles.»[301]

En verdad, Erasmo tenía un frente de batalla abierto con los letrados italianos, a quienes ridiculizó a través del personaje Nosópono (el enfermo de tanto trabajar) en el *Ciceronianus sive de optimo genere dicendi*. Siempre diligente en los debates coetáneos, en este diálogo, Erasmo aborda el costo intelectual del fanático empeño por imitar a los filósofos de la Antigüedad, una de las discusiones más enardecidas entre los humanistas del momento. Con el propósito de ser considerado un «ciceroniano» puro, Nosópono ha hipotecado toda su vida: además de practicar el celibato y el ayuno, «para que ninguna materia grasa invada la sede del alma pura», «hace ya siete años enteros que no toco otros libros que los de Cicerón, absteniéndome de los demás autores con igual escrúpulo religioso que los cartujos se abstienen de la carne». Opuesto a su colega, Buléforo (el portador del buen sentido) es de la opinión de que nada resultaría más ajeno a Cicerón, orador que era capaz de hablar con brillante elocuencia sobre cualquier tema, que la especialización que pretenden «algunos italianos osados y sabiondos», pues ¿de qué serviría la retórica ciceroniana si se ignoran los asuntos contemporáneos, de los que el maestro latino no tuvo ni idea, entre ellos, el de las enseñanzas contenidas en los Evangelios?

> Yo abrazo la imitación, pero la que ayuda a la naturaleza, no la que la viola; la que potencia las dones naturales, no la que las anula: apruebo la imitación, pero conforme al ejemplo que se adecua a tu talento o que, al menos, no se opone a él, para que no parezca que asistimos a un *combate de los dioses* contra los gigantes.

[301] *Ibid.* p. 120. La dedicatoria del *Elogio de la locura* deja ver la enorme admiración que Erasmo y Tomás Moro sentían por la ironía de Luciano. Esta pasión compartida derivó en la publicación de varios diálogos del autor traducidos al latín por los dos amigos.

> De nuevo apruebo la imitación, pero no la que se consagra a un solo modelo de cuyos trazos no se atreva a separarse, sino la que se fija en todos los autores o, al menos, en los más sobresalientes, tomando de cada autor lo más destacado y lo que más se adecua a tu propio talento […].[302]

Junto al erudito Hermicus Caiadus, el *Ciceronianus* hace mención del «lusitano» Sepúlveda, un «desatino» que podría tratarse de una burla motivada por suspicacia profesional. Al referirse a los doctos latinistas jóvenes, Erasmo escribe: «también conozco a Ginés, que con un libro publicado en Roma ha dado claras esperanzas de sus posibilidades».[303] En la contestación a la epístola de mayo de 1534, donde Sepúlveda le refiere el desacierto de confundir su procedencia, Erasmo se limita a declarar que «un tal Ginés Mendes me escribió hace tiempo desde Roma una carta griega. Después cuando conseguí tu libro, pensé que era el mismo porque no examiné el título con la suficiente atención.»[304] De acuerdo con José María Maestre, todo apuntaría a que se trata de una de sus chanzas habituales para descolocar a Sepúlveda, pues, encima de que no se ha podido comprobar la existencia de ese eventual «Ginés», oriundo de Portugal, una carta anterior, enviada a Viglio Zuichemo, demuestra que Erasmo tenía perfectamente identificado al español Ginés de Sepúlveda.[305]

De todas las recriminaciones a Erasmo que se congregan en *Pro Alberto Pio, principe Carpensi, Antapologia in Erasmum Roterodamum*, la única que Sepúlveda hace a título personal es aquella que juzga la velocidad con la que publica sus escritos. Dada la

---

[302] Erasmo de Rotterdam: *El ciceroniano (o sobre el mejor estilo)*. Madrid, Akal, 2009, p. 171.

[303] *Ibid.* p. 158.

[304] Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. t. IX, v. I. Op. cit.* p. 81.

[305] J. M. Maestre Maestre: «La adscripción a Portugal de Juan Ginés de Sepúlveda en el *Ciceronianus* de Erasmo ¿lapsus o error deliberado?», en Cataldo e André de Resende: *Congresso Internacional do Humanismo Português*. Lisboa, Centro de estudos clássicos, 2002, pp. 150-155.

extensión del tratado, este señalamiento ocupa una dimensión considerable, lo que me sugiere que el propio Sepúlveda destinaba el tiempo necesario a corregir sus manuscritos. En otras palabras, que sus sugerencias revelan, sin querer, trazos metodológicos que él mismo perseguía.

> Ya que escribes libros con tal rapidez que te parece excesivo dedicar a uno de ellos un mes completo, y dado que ni siquiera te planteas someterlos al juicio de tus amigos antes de publicarlos, como hacían los antiguos, hasta el punto de que con frecuencia ni tú mismo llegas a reconocerlos tras haberlos vuelto a leer, no es de extrañar, ni tú debes por ello molestarte, que algunos aspectos de tus escritos, tras ser sometidos al análisis sin prisas de los hombres más doctos, sean rechazados. […] Los hombres más prudentes, conocedores de esta circunstancia, resolvieron seguir en la composición y edición de sus libros el magisterio de la naturaleza (o sea, que a aquellos libros que queramos que sean duraderos en la estima de los hombres les dediquemos un tiempo adicional y una especial preocupación por revisarlos más asiduamente), sabiendo como sabían claramente que no es acreedor al elogio quien más libros escriba, sino el que escriba los mejores; no el que los concluya con más rapidez, sino con mayor sabiduría y elegancia.[306]

La tarda controversia de los escritos divulgados públicamente, se traslada luego al intercambio epistolar acostumbrado por entonces. La discusión en torno a Pío quedó atrás

---

[306] Juan Ginés de Sepúlveda: *Antiapología en defensa de Alberto Pío, príncipe de Carpi, frente a Erasmo de Rotterdam*. *Op. cit.* pp. 135-136. Como si Erasmo previera el reclamo de Sepúlveda, en el *Ciceronianus* caricaturiza, a través de Nosópono, la demanda de subsanar reiteradamente un texto: «¡Como si bastara una sola redacción! Hay que rehacer diez veces lo que hayas escrito; diez veces hay que examinarlo según mi índice, para que no se pueda escapar ninguna expresión adulterada. Queda aún un segundo examen para corregir los tropos y las locuciones, y un tercero y último para los ritmos y la composición.» Ver, Erasmo de Rotterdam: *El ciceroniano (o sobre el mejor estilo)*. *Op. cit*. p. 79.

inaugurando un moderado disentimiento, típico entre compañeros de oficio, centrado en la traducción del Nuevo Testamento realizada por Erasmo. En su primera comunicación, Sepúlveda acepta que ha preferido consagrarse a los estudios filosóficos y teológicos antes que a la filología. En efecto, esta nunca fue su principal área de interés, sin embargo, las observaciones que le provee a Erasmo en este campo refrendan que, como en sus versiones de ciertas obras de Aristóteles, el intelectual cordobés es riguroso en el quehacer de traductor y antepone los argumentos filológicos a los ofrecidos por los comentaristas.

> Como es de esperar, la visión que tiene Sepúlveda de la historia del texto del Nuevo Testamento no sobrepasa las limitaciones de su época y no puede considerarse muy «moderna». Sin embargo, demuestra un rigor crítico superior al del holandés, y su postura no está muy lejos de la de ciertos críticos textuales de nuestros días que defienden el empleo de métodos internos de crítica textual para la fijación del texto.[307]

Así, invita a Erasmo a considerar una acepción más exacta del vocablo griego *συστοιχεῖ*, aparecida en el versículo veinticinco de la Epístola a los gálatas de San Pablo que anota: «El monte Sinaí está en Arabia, que está unido a la que ahora es Jerusalén». Distinto al de Rotterdam, Sepúlveda no pasa por alto semejante inexactitud geográfica, por lo tanto, formula, en consonancia con lo que exégetas actuales estiman apropiado, que «συστοιχεῖ, como enseña Aristóteles en muchos lugares, son las cosas que guardan entre sí cierta proporción […]. De modo que a mí me parece que el pasaje podría traducirse más oportunamente de este modo: «Pues Agar es el monte Sinaí en Arabia, y se corresponde con la que ahora es Jerusalén.»[308] Las fuentes más confiables para despejar dudas sobre algunas

---

[307] Ángel Sáenz-Badillos: *Op. cit.* p. 127.

[308] Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. t. IX, v. I. Op. cit.* pp. 65-66.

demarcaciones territoriales derivan obligadamente de las plumas de Estrabón, Mela, Plinio y Ptolomeo.

Gracias a la misiva que Erasmo le envía a Zuichemo, la cual enuncia que «Sepúlveda tiene una opinión sorprendentemente buena de su libro [la *Antiapología*], a pesar de ser extraordinariamente estúpido. No ha leído nada de mis escritos, tan solo exagera lo que ha oído en los chismorreos […]», se advierte que la amabilidad de las tres cartas que le dirige a Sepúlveda es un mero producto del sentido diplomático. Por el otro lado, si bien no le da demasiado crédito a la traducción del Nuevo Testamento y desaprueba los excesos lúdicos, Sepúlveda le profesa a la carrera de Erasmo una admiración sincera: «No creas que por dar la razón a Alberto Pío en algunas de las críticas a tus libros, dejo de considerarte un hombre de valía excepcional». Hasta en la *Historia de Carlos V* recuerda su muerte con un revelador obituario.

> Este año, en el mes de julio murió en Basilea Desiderio Erasmo de Rotterdam, que había vivido unos setenta años. Era un personaje ilustre por su elocuencia y sus múltiples conocimientos, de un talento agudo y rico, ingenioso y más divertido de lo que se puede pensar; durante mucho tiempo, mientras vivía, su nombre fue tan ensalzado por los comentarios de muchos que la gente no hablaba más que de Erasmo, ciertamente al otro lado de los Alpes, pues los italianos no admiraban en tan gran medida ni su ciencia, ni su elocuencia. Publicó muchos libros, en parte suyos y trabajados con su propio aliento, en parte ajenos, de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres, corregidos por él con gran esmero y sabiamente enmendados, algunos incluso explicados con comentarios muy eruditos. Y con esta actividad había conseguido una gran fama en las letras, tanto profanas como sagradas, y entre los amantes de las letras, si hubiese tratado con moderación y con un mayor respeto los temas sagrados y a sus ministros, y no hubiera mezclado chistes y burlas con asuntos sacrosantos; en definitiva, si se hubiese abstenido de sembrar sospechas peligrosas; y estos males, muchas personas graves, competentes y religiosas no

> dudaron en sostener que habían sido la semilla de los desvaríos de Lutero. En la *Antapología pro Alberto Pío* yo mismo hice saber a Erasmo esta opinión de la gente y amistosamente también por cartas le aconsejé que precisara los pasajes ambiguos de sus escritos, aclarase los dudosos y obscuros y por todos los medios se preocupase de sí mismo y de sus libros y tuviese en consideración la posteridad, como si adivinara lo que ocurrió: que una vez que murió se prohibió a los católicos la lectura de sus libros. Pues mientras vivía los Sumos Pontífices le disculpaban, no porque aprobasen sus ideas y sus escritos, sino para evitar que, exasperado por ellos, desertase abiertamente de la iglesia católica y arrojado a las huestes luteranas se opusiese con más claridad a los principios de la iglesia, como a mí me señaló Clemente séptimo, cuando después de terminar de leer la "Antiapología" que he mencionado, elogió la moderación que yo había utilizado con Erasmo.[309]

Ya por el desenlace de la *Cohortatio ad Carolum V*, Sepúlveda repasa pormenorizadamente la estructura completa del ejército que actúa bajo las órdenes del rey Carlos V. En su dimensión más pragmática, el autor piensa la concordancia internacional en términos de guerra, o sea, de correlación de fuerzas entre estados. El *consejero* y *estratega* regio presenta las tecnologías, tácticas bélicas y una composición general de las tropas imperiales, abarcando las capacidades heterogéneas de los soldados según su nacionalidad. En sí mismo, el inventario manifiesta un temple moderno acentuado por la ambición de expandir las posesiones de la Corona española hasta alcanzar «el dominio del orbe terrestre.»

> Cuentas, en efecto, con los italianos, que se distinguen por la vivacidad de su carácter e ingenio; de la gloria de su patria qué voy a decir yo, si todos los mortales saben de sobra que a su valor se rindió no sólo la parte de Asia que hoy abarca el imperio turco, cuya conquista fue prácticamente un juego para los romanos, Grecia y Tracia, provincias que ellos mismos sometieron sin gran dificultad, sino también

[309] Juan Ginés de Sepúlveda: *Historia de Carlos V. Op. cit*. pp. 92-93.

> África y el resto de Europa. Cuentas con los españoles, cuyo enorme valor y pericia son bien conocidos por ti y por todo el mundo como para que tenga yo que hablar de ello en un discurso. […] Cuentas con los germanos, unos hombres que se distinguen por su fortaleza física y anímica, que desconocen lo que es ceder ante el enemigo. […] Y no sólo les sacamos gran ventaja a los turcos en lo que a la clase de soldados se refiere, sino también en lo concerniente al apartado bélico en su conjunto, especialmente en lo que se refiere a las pequeñas bombardas que llamamos arcabuces, recientemente adaptadas para el uso de un solo hombre, y a la armadura pesada de que van pertrechados nuestros jinetes, gracias al cual un escuadrón pequeño pueden abatir fácilmente a una caballería enemiga numerosa. […] En efecto, sumándoles un pequeño refuerzo, estas tropas podrían convertirse en dos ejércitos justos y cabales de hombres escogidos capaces de enfrentarse valerosamente a una multitud de hombres valientes, por más grande que sea, y, con más razón, a una de cobardes, tal y como los antiguos romanos, hombres de grandísimo conocimiento y experiencia militar, solían hacer; ellos, los vencedores del orbe terrestre, ante una masiva sublevación de pueblos belicosos y en medio de una situación apremiante, enviaban dos generales al frente de dos ejércitos cabales, definiendo como tal al ejército compuesto por veinte mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería, pues consideraban que uno de mayores dimensiones resultaba poco operativo en la lucha y que la escasez de víveres podía ponerlo en serias dificultades. […] En efecto, si de una vez por todas logras vencer en combate al enemigo, el propio botín y los despojos del enemigo bastarán de sobra para alimentar a tus tropas durante mucho tiempo.[310]

El producto de la suma de una cruzada civilizatoria, encuadrada en una filosofía de la historia de naturaleza cíclica, con hartos componentes militares, es una ideología imperialista que busca que ni las potencias hostiles dentro de Europa, ni los enemigos externos, reclutas otomanos o americanos, representen rivalidades o contenciones para el designio

[310] Juan Ginés de Sepúlveda: *Exhortación a Carlos V. Op. cit.* pp. 342-343.

expansionista. La primera etapa del pensamiento político de Sepúlveda, comprendido preliminarmente en la *Exhortación*, determina el marco teórico en el que más tarde va a afincarse la perspectiva sobre América: empezando por la conjetura de que el poderío hispánico del siglo XVI, mediante la reiteración temporal, es el sustituto de la cultura del antiguo imperio romano, la convicción de que se combate por la religión y otras causas primordiales de la civilización y, por último, la suficiencia material en la que estriba la idoneidad de un ejército para someter las resistencias a su paso.

> Así pues, de aquí en adelante, la lucha no se entablará por un pobre reino sino que, de salir victorioso en esta santa y sagrada guerra, la recompensa que se te ofrece a la vista es la del dominio sobre gran número de reinos y sobre la parte más grande y rica del orbe. […] Y una vez dueño de estas provincias, ¿qué reino, qué nación podría oponer resistencia a tus fuerzas e impedir que puedas ampliar los límites de tu imperio sumando este orbe tripartito al que ─según dices─ ocupan los antípodas, recientemente incorporado al dominio español y a la religión cristiana bajo los auspicios de tu abuelo Fernando y bajo los tuyos propios […]?[311]

La indumentaria que Sepúlveda viste en el retrato hecho por Barcelón, conforme a un bosquejo realizado por el dibujante valenciano José Maea, la promovió el mismo emperador entre los cortesanos españoles. La preponderancia de los colores oscuros denotaría sobriedad, ascetismo y elegancia dentro de las disposiciones que promovía el ceremonial palaciego. Un detalle del grabado que insinúa que no les era desconocida la biografía de Sepúlveda a Maea ni a Barcelón, es la integración de la capa y la gorra de tonalidad negra, misma que el protagonista estrecha debajo del brazo izquierdo, de palmaria influencia italiana. Bajo este

[311] *Ibid.* p. 344.

código de vestimenta, Tiziano, el famoso pintor manierista, retrató a Carlos V en varias oportunidades.



Fuente: bibliotecanacionaldigital.gob.cl

En *Albores de la imprenta*, Jacques Lafaye asegura que para los humanistas del Renacimiento los libros eran, en sus múltiples dimensiones, artículos de lujo e intercambio, depositarios del prestigio intelectual, pretextos de jactancia social y distintivos de poder, razones que llevaron a atesorarlos, como nunca antes, en bibliotecas y colecciones privadas.[312] El cincuenta por ciento del espacio del grabado dedicado a Sepúlveda está ocupado por los veintiocho libros

[312] Jacques Lafaye: *Albores de la imprenta. El libro en España y Portugal y sus posesiones de ultramar (siglos XV y XVI). Op. cit.* p. 62.

patentes en la composición: dos de ellos los sujeta con las manos firmes, como si envolviera un símbolo de autoridad, mientras el resto permanece detrás respaldándolo. El volumen abierto sobre la mesa tiene indicios de desgaste, entretanto, el que agarra con la mano zurda, si se mira con cuidado, conserva entre sus páginas un separador, lo que sugiere que son ejemplares de lectura, consulta y estudio vehemente. Es factible imaginar que Sepúlveda tenga frente a sí el complemento de su formación sintetizado en dos textos: las Sagradas Escrituras y la *Política* de Aristóteles. En una carta expedida a Antonio de Córdoba ya suscribía, como senda para la práctica de la virtud, la atenta lectura de los Evangelios y la filosofía.

Es imposible verificar la existencia de una correlación entre las características del retrato y las verdaderas peculiaridades físicas de Sepúlveda y, sin embargo, la obra de Barcelón ha conseguido transmitir una imagen convincente del personaje. Todos los ingredientes en él constituyen el estereotipo del sabio renacentista: de la ropa predilecta de entonces en la corte a la distribución de los libros por el lugar. La escritura, organizada en sistema alfabético, era para los humanistas un principio esencial de la civilización, por tanto, un pueblo desprovisto de letras, no era más que una *pseudocultura* sometida a la arbitrariedad de la vida analfabeta. La pobre o nula costumbre de este quehacer, autorizaba a considerar automáticamente «bárbaras» a comunidades como la otomana que, según Sepúlveda, tiene «prohibido el estudio de las letras y las artes liberales», o las americanas que, «no sólo carecen de cultura, sino que ni siquiera usan o conocen las letras ni conservan monumentos de su historia.»

El investigador francés Henri Méchoulan, considera que la filosofía de Sepúlveda, a pesar de beber con ventaja de las aguas del humanismo, es antitética a las tendencias de este movimiento que proliferaron en Europa desde el siglo XIV. Por ende, en

L'antihumanisme de J. G. de Sepúlveda. Étude critique du «Democrates primus», persevera en demostrar, no solo una incompatibilidad sino un franco antagonismo, con la política y la ética humanistas, frutos de la «nueva» relación que se estableció entre la filosofía y la teología en un momento en el que el aristotelismo estaba en declive. Méchoulan avala que al integrar sus escritos, Lutero y Erasmo, desconfían ya de la doctrina de Aristóteles por su incompatibilidad con el dogma cristiano, mientras tanto, «*Sepúlveda fait partie des derniers défenseurs d'une cause minée par l'irréductibilité foncière du génie grec d'Aristote et du christianisme.*»[313]

Durante su permanencia en Italia, Sepúlveda desarrolló una comprensión secular de la vida que, además de ennoblecer la riqueza, abarcaba, en semejanza con los ideales de Pico, la libertad racional del individuo. Lejos está de ser, como quiere Méchoulan, el ortodoxo intransigente de la España antihumanista que da la espalda, sobre todo, por su estima al aristotelismo que algunas agrupaciones comenzaban a desaprobar, a las corrientes de vanguardia de su tiempo. Méchoulan se contradice al ratificar un temperamento conservador: «*N'attendons certes pas de notre auteur une position avancée. Ici encore, une stricte orthodoxie principelement inspirée de saint Augustin présidera aux réponses qu'il fera à Léopold*», en simultaneidad con una separación de la ética cristina en favor de la bienaventuranza pagana: «*nous sommes en présence d'un eudémonisme humain et rien qu'humain*.»[314]

---

[313] Henri Méchoulan: *L'antihumanisme de J. G. de Sepúlveda. Étude critique du «Democrates primus»*. Francia, Monton & Co, 1974, p. 94.

[314] *Ibid.* p. 109.

La aspiración de determinados humanistas por conciliar el pensamiento de autores clásicos con autoridades cristianas era acostumbrada en el siglo XVI. Conforme con Méchoulan, el ahínco de Sepúlveda en este terreno, lo obliga a omitir convenientemente la aclaración de algunas tesis elementales como, por ejemplo, en dónde reside la medida de la virtud. Para Aristóteles se halla fundamentalmente en el hombre honesto, matriz del aristocratismo que se le atribuye, al contrario, para el cristianismo se trata de una regla prescrita directamente por Dios.

> Sin duda, tiene razón Méchoulan cuando acusa a Sepúlveda de haber falseado a Aristóteles al no captar el sentido no religioso de su pensamiento y la carga de desdén, tan ajena al héroe cristiano, que existe en su ideal de la magnanimidad, pero se equivoca al atribuir su inspiración medieval a mero tradicionalismo: la vuelta a las fuentes que se da en el aristotelismo del Renacimiento es una reacción de descontento ante la Escolástica decadente y no puro conservadurismo. Cada uno es hijo de su tiempo y Sepúlveda vio a Aristóteles como se le veía en el Renacimiento ─demasiado cercano al cristianismo─ […].[315]

Igualmente, la falta de una definición indubitable de la concepción de «humanismo», circunscrita a las pretensiones de *L'antihumanisme de J. G. de Sepúlveda*, induce a una confusión usual. A través de lo que Méchoulan analiza en el ideario de Sepúlveda, lo que se reconoce por humanismo es solo su vertiente erasmista que, aun compartiendo innumerables atributos, como distinguí precedentemente con la categorización de Joaquín Xirau, es disímil, cuando no opuesta, a las de genealogía italiana. La apreciación del dinero es paradigmática, pues, en la línea de la corriente cívica florentina, Sepúlveda no lo condena: la culpa de los

[315] Jaime González Rodríguez: «La ética del conquistador en el *De orbe novo* de Sepúlveda», en *Revista de Indias*, vol. 14, núm. 181, 1987, p. 891.

daños que con reiteración se le imputan, radica en la costumbre porque de suyo ni la riqueza ni la pobreza son malas o buenas.

> […] los honrados y nobles ciudadanos, de más cosas tienen necesidad que los bajos y comunes, y los reyes y príncipes, sin grandes riquezas tienen pocas fuerzas y son menospreciados de los enemigos; los que se dan a la filosofía y contemplación, poca necesidad tienen de ellas, antes les son impedimentos para la contemplación; así que se deben contentar con poco, mayormente siendo suyo, porque los estudios de las letras quieren ocio ante todas las cosas y reposo de ánimo, y la pobreza no da lugar a lo uno ni a lo otro, faltando las cosas necesarias para vivir y estar como conviene […].[316]

Si bien Sepúlveda y Maquiavelo discrepan, entre otras ideas, en el equilibrio de la acción moral e inmoral y en el papel de la religión en la *polis*, coinciden en juzgar el credo franciscano de la pobreza en beneficio de las cualidades de la *vita activa*, enfrentada, en la tradición escolástica, con la *vita contemplativa*. No obstante diferir en cuanto al legítimo depositario de la riqueza, ya que el republicanismo maquiavelista señala que esta debería asentarse únicamente en el poder de la ciudad, el rumbo pragmático que revalora el dinero y la imposibilidad de renunciar a él, no licencia para hacerlo objeto de excesos o fin en sí mismo. Por todo lo anterior, se invalida la consideración de que Sepúlveda no reprueba la pobreza ni el enriquecimiento desde una postura reaccionaria, que certificaría la clara resistencia a la innovación del humanismo.

> *Celle de Sepúlveda, traditionnelle, qui défend l'argent nécessaire à la guerre, à l'entreprise de hauts faits, à l'entretien des indigents et des prêtres, et celle de l'humaniste, plus attachée au perfectionnement intérieur, qui laïcise la bienfaisance*

[316] Juan Ginés de Sepúlveda: *Diálogo llamado Demócrates. Op. cit*. pp. 150-151.

> *et s'attaque au paupérisme avec une parfaite lucidité, dénonçant les méfaits des grandes fortunes, cause directe du malheur des petits.*[317]

Del mismo modo que los bienes terrenales, entre los aspectos que Méchoulan percibe contrarios al cariz humanista en la disertación que vierte Sepúlveda en *Democrates primus*, destaca el de asignar gran parte de la gloria a la aprobación social: «*Nous sommes en présence d'une vision totalement étrangère à la sagesse philosophique, qui avait toujours pour objet de trouver en l'individu la source unique de son propre bonheur*.»[318] A las virtudes cristianas, de carácter prioritario, se le une la búsqueda de las virtudes clásicas de fama y gloria. Una vez más, el humanismo cívico yace en la noción de que el prestigio es el reconocimiento público de la virtud alcanzado, en sumo grado, por las personas magnánimas, no por conducto del linaje sino por obrar provechosamente para la sociedad.

Para Méchoulan el fenómeno del humanismo, incluso sin ser explícito, se reduce al erasmismo. Desde este ángulo, a saber, prescindiendo de la considerable pluralidad de escuelas, además de la filosofía de Cristo, la renacentista italiana y la nórdica, el legado de Sepúlveda pasaría por «antihumanista». Es verdad que con Erasmo, participó de una formación clasicista cuyo eje capital era la filología y, sin embargo, nunca compartió la tolerancia étnica y religiosa que, en buena medida gracias al irenismo, demostró la revolución mental provocada por el erasmismo. Aun sin repercutir de manera directa en los dictámenes de la política imperial, Sepúlveda fue mayormente un intelectual de Estado convencido, junto

---

[317] Henri Méchoulan: *L'antihumanisme de J. G. de Sepúlveda. Étude critique du «Democrates primus». Op. cit.* p. 142.

[318] *Ibid.* p. 161.

a distintos humanistas de otras predilecciones, de la conveniencia del desenvolvimiento del sabio en el mundo, base de la vida activa.

Es más lógico suponer que el entendimiento del suceso político, aprehendido en Italia a la salvaguarda del humanismo cívico, fijo a un contexto de urgencia bélica, es lo que define el posicionamiento de Sepúlveda en favor de las causas de la guerra contra los «indios» y no la reacción ortodoxa que Méchoulan manifiesta advertir en su doctrina: «*C'est l'antihumanisme défendu par Sepúlveda et ses épigones qui conduira l'Espagne a une attitude de repli autistique, de refus violent de l'altérité a qui elle offre la conversión ou la mort, deux modalités de l'elimination*.»[319] Dicho así, durante la era de Carlos V solo habría habido una improbable opción al disenso, no obstante, en el ámbito oficial se convocaron debates irrestrictos que condujeron a la promulgación de leyes un poco más benignas para los amerindios, no siempre obedecidas por los colonos. El repudio a los agravios cometidos tuvo una de sus cimas en la bula de Paulo III, *Sublimis Deus*.[320] Mientras tanto, en el terreno extraoficial, un sólido pacto de conformidad dentro de España hubiera obstruido el rotundo rechazo antiimperialista de Alonso de la Veracruz y de los sacerdotes dominicos Antón de Montesinos y Bartolomé de Las Casas.

---

[319] *Ibid.* p. 175.

[320] Paulo III compuso *Sublimis Deus* en 1537 a petición de los frailes dominicos Bernardino de Minaya y Julián Garcés, en ella, el papa declara «que los dichos indios y todas las otras naciones que en lo futuro vendrá a conocimiento de los cristianos, aun cuando estén fuera de fe, no están sin embargo privados ni hábiles para ser privados de su libertad ni del dominio de sus cosas, más aún pueden libres y lícitamente estar en posesión y gozar de tal dominio y libertad que no se les debe reducir a esclavitud.» Ver, Silvio Zavala: *Repaso histórico de la bula Sublimis Deus de Paulo III, en defensa de los indios.* México, Universidad Iberoamericana, 1991, p. 118.

Sepúlveda acepta la incitación para deliberar, en los salones del Colegio de San Gregorio de Valladolid, «sobre la manera como se hiciesen estas conquistas, para que justamente y con seguridad de conciencia se hiciesen». En el momento en el que Francisco García de Loayza lo exhorta a incorporarse a la disputa, comparado con el padre Las Casas, quien llevaba más de tres décadas embebido en los problemas americanos, este los desconoce a detalle. Las noticias indirectas que ha recibido provienen esencialmente de Mártir de Anglería, del *Sumario de la natural historia de las Indias* y de la primera parte de la *Historia general y natural de las Indias*, crónicas de Fernández de Oviedo ya publicadas por entonces, de López de Gómara, además del mismo Cortés.

> 1. Sepúlveda trató personalmente a Hernán Cortés, con quien se entrevistó tres veces, que sepamos. Esta amistad con el conquistador dejó huellas en sus dos *Crónicas* (de Carlos V y Americana) y su libro de justificación de la conquista *Demócrates Alter*. 2. Crónica americana *De Orbe Novo.* Ofrece la novedad de utilizarse en ella como fuentes los primeros *Comentarios* de Cortés al emperador, que desgraciadamente se han perdido. […] 3. *Crónica de Carlos V*. Amplía con nuevas noticias la vida de Cortés después de su segundo viaje a España, como es la asistencia de éste a la boda del príncipe Felipe con doña María, infanta de Portugal, siendo uno de los contadísimos nobles que asistieron a la ceremonia que se celebró en la cámara de la novia […]. 4. *Demócrates Alter.* Se escribió con ocasión de una entrevista con Hernán Cortés, quien sin duda influyó en su redacción.[321]

En cambio, sumado a las indicaciones de Losada, el privilegiado cargo que Sepúlveda desempeña en el reino, le permite comprometerse con la difícil realidad que atraviesa la Corona hispánica en el continente europeo. Es desde este horizonte que el escollo de la

[321] Ángel Losada: «Hernán Cortés en la obra del cronista Sepúlveda». *Op. cit.* pp. 39-40.

conquista de América se le presenta a manera de un polo adicional de conflicto que, con el fin de sobrellevar una precaria hegemonía, es necesario apaciguar inclusive por las armas. Sepúlveda es un humanista que interpone argumentos para cada uno de los dilemas cardinales de su época, el panorama en el que piensa está sumergido en una nueva edad de contrapesos «universales». Con todo y su discernimiento e intención, no deja de ser bastante relativa la influencia de su criterio en las resoluciones formales que acoge la autoridad española.

Previo a la Junta de Valladolid, efectuada entre 1550 y 1551, Sepúlveda comienza a experimentar una marginación parcial. Los Consejos Reales, tanto de Indias como de Castilla, propalan el edicto de censura del libro *Democrates secundus* por considerarlo, según el fallo prohibitivo de las universidades de Salamanca y Alcalá, impertinente con los fines esencialmente evangelizadores de la conquista.

> En resumidas cuentas aparece claro de lo que sabemos acerca del dictamen de una y otra Universidad, que, a pesar de las alabanzas al *Democrates alter* y a su autor [Cano escribe: «Puedo aprobar la elocuencia y la erudición del libro, no sus dictámenes.» Mientras, Gómez de Castro dice: «La doctrina de este libro prueba cuidadosamente lo que se propone; pero como no es bastante segura no está bien que se divulgue.»], se opusieron a la impresión de la obra; quedando en la oscuridad el motivo de la oposición: motivo que Salamanca puso en *cierta causa de la guerra* contra los indios y Alcalá en la *insuficiente seguridad de una doctrina*, que ella misma declaró cuidadosamente probada. […] El opúsculo del P. Las Casas *Aquí se contiene*… anota en a. II «Las cuales [Salamanca y Alcalá], después de muchas y exactísimas disputas determinaron que no se debía imprimir como doctrina no sana.»[322]

[322] Teodoro Andrés Marcos: *Los imperialismos de Juan Ginés de Sepúlveda en su Democrates alter*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1947, pp. 37-38.

Después del veto a la licencia de impresión, conforme a su habitual proceder, Sepúlveda comienza una polémica epistolar con el respetado profesor Melchor Cano. A propósito de la conformación de la asamblea dictaminadora del tratado *Demócrates Segundo o De las justas causas de la guerra contra los indios*, una carta del primero testifica que ambos se reunieron en 1547: «muy docto Cano, en Salamanca, hace poco te dejé bien claro en tu presencia, según creo, cuánto te aprecio y la inclinación que siento hacia ti.»[323]

Dado que «los teólogos desconfiaban de Sepúlveda a causa de su cultivo de la filosofía antigua», para Losada la reiteración de la legitimidad del uso de pensadores gentiles, alegando que la ley natural los habría guiado a la salvación previo a la llegada de Cristo y, por tanto, habría que poner su formidable ciencia al servicio del credo, constataría la intranquilidad que provocaba en el cordobés ser rechazado en su país.[324] Efectivamente, en su respuesta, Cano desautoriza esta pauta derivada del humanismo, pues en su expectativa, rebasaba los campos consabidos de la gramática, la poesía y la literatura. También le aclara a Sepúlveda que su intelectual tendencia italianizante no es admirada, ni siquiera vista con buenos ojos, por las academias de Castilla.

> […] si los extranjeros juzgan y ensalzan tus tareas con más sinceridad que tus compatriotas españoles y es tan grande el afán que te domina de engrandecer tu prestigio, podrás publicar tu libro en tierra de esos incontables Esténtores de tu estilo con quienes has tratado largamente y has pasado buena parte de tu vida: esos dichosos italianos, a los que devuelves tú una alabanza igual, dictaminarán a tu gusto sobre tu libro. […] Más bien te arrepientes ya y te molesta haber nacido en España y no reniegas de tu patria en la medida en que sea tramposamente lisonjera con tu

[323] Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. O. C. t. IX, v. II. Op. cit.* p. 189.

[324] Ángel Losada: *Juan Ginés de Sepúlveda a través de su «epistolario» y nuevos documentos. Op. cit.* p. 150.

> talento; pero a punto estamos de que saques partido de este agravio, pues puedes considerarte italiano y ser tenido por otros como italiano, tanto por el tiempo que has pasado en Italia como por la calidad del estilo que ahí conseguiste.[325]

A la queja emitida por Sepúlveda por haber subordinado su criterio a las prestancias del «incordio» fraile Las Casas, para impedir la publicación del *Democrates secundus*, Cano responde sentirse orgulloso de haber coincidido con la opinión de las dos insignes universidades y del desarrollo especulativo de su mentor Francisco de Vitoria.

> Yo, querido Ginés, así como no fui el promotor de ese parecer, del mismo modo no niego que tuve alguna parte en él; y no me arrepiento ni cambio mi opinión. Si lo hago llevado por intereses propios o ajenos no te correspondía a ti juzgarlos: me basta mi consciencia que mi testimonio está en el Cielo, y mi valedor en las alturas. Y ciertamente es verdad que hace tiempo escribí no sé qué sobre esta cuestión, pues ya hace tiempo que lo tenía olvidado [alude a *De dominio indorum*]. Pero como hace poco el hermano Francisco de Vitoria, doctor ni desconocido ni nada despreciable, ha tratado sobre el mismo asunto con bastante detenimiento y ha sostenido la postura contraria a la tuya, todos debieron concederle a su opinión, como mínimo, que la tuya no pareciera tan segura e indubitable como para no poder ser puesta en duda con todo derecho y con argumentos serios. Súmanse a esto las Universidades de Salamanca y Alcalá, que al desaconsejar su publicación, hicieron un juicio coincidente sobre tu libro, que pienso habrá de tener alguna importancia para los que conocerán el pleito. En este punto apelo a tu equidad, preguntándote si piensas que te he agraviado por haber añadido mi granito de arena en favor de la opinión más piadosa y más acorde con la doctrina evangélica y con mi maestro y con dos prestigiosas Universidades.[326]

---

[325] Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. O. C. t. IX, v. II. Op. cit.* pp. 223-224.

[326] *Ibid.* pp. 222-223. Como analizo más adelante, no son precisamente antagónicas las ideas de Vitoria y Sepúlveda. Por ende, pienso que hay un sesgo, por parte de Cano, en la lectura del

Esta parte de la nutrida correspondencia de Sepúlveda, exhibe que por lo menos desde 1548 el destino de la doctrina contenida en el *Demócrates Segundo* está cifrado por las controversias. A partir de entonces, las referencias implícitas a Las Casas son comunes en las misivas que redacta.

> […] ni de ti ni de nadie me quejo por haber sido ofendido, con una sola excepción: del promotor y hacedor de todo este barullo, quien ha difundido en el corazón de determinadas personas tanto odio contra los soldados españoles a base de exagerar mediante un gran engaño ─lo único que se ocupa días y noches─ su crueldad y avaricia en la guerra de Indias, como para no permitir que en asunto público tan importante para el príncipe y la nación se viera la luz de la verdad y de la justicia. Pero ni siquiera odio al promotor, quien quizás lo hizo llevado por mejor intención que cabeza.[327]

En la *Antiapología*, Sepúlveda contraria el parecer de Erasmo concerniente a la aprobación que cosechan sus ideas entre los religiosos: «¿Por qué entonces todos los frailes, casi me atrevería a decir, odian como uno solo a Erasmo, y cuanto más santos y piadosos son, más se inquietan al oír tu nombre?» En lo que respecta a la osadía reformista de los métodos teológicos, el mismo Cano pasa por ser un docto antierasmista: en el terreno de los dogmas cristianos, increpa, corrige y señala los errores y superficialidades de Erasmo. La tarea crítica de Cano, sino es que de los pensadores salmantinos en general, se afinca en las deficiencias

---

Democrates secundus, quién sabe si producto del desacuerdo formativo o de compromisos sobreentendidos de la orden dominica, sobre la que Las Casas ejercía una fuerte influencia. La carta de Cano, junto a una mención explícita de Vitoria en el *Demócrates* (p. 83), hacen admisibles la hipótesis de que Sepúlveda tuvo conocimiento de las reelecciones, en particular, de la *Relectio de Indis*, pues estas circularon en copias manuscritas a partir de 1540. Ver, Carmen Rovira Gaspar: *Op. cit.* p. 29.

[327] Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. O. C. t. IX, v. II. Op. cit.* p. 247.

del humanismo teológico: «1) un positivismo bíblico que sólo cuenta con la Biblia en sus textos originales; 2) un racionalismo filológico que prescinde de la razón especulativa o filosófica; 3) un individualismo autosuficiente que no cuenta con la autoridad de la Iglesia como comunidad de Fe, ni con su magisterio jerárquico.»[328]

Cano no es inmune a las transformaciones que impulsa el humanismo en Europa. Manifiesta estar consciente de la necesidad de *renovar* la teología adaptando el método retórico humanista al dialéctico escolástico. Idealmente, entreverar la autoridad de los santos padres con la elocuencia de los modernos: los primeros, superiores en la investigación de contenidos, los segundos, aventajados en disposición y claridad. Justo, la sección inaugural del estudio de 1563, *Locis theologicis*, aborda comparativamente las aportaciones culturales hechas por los eruditos antiguos y por los ilustrados contemporáneos.

«La Historia nos suministra de sus tesoros muchos conocimientos, sin cuya posesión seríamos tachados con harta frecuencia de incapaces e ignorantes, tanto en Teología como en cualquier otra ciencia en general.» En el capítulo dos del libro XI del *Locis*, nombrado *Utilidad de la historia humana para la teología*, Cano enmienda la plana a un pasaje del *Demócrates Segundo* que pretende acreditar que en el pasado se consentía la guerra contra los infieles, exclusivamente, para predicar la fe.

> En esta materia, se equivocó recientemente nuestro paisano el español Ginés de Sepúlveda, hombre no ignorante a mi juicio y demasiado docto al suyo, célebre sin duda en el arte de la elocuencia y aficionado a la Teología. Queriendo demostrar que existe justa causa de guerra para combatir a los bárbaros del Nuevo Mundo, se apoyó en la siguiente argumentación: cuenta que Gregorio en una epístola avala a Genadio, quien sólo emprendía guerras para ensanchar la República Cristiana y,

[328] Melchor Cano: *De locis theologicis*. Madrid, BAC, 2006, p. XCVII.

mediante la predicación de la Fe, extender así por todas partes el nombre de Cristo entre los pueblos sometidos.

Más Ginés habría juzgado fácilmente por sí mismo cuán inapropiado era el testimonio de Gregorio para probar la afirmación propuesta, si hubiese aprendido de la Historia que aquellos contra los que Genadio hizo la guerra no eran sólo enemigos del Imperio Romano, sino también de la Iglesia y de Cristo. Esto se puede ver más claro que la luz del día en otra Epístola dirigida al mismo Genadio.[329]

Luego de la negativa de licencia para imprimir el *Democrates secundus*, decae el renombre que Sepúlveda pudo ostentar por entonces en el reino de España. El papel de sus juicios en Valladolid, repercute directamente en el hecho de que no se le promocione, como a otros intelectuales de su categoría, exmaestros de pajes, para alcanzar puestos civiles o eclesiásticos más elevados: «*Of the other tutors of Prince Philip,* [Juan Martínez de] *Silíceo became Archbishop of Toledo, and Honorato Juan became two years before his death Bishop of Osma; Sepúlveda was steadily passed over* […].»[330]

Sin duda, en la perspectiva de Sepúlveda, lo que más lo lastimó fue que se tergiversara perversamente el discurso del *Democrates*, que sus ideales, su investigación y su persona, padecieran las calumnias de una fracción de teólogos azuzada por fray Las Casas

---

[329] *Ibid.* pp. 555-556. Las palabras de Sepúlveda, a las que Cano hace referencia, son estas: «Y para que no pienses que esto, que de tal modo está sancionado por la ley y por la misma naturaleza, solamente es aplicable a aquellos paganos que y están sometidos al gobierno de los cristianos, San Gregorio, hombre muy sabio y a la vez Papa muy religioso, especialmente aprueba y demuestra que son piadosas y gratísimas a Dios aquellas guerras que los fieles hacen a los infieles, aunque no exista otra causa que la de predicarles la fe y el nombre de Cristo, una vez que estén sometidos al gobierno de los cristianos. Él mismo en una carta tributa grandes alabanzas a Gennadio, hexarca de África, por seguir con la guerra a los paganos sólo con el fin de dilatar la religión […].» Ver, Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit.* p. 92.

[330] Aubrey F. G. Bell: *Juan Ginés de Sepúlveda*. Inglaterra, Oxford University Press, 1925, p. 46.

y, en fin, que se malinterpretaran sus rectos propósitos. La protesta definida se la manda en una carta al doctor Pedro Serrano:

> De modo que, como el autor de las calumnias no podía refutar lo que yo decía ni por sí mismo ni por medio de sus amigos, entonces se rebajó también a la mentira. En el libro *Sobre las justas causas de la guerra contra los indios* yo había escrito y mostrado, con argumentos patentes extraídos de las leyes divinas y naturales y de los decretos eclesiásticos, que es acorde a la ley humana y a la divina que nuestros príncipes sometan a los indios del nuevo mundo al dominio de los cristianos, no para despojarlos de sus bienes y su libertad, lo que sería injusto, sino para que, una vez suprimidas las costumbres bárbaras y eliminada su capacidad de oponerse a la predicación del Evangelio, se volvieran más dispuestos a aceptar la religión cristina. Esos difundieron ─no solo de palabra sino también con la impresión de unos libros desvergonzadísimos y violentos, por no hablar de su doctrina demencial e impía─ que yo había asumido la defensa de ciertos militares que, tras despojar a los indios sometidos de sus bienes de modo injusto y por codicia, los habían reducido a una durísima esclavitud; evidentemente lo hacían para desacreditar mi libro, en el que yo había escrito con palabras clarísimas que en mi opinión había que castigar con todo rigor a esos mismos militares como a los ladrones y tratantes de esclavos.[331]

A la «manipulación» de su ideario colonial, se le añade el rumor de que «no me había dedicado a elaborar el libro porque mi opinión fuese tal como escribía ni porque me llevara en ello el deber o la piedad […], sino que, contratado a sueldo, lo había hecho para prestar mis servicios de escritor por dinero». Sin desperdiciar la ocasión para rechazar tácitamente el haberla recibido, Sepúlveda alude a la «recompensa» que el Cabildo de México acordó enviarle el 4 de febrero de 1554, consistente en «algunas cosas desta tierra de joyas y aforros hasta el valor de doscientos pesos de oro.»

---

[331] Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. O. C. t. IX, v. II. Op. cit*. pp. 304-305.

Acerca de la supuesta emisión del dinero por parte del Ayuntamiento de México a Sepúlveda, Teodoro Andrés Marcos apunta que «ya hacía unos siete años que el *Democrates* andaba por el mundo [en copias manuscritas ilícitas]. Y sobre esto, ¿le enviaron el presente? ¿Lo recibió?»[332] Por su parte, Castilla Urbano asevera que, a pesar de que la voluntad por desprejuiciar la riqueza, había llevado a Sepúlveda a convertirse en un «acaparador de prebendas» y un «sibarita» en su retiro campestre de Pozoblanco, no existen pruebas del presunto desembolso. Es obvio que los colonos no solo se compenetraron con las propuestas englobadas en el *Demócrates* sino, de llevarse a cabo, serían los primeros en reportar beneficios: «se interpretó, por tanto, que se trataba del pago de los encomenderos por la defensa de sus intereses llevada a cabo por éste, cuando lo cierto es que Sepúlveda llevaba más de veinte años manteniendo argumentos similares en sus obras.»[333]

En *Un humanista al servicio del imperialismo*, Ricardo Smith infiere que en buena medida el padre Las Casas «inventa» la versión hasta ahora más habitual de Sepúlveda, aquella que lo liga a los motes de «defensor radical de la esclavitud», «bienhechor de los encomenderos» o «matador de indios». Es decir, que a través de innumerables vicisitudes (por ejemplo, el del largo déficit bibliográfico), la guerra argumentativa de los teólogos dominicos, Cano y Las Casas, moldearon una imagen negativa de Sepúlveda para la posteridad. ¿Tuvieron tanto poder los clérigos de la orden de Santo Domingo como para implantar la figura de un autor que ha sobrevivido al paso de los siglos? Y de ser así, la

[332] Teodoro Andrés Marcos: *Op. cit.* p. 24.

[333] Francisco Castilla Urbano: *El pensamiento de Juan Ginés de Sepúlveda. Vida activa, humanismo y guerra en el Renacimiento. Op. cit.* p. 27.

cuestión sigue siendo, ¿quién es el verdadero individuo presente en el retrato elaborado por Barcelón? ¿Quién es el auténtico Sepúlveda y cuál su genuino pensamiento?

> Concitando en su contra a los teólogos y a las universidades, marcándole con fuego de su voz ardiente, Las Casas hizo que el nombre «de tan inofensivo y egregio humanista», fuera tildado de fautor de la esclavitud, apologista mercenario al servicio de los conquistadores codiciosos.[334]

Los infortunios de Sepúlveda, posteriores al debate sostenido en Valladolid, no se terminaron con la marginación arbitraria frente a otros exmentores del príncipe Felipe. Más tarde, en 1566, por ciertos comentarios y apreciaciones de su versión de la *Ética* de Aristóteles, es confrontado con un procedimiento inquisitorial, instancia que ninguno de sus enemigos tuvo que padecer. Aun cuando salió incólume, la traducción de la *Ética* no pudo ser publicada y, por la misma causa, no se conoce hasta el presente ninguna reproducción que haya sobrevivido.

Todo lo anterior verifica que el modelo que Sepúlveda defiende sobre cómo orientar la conquista de América, nunca fue el hegemónico ni el más aceptado en el *status quo* del reino de España, mucho menos, el adoptado de manera oficial por la Corona.

---

[334] Ricardo Smith: *Un humanista al servicio del imperialismo. Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573).* Córdoba, La Ley, 1942, p. 29.

4.1. EL *DEMÓCRATES SEGUNDO* A LA LUZ DE LA FORMACIÓN HUMANISTA

Actualmente, a pesar de la gran cantidad de investigaciones de diversos enfoques, no hay un consenso entre los especialistas acerca del sentido último que Juan Ginés de Sepúlveda pretendió transmitir en el tratado *Demócrates Segundo o De las justas causas de la guerra contra los indios*. Obra compleja, por cuanto es inseparable de la urgencia e intereses políticos de una coyuntura histórica y cultural, en sí misma, profundamente intrincada.

Desde la óptica de Sepúlveda, alertado por la rivalidad entre príncipes cristianos y la guerra que libra Europa contra las tropas otomanas, los pueblos de América representan una amenaza complementaria, no solo a la hegemonía hispánica y al derecho expansionista autoadjudicado del imperio, sino al mismísimo paradigma civilizatorio de occidente. En consecuencia, bajo un sistema conceptual de vena cristiana y humanista, los ataca como a enemigos externos, «*hostis*, no *inimicus* en sentido amplio; es *πολέμιος*, no *εχθρός*.»[335] En él predominan los principios de la teoría de la guerra justa que avala la defensa de la evangelización, la insistencia en el ejemplo romano de *imperii* y el uso, producto del entendimiento en sus lenguas originales, de ciertos filósofos de la Antigüedad; en especial, Aristóteles y Cicerón.

[335] Carl Schmitt: *El concepto de lo político*. Madrid, Alianza, 2014, p. 61. Schmitt concluye el planteamiento etimológico diciendo que «Enemigo no es, pues, cualquier competidor o adversario. Tampoco es el adversario privado al que se detesta por cuestión de sentimientos o antipatía. Enemigo es sólo un conjunto de hombres que siquiera eventualmente, esto es, de acuerdo con una posibilidad real, se opone *combativamente* a otro conjunto análogo.»

En los casi cinco siglos que han transcurrido desde que Sepúlveda escribió el *Democrates secundus*, el libro ha estado marcado por lo controvertible de su formato y contenido. El recurso de adjetivar a los aborígenes americanos con fines perjudiciales, es aprovechado por el autor para acentuar las equiparaciones con otras comunidades y conducir la naturaleza de su discurso bélico a un campo paternalista y de propensión de cruzada. El resultado es una disertación cuyo fundamento está en las prerrogativas hechas a los «bárbaros», por mediación del eje «civilizado», encarnado por soldados, predicadores y pedagogos españoles. Asimismo, resalta la perpetuación del origen antagónico del *Demócrates* frente a la *Apología* que presentó el clérigo Bartolomé de Las Casas como asiento de su defensa en el debate que tuvo lugar en Valladolid en 1550.

En una epístola remitida a Francisco de Argote, Sepúlveda persiste en deslindarse de la doctrina lacerante que, a través de la «pérfida manipulación» de determinadas palabras y locuciones, sus enemigos se obstinan en atribuirle.

> En efecto, es cierto que no es acorde a derecho expoliar sus bienes y reducir a la esclavitud a esos bárbaros del nuevo mundo que llamamos indios. Pero achacarme a mí esa dureza, de la que estoy muy lejano, es propio de un hombre que, desconfiado de su causa por mi actuación y por el gran acuerdo de hombres doctos, se refugia en las mentiras y calumnias.[336]

Ya que Sepúlveda afirma no concordar con la injusticia y crueldad que, desde entonces, comúnmente se le imputaba al *Demócrates Segundo*, se enfatiza la duda acerca del «verdadero mensaje» comprendido en el tratado. En virtud de que representa el horizonte formativo, la adopción de valores éticos, políticos y estéticos, una interpretación del

[336] Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. O. C. t. IX, v. II. Op. cit*. p. 296.

Demócrates en clave humanista promete nuevos enfoques de los argumentos y aclara aquellos expuestos de modo deliberadamente ambiguo. En el pasado, se ha analizado como panfleto, arenga diplomática o manual jurídico-filosófico, más nunca como objeto escritural limitado a su tiempo que, con alguna justificación, responde a condiciones específicas de distintas índoles.[337]

Apenas en 1997 se publicó el *Demócrates Segundo o De las justas cusas de la guerra contra los indios* en el tercer volumen de las *Obras Completas* de Sepúlveda. Esta es una versión definitiva: superior en cantidad y calidad a la preparada, de manera inédita, en 1892 por Marcelino Menéndez Pelayo para el Boletín de la Real Academia de la Historia, misma que duplicó medio siglo más tarde el Fondo de Cultura Económica. Además de corregir abundantes desvíos semánticos, la más reciente traducción, al cuidado del filólogo Alejandro Coroleu, es deudora de la interpretación hecha en 1951 por Ángel Losada. Ambas

[337] Desde el enfoque «propagandístico y diplomático» destaco los libros de Fernández Buey: *La gran perturbación. Discurso del indio metropolitano*. Barcelona, El Viejo Topo, 1995; de Lewis Hanke: *La lucha española por la justicia en la conquista de América*. Madrid, Aguilar, 1967 y *El prejuicio racial en el Nuevo Mundo. Aristóteles y los indios de Hispanoamérica*. México, SEP/SETENTAS, 1974; y de Alejandro Lipschutz: *El problema racial en la conquista de América*. México, siglo XXI, 1975. Desde el encuadre «jurídico-filosófico», los trabajos de Mauricio Beuchot: *La querella de la conquista. Una polémica del siglo XVI*. México, siglo XXI, 1997; de Zvetan Todorov: *La conquista de América. El problema del Otro.* México, siglo XXI, 2008; y de Mario Ruiz Sotelo: *Crítica de la razón imperial: la filosofía política de Bartolomé de las Casas*. México, siglo XXI, 2010. Por su parte, entre los estudios más apegados a la gestación y repercusiones del *Demócrates*, los de Juan Álvarez-Cienfuegos: *La cuestión del indio: Bartolomé de las Casas frente a Ginés de Sepúlveda*. México, UNAM, 2010; y de Luis Patiño Palafox: *Juan Ginés de Sepúlveda y su pensamiento imperialista.* México, Los Libros de Homero, 2007.

ediciones postreras, fusionan los códices más «acabados», en tanto que el propio Sepúlveda intervino para rectificarlos, descubiertos hasta el presente.

Coroleu clasifica todos los manuscritos hallados de la obra de acuerdo a las iniciales P = Codex Menéndez y Pelayo; M = Codex Matritensis; S = Codex Salmanticensis; T = Codex Toletanus y V = Codex Vallicellianus.[338] Por estar apoyados en la copia que hizo el canónigo Julián Pereda, nombrado con la letra «P», los dos primeros son reproducciones de segunda mano: versiones inconclusas, no pulidas, que se divulgaron, quién sabe por qué causas, sin las omisiones y añadiduras ulteriores del mismo Sepúlveda. Con arreglo a Losada, la «auténtica» intención del *Demócrates*, aquella que el autor querría haber dado a la luz, estaría expresada en el códice «S». Solo las dos últimas ediciones alcanzan a responder a su contenido.

> Hay en él muchas correcciones autógrafas del propio Sepúlveda […]. Carece de prólogo y se diferencia en que tiene una clara división en dos libros […], es el único en que aparece cambiada la palabra "Alter" por "Secundus", […] en total comprende 68 folios sin numeración expresa; siguen cuatro cartas de Díaz de Rivas a Lorenzo Ramírez de Prado, que nos dan bastante luz sobre la trayectoria seguida por dicho códice […], el manuscrito fue a parar a la Biblioteca del Colegio Mayor de Cuenca, de la Universidad de Salamanca […] de ahí pasó a la Biblioteca Real de Palacio, donde actualmente se conserva, con la signatura: Mss. 518.[339]

El resto de manuscritos no cuenta, por ejemplo, con los comentarios acerca de la situación jurídica subsiguiente de las poblaciones nativas. Un segundo libro de considerable extensión

---

[338] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit.* p. XXXVI.

[339] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo o De las justas causas de la guerra contra los indios*. Madrid, Instituto Francisco de Vitoria, 1951, p. XXVII.

que contiene resoluciones pormenorizadas del modelo colonial que Sepúlveda recomienda: una progresiva aculturación equivalente a una obtención gradual de derechos como el de la inserción burocrática virreinal. Varios pasajes también son corregidos en el códice «A», suprimiendo o mitigando ciertos pareceres desproporcionados incluidos en las versiones fragmentarias del libro.

Demócrates Alter	*Demócrates Segundo*
[…] con perfecto derecho los españoles imperan sobre estos bárbaros del Nuevo Mundo é islas adyacentes, los cuales en prudencia, ingenio, virtud y humanidad son tan inferiores á los españoles como los niños á los adultos y las mujeres á los varones, habiendo entre ellos tanta diferencia como la que va de gentes fieras y crueles á gentes clementísimas, de los prodigiosamente intemperantes á los continentes y templados, y estoy por decir que de monos á hombres.[340]	[…] con perfecto derecho los españoles ejercen su dominio sobre esos indios del Nuevo Mundo e islas adyacentes, los cuales en prudencia, ingenio y todo género de virtudes y humanos sentimientos son tan inferiores a los españoles como los niños a los adultos, las mujeres a los varones, los crueles e inhumanos a los extremadamente mansos, los exageradamente intemperantes a los continentes y moderados.[341]

Una de las dudas más persistentes que suscita la lectura del *Demócrates Segundo* es si Sepúlveda escribe de «buena fe», es decir, si las sugerencias que presenta en lo tocante a la que estima la mejor forma de llevar a cabo la guerra, evangelización y asimilación de los indígenas americanos al orbe metropolitano, guardan una justa imparcialidad de su parte. Si

[340] Juan Ginés de Sepúlveda: *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*. México, FCE, 1996, p. 101.

[341] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit*. p. 64.

el discurso que expone es desinteresado de cara a los compromisos políticos, ideológicos y económicos o si, por el contrario, responde a una ambiciosa demanda personal alrededor de cada uno de ellos. En suma, si los razonamientos argüidos en el *Demócrates* esconden algún tipo de dobleces.

Los reparos se enfatizan ante la certeza de que Sepúlveda pudo componer su tratado gracias a la información que recibió de las crónicas, verbales o escritas, de Hernán Cortés, Mártir de Anglería, Fernández de Oviedo y López de Gómara. Debido a que no viajó al «Nuevo Mundo», en ningún momento comprobó empíricamente las perniciosas descripciones que osó verter en el *Demócrates*; al contrario, solo se guio por historiadores caracterizados por ser funcionarios de Estado, una parte constitutiva del «pacto colonial» que nunca objetó las excusas que la Corona antepuso para la incursión. Así, la noción aristotélica de *φύσει δούλου* calza en la imagen autorizada que Sepúlveda hereda de los amerindios como si, más que recurrir a una teoría para explicar determinada realidad, procurara amoldar esta a la primera.

Sin sospecharlo, la actuación de Sepúlveda en la Controversia de Valladolid lo acompañó por el resto de su vida y aun póstumamente. Diferentes cartas revelan que, incluso entre sus partidarios y amigos, no es bien recibida la actualización del criterio peripatético que designa que ciertos seres humanos son «esclavos por naturaleza». Una de las epístolas a Pedro Serrano acata: «Me escribes, doctísimo Serrano, y en razón de nuestra amistad me invitas a que *actúe con más cautela* y que en estos tiempos peligrosos *evite con cuidado las opiniones controvertidas*.»[342] [Cursivas mías]

[342] Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. O. C. t. IX, v. II. Op. cit*. p. 303.

En una etapa en la que el erasmismo prevalece, el aristotelismo profesado por Sepúlveda, dependiente de la custodia de la teología católica, la conformidad con la exégesis purista de Tomás de Vío y la competencia lingüística depurada en el Colegio de San Clemente, es examinado, inclusive entre sus allegados, como un sistema anacrónico. En el texto *Institutio principis christiani*, Erasmo había tildado a Aristóteles de «pagano de buenas a primeras, y luego filósofo y no tan santo ni tan docto como pudiera presumirse». A pesar de su todavía gran influencia en el siglo XVI, no solo Erasmo y Lutero demandan limitar el uso del Estagirita, los clérigos igualmente recalcan sus discrepancias especulativas con el dogma cristiano. En la enorme *Historia de las Indias*, el padre Las Casas destaca la condición infiel de Aristóteles, por la que de hecho «está ardiendo en los infiernos.»

> […] de la intención del Filósofo a lo que el reverendo obispo dice hay tanta diferencia como del cielo a la tierra, y que fuese así como el reverendo obispo afirma, el Filósofo era gentil y está ardiendo en los infiernos, y por ende tanto se ha de usar su doctrina, cuanto con nuestra santa fe y costumbres de la religión católica conviniere.[343]

Al acotamiento sincrónico del pensamiento de Aristóteles se sumó la escuela platónica del humanismo liderada por Lorenzo Valla, para quien el aprendizaje y utilización de la retórica, por ser una genuina captación de la realidad concreta, era preferente al de la filosofía. Tal cual ilustra la tenaz disputa acerca de la posibilidad de acreditar por medio de la razón la inmortalidad del alma, entre los egresados de la *Università degli Studi di Padova*, Agostino Nifo y Pietro Pomponazzi, el círculo de humanistas adeptos al Filósofo tampoco se libró de divisiones internas.

---

[343] Bartolomé de Las Casas: *Historia de las Indias*. *v. III.* México, FCE, 1981, p. 343.

De esta forma, disponer de Aristóteles sin restricciones fue considerado improcedente por muchos eruditos de aquellos tiempos. La reacción negativa a las propuestas de Sepúlveda en este ámbito, se reforzó por lo infructuoso que resultaba para explicar los acontecimientos coetáneos, en específico, un suceso tan innovador como el de la emergencia de una cuarta parte del mundo en la consciencia europea.

> […] desde su formación italiana y humanista, [Sepúlveda] había logrado que se desplazase a Aristóteles el debate sobre las fuentes con las que argumentar en relación a la conquista del Nuevo Mundo y la definición de los paganos y nativos extraeuropeos. En cualquier caso, más o menos influido por el humanismo jurídico, lo cierto es que a mediados del s. XVI el modelo aristotélico ideado por Sepúlveda, por erudito que fuese, era poco útil para explicar las transformaciones políticas ocurridas desde principios del s. XVI, por lo que no convencía a nadie. […] ni a los católicos antipaternalistas… Ni a los paternalistas que, como Motolinía, no buscaban doctrina alguna. Ni a los racionalistas, cristianos o no, que acabarían integrándose desde el siglo XVII en la futura gran construcción de los derechos humanos, cuando para entonces los antipaternalistas habían confluido con los racionalistas.[344]

Encima de que Sepúlveda demuestra la voluntad de imitar a Aristóteles hasta en contingencias personales, hay una efectiva correlación de circunstancias públicas e individuales entre ambos: no solo fueron los preceptores de dos de los príncipes más poderosos de sus respectivas épocas, sino que vislumbraron la llegada de una nueva era, pensando cautelosamente en torno a ella y los cambios históricos que suponía. Las campañas de ensanchamiento territorial acometidas en el Asia occidental por Alejandro Magno en el siglo IV a. C., detona la colisión con una otredad «exótica» hasta entonces desconocida.

[344] Javier García Martín: *Op. cit.* pp. 43-44.

Enfrascados en una situación análoga, tanto Aristóteles como Sepúlveda, defienden la conservación y propagación de los atributos de la *polis*, bajo la convicción de que es la única vía del desarrollo regulado de la civilización.

Las diferencias abismales de contexto, no coinciden necesariamente a la disconformidad doctrinal. En casi todos los aspectos, Sepúlveda secunda a su máximo referente filosófico, exceptuando en lo que respecta a unos escasos ángulos de la teoría de la servidumbre natural, pues, mientras Aristóteles no concede capacidades de superación en el esclavo, Sepúlveda sí lo hace, aunque sea restringidamente, por conducto de una instrucción adecuada.

> Además, [Aristóteles] no admitía ningún tipo de responsabilidad en el amo (*despotes*) respecto del esclavo, […] para Sepúlveda los encomenderos habían de ser bien seleccionados entre los españoles rectos para ocuparse de la evangelización del indio, que era lo que justificaba la encomienda y responsabilizaba a la Corona española del cumplimiento de estos deberes y de los desmanes que pudieran cometerse por no ejercer la debida vigilancia […]. Sepúlveda [también] rechazaba la esclavitud legal, fruto de la guerra, porque el derecho debía ser fruto de la benevolencia y no de la fuerza.[345]

Sin planteárselo, Sepúlveda es adjudicado por sus oponentes como portavoz de los intereses coloniales. No obstante, es insostenible presentarlo como un intelectual limitado a mercantilizar su programa en torno a la conquista de América, dada la profundidad y evolución que este sufrió por más de treinta años. No hay constancia siquiera de haber aceptado el «soborno» al que aluden sus contrarios: «joyas y aforros hasta el valor de

[345] Jaime González Rodríguez: «La libertad del indio en el *Democrates alter* y sus fuentes», en *Quinto centenario*, núm. 13, 1987, p. 198.

doscientos pesos de oro» que el próspero Cabildo de México autorizó mandarle en 1554. Descontando aquellas donde se cita, el humanista cordobés redactó tres obras que ponían a América en el foco de la reflexión: el tratado filosófico *Democrates secundus,* el breve impreso de promoción *Apologia pro libro de justi belli causis* y la crónica de Indias *De Orbe Novo*.

Más allá de la saludable desconfianza a la que todo lector contemporáneo tiene derecho, es necesario que no quepa en él la suspicacia hasta el punto de que el discurso que somete a examen se convierta en un mensaje fallido, una moneda sin denominación, un mero juego lingüístico sin valor ni cuerpo específico. Para revisitar el *Demócrates Segundo* desde una perspectiva «novedosa», la que resulta de la mezcla del humanismo cristiano con el renacentista boloñés y una razón política moderna, es obligatorio reconocer que contiene precisamente lo que el autor quiso comunicar. En otras palabras, asumir que quien lo escribió, conforme a sus motivos, lo hizo llevado por una clara y recta intención. Tal «pacto de lectura» desprejuiciado se antoja un *a priori* obligado para leer a Sepúlveda, en general, y al *Demócrates,* en particular.

Este fue concebido adyacente a los años en los que el filósofo cordobés traducía la *Política* al latín a instancias del mecenas Julio de Médici. Publicada en París en 1548, la versión de Sepúlveda, eslabón cardinal en la voluntariosa tarea, adoptada en Bolonia al amparo de Pietro Pomponazzi, de depurar las interpretaciones medievales de Aristóteles, se incorporaba al puñado de obras por él traducidas. De la importancia de este proyecto exegético da cuenta Coroleu:

> Desde su aparición en mayo de 1522 las traducciones latinas de Juan Ginés de Sepúlveda merecieron enseguida el elogio de sus primeros lectores. El testimonio de Pietro Pomponazzi, quien manejaba ya la traducción del humanista español en

> sus lecciones sobre el *De sensu et sensilibus* aristotélico, la publicación conjunta en 1532 de las versiones sepulvedianas de Aristóteles las cinco ediciones, en el transcurso de apenas treinta y cuatro años, de la traducción de los Comentarios de Alejandro de Afrodisias a la *Metafísica* de Aristóteles y la admiración con que, entre otros, Fabricius, Giphanius y Brucker saludaron la versión sepulvediana de la *Política* de Aristóteles, demuestran la buena fortuna que gozaron las traducciones de Sepúlveda a lo largo del siglo XVI y prueba los méritos interpretativos del humanista español, verdadera autoridad ─a juicio de sus propios contemporáneos─ en la traducción de los autores griegos.[346]

Alrededor de 1545, cuando Sepúlveda comienza a redactar el *Democrates secundus*, primer acercamiento directo de su parte a la cuestión americana, se encontraba imbuido en el Aristóteles de la *Política*. Por consiguiente, este no solo define la comprensión con la que aborda el tema colonial, sino también el método de filosofar, el régimen conceptual, los criterios y la modalidad textual adjudicados al mismo.

---

[346] Alejandro Coroleu: «*Ioannes Genesius Sepulveda versus Franciscus Vatablus*. A propósito de la fortuna de las traducciones latinas de Juan Ginés de Sepúlveda», en *Habis*, núm. 27, 1996, pp. 277-278. Coroleu nombra al padre de la epigrafía, George Fabricius (1516/1571), quien posterior a haber estudiado en Bolonia, condensó sus conocimientos de las antiguas urbanizaciones italianas en su estudio *Roma* e hizo una selección de inscripciones jurídicas latinas, con la que los textos grabados en piedra adquirieron un *status* similar al de los documentos manuscritos. Por su parte, Obertus Giphanius (1533/1604) fue un letrado holandés que estudió en Lovaina, París, Brujas y Orleans, donde se doctoró en derecho. Luego de un obligado viaje por Italia, impartió clases en Francia y Suiza. Por último, Johan Jacob Brucker (1696/1770), profesor protestante, escribió, entre otras «relaciones», la primera historia de la filosofía en Alemania, englobando hasta el siglo XVIII. El prestigio que su obra cosechó, le valió ser nombrado miembro de la Academia de Ciencias de Bolonia. Así, está refutada la opinión de que Sepúlveda era un «traductor competente, aunque no distinguido de Aristóteles», expresada por Anthony Padgen en *La caída del hombre natural*. Madrid: Alianza, 1988, p. 155.

A su regreso del periplo italiano, Carlos V nombra a Sepúlveda «cronista oficial» del imperio de España. El emperador le encarga la composición de una historia de su reinado que, por el acaecimiento de su muerte, el autor cordobés no llegará a concluir. Hacia 1548 se le otorga la misión de orientar, junto a otros maestros de pajes, la educación del príncipe Felipe. Por el recorrido formativo de Sepúlveda y su versátil labor en la corte, parece forzoso imaginar que la disputa por América avivaría su disposición en algún punto de su trayectoria profesional. El rasgo de los humanistas de la época de Carlos V de situarse en el epicentro de los acontecimientos y del poder monárquico, desempeñándose ya sea como mentores, consejeros o diplomáticos, es una pieza importante en la reconstrucción del despertar de este interés. El prólogo al *Demócrates* así lo manifiesta: «pensé que no debía abstenerme de un negocio público en que tantos intervenían, ni permanecer callado cuando tantos hablaban.» Igualmente lo son, los encuentros personales con Hernán Cortés en Valladolid y Salamanca, ciudades donde solía peregrinar el séquito real de entonces.

El *Sumario de la general y natural historia de las Indias* y la primera parte de la *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano* de Fernández de Oviedo, son fuentes adicionales a los informes de Cortés y a las cinco *Cartas de relación*, con las que Sepúlveda demuestra estar familiarizado. A la cita explícita comprendida en *Del nuevo mundo*: «Gonzalo Fernández de Oviedo, hombre sabio y prudente, narró la historia de estos hechos en español por cargo oficial; nosotros, ocupados en asuntos de suma importancia, contaremos lo esencial de los hechos dignos de recuerdos para no dejar sin tratar esta parte de la historia», se adiciona otra alusión virtual en el tratado *De las justas causas de la guerra contra los indios.* Al referir el deslinde del proceder de algunos conquistadores, Demócrates esclarece a Leopoldo, «alemán, algo contagiado de los errores luteranos», que

«no todos han hecho la guerra de ese modo, si son verídicas ciertas relaciones sobre la conquista de Nueva España que leí hace poco.»[347]

En su historia de Indias *De Orbe Novo*, Sepúlveda adopta el principio estructural ovetense de ir resumiendo, al iniciar, capítulo a capítulo. Pero no solo eso: los dos primeros libros que abordan la llegada de Juan de Grijalva a la península de Yucatán, son prácticamente resúmenes de las secciones equivalentes en la *Historia general*, cuando no poco menos que copias. Por ejemplo, es casi textual la declaración de guerra de los aborígenes de la isla de Cozumel al capitán Grijalva.

Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano	*Del Nuevo Mundo*
[…] salieron ciertos indios de á par de aquella casa […], perseveraban en sus fieros é ademanes, haciendo muestras de querer pelear y acometer a los chripstianos. El uno de aquellos indios se hizo más adelante con una lumbre encendida, y en su lengua dijo ciertas palabras, y púsola sobre una piedra y tornóse atrás para los otros de su hueste […]; el general Grijalva mandó á Julian, que era natural de la misma tierra, qué cosa era aquello, é dijo que era guimaro, sahumerio que ofrecían a sus ídolos, á quien hacían oración para que los hiciese victoriosos é que así lo acostumbraban	Dos de ellos avanzaron y por medio de señales con la mano empezaron a amenazar a los nuestros para que se marcharan en el acto. Uno de los dos que portaba en la mano una lumbre encendida avanzó un poco más, y, tras elevar una súplica a los dioses con una frase formularia para que el asunto saliera bien, dejó la lumbre en una piedra y se volvió junto a los suyos. Cuando se preguntó al intérprete Julián sobre su significado, respondió que los hombres de aquellas regiones con aquella ceremonia estaban declarando la guerra a sus enemigos a no

[347] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit.* p. 61.

cuando querían dar batalla a alguna gente, é que en acabándose de arder aquella lumbre, comenzaría la pelea é le acometerían sin falta, é así paresció por la obra después. Entonces el capitán mandó á la lengua Julian que llamasse los indios y les dixesse que él ni los chripstianos no venian á les hacer mal ni daño alguno ni á les tomar cosa alguna, sino á ser sus amigos y darles lo que traían.[348]

ser que marcharan antes de que se apagara el fuego.

Cuando Grijalva lo oyó, rogó y suplicó a los indios que no tramaran nada a la ligera contra él, puesto que no habían recibido afrenta alguna, les prometió que partirían con los suyos aquel mismo día.[349]

Síntoma de lo dispares que resultan las fuentes historiográficas del humanismo cristiano, Sepúlveda encarna la ambivalencia de las autoridades que convoca a lo largo del *Demócrates*. Por un lado, la recurrencia de citas evangélicas se patentiza cuando expone nociones de carácter atemporal como las de fe, bondad, culpa y castigo, probidad o guerra justa. Por el otro, el afluente de la cultura clásica domina los aspectos formales resumidos en la utilización del género dialógico, el uso ciceroniano del latín y la recurrencia a ejemplos históricos en analogía con determinadas circunstancias presentes.

Por ejemplo, Sepúlveda equipara el cometido evangelizador otorgado por el pontífice a los Reyes Católicos con el correspondiente de la Antigüedad: «[…] el papa Adriano, de buena memoria, exhortó a Carlomagno a que hiciese la guerra a los lombardos, a lo cual se refieren los decretos eclesiásticos. Y Alejandro, a imitación de Adriano, exhortó a los reyes de España a que atacasen a los bárbaros, los sometiesen a su dominio y protegiesen

[348] Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano. t. III. Op. cit.* pp. 265-266.

[349] Juan Ginés de Sepúlveda: *Historia del Nuevo Mundo. Op. cit.* p. 91.

el camino para la predicación evangélica […].»[350] En más de una ocasión, compara a Carlos V, «*rex noster et idem Romanorum Imperator*», con Constantino: «[…] siempre que sea posible, se harán desaparecer todos los impedimentos y el culto a los ídolos, renovándose la piadosa y justísima ley del Emperador Constantino contra los paganos y la idolatría;»[351] y Julio César: «Asimismo el muy prudente Emperador Julio Cesar, en la guerra de las Galias, después de derrotar a los galos, los trató a todos muy humanamente […].»[352] O las depravaciones de los idólatras americanos con las de los pueblos gentiles del pasado: «[…] se hacían la guerra casi continuamente entre sí con tanta rabia que consideraban nula la victoria si no saciaban su hambre con las carnes de sus enemigos, crueldad que entre ellos es tanto más portentosa cuanto más distan de la invencible fiereza de los Escitas, que también se alimentaban de los cuerpos humanos […].»[353]

El trasfondo ideológico que posibilita estas semejanzas, es el concepto humanista de *translatio imperii*, la suposición de una transferencia de dominio entre el «viejo» imperio romano y el «nuevo» imperio hispánico.

> Quede, pues, sentado, conforme a la autoridad de los sabio más eminentes, que es justo y natural el dominio de los prudentes, buenos y humanos sobre sus contrarios, pues no de otro motivo justificó el imperio legítimo de los romanos sobre los demás pueblos, según el testimonio de Santo Tomás en el libro *Del régimen del príncipe*, siguiendo a San Agustín, quien al referirse al imperio de los romanos en el libro quinto de *La ciudad de Dios* dijo: "Dios concedió a los romanos un imperio muy dilatado y glorioso para impedir los males graves que cundían en muchos pueblos

---

[350] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit.* p. 89.

[351] *Ibid.* pp. 102-103.

[352] *Ibid*. p. 111.

[353] *Ibid.* p. 66.

> que en busca de la gloria tenían ansias de riqueza y otros muchos vicios", es decir, para que, con la buena legislación que seguían y la virtud en que sobresalían, cambiasen las bárbaras costumbres y suprimiesen y corrigiesen los vicios de muchos pueblos bárbaros».[354]

Pese a la evidente habilidad que Sepúlveda posee para hacer concordar el acervo de múltiples escuelas de pensamiento, hay ámbitos en los que la disconformidad teórica entre unas y otras son insalvables. Aun cuando se esmera en responder a la interrogación teologal ofrecida por Leopoldo a Demócrates de si, «¿acaso tú crees que Platón y Aristóteles admitieron la existencia de un solo Dios, cuando a cada paso nos hablan de muchos dioses y a algunos hasta los denominan por sus nombres?», el conflicto entre autoridades no tiene una resolución terminante dentro del escrito *De las justas causas*. La amalgama de una filosofía antropológica de la Antigüedad con una fervorosa ontología proveniente de los Padres de la Iglesia, personificada en la discusión pública, en buena medida, por el sacerdote Las Casas, representa uno de los más apremiantes e irreconciliables tópicos en la respuesta colonialista de Sepúlveda.

> Las Casas habría permanecido sujeto a los principios de la escolástica medieval en donde se defiende un universalismo ontológico fundamental inatacable, razón por la cual los indios americanos deben ser inscritos en él sin objeción alguna. […] Sepúlveda, en cambio, expresa sus ideas desde el aristotelismo renacentista, inmerso ya en la modernidad, aunque con remanentes tradicionales, como la igualdad ontológica (de la que no se desprende) y la necesidad de que el género humano consiga la salvación eterna, argumento fundamental para justificar la guerra de conquista. Eso lo hace caer en una especie de contradicción, pues, por un lado, al no rechazar de modo absoluto la humanidad de los indios, los hace partícipes del

[354] *Ibid.* p. 63.

> derecho natural; pero, por el otro, ese derecho sería insuficiente para traducirse en un derecho de gentes plenamente humano.[355]

Las «obras americanas» de Sepúlveda comparten elementos humanistas como los del sentido de la riqueza y la propiedad, la potencia transformadora de la educación, una conciencia universal de la idea de humanidad y ciudadanía, la coordinación, heredada de los juristas Giovanni da Legnano y Fortún de Ercilla, del derecho canónico y el civil, la búsqueda latinista de la perfección expresiva y la inclinación por abarcar la mayor cantidad de conocimientos temáticos. Pese a ello, especialmente por el grado en el empleo de Aristóteles, se dividen en dos momentos claramente diferenciados: próximo al transcurso de 1545 a 1560, es decir, en *Democrates secundus* y *Apologia pro libro de justi belli causis*, predomina el equivocismo ontológico de cuño peripatético; mientras, como resultado de incorporar matices a esta ortodoxia, entre 1560 y 1573, en *De Orbe Novo* y *De Regno*, prevalece la concepción univocista de inspiración cristiana.

> Las ideas de Juan Ginés de Sepúlveda suelen considerarse desde una única perspectiva, dando por supuesto que no experimentaron cambios a lo largo del tiempo. Como estas ideas se consideran casi en exclusiva según lo expresado acerca de la conquista del Nuevo Mundo, se tiende a dar una imagen monolítica, incompleta e inmutable de su pensamiento, despreciando su diversidad, integridad y, sobre todo, cualquier cambio o evolución en el mismo. Hay, sin embargo, una evolución en el pensamiento de Sepúlveda sobre la conquista y colonización

[355] Mario Ruiz Sotelo: *Crítica de la razón imperial: la filosofía política de Bartolomé de Las Casas.* México, siglo XXI, 2010, pp. 97-98.

después de su debate con Las Casas en Valladolid, a la que no se ha querido o sabido prestar la debida atención.[356]

El cambio paulatino en el punto de vista original de Sepúlveda, es provocado sobre todo por los acontecimientos, inmediatamente anteriores y subsecuentes, a la controvertida asamblea de Valladolid. Me refiero a la censura del *Democrates secundus* promovida por la orden de Santo Domingo, a la desconfianza generalizada que originó, inclusive en el entorno social cercano, la anacrónica actualización de la teoría aristotélica de la servidumbre natural, a la marginación institucional que, diferente al destino de otros personajes similares, dejó de tomar en cuenta a Sepúlveda para ocupar cargos de prestigio en el reino y, por último, al gran mérito que tuvo en él la persuasión argumentativa de Las Casas.

Las tres principales discrepancias entre una «segunda etapa» de la reflexión sepulvediana acerca del problema de América, respecto a una «primera etapa», son:

1. El nacimiento de una enérgica reprobación de los excesos de las conquistas, representados en la violencia ejercida por los reclutas y colonos hispanos en contra de las poblaciones indígenas. Como lo muestran, por ejemplo, pasajes de *Del Nuevo Mundo*: «Lo cierto es que los españoles maltrataban con trabajos insoportables a los clientes confiados por los Reyes a su protección, hasta el punto de que algunos preferían sin dudarlo el suicidio a aquellas desgracias. Tal actitud de ciertos malvados, era más que servil y propia de una gran inhumanidad.» «Cuando toda Boriquén pasó a nuestra juridicción gracias a Juan Ponce, se distrubuyeron los indios por encomiendas; y aquí también, como el la Española, se les

[356] Francisco Castilla Urbano: «La consideración del indio en los escritos sepulvedianos posteriores a la Junta de Valladolid». *Op. cit.* p. 81.

explotaba con un trabajo insoportable en la extracción y recogida de oro por la increíble crueldad y avaricia de sus patronos.»[357]

2. La intensificación de la recomendación de un método de sometimiento persuasivo: una vez que el envilecimiento de las instituciones americanas sea desarraigado, y los habitantes oriundos «pacificados», estos gozarán de una instrucción piadosa y un gobierno regio.

3. La relativización del concepto primitivo de «bárbaro» con el planteamiento, en *Acerca de la monarquía*, de una tipología que formula dos categorías de naciones y «tres clases de hombres». Se adivina que respecto a las primeras, hay unas «civilizadas y prudentes» y otras «salvajes y brutales», «las que en su vida y costumbres públicamente aprobadas se apartan de la razon y ley natural», que dependen de sí mutuamente. El desarrollo o estancamiento cultural de unas u otras, puede invertir históricamente sus estatutos, de modo que la más civilizada en una época determinada se convierta en la menos civilizada y viceversa.

En cuanto al órden propuesto de seres humanos: *homo probus* son aquellos que alcanzan virtud y sensatez mediante la instrucción, aun siendo corporalmente los menos vigorosos, de entre el resto, son los más aptos para el mando. Después le sigue una clase intermedia de personas que «no destacan por su prudencia y talento pero tampoco están completamente destituidos de él, cuyo número es grande, no son ni señores por naturaleza ni

---

[357] Juan Ginés de Sepúlveda: *Historia del Nuevo Mundo. Op. cit.* p. 75 y p. 80. Por estas quejas, «Realmente da la sensación que Sepúlveda quiso con su *De Orbe Novo* lavarse de la mácula de sórdido defensor de maldades con que sus enemigos le habían mancillado […].» Ver, Jaime González Rodríguez: «La ética del conquistador en el *De orbe novo* de Sepúlveda». *Op. cit*. p. 897.

esclavos por naturaleza». Conviene que sean gobernados bajo un régimen civil o regio y, por su cantidad, ligan la dialéctica de los extremos simbolizados por el *homo probus* y el *homo hebetior*, de inteligencia y talento escaso, remiten a moradores de «algunos pueblos de Europa», «muchos más de Asia, América y África», estos últimos, quienes

> […] bajo dominio portugués aunque sea despótico llevan una vida mucho mejor que la que llevarían en su patria, que es un territorio abrazado por los rayos del sol por donde vagan errantes y desnudos, ajenos como las bestias a todo orden de civilización, hasta el punto de dar la impresión de haber recibido de sus conquistadores no un ataque, sino un beneficio.[358]

Además del influjo evidente de la categorización de «bárbaro» realizada por el cura Las Casas en la primera parte de la *Apología*, la clasificación antropológica de Sepúlveda demuestra que su última intención, al sostener como causa de guerra justa el grado de civilidad, es refrenar el aislamiento de un pueblo que acostumbra ritos discrepantes con el reconocimiento de la integridad connatural del ser humano. La *homini dignitates* renacentista está presente en el énfasis que hace al denostar a las culturas que viven en una presunta falta de libertades políticas y educativas, atributos que condicionan la dicotomía entre el «salvaje» y el «civilizado». En otras palabras, «para él, todo hombre está obligado a perfeccionarse, lo que se puede hacer buscando la verdad, además de este esfuerzo, tiene derecho a contar con la ayuda y la colaboración de los demás hombres.»[359]

---

[358] Juan Ginés de Sepúlveda: *Acerca de la monarquía. Op. cit*. p. 92.

[359] José Solís de los Santos (Ed.): *Actas del congreso internacional sobre el V centenario del nacimiento del Dr. Juan Ginés de Sepúlveda celebradas en Pozoblanco, del 13 al 16 de febrero de 1991*. *Op. cit.* pp. 244-245. Con la intención de relativizar el concepto «bárbaro», una de las columnas vertebrales del argumento sepulvediano, el padre Las Casas sugiere una clasficación en cuatro clases: 1. *Los crueles e ihumanos*: «Entre el número de estos bárbaros no faltan en realidad algunos de

Como tratado señero de la primera etapa en el ideario americanista de Sepúlveda, el *Demócrates Segundo o De las justas causas de la guerra contra los indios* es una obra humanista cristiana que recurre a fuentes evangélicas y de la Antigüedad. Se nota en él, el sincretismo formativo del autor, educado en el humanismo italiano, pero partícipe de una cultura escolástica más general. Hay en el *Demócates* un gran despliegue de aristotelismo y erudición clásica, pero ante todo una preocupación política adscrita al proyecto imperial hispánico en conjunción con la preservación de una comunidad cristiana sólida que le haga frente a sus enemigos. Al estilo del *De officiis* de Cicerón, esta mancuerna conduce a una filosofía de la historia que propone, para el desarrollo civilizatorio occidental, la contemplación de una *communem humani generis societatem* (humanidad como una sola); guiada por los mejores, los más cultos y piadosos, la responsabilidad que en su día se asentara en Roma, desde fines del siglo XV, recae sobre las espaldas de España.

A continuación preciso los tres subcapítulos, inherentes a contenidos del *Democrates secundus*, que abordaré enseguida de manera detallada:

---

nuestros españoles; más aún, por las obras cruelísimas que llevaron a cabo contra aquellos pueblos superan a todos los bárbaros»; 2. *Los que carecen de idioma literario*, «entre nosotros, es el latín». Como cualidad accidental, se reduce a los que «no saben exponer en él lo que piensan»; 3. *Los de pésimo instinto*, que no se gobiernan ni con leyes ni con derecho, ni cultivan la amistad ni tienen constituida la república, no contraen matrimonio y no tienen ningún comercio humano: «Estos, en sentido simple y propio, son bárbaros, cuales quizá eran los habitantes de aquella provincia que fue llamada «Barbaria», faltos de razón […]. A éstos se refiere el Filósofo cuando dice de ellos que son siervos por naturaleza […]. Esta clase de bárbaros, o mejor dicho gentes fieras, son muy raros en cualquier parte del mundo y pocos en número si se les compara con el resto de la humanidad, conforme testifica Aristóteles, de la misma manera que los hombres dotados de heroica virtud […];» y 4. *Los que no conocen a Cristo*. Ver. Bartolomé de Las Casas: *Apología. Op. cit.* pp. 125-130.

a) *Teoría de la guerra justa*. Donde abarco la tradición escolástica del *ius ad bellum*, consolidada por la Escuela de Salamanca, a la que Sepúlveda es adscrito y las características que, desde su punto de vista, hacen de la conquista de América una recta contienda: justicia de las causas, competencia de la autoridad, proporcionalidad de los medios, honesta intención, probabilidad de la victoria, medida justa de los daños inflingidos y legitimidad, avalada por *lex naturalis*, para suprimir instituciones consideradas bárbaras. Complemento con un análisis, advertido por algunos estudiosos, de la categoría de «enemigo» aportada por Carl Schmitt en *El concepto de lo político* y su función retrospectiva en el pensamiento imperialista de Sepúlveda.

b) *Teoría aristotélica de la «servidumbre natural»*. La pregunta básica de este apartado es por el límite ontológico y sus derivaciones a las que remite la doctrina aristotélica de la *φύσει δούλου* replanteada en el *Demócrates Segundo*. Su aplicación a los nativos de América, lo permiten las marcas de incultura y bestialidad que Sepúlveda recoge de las fuentes que consulta, así como la manera de entender, a través de las traducciones realizadas de la *Política* y la *Ética*, el concepto propuesto por Aristóteles cerca de dos mil años antes.

Por último, en c) *Humanismo filoitaliano*, repaso a modo de síntesis las características del humanismo renacentista boloñés que permean en la filosofía de Sepúlveda. Acá hago incapié en el interés que el autor demuestra por todo el espectro de saberes de su tiempo. También, con la ayuda de ejemplos, en la perspectiva de la historia como *magistra vitae* y en la congruencia ideológica que tiene la representación temporal de carácter cíclico desde la redacción de la *Cohortatio ad Carolum V* hasta el *De Regno*. Con ello, intento robustecer la propuesta de una figura histórica más integral de Sepúlveda, es decir, no solo definida por su rivalidad con Bartolomé de Las Casas y las tesis expuestas en el *Demócrates*

Segundo, sino adyacente a la del hombre de Estado y el intelectual humanista con una obra mucho más basta e interesante.

a) Teoría de la guerra justa

En la época en la que redacta el *Democrates secundus*, Juan Ginés de Sepúlveda conoce puntualmente los entresijos prácticos del poder imperial. Pese a ser preferible la paz, escrupuloso en el discernimiento histórico que vive, muy temprano adopta la opinión de que la guerra es la instancia más apropiada para sortear la precariedad de los equilibrios geopolíticos, pues esta «constituye el *presupuesto* que está siempre dado como posibilidad real, que determina de una manera peculiar la acción y el pensamiento humanos y origina así una conducta específicamente política.»[360]

Desde el aspecto lógico y ético de la política, lo que está en juego al arranque de la edad Moderna, es la construcción del nuevo orden jurídico internacional: esta tarea engloba una reflexión en torno al desarrollo profesional de los ejércitos y a la obsoleta transferencia de poder supranacional del emperador, sustituida por la prioridad de los intereses estatales, fruto de un inédito reclamo de soberanía y sentir nacionalista. Bajo esta nueva actitud de correspondencias multilaterales, obraría el fracaso, que condujo en 1556 a la abdicación de

[360] Carl Schmitt: *Op. cit*. p. 65.

Carlos V, del proyecto tardomedieval de asociar y encabezar un único frente cristiano de índole transnacional para combatir juntos a los «enemigos» de Europa.[361]

«Que nadie considere que sólo observan la religión quienes perseveran en seguir los pasos de San Francisco, Santo Domingo o San Benito, y los otros cuya santidad ha sido reconocida […], no sé si ellos prestan mejores servicios a la religión cristiana que quienes gobiernan el Estado con sabiduría y justicia en una vida menos sujeta a reglas, o quienes con gran esfuerzo emprenden guerras justas por la patria, por el reino o por la misma religión […].»[362] Sepúlveda cifra la imagen del *miles Christi*, estratega y héroe de la emergente era, en el «Gran Capitán», Gonzalo Fernández de Córdoba, quien en efecto pertenece a los «más grandes y santos varones» que, «por medio de buenas artes aspiran a ocupar dignidades con la sola intención de servir al Estado, no torelar que sean cometidas injusticias contra los desventurados y cumplir con su deber para la patria, y aspiran con tan excelsas virtudes a alcanzar la gloria […].»[363]

Comparadas con las aportaciones hechas a la ética de lo político en el contemporáneo *Tratado del esfuerzo bélico heroico* del jurista salmantino Juan López de Palacios Rubios, las ideas comprendidas en el *Gonsalus seu de appetenda gloria dialogus* y el *Democrates primus*, resultan mucho más actualizadas. Al aprobar la conciliación entre las armas y las letras y sopesar el valor militar como una innegable manifestación de la virtud, ambos autores revelan participar del horizonte mental cristiano y el paradigma filosófico

---

[361] Sánchez Montes-González Francisco (Coord.): *Carlos V, europeísmo y universalidad*. Granada, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, p. 19.

[362] Juan Ginés de Sepúlveda: *Gonzalo, diálogo sobre la apetencia de gloria. O. C. t. VI*. Salamanca, Ayuntamiento de Pozoblanco, 2001, pp. 243-244.

[363] *Ibid*. p. 242.

aristotélico, sin embargo, sin contar que Palacios Rubios escribe en la línea de la *quaestio* escolástica, mientras que Sepúlveda lo hace en la del versatil diálogo humanista, el primero no abomina el típico duelo por honor. En cambio, el segundo, ante la pregunta por la legalidad del mismo alega que «a ningún cristiano es lícito combatir en campo con otro, si no es legítimo enemigo, pudiendo haber paz de otra manera sin grandísimos daños e injurias o agravio, o si puede defenderse a sí y a su honra por leyes y derecho.»[364]

Además, en una muestra de acatamiento al código caballerezco, Palacios Rubios va a estimar las tecnologías bélicas como «las ballestas y tiros de pólvora», a las que Sepúlveda consagra algún asombro, invenciones satánicas por imposibilitar a los soldados demostrar su coraje en la lucha cuerpo a cuerpo: «El diablo inventó tan mala cosa [las armas de fuego] que ya no se puede conocer la virtud y esfuerzo de los caballeros en las batallas, porque lo más de la pelea se hace con ellas.»[365]

---

[364] Juan Ginés de Sepúlveda: *Diálogo llamado Demócrates. Op. cit*. p. 187.

[365] Juan López de Palacios Rubios: *Tratado del esfuerzo bélico heroico*. Madrid, Revista de Occidente, 1941, p. 62. Una inmejorable introducción a la nomenclatura de las armas de fuego de entonces es la que ofrece Carlos Pereyra: «Las había para ofender al enemigo, para batir posiciones fortificadas y para echar a pique embarcaciones. El tipo de la primera división es la culebrina, de la que se deriva el dragón o dobleculebrina, el sacre, el esmeril, el mosquetón y el mosquete. […] El arma de batir es el cañón. […] El mortero es el tipo de arma para echar a pique embarcaciones, pero se emplea para sitios. […] Debe advertirse que la revolución consiste en la aparición de las piezas de hierro colado, pues primeramente se hacían de duelas y cinchas. […] El progreso realizado en aquellos tiempos, no sólo consistió en la fundición de las piezas, sino en la introducción de muñones, en el aligeramiento de las cureñas, en el sistema de mejorado de cuñas para fijar la puntería y sobre todo en el invento alemán de las asas.» Ver, Carlos Pereyra: *Las huellas de los conquistadores*. México, Porrúa, 1986, pp. 9-10.

La *sui generis* «modernidad» de Sepúlveda tiene incorporada la tradición. En el caso específico de los principios de la guerra justa, los expuestos en el *Demócrates Segundo* se remiten a San Agustín de Hipona, a Santo Tomás de Aquino y a la síntesis escolástica, realizada en el albor del siglo XVI, del cardenal Cayetano. Adicional a las características habituales que enlisto a continuación, Sepúlveda adjunta la discutida causa por grado de civilidad usada en el, hasta entonces desconocido, caso de las hostilidades contra los pueblos amerindios.

1. *Legítima autoridad*. En su condición de unidad esencialmente política, la justicia inaugural de la guerra, la garantiza una declaración formal de la misma por parte exclusiva del Estado o el soberano, «aquella persona que está al frente de una forma de gobierno legal, que está investido de la suprema autoridad y gobierna sin dependencia de un jefe superior.»[366] Este rubro es fiel a la segunda relección *De Indis*, donde Francisco de Vitoria afirma que cualquier república tiene autorización para declarar y hacer la guerra, así mismo, cuando hay un príncipe legítimo, toda la autoridad oficial reside en él.[367]

2. *Buena intención en quien la promueve*. «[…] el fin de la guerra justa es poder vivir en paz y tranquilidad con justicia y virtud, impidiendo que los malvados hagan daño y pequen, y velar por el bien público de la humanidad.» Por tanto, citando a San Agustín, Sepúlveda apunta que la conflagración de buenos fines y rectas intenciones, no debe moverse en modo alguno por «el deseo de ofender, la crueldad en la venganza, el ánimo inquieto e

[366] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit*. p. 49.

[367] Clemente Fernández (comp.): *Op. cit.* pp. 220-221.

implacable, la ferocidad en la rebelión, el ansia de dominación y otras cosas semejantes […].»[368]

3. *Rectitud en su desarrollo*. La mesura es decisiva para «[…] a ser posible, no sufran daño los inocentes, no trascienda la desgracia a los embajadores, a los extranjeros o a los clérigos, se respeten las cosas sagradas y no se castigue al enemigo más de lo justo, pues ha de guardarse la palabra dada al enemigo, y no hemos de extremar nuestro castigo con él sino en proporción a su culpa.»[369] Ya que «el error al que no se hace resistencia es aprobado y la verdad que no es defendida es oprimida», el responsable directo de resguardar entre las tropas contendientes tal moderación es el príncipe, así que si esta llegara a propasarse, la falta recaería sobre él.

Posteriormente, Leopoldo le plantea a Demócrates el asunto del nombrado «espacio vital». Si puede o no calificarse de justa la guerra que se emprende con el objetivo de apoderarse de territorios ajenos, «por el bien de una población, que se ve ahogada por la falta de campos y estrechez de fronteras». Demócrates responde categórico que de ningún modo esta razón sería honesta, pues el bien del prójimo debe respetarse cuando se posee con derecho. Esta conclusión nuevamente es acorde con la que Vitoria defiende en la segunda proposición de la relección *De iure belli*: «No es justa causa de guerra el deseo de ensanchar el propio territorio. Esta proposición es demasiado clara para que necesite probarse. De otra suerte habría causa justa por cualquiera de las partes beligerantes, y así todos serían inocentes.»[370]

---

[368] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit.* p. 50.

[369] *Ibidem.*

[370] Clemente Fernández (comp.): *Op. cit*. p. 223.

4. *Causas que justifiquen su iniciación*. Entre los motivos comúnes que Sepúlveda cataloga está el de repeler la violencia cuando los recursos pacíficos se hayan agotado, así como el de recuperar las cosas injustamente arrebatadas y castigar a quienes cometieron injurias, no solo a los autores sino también a los que los favorecieron con su consentimiento.

En relación con la guerra en contra de los aborígenes americanos, Demócrates añade la justificación de «atraer por el camino más próximo y corto a la luz de la verdad, a una infinita multitud de hombres errantes entre perniciosas tinieblas»; en otras palabras, como lo enseña la parábola bíblica de la gran cena, forzarlos a abandonar las prácticas nefandas, promovidas desde los órganos públicos, que han dificultado el desarrollo de la *humanitas* en el continente. La cruzada de los españoles vindica las ofensas hechas a la humanidad, y principalmente a Dios, apartando a los indígenas de su error bajo el método dual de «doctrina saludable y terror útil». Esto no quiere decir que la infidelidad por sí sola sea causa de guerra, otra vez, siguiendo a San Agustín, puesto que su adopción obedece únicamente a la voluntad, Sepúlveda manifiesta que ni la fe ni los sacramentos pueden imponerse.

> […] yo no sostengo que deban ser bautizados aquellos que no quieren, sino que, en cuanto dependa de nosotros, se les aparte del precipicio, aun en contra de su voluntad, y que se debe mostrar el camino de la verdad a los que andan errantes, por medio de piadosas advertencias y predicación evangélica.[371]

La *Apologia pro libro de justis belli causis* repite la cuestión de que a nadie puede obligársele a aceptar la fe, nadie debe ser violentado para creer, luego, so pretexto de implantar la religión, no puede hacerse a los «indios» guerra justa. La diferencia es sutil, pero clara: la

[371] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit*. pp. 88-89.

licitud del conflicto proviene de la facilidad que otorgaría a la transmisión del Evangelio, objetivo último de su declaración. En otras palabras, al hecho de *hacer posible* la predicación.

> […] yo no afirmo que hay que despojar a estos bárbaros de sus bienes y posesiones ni reducirlos a esclavitud, sino someterlos al gobierno de los cristianos, para que no pongan impedimento a la fe y a su propagación, oponiéndose a los predicadores y blasfemando de Dios por medio de la idolatría, además de otras ventajas que esto les depara.[372]

En el prólogo al *Demócrates*, Sepúlveda declara que «muchas de las explicaciones sobre el justo y recto ejercicio del mando [introducidas en su obra] están tomadas de los grandes filósofos y teólogos y brotan ya del Derecho natural y común, ya de la doctrina cristiana.» En cuanto a la ofensiva acometida en contra de sociedades paganas del pasado, Cayetano resume la tradición medieval en tres causas justas: «*if the infidels refused to eccept Christian preachers in their lands, if the infidels themselves began a war against Christians (as in the case of the Medianites), or if the Christians wanted to recover lands that infidels had previously taken from them*».[373] Xavier Tubau afirma que estos puntos reescritos por Sepúlveda en el contexto de la conquista son el resultado de una lectura aristotélica de las proposiciones del que fuera profesor de derecho canónico en Bolonia, el pontífice Inocencio IV, que ratificaba que,

> […] *the pope, as Christ's vicar on earth, is responsible for all souls before God, and his jurisdiction extends over all men without distinction. In the case of non Christian societies, the Pope has power over them de* iure*, but not de* facto.

---

[372] Juan Ginés de Sepúlveda: *Apología*. Madrid, Ed. Nacional, 1975, p. 58.

[373] Xavier Tubau: «Canon law in Juan Ginés de Sepúlveda's "Democrates secundus"», en *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*. Núm. 73, 2, 2011, p. 270.

> *Punishment of infidels could be allowed only if natural law were not respected, as this law is common to all men regardless of their religious believes. Consequently, sins like sodomy or idolatry could be punished*.[374]

Apelando a este destacado precedente, Sepúlveda exalta la compasión cristiana que ha evitado una admitida privación de bienes y el acaecimiento de muerte de los violadores de las leyes divina y natural. Al aludir a pasajes extraidos de sus fuentes que resaltan que «anualmente en una sola región, llamada Nueva España, solían inmolar a los demonios más de veinte mil hombres sin merecerlo», el autor no solo consigue imprimir sensacionalismo al tratado sino también trazar un método con el que respaldar sus opiniones. Tal como certifica el Antiguo Testamento,

> […] si se hubiese de haber obrado en justicia con ellos para que fuesen castigados en razón de sus crímenes públicos, y no se hubiese decidido anteponer la equidad y misericordia a la severidad podían ser privados no sólo de sus bienes, sino hasta de su vida, para que se recibiesen el mismo castigo que aquellos cuyos pecados imitaron, según las decisiones divinas y la imprecación del Salmo: «Derrama tu ira sobre las gentes que no te conocieron y sobre los reinos que no invocaron tu nombre». Pero, según veo, otros fueron y son los proyectos de nuestros muy dignos reyes de España, quienes en esta misión que les cupo en suerte de someter a esos bárbaros a su dominio y al de los cristianos, tienen presente no el castigo de los pecados, sino la enmienda, salvación y público bienestar de aquellas gentes, según lo exige la razón de la piedad cristiana, que es de gracia y mansedumbre y no, como la antigua, de servidumbre y temor.[375]

---

[374] *Ibid*. pp. 268-269.

[375] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit*. p. 72.

Al horror de los sacrificios humanos se suma el pecado, igualmente grave, de idolatría. En el tratamiento de este último fenómeno, García-Añoveros indica que hay de ordinario dos posturas:

> Una, encabezada por San Cipriano, y seguida, entre otros, por Sepúlveda, que reflexionan: si antes de la venida de Cristo se observaron estos preceptos relativos al menosprecio de los ídolos, cuando más deberán observarse después de la venida de Cristo. Otra, tolerante, que se apoya en algunos textos de la Escritura que recuerdan la bondad de Dios, que no quiere la muerte del pecador sino su conversión. […] San Agustín exhorta a no destruir los ídolos de los paganos, a no ser que éstos se conviertan y los destruyan voluntariamente. […] Santo Tomás aplica en este caso la doctrina del mal menor, pues aunque los infieles pequen con sus ritos, pueden ser tolerados, si de ello proviene algún bien o se evita un mal.[376]

Las inmolaciones humanas y la idolatría se cuentan entre los pecados, acostumbrados por los pobladores del «Nuevo Mundo», más condenados por los españoles, sin embargo, estos no agotan el rubro del incumplimiento de las leyes reguladoras del mundo. Ya que potencialmente son interminables, Leopoldo cuestiona a Demócrates si es factible castigar a quien las quebranta en solitario, es decir, si la barbarie procede del comportamiento singular o es intrínseca a la cultura: «[…] una causa pública no se debe considerar particularmente en cada individuo, sino en las costumbres e instituciones públicas, pues según enseña el Filósofo en el libro tercero, capítulo primero de la *Política*, «la conducta de una nación se entiende que está constituida por aquellos actos hechos públicamente por quienes mantienen la dirección política con plena autoridad.»[377]

---

[376] Jesús García-Añoveros: *Op. cit.* pp. 43-44.

[377] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit*. p. 83.

Según estudiaré más tarde, en la sección b) Teoría aristotélica de la «servidumbre natural», este dilema prefigura la forma de emplear la doctrina peripatética de la esclavitud, al tiempo que perfila la noción de que bastaría una reforma de tinte cristiano a las instituciones religiosas y administrativas de América, para mutar *restringidamente* la naturaleza de los nativos hacia una condición mejor dispuesta.

Justo al concluir el primer libro del *Demócrates Segundo*, Leopoldo inquiere si es posible valerse de un sistema pacífico, ajeno a la violencia, para predicar los Evangelios en las comunidades originarias. A tenor de las experiencias adversas, tomadas seguramente del libro XIX de la *Historia general y natural de las Indias* de Fernández de Ovideo, en la isla de Cubagua y la aldea de Chiribiche, Demócrates indica que no es factible, que aquellos intentos que se propusieron ofrecer un magisterio de inspiración irenista fracasaron. En consecuencia,

> Este es, pues, el proceso lógico de la guerra. Primeramente, que se declare, esto es, amonestar a los indios a que acepten los grandes beneficios del vencedor y se instruyan en sus óptimas leyes y costumbres, se imbuyan de la verdadera religión y admitan el imperio del rey de las Españas, no sea que si obran contrariamente y rechazan su dominio, sean maltratados hostilmente por los españoles que con el fin de dominarlos fueron enviados por su Rey; si los indios piden tiempo para deliberar, se les debe conceder cuanto sea necesario para reunir un consejo público y redactar las decisiones, pero no conviene darles un lapso de tiempo excesivo; pues si se hubiese de esperar a que ellos se instruyesen en la naturaleza, costumbre e inteligencia de los españoles y de las suyas, de la diferencia de ambos pueblos, del derecho de mandar y obedecer, de la diferencia, honestidad y verdad de bondad y religión, el tiempo concedido se alargaría hasta el infinito y sería en vano, pues esto no puede conocerse sino después de aceptado nuestro gobierno, con el trato continuo de nuestros hombres y con la doctrina de los maestros de moral y religión.

> Si después de instruidos de este modo cumplen nuestras órdenes, han de ser admitidos en la fe y se les han de conceder condiciones de paz justa en conformidad con su naturaleza, para que, según la sentencia del Deuteronomio, «sirvan bajo tributo». Pero si, no haciendo caso de la amonestación y rechazando temerariamente a los embajadores, rehúsan con pertinacia tomar parte en la conferencia y se preparan para resistir, al ser derrotados, tanto ellos como sus bienes caerán en poder del príncipe vencedor para que pueda decidir de ellos según su parecer, con tal de que la prudencia y la razón de la paz y del bien público rijan su voluntad, con una norma que ha de aplicarse siempre al castigar al enemigo después de la victoria.[378]

El acento que pone Sepúlveda a lo largo del *Democrates secundus* en las desemejanzas de «prudencia, ingenio y todo género de virtudes y humanos sentimientos», propios de la sociedad española respecto de la indígena americana, prepara la negación óntica de la diferencia, momento preliminar de la *asimilación negativa* colonialista. A la voluntad de incorporar, por *humanitarismo*, a las culturas doblegadas al devenir de la *Historia*, le antecede el requisito de ser negadas. Así, el hecho del *descubrimiento* adquiere la cualidad de otorgamiento de sentido, pues solo con la llegada de los conquistadores españoles, América logra agenciar una *realidad auténtica* a través de la concesión de su *ser historicista*. La negación del ente colonizado que solicita el proceso, usurpa las peculiaridades de la *diferencia*, de manera que se termina asimilando una forma domesticada, transformada por la dialéctica colonial, de lo *mismo*.

Escrito en Alemania en el contexto de entre guerras mundiales, *El concepto de lo político* de Carl Schmitt, sostiene que en la creación discursiva del «enemigo», el factor más

[378] *Ibid.* pp. 61-62.

determinante es precisamente el del establecimiento de las desigualdades radicales entre grupos enfrentados.

> El enemigo político no necesita ser moralmente malo, ni estéticamente feo; no hace falta que se erija en competidor económico, e incluso puede tener sus ventajas hacer negocios con él. Simplemente es el otro, el extraño, y para determinar su esencia basta con que sea existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intensivo.[379]

Aquella cualidad política a la que puede reducirse toda acción y motivo, es la que envuelve la distinción entre pueblos «amigos» y «enemigos». En vista de que la guerra es una lucha armada entre unidades políticas organizadas y tiene sus propias reglas, puntos de vista estratégicos, tácticos y de otros tipos, se presupone que al declararse, la pregunta por quién es el enemigo, está contestada. Schmitt escribe que este es el conjunto de personas que tienen una posibilidad real de oponerse combativamente a otra agrupación análoga; por ello, un individuo privado no detenta enemigos políticos, pues esta categoría solo tiene sentido en el orden público.

Como documento de exhortación bélica, a través del *Demócrates*, Sepúlveda se propone definir la noción de otro enemigo legítimo de la cristiandad europea: el «indio» o bárbaro de occidente, distinto al «turco» o bárbaro de oriente. Desde una posición ideológica defensiva, se presupone la amenaza potencial que representan, para el conglomerado civilizado en un momento de gran vulnerabilidad internacional, los numerosos pueblos recién sometidos por los «adalides» castellanos. Así, el *corpus* conceptual desde el que se proclama la necesidad de una guerra justa, sirve a su vez al objetivo político de salvaguardar a Europa,

---

[379] Carl Schmitt: *Op. cit*. pp. 59-60.

en especial la supremacía del imperio hispánico, de los eventuales peligros de la acechante barbarie.

La proposición de una cruzada civilizatoria emprendida por naciones, material y moralmente superiores, en contra de entidades políticas inferiores, sirve a Sepúlveda de cobertura ideológica: con su insistente desacato a las leyes, el enemigo americano, no solo agrede los valores cristianos de España, ni los intereses evangelizadores de la Iglesia, sino a la humanidad en su conjunto. Apreciado en su crudo pragmatismo, el principio de que se lucha por la religión, el apego al orden natural, la custodia de la civilización y el aseo de la humanidad, deriva en un útil recurso argumentitivo para respaldar las pretenciones expansionistas del rey Carlos V.

> El concepto de la humanidad excluye el del enemigo, pues ni siquiera el enemigo deja de ser hombres, de modo que no hay aquí ninguna distinción específica. El que se hagan guerra en nombre de la humanidad no refuta esta verdad elemental, sino que posee un sentido político particularmente intenso. Cuando un Estado combate a su enemigo político en nombre de la humanidad, no se trata de una guerra de la humanidad sino de una guerra en la que un determinado Estado pretende apropiarse un concepto universal frente a su adversario, con el fin de identificarse con él (a costa del adversario), del mismo modo que se puede hacer un mal uso de la paz, el progreso, la civilización con el fin de reivindicarlos para uno msmo negándoselos al enemigo.[380]

---

[380] Carl Schmitt: *Op. cit.* pp. 84-85. Podría verse en Sepúlveda a uno de los primeros que comienza a priorizar la demarcación del enemigo en la teoría de la guerra y así precipitar el desarrollo moderno argüido por Étienne Balibar: «Mientras que la guerra medieval, cuyo tipo es la cruzada, parte de la definición y la absolutización de una «causa» que acarrea como consecuencia la definición de un enemigo absoluto, la guerra moderna, codificada en el «derecho internacional» del *Jus Publicum Europäum*, resulta de una secularización radical de las concepciones de la soberanía, y trae como

En el segundo libro del *Demócrates,* cuando los personajes retoman la discusión, «despúes de tan buena acogida, y una conversación familiar, alegre y nada indocta, dedicaron algunas horas al descanso, y al caer la tarde se retiraron a la misma verde umbrosa ribera del Pisuerga», Sepúlveda revela que los fines de la guerra hecha a los aborígenes son la pacificación, el despertar de la proclividad hacía un género de vida más humano y la admisión en la comunidad cristiana de fe. El *ius post bellum* contempla la admisión de los nuevos súbditos aculturados a la burocracia virreinal menor, con lo que se ganaría su disciplina y obediencia en favor de la perpetuación del imperio.

> A mí me agrada sobremanera y siempre me agradó el precepto de los grandes filósofos que escribieron de Política, de que en una república perfectamente instituida no sólo se tenga presente a los varones probos y prudentes, sino también a la multitud, al otorgar beneficios y nombrar los cargos. Pues aunque las altas magistraduras y los cargos que son desempeñados por prefectos individualmente o en compañía de pocas personas deben ser confiados a los mejores y más prudentes varones, según lo exige el orden natural, sin embargo como las personas perfecas y prudentes son escasas en todas las partes y en cambio numerosa la multitud del pueblo, en contra de cuya voluntad es muy difícil que se mantenga el imperio de una minoría de personas buenas, enseñan que es beneficiosa confiar a la plebe y a personas de la plebe los cargos de menor importancia y aquellos que son desempeñados por muchos a la vez, no sea que, de no hacerlo así, se perturbe y aun hasta se derrumbe la estabilidad política, al pasar a la oposición una gran mayoría.

---

consecuencia la primacía de la noción de enemigo legítimo (*justus hostis*) sobre la noción de causa justa, si no la eliminación de ésta.» Ver, Gilles Bataillon, et. al.: *Op. cit*. pp. 299. En la introducción a *De Regno*, J. M. Pérez-Prendes declara a este respecto que, «Muchos años más tarde Carl Schmitt expresará de otra forma la relación binómica como base de todo Derecho político, pero quizá la diferencia no sea mucho más que formal.» Ver, Juan Ginés de Sepúlveda: *Acerca de la monarquía. Op. cit.* p. XIV.

> […] En consecuencia, los reyes de España y sus consejeros deben tener en cuenta tales preceptos de los filósofos para establecer sobre estos bárbaros un imperio tal que ni, debido a la indulgencia y libertad mayor que la que requieren su naturaleza y condición, se insolenten y con tal licencia y atracción conspiren para volver a su primitiva situación e inveteradas costumbres de vida, ni a su vez se les oprima con tan duro imperio y se les dé un trato tan servil y deshonroso que, hartos de la esclavitud e indignidad, constituyan el peligro de desgracias para los españoles y busquen todas las ocasiones de arrojar el yugo, como hicieron los Ilotas contra los Lacedemonios, los Penestia contra los tesalios, por idéntico motivo, según cuentan los mismos filósofos.[381]

Lo que Sepúlveda parece recomendar es una cuidadosa transición del sistema de gobierno heril al de imperio civil: en la medida en que progrese la educación piadosa y se erradique el pecado, mudar de la inicial condición de siervos a la de súbditos, dos acepciones contempladas en la voz latina *servus*. A pesar de que la mayoría de los originarios de América son «esclavos por naturaleza», no es conveniente para la república que entre los vasallos de la Corona se prolongue tal estado de esclavitud en el ámbito social. Por lo tanto, estos términos no son necesariamente incompatibles. Así, Sepúlveda imagina la fundación de una ciudadanía americana que se asemeje a la que impera en España, lo que significa que, aunque inevitables de momento, los regímenes de encomienda y repartimiento son solo transitorios.

[381] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit.* pp. 131-132.

b) La teoría aristotélica de la «servidumbre natural»

Gianfranco Fioravanti asevera, en el artículo *Servi, rustici, barbari: interpretazioni medievali della Politica aristotelica* que, entre los comentaristas medievales de Aristóteles, se perfiló una caracterización del esclavo por naturaleza que no fue satisfecha por un referente concreto: «*L'impresione, per altro, è che la classe definita dal concetto di barbaro-schiavo, nonostante la precisione delle sue connotazioni sia rimasta nel Medioevo vuota*». La pregunta por quiénes ajustaban legítimamente en esta categoría tuvo varias respuestas parciales a lo largo de los siglos, pero no se sistematizó hasta que Sepúlveda la adopta y desarrolla en el *Democrates secundus*:

> *La definizione del barbaro-servo costruita dai medievali rimane dunque stranamente inapplicata nel Medioevo, anche nelle poche occasioni in cui avrebbe potuto trovare motivi di verifica. Ma alla scoperta del Nouvo Mondo, ai primi contatti con le nuove popolazioni, essa comincerà a funzionare e potremo leggere nel Democrates secundo di Sepulveda, gravide ora di ben più pesanti implicazioni, le stesse espressioni che abbiamo trovato nei testi di Alberto Magno a di Tommaso.*[382]

En la perspectiva de Fioravanti, son las interpretaciones medievales de Aristóteles las que terminan edificando una imagen precisa del siervo por naturaleza, implicando, en la definición original, propiedades de tipo geográficas y étnicas anexionadas por Alberto Magno en el siglo XIII. Aunque con firmes pilares de la ortodoxia peripatética, esta es

[382] Gianfranco Fioravanti: «Servi, rustici, barbari: interpretazioni medievali della *Politica* aristotelica», en *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*. *Classe di Lettere e Filosofia Serie III*. Vol. 11, No. 2, 1981, p. 429.

justamente la que Sepúlveda admite con apego a los mermados componentes culturales, físicos y antropoetnológicos que endosa, por conducto de sus fuentes, a los «indios» de América.

El primer libro de la *Política* de Aristóteles argumenta que el esclavo es una «posesión animada» del amo. El hombre que, por su condición nata inferior es propiedad e instrumento de otro, tiene el deber de actuar bajo sus órdenes con apego a la disposición natural. Y esto resulta justo.

> En primer lugar es necesario que se emparejen los seres que no pueden subsistir uno sin el otro; por ejemplo, la hembra y el macho, con vistas a la generación. […] O, por ejemplo, lo que por naturaleza domina y lo dominado, para su supervivencia. Porque el que es capaz de previsión con su inteligencia es un gobernante por naturaleza y un jefe natural. En cambio, el que es capaz de realizar las cosas con su cuerpo es súbdito y esclavo, también por naturaleza. Por tal razón amo y esclavo tienen una conveniencia común.[383]

La naturaleza no hace nada precariamente sino cada cosa está dotada de un propósito único. Ya que el fin al que todo apetece, consiste en la perfección de su virtud y función propia, la *Ética nicomáquea* elucida que para precisar la noción de *εὐδαιμονία* (felicidad) es necesario preguntarse por lo que corresponde solo al ser humano. Por «función propia» de una cosa, Aristóteles entiende lo que únicamente esta puede hacer, o lo que puede hacer mejor que cualquier otra, de modo que lo *propio* del género humano es la actividad del alma conforme al *λόγος* (razón).[384] Este atributo consustancial, no accidental, establece un determinismo naturalista que vuelve inflexible a la jerarquía ontológica erigida en la *Política* y la *Ética*.

---

[383] Aristóteles: *Política.* Madrid, Alianza, 2009, p. 46.

[384] Aristóteles: *Ética.* Madrid, Gredos, 2007, p. 30.

Sin embargo, es necesario observar que, «como el artesano no siempre realiza con perfección igual su propia obra», hay personas que sobresalen por su virtud y otras de menores capacidades. Por consiguiente, «hay que estudiar lo natural en los seres que se comportan de acuerdo con la naturaleza, y no es los pervertidos», lo inherente en el ser humano debe evaluarse según su excelencia y, si estas son varias, con la mejor y la más perfecta. «El Estagirita, hondamente influido por las ideas de su época, defiende la opinión tradicional, observando que en cualquier realidad que forme un todo unitario hay siempre un elemento imperante y otro imperado, y que este nexo se da indefectiblemente en todos los seres naturales.»[385]

> En todo lo que está constituido por varias partes, y que se desarrolla en algo único y común, tanto si es de elementos continuos o separados, en todo aparecen lo dominante y lo que es dominado, y eso sucede en los seres animados como en la naturaleza toda. Pues también en los que carecen de vida existe cierta jerarquía, como la de la armonía.[386]

En beneficio general, puesto que «entre el esclavo y el señor, que por naturaleza son dignos de su condición, existe un cierto interés común y una amistad recíproca», es necesario que la *polis* entera dé cumplimiento al principio gradual de superioridad e inferioridad de todas aquellas relaciones que se diferencian entre sí como el alma del cuerpo: el humano manda sobre el animal, el amo sobre el siervo, el adulto sobre el infante y el macho sobre la hembra. Este equivocismo ontológico significa que el ente supeditado (animal, esclavo, niño o mujer) al ente rector, no efectúa completamente el suceso intelectual, es decir, la actualización de su

---

[385] Eduardo García Máynez: *Doctrina aristotélica de la justicia*. México, UNAM, 1973, p. 151.

[386] Aristóteles: *Política. Op. cit.* p. 52.

potencia, pues solo «participa de la razón en tal grado como para reconocerla, pero no para poseerla.»[387]

Es probable que una de las funciones de la hipótesis aristotélica de la *φύσει δούλου*, fuera la de consolidar el régimen de esclavitud de *facto* con el que operaba el antiguo Estado griego. Dado que «*Aristoteles fa qui un solo accenno, tra i vari esempi di bestialitas, a popolazioni che vivono sulle coste del Ponto Eusino, mentre per il resto si tratta di aberrazioni individuali*»,[388] la interrogante por quiénes personificaban en el terreno de los hechos tal concepción, buscó renovarse a través del tiempo. En comparación con el horizonte de realidad de los teólogos y filósofos medievales, el estigma y la trascendencia de un pensamiento como el de Sepúlveda, radica en que persiguió situar en los nativos americanos el referente empírico, arquetípico, del siervo por naturaleza, contribuyendo a la conjetura de John Maior expuesta en los *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo*.

Mientras escribía el *Democrates secundus*, Sepúlveda corregía los últimos detalles de su traducción de la *Política* de Aristóteles: la salida de emplazar a los «indios», en relación con los colonos españoles, al vínculo dialéctico de esclavo y amo, es consecuencia de este momento de completa inmersión en el aristotelismo «puro» de presunciones humanistas. Para José Gallegos Rocafull, «Sepúlveda no llega al filósofo griego a través de Santo Tomás, como de ordinario hacen los teólogos, ni cuida de atenuar sus expresiones para ajustarlas en

[387] *Ibid*. p. 53.

[388] Gianfranco Fioravanti: *Op. cit.* p. 424.

lo posible a los principios tomistas; él sigue a la letra el texto aristotélico y lo repiensa con un criterio predominantemente jurídico.»[389]

En opinión de Rocafull, en la etapa inaugural del planteamiento «americanista» de Sepúlveda, hay una premisa teórica y otra de carácter práctico. El *ius ad bellum* al que recurre en el *Demócrates*, articularía así dos principios: el primero, de «ley», señalaría que el menester y la justicia de la guerra contra las poblaciones americanas, están garantizadas bajo el precepto aristotélico de que es acuciante que lo imperfecto se someta, o sea reducido, a lo perfecto. El segundo, de «hecho», descansaría en la comprobación de que tales comunidades, en prudencia, ingenio, virtud, policía y humanidad, están tan debajo de los europeos como el cuerpo del alma.

De esta forma, la versión sepulvediana de la doctrina filosófica de Aristóteles, sirve como resguardo *a priori* de la guerra que el imperio hispánico lleva a cabo en América. Esta se apoya en la ley natural, cuyo indispensable refuerzo es la ley divina: detenta un sentido ético universal porque prioriza la razón, aquello que es más propio en el *zoon politikón*, y sentido ecuménico por participar de la mismísima voluntad de Dios.

> Los filósofos dan la siguiente definición de ley natural: «la que en todas partes tiene la misma fuerza, sin depender de apreciaciones circunstanciales». Los teólogos

[389] José M. Gallegos Rocafull: *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII*. México, UNAM, 1951, pp. 45-46. Esta opinión solo tiene sentido para el *Demócrates Segundo*, ya que en la *Apología*, la supuesta inferioridad del amerindio va a explicarse por causas climatológicas y costumbres nefastas. En dicha defensa, Sepúlveda sustituye la autoridad de Aristóteles por la de Santo Tomás para protegerse de las acusaciones de recurrir a los paganos como fundamento de sus tesis; reduce así el recurso de Aristóteles a su mínima expresión, sin siquiera hacer explícita la teoría de la esclavitud natural. Ver, Francisco Castilla Urbano: *El pensamiento de Juan Ginés de Sepúlveda. Vida activa, humanismo y guerra en el Renacimiento. Op. cit.* pp. 187-188.

> vienen a coincidir con otras palabras, pero que tienden a lo mismo, de este modo: «Ley natural es la participación de la ley eterna en la criatura dotada de razón». «Ley eterna», según define San Agustín, «es la voluntad de Dios que quiere la conservación del orden natural y prohíbe su perturbación». Ahora bien, de esta ley eterna es partícipe el hombre por la recta razón e inclinación al deber y a la virtud; pues aunque el hombre sea arrastrado al mal por el apetito, sin embargo por la razón es propenso al bien. Así pues, la recta razón e inclinación al deber y a aceptar las obligaciones de la virtud, es y se llama ley natural.[390]

En observancia a este precepto, el ser humano que únicamente es capaz de «reconocer» la razón, pero no de «poseerla», es esclavo por naturaleza. A pesar de tener limitada la facultad política por excelencia, aun en una modalidad restringida, tal *homunculo* (hombrecillo) es considerado dentro del género humano. Acorde con Aristóteles, el amo y el esclavo mantienen una solidaria comunidad de intereses como resultado del acuerdo justo e inalterable de la ley natural; en consecuencia, si el ente subordinado al principal, eludiera sujetarse a su congénita categoría, la lucha contra él no solo sería necesaria sino legítima.

> De modo que también el arte de la guerra será en cierto modo un arte adquisitivo, puesto que la caza es una parte suya. Y ésta debe practicarse frente a los animales salvajes y frente a aquellos hombres que, si bien han nacido para ser gobernados, se niegan a ello, en la convicción de que esa guerra es justa por naturaleza.[391]

Antes de reseñar las características de los enemigos americanos, Demócrates interpela a Leopoldo acerca de «¿qué se va a esperar de hombres entregados a toda clase de pasiones y

---

[390] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit.* p. 47.

[391] Aristóteles: *Política. Op. cit.* p. 59. Estas palabras de la *Política* de Aristóteles son citadas textualmente por Sepúlveda en el *Demócrates* (p. 56), con ellas da un argumento de autoridad para justificar el uso de la fuerza en observancia de la ley natural.

nefandas liviandades y no poco dados a alimentarse de carne humana?» Con el fin de robustecer la premisa práctica o *a posteriori*, Sepúlveda requirió de demostraciones materiales de la «estrechez racional» de los indígenas, aportadas principalmente por tres vías: el testimonio personal de Hernán Cortés, las cinco *Cartas de relación* y las crónicas de Gonzalo Fernández de Oviedo.

Así como el *Sumario de la natural historia de las Indias* describe elocuentes escenas de las inmolaciones hechas al demonio «Tequina», a quien «hácenle sacrificios de muchas partes de sangre y vidas humanas», las *Cartas* de Cortés abonan a consolidar el prejuicio de que los sacrificios rituales, atroces y sanguinarios, se realizan al servicio de ídolos ligados al diablo.

> […] todos los días antes que obra alguna comienzan, queman en las dichas mezquitas incienso y algunas veces sacrifican sus mismas personas, cortándose unos las lenguas y otros las orejas, y otros acuchillándose el cuerpo con unas navajas. Toda la sangre que de ellos corre la ofrecen a aquellos ídolos, echándola por todas las partes de aquellas mezquitas, y otras veces echándola hacia el cielo y haciendo otras muchas maneras de ceremonias, por manera que ninguna obra comienzan sin que primero hagan allí sacrificio. Y tienen otra cosa horrible y abominable y digna de ser punida que hasta hoy no habíamos visto en ninguna parte, y es que todas las veces que alguna cosa quieren pedir a sus ídolos para que más aceptasen su petición, toman muchas niñas y niños y aun hombres y mujeres de mayor edad, y en presencia de aquellos ídolos los abren vivos por los pechos y les sacan el corazón y las entrañas, y queman las dichas entrañas y corazones delante de los ídolos, y ofreciéndoles en sacrificio aquel humo.[392]

[392] Hernán Cortés: *Op. cit*. pp. 21-22. Es posible que de este pasaje, Sepúlveda allá tomado el fundamento de su descripción: «[…] pensaban que debían sacrificar víctimas y abriendo los pechos humanos arrancaban los corazónes, los ofrecían en la nefandas aras y creían haber hecho así un

Al aludir a los «indios», los adjetivos más recurrentes de estos informes son los de «cobardes», «pecadores», «rudos», «impíos», «feroces», «idólatras», «sodomitas», «nefandos», y especialmente «bárbaros», todos ellos asisten a probar la irrefutabilidad de que los enemigos trasatlánticos del imperio hispánico, responden al concepto aristotélico de siervos por naturaleza. No cabe duda, «el hecho de que algunos de ellos parezcan tener ingenio para ciertas obras de artificio no es argumento de más humana prudencia, puesto que vemos cómo ciertos animalitos, como las abejas y las arañas, hacen obras que ninguna humana habilidad logra imitar […]. El hecho de tener casa y algún modo racional de vida en común y el comercio a que induce la necesidad natural, ¿qué prueba sino que ellos no son osos o monos carentes por completo de razón?»[393]

La desigualdad ontológica engendra una disconformidad epistemológica, síntoma de una capacidad racional mermada, no por causas naturales, sino por anomalías socioculturales inducidas desde las costumbres públicas e instituciones. En lo que respecta a la valoración cultural, Sepúlveda hace hincapié en el menoscabo transgeneracional producido por la carencia de un sistema alfabético que permitiría inventariar la historia y las pobres resoluciones jurídicas de los *mexicanos*, «que se les considera como los más civilizados de todos»: «[…] no sólo carecen de cultura, sino que ni siquiera usan o conocen las letras ni conservan monumentos de su historia, sino cierta oscura y vaga memoria de algunos hechos

sacrificio ritual con el que habían aplacado a sus dioses, y ellos mismos se alimentaban con las carnes de las víctimas.» Ver, Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit*. p. 68.

[393] *Ibid.* p. 67.

consignada en ciertas pinturas, carecen de leyes escritas y tienen instituciones y costumbres bárbaras.»[394]

Siguiendo a Aristóteles, Sepúlveda proclama que la esencia humana se expresa en distintos grados de plenitud. Entonces, las desigualdades culturales no se deben al desarrollo histórico ulterior de cada pueblo, expresión temporal del género humano, sino a la pluralidad ontológica que condiciona el desarrollo diferenciado. A la jerarquización naturalista, el autor agrega el principio de historicidad, que vuelve la diversidad cultural, la manifestación de una sustancia que no es la misma siempre. Mario Ruiz Sotelo apunta que esta graduación antropológica es un pensamiento de tipo relativista que, por eso, delata ya su modernidad; en él se percibe el lejano germen de la comprensión de las diferencias culturales y mudanzas históricas como indicación de la historicidad en el ser mismo del hombre.

> Puesto que el «ser ahí» es temporal, sujeto a un devenir, se abre la posibilidad de una distinción no sólo óntica, sino ontológica, entre los pueblos sujetos a procesos históricos diferentes, pudiéndose dar el caso de que, en efecto, algunos alcancen un grado de perfeccionamiento superior al de otros.
>
> La hermeneútica ontológica heideggeriana parece actuar en favor de los argumentos de Sepúlveda (y de Aristóteles).[395]

Ahora bien, el humanista cordobés hace un uso restringido o, mejor dicho, *adaptado* de la doctrina de la servidumbre natural. La superioridad de los españoles sobre los indígenas que justifica su dominación, tiene como límite y fin, el «cultivo» y «provecho» de los vencidos, algo impensable en Aristóteles. Por otro lado, en ninguna parte de la *Política* se admite algún tipo de superación en el esclavo por naturaleza, entre tanto, por conducto de una esmerada

---

[394] *Ibid*. pp. 65-66.

[395] Mario Ruiz Sotelo: *Op. cit.* pp. 98-99.

educación en manos de los mejores individuos, Sepúlveda refiere la posibilidad que el bárbaro tiene de evolucionar al estado de la persona civilizada, «en cuanto puede serlo».

> Antes de la llegada de los cristianos tenían la naturaleza, costumbres, religión y práctica de nefandos sacrificios que hemos explicado; ahora al recibir con nuestro gobierno nuestras letras, leyes y moral, imbuidos en la religión cristiana, quienes se han mostrado dóciles a los sacerdotes que les hemos mandado, como muchos lo han hecho, *tanto se diferencias de su primitiva condición* como los civilizados de los bárbaros, los provistos de vista de los ciegos, los inhumanos de los mansos, los piadosos de los impíos, en una palabra y para decirlo de una vez, casi cuanto los hombres de las bestias.[396] [Cursivas mías]

La efectiva transmutación de los *homunculos* americanos (lujuriosos, débiles, vengativos y haragánes, además de carentes de policía y obedientes a la voluntad del diablo, manifiesta en la idolatría, los sacrificios y la antropofagia), hacia un modo de vida más humano, a través del buen ejemplo y la evangelización proporcinada por los españoles, pasa por declararles la guerra. En otras palabras, el cometido del emperador Carlos V en América es luchar en nombre de la religión cristiana y la humanidad que pregona el humanismo, la del *homo universalis* que decodifica y actualiza los significados de la estela civilizatoria dejada por la Antigüedad.

De la causa justa de guerra por grado de civilidad, incoporada en el *Demócrates*, Schmitt reflexiona que

> Aducir el nombre de la «humanidad», apelar a la humanidad, confiscar ese término, habida cuenta de que tan excelso nombre no puede ser pronunciado sin determinadad consecuencias, sólo puede poner de manifiesto la aterradora

[396] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit.* p. 68.

pretensión de negar al enemigo la cualidad de hombres, declararlo *hors-la-loi* y *hors l'humanité*, y llevar así la guerra a la más extrema inhumanidad.[397]

c) Humanismo filoitaliano

En el *Demócrates Segundo* hay una gama de rasgos formales por los que Juan Ginés de Sepúlveda se descubre como un gran intelectual humanista. Influenciado e influyente, en la escuela derivada del Renacimiento, estos aspectos los define su labor de traductor, preceptor, tratadista e historiador; cada uno salpicado de la característica soberbia epistemológica de los sabios italianos de entoces, quienes, en palabras de Juan Luis Vives, «sienten asco y aborrecimiento de todos los trasalpinos, como si fueran bárbaros», así como de aspiraciones a alcanzar la universalidad moderna bajo el ideal del *homo universalis*, abrigado por la *dignitate hominis* de inspiración cristiana.

Aun siendo estudiante del Real Colegio de San Clemente de los Españoles de Bolonia, Sepúlveda debió leer con sumo esmero el popular libro *De officiis*. Además de proporcionarle una competencia estilística y deductiva, varios años más tarde, el texto de Cicerón le facilitó una de las líneas argumentativas más sólidas del *Demócrates* que, a su vez, orienta toda una filosofía de la historia: la de cifrar la *communem humani generis societatem* con objetivos adyacentes de perfección y el deber solidario de separar al prójimo de la barbarie, «desterrarse de la humana sociedad toda esa raza perniciosa y malvada. […] segregarse esta crueldad y monstruosidad propia de la bestia, bajo la figura de hombre, de lo

[397] Carl Schmitt: *Op. cit*. p. 85.

que es como cuerpo común de la humanidad.» Es decir, el carácter *altruista* que distingue a la cruzada emprendida por España contra los «indios».

«Y así como la ley natural y de la caridad cristina nos obliga a mostrar el camino a cualquier hombre errante, con mucha mayor razón nos exigen atraer a los paganos a la verdera religión si ello se puede hacer cómodamente sin gran detrimento nuestro.»[398] La evaluación de la comunidad humana como una sola, admite en su concepción el ideal renacentista del *homo universalis*, caracterizado por Pico della Mirandola como la única etnidad de naturaleza indefinida creada por Dios, «casi cual libre y soberano artífice», que, a través de una escrupulosa formación logra aproximarse a la *divinitas* de su condición en detrimento de la *feritas*: «podrás degenerar en las cosas inferiores que son los brutos, podrás, al grado de tu voluntad, regenerarte en las cosas que son divinas.»[399]

> El «descubrimiento» de América tuvo lugar en una época que se conoce como «Renacimiento», un momento en cuya autocomprensión la Antigüedad juega un papel fundamental. Y los renacentistas ven en ella sobre todo una nueva imagen del hombre: solo desde una humanidad ideal ─ese «hombre» que con tanto ahínco buscan los «humanistas»─ puede investigarse en qué medida los seres humanos concretos y empíricos satisfacen esa humanidad ideal. O como dice Carl Schmitt: únicamente con el ser humano en el sentido de una humanidad absoluta aparece, como la otra cara del mismo concepto, «su específico nuevo enemigo, el *Unmensch.*»[400]

Para los humanistas, todo conocimiento histórico es conocimiento del presente. Sepúlveda piensa y escribe bajo una filosofía de la historia de talante cíclico, ello posibilita que en la

---

[398] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit*. p. 88.

[399] Giovanni Pico della Mirandola: *Op. cit*. p. 23.

[400] Salvador Mas Torres: *Op. cit.* pp. 435-436.

Cohortatio ad Carolum V ut bellum suscipiat in Turcas, la conflagración entre los cristianos, sucesores directos de los griegos, y los otomanos, descendientes de los troyanos, sea interpretada como hermana de la que tuvo lugar en la Antigüedad. Mientras, en el *Democrates secundus* las responsabilidades histórica del actual imperio hispánico, sean casi idénticas a las que en su momento agobiaron a los romanos y, en el *Gonsalus seu de appetenda gloria dialogus*, se revele una afinidad intelectual genealógica entre Grecia, Roma, España y Córdoba.

> Jamás creeré yo que aquellos que florecieron con la mayor brillantez en el cultivo de las letras (Homero, Sócrates, Platón, Aristóteles, Demóstenes, por parte de los griegos; y no en menor medida entre los romanos Marco Varrón, Cicerón, Virgilio, Plinio, o de nuestra patria Quintiliano, Marcial, Silio, y nuestros conciudadanos los Galiones, los Sénecas, Lucano y Averroes) habrían llegado a tal esplendor, de no ser porque habían aliviado los más denodados esfuerzos y las continuadas vigilias con la esperanza de una gloria que no habría de perecer.[401]

La historia ofrece a Sepúlveda no solo ocasión de adoptar el modelo romano de imperio, sino una utilidad presente que la vuelve una auténtica *magistra vitae* en incontables momentos del *Demócrates*. Por ejemplo, aunque «podría aquí enumerar muchas de las guerras llevadas a cabo por los griegos y romanos por esta causa», cuando aduce en favor del «catigo a quien comete ofensa» y acude a la lucha de diez años que los lacedemonios hicieron en contra de los mesenios o la que los romanos declararon a los corintios. Igualmente, para evitar guerras civiles o encumbrar tiranos, al referirse a la conveniente sucesión familiar de un reino, «como vemos que ocurre corrientemente entre los lacedemonios dentro de una sola familia de los

[401] Juan Ginés de Sepúlveda: *Gonzalo, diálogo sobre la apetencia de gloria. Op. cit.* p. 224.

Heráclidas y mucho más en España en la sola familia de los Pelágidas, si según la costumbre de mi patria se me permite llamar así a los descendeintes de Pelayo, primero de la dinastía que fue proclamado rey de España por el pueblo, después de la derrota que nos inflingieron los sarracenos y los moros.»[402]

Además de pericia en la materia de historia clásica, desde la fundación del Colegio de San Clemente, se exigía a los futuros canonistas un dominio probado de gramática, entre tanto, a los aspirantes a médicos y teólogos, suficientes conocimientos de gramática y lógica. En los estatutos de 1488, vigentes cuando Sepúlveda es admitido en el colegio, adicional a estas asignaturas, comenzó a solicitarse alguna destreza con la aritmética.[403] El empleo del discernimiento matemático en el *Demócrates*, no pasa desapercibido.

> Lo mismo que de un punto a otro, según doctrina de los matemáticos, sólo puede trazarse una línea recta y, en cambio, un número infinito de quebradas y curvas, y del mismo modo que los saeteros sólo tienen un recurso para dar en el blanco y muchísimos para errar; así, pecar en una misma cosa, como enseñan los filósofos acaecen de diversas maneras; obrar bien, de una sola. Ahora bien, entre las circunstancias la razón del fin es la principal; pues el fin en las obras, como enseñan los filósofos, viene a ser como las hipótesis en las matemáticas, y por el fin es justo que todas las cosas se dominen.[404]

Más tarde en su discurso, Sepúlveda presenta una *dudosa* estadística de datos numéricos que apunta a la cantidad de víctimas sacrificadas cada año en ritos perversos solo en el territorio de Nueva España. Aun cuando Cortés también se detiene a precisar la gran extención regional

---

[402] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit*. p. 58.

[403] Javier García Martín: *Op. cit.* p. 20.

[404] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit*. pp. 49-50.

y a aventurar un cálculo de inmolaciones anuales, el resultado cuantitativo entre una crónica y la otra es muy distinto.

Demócrates Segundo	*Cartas de relación*
Sobre todo, si al mismo tiempo se libra con ella de las más injustas opresiones a muchos inocentes, como les ocurre a esos bárbaros al pasar a nuestro dominio, de quienes consta que anualmente en una sola región, llamada Nueva España, solían inmolar a los demonios más de veinte mil hombres sin merecerlo; y así, excepto una sola ciudad, Méjico, cuyos habitantes al final ofrecieron una resistencia muy tenaz, toda aquella provincia, que es mucho más extensa que la totalidad de España, fue sometida al dominio de los cristianos con la muerte de muchos menos hombres que los que ellos solían inmolar en un solo año.[405]	Hacen esto estos indios tan frecuentemente y tan a menudo, que según somos informados, y en parte hemos visto por experiencia en lo poco que ha que en esta tierra estamos, no hay año que no maten y sacifiquen cincuenta ánimas en cada mezquita. Esto se usa y tienen por costumbre desde la isla de Cozumel hasta esta tierra donde estamos poblados. Y tegan vuestras majestades por muy cierto que según la cantidad de la tierra nos parece ser grande, y las muchas mezquitas que tienen, no hay año que, en lo que hasta ahora hemos descubierto y visto, no maten y sacrifiquen de esta manera tres o cuatro mil ánimas.[406]

O su fuente para referir esta noticia no fueron las *Cartas de relación*, lo que no quiere decir que el mismo Cortés en persona no haya podido brindar tales cifras, o Sepúlveda abultó estas deliberadamente para grangearse un motivo más a favor de la guerra y así crear una sensación afirmativa entre el público. Ya que las estadísticas eran un instrumento más de lucha política,

[405] *Ibid*. p. 85.

[406] Hernán Cortés: *Op. cit*. p. 22.

no es insólita su manipulación: el propio obispo Las Casas se sirve de la desproporcionalidad al insinuar que la ocupación española en las provincias del Perú, «verdaderamente, desde entonces acá hasta hoy más de mil veces más se ha destruido y asolado de ánimas que las que ha contado, y con menos temor de Dios y del rey e piedad, han destruido grandísima parte del linaje humano. Más faltan y han muerto de aquellos reinos hasta hoy (e que hoy también los matan) en obra de diez años, de cuatro cuentos de ánimas», y en todas «aquellas infelices Indias, cuarenta cuentos de ánimas que hemos echado.»[407] En nomenclatura actual, se trataría de la inverosímil suma de cuarenta millones de pobladores.

Una evidencia más del interés, apertura e inclinación humanista por todas las áreas del saber, es la afición que demuestra Sepúlveda por los principios que sustentan la ciencia médica de entonces, aún dominada por la «teoría humoral» derivada de Hipócrates y Galeno:

> Mucho interesa, a juicio de los médicos, que los buenos humores dominen en el cuerpo humano para la conservación de su estado natural y buena salud, y cuando sucede lo contrario y predominan los malos y corrompidos humores, no desaprovechan medio alguno, si es que lo hay, para atajar ese desarreglo y aminorar su pernicioso influjo. Pero si al intentar exterminarlos surge el peligro de que toda

[407] Bartolomé de Las Casas: *Tratados, t. I*. México, FCE, 1997, p. 173. Pierre L. van den Berghe mantiene que la demografía indígena en Mesoamérica disminuyó 3.2 millones en poco más de un siglo, es decir, pasó de tener una población de 4.5 millones en 1519 a 1.3 millones en 1646. Ver del autor: *Problemas raciales*. México, FCE, 1971, p. 78. Mientras, en las Antillas, Luciano Pereña estima que la población autóctona en 1492 era de 755 118 y que para 1510 había disminuido a 33 523. Algunas de las causas que se anotan son los trabajos forzados, resultado de intentar aumentar la rentabilidad de la producción; las enfermedades, adquiridas las más de las veces por la simple convivencia en aglomeraciones; la represión militar de los sublevados y el descenso de natalidad por negación de las mujeres a parir. Ver, Luciano Pereña: *La idea de justicia en la conquista de América*. Madrid, Mapfre, 1992, p. 17.

> la salud del cuerpo se destruya, los médicos prudentes se abstienen de curas peligrosas, no porque ignoren que tal perversión de humores es perjudicial y antinatural, sino porque están convencidos de que es preferible que el hombre viva aún con mala salud que perezca totalmente.[408]

Las señales inequívocas de la libertad política moderna, bien supremo del sujeto y del mercado, son una nueva relación con la riqueza, la propiedad privada y el derecho a comerciar bienes sin trabas de ningún tipo. En la *Exhortación a Carlos V*, Sepúlveda reprueba que los turcos atesoren «una ley que no sólo dispone que pasen al fisco real los bienes de los que mueren sin otorgar testamento y sin tener hijos, sino también que, en todas les herencias, el rey, como si fuese uno más de los hijos del muerto, reciba una parte de la herencia equiparable a la de estos.»[409] Este síntoma social de rusticidad y barbarie, más el hecho de que *ocupan*, pero no *poseen*, obviamente también está presente en América:

> Pero por otro lado tienen de tal modo establecida su república, que nadie posee individualmente cosa alguna, ni una casa, ni un campo de que pueda disponer ni dejar en testamento á sus herederos, porque todo está en poder de sus señores que con impropio nombre llaman reyes, á cuyo arbitrio viven más que el suyo propio, atenidos á su voluntad y capricho y no á su libertad, y el hace todo esto no oprimidos por la fuerza de las armas, sino de un modo voluntario y espontáneo es señal ciertísima del ánimo servil y abatido de estos bárbaros. Ellos tenían distribuidos los campos y los predios de tal modo, que una parte correspondía al rey, otra á los sacrificios y fiestas públicas, y solo la tercera parte estaba reservada para el aprovechamiento de cada cual pero todo esto se hacía de tal modo que ellos mismos cultivaban los campos regios y los campos públicos y vivían como asalariados por el rey y á merced suya, pagando crecidísimos tributos. Y cuando llegaba á morir el

[408] Juan Ginés de Sepúlveda: *Demócrates Segundo. Op. cit*. p. 57.

[409] Juan Ginés de Sepúlveda: *Exhortación a Carlos V. Op. cit.* p. 332.

> padre, todo su patrimonio, si el rey no determinaba otra cosa, pasaba entero al hijo mayor, por lo cual era preciso que muchos pereciesen de hambre ó se viesen forzados á una servidumbre todavía más dura, puesto que acudían á los reyeuelos y les pedían un campo con la condición no sólo de pagar un canon anual, sino de obligarse ellos mismo al trabajo de esclavos cuando fuera preciso.[410]

Aventajando un siglo y medio a las tesis difundidas por John Locke en el *Ensayo sobre el gobierno civil*, Sepúlveda aprecia en el sometimiento a la voluntad de «sus señores que con impropio nombre llaman reyes», la pérdida inaceptable de las libertades políticas individuales. Los habitantes del «Nuevo Mundo» caen bajo la forma de gobierno tiránico por una extralimitación de las facultades del soberano, previamente establecidas por consentimiento social. Así mismo, da una interpretación antifeudal de la propiedad, conectándola directamente con el trabajo, entendido como síntoma de civilidad y orden político, actividad por excelencia dirigida a sacar las cosas de su estado de naturaleza.

Quizás ningún otro rubro contenga tantas «señas» del humanismo renacentista boloñés como el del cometido estilítico y metodológico seguido por Sepúlveda en sus obras. Con apego a los postulados humanistas basados en teoría ciceroniana, la crónica de Indias *Del Nuevo Mundo* permite al autor, gracias a la estabilidad del género histórico, extremar la ambición procedimental expuesta en el *Demócrates Segundo*.

> Cicerón exige veracidad, exhaustividad e imparcialidad; reclama una organización del contenido que sitúe claramente los hechos en el tiempo y en su geografía; aboga por una historiografía crítica, que aborde tanto los hechos (*acta*) como sus preliminares o causas (*consilia*) y sus consecuencias (*eventus*); y, puesto que la

[410] Juan Ginés de Sepúlveda: *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*. *Op. cit.* pp. 109-111. Este relevante pasaje es suprimido por el autor en los códices que corrigió posteriormente, de modo que solo queda constancia de él en *Democrates alter*.

> Historia es para él la conjunción de la acción de la Fortuna y de los hombres, defiende la necesidad de que el historiador realice el retrato moral y cívico de sus protagonistas.
>
> En lo referente al estilo, la Historia debe atenerse como género literario que es a las exigencias de la *dispositio* y la *elocutio*: es decir, respecto de la primera, debe estructurar armónicamente todos sus elementos (*exaedificatio*) y, respecto de la segunda, una vez conseguidas unas estructuras sólidas sobre las que sustentar ese edificio debe darles el ornato (*exornatio*) que los recursos retóricos le proporcionan, recurriendo para ello a una lengua calma, fluida y armónica, lejos de la tensión y viveza del estilo oratorio forense.[411]

Sepúlveda mezcla la corriente historiográfica española de «Luis de Ávila, Antonio Ixar, Pedro Salazar y Alfonso Ulloa», a los principios humanistas delineados por «Paolo Giovio, Galeazzo Capella, Marco Guazzo y Mambrino Roseo», haciéndola depender de las reglas formales antiguas heredadas principalmente de Cicerón, Salustio y Tito Livio.[412] De este

---

[411] Juan Ginés de Sepúlveda: *Del nuevo mundo. Op. cit.* pp. LXXXIX-XC.

[412] Estos son los autores contemporáneos a los que Sepúlveda da crédito como historiadores, la mayoría conocidos suyos, en la carta a Neila que cito enseguida. Se trata de Luis de Ávila y Zúñiga (1500/1573), quien formó parte del séquito que acompañó a Carlos V a Bolonia para su coronación y, cuyo servicio en las guerras de Alemania, le permitió escribir por encargo el *Comentario del ilustre señor Luis de Ávila y Zúñiga de la guerra de Alemania hecha por Carlos V*, un *best seller* de su tiempo. Antonio Ixar (¿?), probablemnte fue un alto militar de quien solo se conoce que hizo una monografía de la guerra de Nápoles. Pedro de Salazar (1510/1576) escribió, al modo de Luis de Ávila, una *Historia y primera parte de la guerra que don Carlos, Quinto Emperador de los Romanos, movió contra los príncipes y ciudades rebeldes del reyno de Alemania*, fue padre del escritor Eugenio de Salazar. Alfonso de Ulloa (1529/1570) estuvo al servicio de Hernán Cortés entre 1542 y 1545, año en el que se trasladó a Venecia desempeñándose como escribiente de la embajada de Carlos V; entre muchos otros, tradujo a Fernando de Rojas, Juan Boscán y Garcilaso de la Vega al italiano y compuso *La vita dell'invittissimo Imperator Carlo Quinto*. Paolo Giovio (1483/1552) se graduó de medicina en Padua y después se convirtió en doctor de Julio de Médici, escribió biografías y episodios de la

modo, el cronista debe interesarse por aquellos acontecimientos que se presten a un desarrollo dramático, pues la historia no solo hay que exponerla bajo la forma narrativa sino también embellecerla con recursos formales.

En una carta dirigida a Diego de Neila, «el mejor de mis amigos», el pensador cordobés enlista a los autores clave de su concepción historiográfica afianzada en su paso por Italia. El documento más importante de esta naturaleza, advierte que además de Cicerón, en la base que inspira su estilo compositivo están Salustio, «que ocupa el lugar de privilegio en la historiografía romana», Livio, Trogo y Curcio, «escritores del mayor prestigio y credibilidad.»[413]

La recurrencia a fuentes «sincréticas», beneficia las obras históricas de Sepúlveda. Respecto a su multiplicidad y riqueza, expuesto en el mejor latín de su época, Antonio Ramírez de Verger señala que

> […] es ejemplar el latín renacentista y la historiografía humanista que desenvuelve. Hay quien ha tildado de estilo confuso lo que es maestría en el empleo de construcciones complejas por el uso de ablativos absolutos, oraciones de relativo y subordinadas temporales, fundamento de frases en las que contenido y forma se mantienen en suspenso hasta el final. Sepúlveda convertía el laconismo y concisión

---

historia de Italia en latín. Galeazzo Capella (1487/1537), diplomático al servicio de Francisco Sforza, su obra más conocida es *Commentarii de rebus gestis pro restitutione Francisci Sfortice II*. Marco Guazzo (1496/1556) fue militar, historiador y poeta, escribió sobre la historia política de las provincias de Nápoles y Venecia. Por último, Mambrino Roseo (1500/1582) tradujo al toscano varias obras castellanas, escribió poesía épica, novelas de caballerías y continuó la *Historia del reino de Nápoles* que Pandolfo Collenuccio había suspendido hasta 1460. Miguel de Cervantes lo menciona en el capítulo XXI, «que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino» de la primera parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

[413] Juan Ginés de Sepúlveda: *Epistolario. O. C. t. IX, v. II. Op. cit*. p. 377.

> de las *Cartas de relación* de Cortés en el terso latín de la facundia liviana. Salustio o Tácito habrían censurado tal osadía, pero Cicerón y Livio la habrían aplaudido.[414]

En conclusión, el *Demócrates Segundo* es un tratado que, como toda obra compleja, resiste a diferentes análisis y relecturas. La exposición de la teoría de la guerra justa, entrevera las tradiciones católica y grecorromana, mixtura conceptual con el sello humanista italiano. Además de haber sido un comprometido hombre de Estado, la avidez por los saberes de su tiempo, evidencian que Sepúlveda fue un intelectual humanista, con un énfasis en la corriente italiana, asimilada en Bolonia.

[414] Juan Ginés de Sepúlveda: *Historia del Nuevo Mundo. Op. cit.* p. 22.

CONCLUSIONES: CONVERGENCIAS Y DIFERENCIAS ENTRE OVIEDO Y SEPÚLVEDA

A lo largo de este trabajo, fue relevante revisar el pensamiento americanista de Gonzalo Fernández de Oviedo y de Juan Ginés de Sepúlveda directamente de sus escritos originales, en las versiones más completas y actualizadas disponibles. Después de ver cómo en la *Historia general*, Oviedo llamaba a enmendar con un estilo elevado su crónica, se quiere creer que Sepúlveda recibe este mensaje y asume tal tarea con la composición de *Del Nuevo Mundo*, obra originalmente prevista como parte integral de la *Historia de Carlos V*. Tanto para Oviedo como para Sepúlveda, América tiene un significado en el gran relato imperialista, por ello, como historiadores, van a esmerarse en presentar su «aparición» como un *continuum* en la historia peninsular, en particular, en la de la Corona hispánica.

Aunque la inmersión en la cultura europea del siglo XVI sugerida aquí, hizo énfasis en el *Sepúlveda americano*, no se dejó de insistir en observar comparativamente el resto de sus obras, pues los contenidos del *Demócrates Segundo* adquieren otra dimensión en vínculo con estas. Aún más cuando son contrastadas con categorías geopolíticas acordes al siglo XVI y actualizadas con teorías de la filosofía política contemporáneas como la sugerida por Carl Schmitt. Valorado en su conjunto, lo que queda claro es que su exhortación a la guerra contra los «indios» va dirigida a acabar de concretar un régimen colonial organizado y eficaz, con

el que fortalecer la administración de dominio moderado, para que los vencidos americanos no desearan fomentar ninguna rebelión que pusiera en peligro la hegemonía de España en el concierto protoglobalizado.

Se trató de descartar la imagen convencional de Oviedo como cronista homogéneo, que no muestra variaciones en sus obras respecto al acuerdo con las políticas imperiales, para presentarlo más cercano a la de un *erasmista singular* y el crítico de los excesos de los soldados españoles con las poblaciones amerindias. En el camino, se hizo énfasis en las virtudes propias del naturalista moderno que entra en contacto con una nueva realidad, carente de léxico del todo satisfactorio para explicarla, además de resaltar los aspectos artísticos del cronista (sobre todo su sensibilidad plástica), importantes en su visión de mundo.

Respecto a Sepúlveda, se hizo hincapié en el competitivo traductor Aristotélico que fue, pero también en el seguidor de Cicerón, asiduo lector del *De Officiis* y, desde su paso por Bolonia, de las afinidades con su maestro de filosofía natural, Pomponazzi. La calidad de ciceroniano no radica tanto en los temas, datos y estilo sino en la actitud ante el objeto de estudio, la implicación y el modo de comunicarlo, según lo explica él mismo en la relevante carta a Neila. Como adjunto intelectual humanista, el criterio genérico de la historia no resulta funcional, ya que para esta corriente, el ser humano *vive en la historia*, de ahí que la depuración de los textos clásicos, tenga una dimensión técnica y un propósito disruptivo. En resúmen, la formación humanista-cristiana del pensamiento de Sepúlveda puede vislumbrarse en las fuentes que emplea de acuerdo a los temas que aborda a lo largo de sus escritos: respecto a la antropología, el fundamento filosófico es Aristóteles; en cuanto a la historiografía, Ciceron y Salustio; desde el punto de vista de la política, el ejemplo de los

autores romanos; respecto a la colonización de América, sus fuentes cardinales son Oviedo y Cortés y, finalmente, el carácter de universalidad está anclado a la doctrina cristiana.

La propuesta aquí sustentada fue en dirección a ver en Sepúlveda a un hombre de Estado, un intelectual humanista, traductor destacado del griego y el latín, y polemista incansable. En este último rubro, se señalaron las intrigas lingüísticas y eruditas con Erasmo, a propósito de la versión de este del Nuevo Testamento, de manera indirecta, la querella contra Lutero y, en general contra los reformistas, presente en tratados (*Sobre el destino y el libre albedrío*, *Diálogo llamada Demócrates*, etcétera) y numerosas epístolas, así como con los dominicos Melchor Cano y Bartolomé de Las Casas en el contexto de la Junta de Valladolid y la evaluación del *Democrates secundus* para ser publicado.

Estas disputas estaban inmersas en la urgencia de la defensa cristiana contra el ejército otomano que, personajes como Valdés y el canciller Gattinara, aprovecharon para reforzar la ideología de una monarquía universal que reuniera a la cristiandad bajo un solo cayado: el imperio, utopía política, como conjunto coordinado de naciones cristianas, idea que sin sospecharlo antagonizó con el naciente nacionalismo que exigía una observancia a la soberanía moderna. Los dichos de León X, *Paz con los cristianos, guerra contra infieles*, significaron en términos prácticos mantener la paz al interior del contienente y en lo exterior organizar la lucha contra los infieles. A este ejercicio bélico se sumaba la revolución comunera de 1520 en Castilla, la Reforma luterana que se ampliaban en los estados germanos, la disputa de poder con Francisco I de Francia y sus alianzas con los berberiscos de Argel al mando de Barbarroja; ante la imposibilidad de solventar todos estos frentes, Carlos V abdica en 1556 dejando en Felipe II una tarea monumental.

La intención de proponer un concepto de *humanismo* desde una perspectiva crítica que enfatizara su vocación imperialista, condujo a deslindar la noción desde una

diferenciación nacional, respaldada en la división propuesta por Joaquín Xirau, entre el de los países nórdicos, el italiano renacentista y el erasmismo que primaba en España junto al salmantino. Entre otras cosas, estos dos últimos sistemas se diferencian en síntesis en que el primero es de tintes más laicos y vocación secularizante, mientras, el otro más apegado al dogma cristiano y a un proyecto esencialmente político. Del italiano, se destacaron obras y figuras intelectuales como la de Castiglione, Alberto Pío y Fracastoro, en tanto, del erasmismo español, se presentaron las miras de un Vives, un Garcilaso y un Boscán.

Sin contar con los numerosos rasgos formales y estilísticos, respecto al humanismo en las obras de Oviedo y de Sepúlveda, se confirmó en los ángulos de la teoría de la guerra justa, la propuesta de una filosofía de lo concreto, desde la moral y la política, no escolástica-abstracta, al servicio del proyecto político de Carlos V, bajo ideas romanas como las de *restauratio imperii, translatio imperii* e *instauratio imperii*. Igualmente, en lo que respecta a la evangelización, una sustitución de ídolos que exigen sacrificios humanos por un Dios que sacrificó a su hijo por ellos, y la misión educativa que preveía como fin *alejar* a los indígenas nativos de la supuesta *barbarie* en que se encontraban y así obligarlos a vivir una vida más humana.

La imagen del «indio» tiene su parteaguas en las capacidades racionales adjudicadas al mismo. Desde su marcada perspectiva providencialista, para Oviedo no hay duda de que los habitantes del «Nuevo Mundo» forman parte de la familia adámica, sus orígenes se remontarían a una diáspora visigoda migrada del norte, mientras su evidente salvajismo, se explicaría por el castigo del olvido de Dios por sus pecados y apego al diablo, evidente en sus prácticas rituales. Sepúlveda, por su parte, recurre a la teoría de Aristóteles desarrollada en la *Política*, de los siervos por naturaleza y, através de una interpretación *iustaturalista*, introduce la constante ética del deber de unir a toda la humanidad. En este sentido, se

examinaron los tópico humanista de *homo universalis* y *dignitate hominis* en la propuesta de despertar a través de la educación la *humanitas* indígena, resolver la tensión intínseca de la *feritas* y la *divinitas*.

La apuesta de los humanistas se transmitió en la Europa de los siglos XV y XVI y predominó básicamente porque fue una ideología hegemónica, cercana a los poder políticos de su tiempo. Cronistas como Oviedo y Sepúlveda, formados o influidos por el ambiente cultural de Italia, viven y escriben, bajo la sombra del *gran relato humanista* que ve en la conexión con el pasado clásico el único conducto de preservación de la civilización. El *ego cogito* moderno contra el *nosotros comunitario* mesoamericano, es el gran choque que depara a la gestación de una era nueva de significados dispares. Aunque la humanidad va a permanecer siendo múltiple, desigual, en su interconexión conflictiva, el mundo a partir de entonces se vuelve uno solo.

BIBLIOGRAFÍA

- Albaladejo Martínez, María: «Fausto y etiqueta de la casa de Austria, breves apuntes sobre su origen y evolución», en *Imafronte*, núm. 19-20, 2008.

- Aguirre Ortiz J., M. Glöel y M. Garrido Monroy: «Consideraciones acerca de los fueros en *La Araucana* de Alonso de Ercilla», en *Hipogrifo*, núm. 8.2, 2020.

- Altamira, Rafael: *Psicología del pueblo español*. Barcelona, Minerva, 1971.

- Álvarez de Castrillón, Rafael Anes: «Economía y economistas en la España de Juan Ginés de Sepúlveda», en *e-SLegal Histoy Review*, núm. 15, 2013.

- Álvarez-Cienfuegos, Juan: *La cuestión del indio: Bartolomé de las Casas frente a Ginés de Sepúlveda*. México, UNAM, 2010.

- Andreotti, Roberto: «La teoría del «Bellum iustum» in Juan Ginés de Sepúlveda, antagonista di Las Casas», en *I diritti dell'uomo e la pace nel pensiero di Francisco de Vitoria e Bartolomé de Las Casas*. Roma, núm. 29, 1988.

- Aristóteles: *Política.* Madrid, Alianza, 2009.

- _____: *Política.* México, UNAM, 2018, p. XII.

- _____: *Ética.* Madrid, Gredos, 2007.

- _____: *Sobre la República-libro I, según la traducción latina y escolios de Juan Ginés de Sepúlveda*. Bogotá, Universidad de los Andes, 2015.

- Baron, Hans: *En busca del humanismo cívico florentino. Ensayo sobre el cambio del pensamiento medieval al moderno*. México, FCE, 1993.

- Bataillon, Marcel: *Erasmo y España. Estudio sobre la historia espiritual del siglo XVI*. FCE, México, 1996.

- Bataillon, Gilles, et. al.: *Las teorías de la guerra justa en el siglo XVI y sus expresiones contemporáneas*. México, UNAM, 2008.

- Baraibar, Álvaro: «El concepto de autoridad en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo», en *Hispanófila: Literatura-Ensayos*, núm. 171, 2014.

- Belaval, Yvon (Coord.): *Historia de la filosofía. Vol. V: La filosofía en el Renacimiento*. México, Siglo XXI, 1974.

- Beneyto Pérez, Juan: *Ginés de Sepúlveda. Humanista y soldado*. Madrid, Nacional, 1944.

- Benjamin, Walter: *Desembalo mi biblioteca. El arte de coleccionar*. Barcelona, José J. de Olañeta, 2012.

- Beuchot, Mauricio: *La querella de la conquista. Una polémica del siglo XVI.* México, siglo XXI, 1997.

- Burckhardt, Jacob: *La cultura del Renacimiento en Italia*. México, Porrúa, 1984.

- Camillo, Ottavio: *El humanismo castellano del siglo XV*. J. Doménech, Valencia, 1976.

- Cano, Melchor: *De locis theologicis*. Madrid, BAC, 2006.

- Cantarino, Elena: «El concepto de *razón de Estado* en los tratadistas de los siglos XVI y XVII», en *Res publica*, núm. 2.

- Canals, Jorge: «Reseña a Silvana Sidel Menchi: *Erasmo in Italia*», en *Thesaurus*, núms. 2 y 3, 1988.

- Carande, Ramón: *Carlos V y sus banqueros.* Barcelona, Crítica, 2000.

- Carbia, Rómulo: «La historia del descubrimiento y los fraudes del P. Las Casas», en *Nosotros*, núm. 264, 1931.

- Castiglione, Baldassare: *El Cortesano*. Madrid, Alianza, 2020.

- Castilla Urbano, Francisco: «La consideración del indio en los escritos sepulvedianos posteriores a la Junta de Valladolid», en *Cuadernos Americanos*, núm. 142, 2012.

- _____: *El pensamiento de Juan Ginés de Sepúlveda. Vida activa, humanismo y guerra en el Renacimiento.* Madrid, Centro de estudios políticos y constitucionales, 2013.

- Cervantes Saavedra, Miguel: *Novelas ejemplares*. México, UNAM, 2017.

- _____: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. México, UNAM, 2016.

- Cicerón, Marco Tulio: *De los deberes*. México, UNAM, 1948, p. 227.

- Coello de la Rosa, Alexandre: «¿Indios buenos?, ¿indios malos?, ¿buenos cristianos? La cara oscura de las Indias en Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés», en *Scripta nova*, vol. V, núm. 101, 2001.

- _____: «Héroes y villanos del Nuevo Mundo en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés», en *Anuario de Estudios Americanos*, t. LXI, núm. 2, 2004.

- Colomer, José Luis y Serra, Amadeo (Coord): *España y Bolonia, siete siglos de relaciones artísticas y culturales*. Madrid, CEEH, 2006.

- Coroleu, Alejandro: «*Ioannes Genesius Sepulveda versus Franciscus Vatablus*. A propósito de la fortuna de las traducciones latinas de Juan Ginés de Sepúlveda», en *Habis*, núm. 27, 1996.

- Cortés, Hernán: *Cartas de relación*. México, Porrúa, 1992.

- Covarrubias, Sebastián: *Parte primera del tesoro de la lengua castellana*. Madrid, Melchor Sánchez, 1674.

- Cuart Moner, Baltasar: «De Bolonia a las Indias: los colegiales de San Clemente en la administración americana durante el siglo XVIII», en *Estudios de historia social y económica de América*, núm. 16-17, 1998.

- _____: «Colegiales y burócratas. El caso del Colegio de San Clemente de los españoles de Bolonia en la primera mitad del s. XVI», en *Studia historica. Historia moderna*, núm. 1, 1983.

- _____: «Los romanos, los godos y los reyes católicos a mediados del siglo XVI: Juan Ginés de Sepúlveda y su *De Rebus Gestis Caroli Quinti Imperatoris et Regis Hispaniae*», en *Studia historica. Historia moderna*, núm. XI, 1993.

- Díaz del Castillo, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México, Mexicanas, 1950.

- Díaz Gito, Manuel Antonio: «La labor docente del maestro de pajes y de latín de Felipe II», en *Calamus Renascens: revista de humanismo y tradición clásica*, núm. 1, 2000.

- Dussel, Enrique: *1492, El encubrimiento del otro*. Buenos Aíres, Docencia, 2012.

- Ercilla, Alonso: *La Araucana*. México, UNAM, 1983.

- Espigares Pinilla, Antonio: «El enfrentamiento con Erasmo en el *Gonsalus* de Ginés de Sepúlveda», en *Cuadernos de filología clásica. Estudios latinos*, núm. 4, 1993.

- Espona, Rafael R.: «El cardenal Silíceo, príncipe español de la contra-reforma», en *Anales de la fundación Francisco Elías de Tejada*, núm. 11, 2015.

- Estermann, Josef: *Filosofía andina. Sabiduría indígena para un mundo nuevo.* La Paz, ISEAT, 2006.

- Fabregat Barrios, Santiago: «Presencia y función de los mitos clásicos en la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo», en *EPOS*, núm. XIX, 2003.

- Fernández Buey, Francisco: *La gran perturbación. Discurso del indio metropolitano*. Barcelona, El viejo topo, 1995.

- Fernández, Clemente (comp.): *Los filósofos escolásticos de los siglos XVI y XVII*. Madrid, BAC, 1986.

- Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano, t. I.* Asunción, Guarania, 1945.

- _____: *Claribalte*. México, UAM-I, 2002.

- _____: *Libro de la cámara real del príncipe don Juan, oficios de su casa y servicio ordinario.* Valencia, Universidad de Valencia, 2006.

- _____: *Batallas y quinquagenas*. Salamanca, Diputación de Salamanca, 1989.

- _____: *Sumario de la natural y general historia de las Indias*. Madrid, C.E.G.A.L., 1992.

- F. G. Bell, Aubrey: *Juan Ginés de Sepúlveda*. Inglaterra, Oxford University Press, 1925.

- Fernández, Juan Gil: «Nebrija en el Colegio de los Españoles en Bolonia», en *Emérita*, núm. 33, 1965.

- Fioravanti, Gianfranco: «Servi, rustici, barbari: interpretazioni medievali della *Politica* aristotelica», en *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*. Classe di Lettere e Filosofia Serie III, Vol. 11, No. 2 (1981).

- Gallegos Rocafull, José M.: *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII*. México: UNAM, 1951.

- García Máynez, Eduardo: *Doctrina aristotélica de la justicia*. México, UNAM, 1973.

- García Martín, Javier: «Una construcción incómoda del *ius ad bellum*. Juan Ginés de Sepúlveda y el humanismo jurídico en el Colegio de San Clemente de Bolonia», en *e-SLegal Histoy Review*, núm. 16, 2013.

- García-Añoveros, Jesús: *Los argumentos de la esclavitud*. Madrid, Fundación Histórica Tavera. 2000.

- García Jurado, Francisco (Ed.): *Diccionario hispánico de la tradición y recepción clásica*. Madrid, Guillermo Escolar, 2021.

- Gerbi, Antonello: *La naturaleza de las Indias nuevas.* México, FCE, 1978.

- Gil, Juan y Maestre, José Ma. (Ed.): *Humanismo latino y descubrimiento.* Sevilla, Universidad de Cádiz, 1992.

- Gómez Canseco, Luis: «Ercilla, la guerra justa y el duelo. Fuentes y razones», en *Arte Nuevo*, núm. 8.

- González González, Enrique: «Hacia una definición del término Humanismo», en *Estudis: Revista de historia moderna*. Núm. 15, 1989.

- González Rodríguez, Jaime: «La ética del conquistador en el *De orbe novo* de Sepúlveda», en *Revista de Indias*, vol. 14, núm. 181, 1987.

- _____: «La libertad del indio en el *Democrates alter* y sus fuentes», en *Quinto centenario*, núm. 13, 1987.

- Grassi, Ernesto: *Vico y el humanismo. Ensayos sobre Vico, Heidegger y la retórica.* Barcelona, Anthropos, 1999.

- Guillot Aliaga, Dolores: «Honorato Juan y Juan Ginés de Sepúlveda. Maestros de príncipes», en *e-SLegal Histoy Review*, núm. 15, 2013.

- L.-E. Halkin: *Erasmo*. México, FCE, 1971, p. 43.

- Hanke, Lewis: *La lucha española por la justicia en la conquista de América*. Madrid, Aguilar, 1867.

- _____: *El prejuicio racial en el Nuevo Mundo. Aristóteles y los indios de Hispanoamérica.* México, Sep/Setentas, 1974.

- Helgerson, Richard: *A Sonnet from Carthage. Garcilaso de la Vega and the New Poetry of Sixteenth-Century Europe.* Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2007.

- Hernández Díaz, José Ma.: «Maquiavelo y la educación del gobernante», en *Revista de la Sociedad Española de Italianistas*, Salamanca, núm. 9, 2013.

- Kamen, Henry: *Philip of Spain*. Great Britain. MPG, 1998.

- Kraye, Jill (Ed.): *Introducción al humanismo renacentista.* Madrid, Cambridge University Press, 1998.

- Kristeller, P. O.: *El pensamiento renacentista y sus fuentes*. México, FCE, 1982.

- _____: *Ocho filósofos del Renacimiento italiano*. México, FCE, 1970.

- Lafaye, Jacques: «El humanismo, revolución cultural», en *Revista Estudios*, núm. 111, 2014.

- _____: *Albores de la imprenta. El libro en España y Portugal y sus posesiones de ultramar (siglos XV y XVI).* México, FCE, 2004.

- _____: *Sangrientas fiestas del Renacimiento. La era de Carlos V, Francisco I y Solimán (1500-1557).* México, FCE, 2014.

- _____: *Por amor al griego. La nación europea, señorío humanista (siglos XIV-XVII).* México, FCE, 2005.

- Lario, Damaso: «La universidad de Bolonia y el Colegio de España en el tránsito de los siglos XVI al XVII», en *Estudis: Revista de historia moderna*, núm. 8, 1980.

- Las Casas, Bartolomé: *Apología*. Madrid, Ed. Nacional, 1975.

- _____: *Historia de las Indias. t. III.* Caracas: Ayacucho, 1956.

- _____: *Historia de las Indias*. *t. III.* México, FCE, 1981.

- _____: *Tratados, t. I*. México, FCE, 1997.

- Lines, David A.: «Natural philosophy in Renaissance. The University of Bologna and the beginnings of specialization», en *Early Science and Medicine*. Leiden, 2001, núm. 6.

- Lipschutz, Alejandro: *El problema racial en la conquista de América*. México, siglo XXI, 1975.

- López, Leticia: *Los clásicos en el Renacimiento. La labor educativa de Juan Luis Vives*. México, UNAM, 2006.

- López de Gómara, Francisco: *Historia general de las Indias y Vida de Hernán Cortés*. Caracas, Ayacucho, 1991.

- _____: *La conquista de México.* Madrid, Historia 16, 1987.

- López de Palacios Rubios, Juan: *Tratado del esfuerzo bélico heroico*. Madrid, Revista de Occidente, 1941.

- Losada, Ángel: *Juan Ginés de Sepúlveda a través de su «epistolario» y nuevo documentos*. Madrid, Instituto Francisco de Vitoria, 1949.

- _____: «Hernán Cortés en la obra del cronista Sepúlveda» en *Revista de Indias*. Madrid, núm. 31-32, 1948.

- Lutero, Martín: *Escritos políticos*. Madrid, Tecnos, 2008.

- Maestre Maestre, J. M.: «La adscripción a Portugal de Juan Ginés de Sepúlveda en el *Ciceronianus* de Erasmo ¿lapsus o error deliberado?», en Cataldo e André de Resende: *Congresso Internacional do Humanismo Português*. Lisboa, 2002.

- Malda, Juan Manuel: *El oído de Darwin.* Querétaro, Marginalia, 2020.

- Martínez, Luz Ángela: «El quiebre epistemológico y el surgimiento de nuevo sujeto de conocimiento en la *Historia general y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo», en *Revista chilena de literatura*, núm. 77, 2010.

- Mas Torres, Salvador: «Elementos clásicos en el pensamiento político de Juan Ginés de Sepúlveda», en *Gerión. Revista de Historia Antigua*, núm. 37, 2019.

- Maquiavelo, Nicolás: *El príncipe*. Madrid, Akal, 2010.

- Marcos, Teodoro Andrés: *Los imperialismos de Juan Ginés de Sepúlveda en su Democrates alter*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1947.

- Méchoulan, Henri: *L'antihumanisme de J. G. de Sepúlveda. Étude critique du «Democrates primus»*. Francia, Monton & Co, 1974.

- Medina Ávila, Blas: «Juan Ginés de Sepúlveda en La Araucana», en *e-SLegal Histoy Review*, núm. 15, 2013.

- Mena, Juan: *Laberinto de fortuna*, p. 3. https://biblioteca.org.ar/libros/131692.pdf.

- Menéndez Pidal, Ramón: *El padre Las Casas y la leyenda negra*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1962.

- Mignolo, Walter D.: *El lado más oscuro del Renacimiento. Alfabetización, territorialidad y colonización.* Colombia, Universidad del Cauca, 2016.

- Monsiváis, Carlos: *Rituales del caos*. México, Bolsillo Era, 2012.

- Morrás, María (Ed.): *Manifiestos del humanismo*. Barcelona, Península, 2000.

- Muñoz Machado, Santiago: *Sepúlveda, cronista del Emperador*. Madrid, Edhasa, 2012.

- Nebrija, Antonio: *Gramática sobre la lengua castellana*. México, Academia Mexicana de la Lengua, 2014.

- Neruda, Pablo: *Canto general*. Venezuela, Ayacucho, 1981.

- Noel, Charles C.: «La etiqueta borgoñona en la corte de España (1547-1800)», en *Manuscrits*, núm. 22, 2004.

- Nonell, Carollina: *Fortún García de Ercilla y su «Tratado de la guerra y el duelo»*. Bilbao, Junta de Cultura de Vizcaya, 1963.

- O'Gorman, Edmundo: *La invención de América*. México, FCE, 1984.

- Padgen, Anthony: *La caída del hombre natural*. Madrid: Alianza, 1988.

- Patiño Palafox, Luis: *Juan Ginés de Sepúlveda y su pensamiento imperialista.*

- Planas Rosselló, Antonio y Ramis Barceló, Rafael: «Juan Ginés de Sepúlveda y el humanismo jurídico mallorquín», en *e-SLegal Histoy Review*, núm. 15, 2013.

- Pena, Miguel-Anxo e Delgado, Inmaculada (Coords.): *Humanismo cristiano y reforma protestante (1517-2017)*. Salamanca, UPSA, 2018.

- Pérez, Joseph: *Calos V*. Madrid, Temas de Hoy, 1999.

- Pérez de Tudela, Juan: «Rasgos del semblante espiritual de Gonzalo Fernández de Oviedo: la hidalguía caballeresca ante el Nuevo Mundo», en *Revista de Indias*, núm. 69-70, 1957.

- Pereyra, Carlos: *Tras las huellas de los conquistadores*. México, Porrúa, 19.

- Pico della Mirandola, Giovanni: *Discurso sobre la dignidad del hombre.* México, UNAM, 2016.

- Pomponazzi, Pietro: *Tratado sobre la inmortalidad del alma*. Madrid, Tecnos, 2010.

- Quirk, Robert E.: «Some Notes on a Controversial Controversy: Juan Ginés de Sepúlveda and Natural Servitude», en *The Hispanic American Historical Review*, núm. 3, 1954.

- Redondo, Agustín: «El *Discurso sobre Europa* del doctor Laguna, entre amargura y esperanza», en *Congreso Internacional Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa*. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001.

- Rico, Francisco: *El sueño del humanismo (de Petrarca a Erasmo)*. Madrid, Alianza, 1997.

- ____: *Nebrija frente a los bárbaros*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 1978.

- Río Nogueras, Alberto: «Diálogo e historia en las *Batallas y Quinquagenas* de Gonzalo Fernández de Oviedo», en *Criticón*, núm. 52, 1991.

- Rotterdam, Erasmo: *Obras escogidas*. Madrid, Aguilar, 1956.

- _____: *Lamento de la paz*. Barcelona, Acantilado, 2020.

- _____: *Coloquios*. Madrid, Libros Pórtico, 2020.

- _____: *Coloquios familiares*. Barcelona, Anthropos, 2005.

- _____: *El ciceroniano (o sobre el mejor estilo)*. Madrid, Akal, 2009.

- Rovira Gaspar, María del Carmen: «Juan Ginés de Sepúlveda y Francisco de Vitoria. La crítica de Bartolomé de Las Casas a las opiniones de Maior sobre América», en *Pensamiento novohispano*, núm. 7, 2006.

- Ruiz Sotelo, Mario: *Crítica de la razón imperial: la filosofía política de Bartolomé de las Casas*. México, siglo XXI, 2010.

- S. A.: *El emperador Carlos y su tiempo: actas IX Jornadas nacionales de historia militar. Sevilla 24-28 de mayo de 1999*. Deimos, Sevilla, 2000.

- Sánchez Montes-González, Francisco (Coord.): *Carlos V, europeísmo y universalidad*. Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V. Granada, 2001.

- Sáenz-Badillos, Ángel: «Ginés de Sepúlveda y la filología bíblica», en *Cuadernos de filología clásica*, núm. 5, 1973.

- Sanz Donaire, Juan José: «Verdad geográfica de los humedales en *La Araucana* de Alonso de Ercilla», en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 45, 2016.

- Schmitt, Carl: *El concepto de lo político.* Madrid, Alianza, 2014.

- Schmitt, Charles B.: *Aristóteles y el Renacimiento*. s/l, Universidad de León, 2004.

- Skinner, Quentin: *Los fundamentos del pensamiento político moderno. II. La Reforma*. México, FCE, 1993.

- Sepúlveda, Juan Ginés: *Diálogo llamado Demócrates*. Madrid, Tecnos, 2012.

- _____: *Acerca de la monarquía, O.C. t. VI*, Salamanca, Ayuntamiento de Pozoblanco, 2001.

- _____: *Epistolario. O. C. t. IX, v. I*. Madrid, Ayuntamiento de Pozoblanco, 2007.

- _____: *Epistolario. O. C. t. IX, v. II*. Madrid, Ayuntamiento de Pozoblanco, 2007.

- _____: *Demócrates Segundo. O. C. t. III.* Salamanca, Ayuntamiento de Pozoblanco, 1997.

- _____: *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid, Alianza, 1996.

- _____: *Sobre el destino y el libre albedrío, O. C. v. XV*. Madrid, Ayuntamiento de Pozoblanco, 2010.

- _____: *Historia de Carlos V (Libros VI-X). O. C. t. II.* Salamanca, Ayuntamiento de Pozoblanco, 1996.

- _____: *Historia de los hechos del Cardenal Gil de Albornoz. O. C. t. V*. Salamanca, 2002.

- _____: *Democrates Segundo o De las justas causas de la guerra contra los indios.* Madrid, Instituto Francisco de Vitoria, 1951.

- _____: *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*. México, FCE, 1996.

- _____: *Exhortación a Carlos V.*

- _____: *Antiapología en defensa de Alberto Pío, príncipe de Carpi, frente a Erasmo de Rotterdam. O. C. t. VII*. Salamanca, Ayuntamiento de Pozoblanco, 2003.

- _____: *Gonzalo, diálogo sobre la apetencia de gloria. O. C. t. VI*. Salamanca, Ayuntamiento de Pozoblanco, 2001.

- Smith, Ricardo: *Un humanista al servicio del imperialismo. Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573).* Córdoba, La Ley, 1942.

- Solís de los Santos, José (Ed.): *Actas del congreso internacional sobre el V centenario del nacimiento del Dr. Juan Ginés de Sepúlveda celebradas en Pozoblanco, del 13 al 16 de febrero de 1991*. Córdoba, Ayuntamiento de Pozoblanco, 1993.

- Todorov, Zvetan: *La conquista de América. El problema del Otro.* México, siglo XXI, 2008.

- Torres Gutiérrez, Alejandro: «Orígenes canónico-medievales de concepto moderno de Estado», en *Ius Canonicum*, núm. 39, 1999.

- Tubau, Xavier: «Canon law in Juan Ginés de Sepúlveda's "Democrates secundus"», en *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*. Núm. 73, 2, 2011.

- Turner, Daymond: «Biblioteca Ovetense: a spectulative reconstruction of the library of the first chronicler of the Indies», en *The papers of bibliographical society of America*, núm. 57, 1963.

- Urceo Codro, Antonio: *Sermones (I-IV).* Roma, Carocci, 2013.

- Valdés, Alfonso: *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*. Menorca, textos.info, 2016.

- Vázquez, Josefina Zoraida: *La imagen del indio en el español del siglo XVI*. Xalapa. Universidad Veracruzana, 1991.

- Juan Luis Vives: *Obras completas, t. II.* Madrid, Aguilar, 1948.

- Vega, Garcilaso y Boscán, Juan: *Poesías completas*. México, Porrúa, 1999.

- _____: *Obra poética*. Barcelona, Crítica, 1995.

- Velasco Gómez, Ambrosio (Coord.): *Fray Alonso de la Veracruz: universitario, humanista, científico y republicano.* México, UNAM, 2009.

- _____: *Humanismo*. México, UNAM, 2009.

- Villoro, Luis: *El pensamiento moderno. Filosofía del Renacimiento*. México, FCE, 1992.

- Wilson-Lee, Edward: *Memorial de los libros naufragados. Hernando Colón y la búsqueda de una biblioteca universal*. Madrid, Ariel, 2019.

- Xirau, Joaquín: «Humanismo español», en *Cuadernos americanos*, núm. 1, 1942.

- Zapata de Chaves, Luis: *Carlo Famoso*. Valencia, s. e. 1566.

- Zavala, Silvio: *La encomienda indiana*. México, Porrúa, 1992.

- _____: *Las instituciones jurídicas en la Conquista de América*. México, Porrúa, 2006.

- _____: *Repaso histórico de la bula Sublimis Deus de Paulo III, en defensa de los indios.* México, Universidad Iberoamericana, 1991.

- https://dbe.rah.es/biografias/16115/martin-fernandez-de-enciso. Consultado el 6 de febrero de 2024.

- http://www.elem.mx/estgrp/datos/255. Consultado el 19 de mayo de 2022.

- https://dbe.rah.es/biografias/15447/honorato-juan-tristull, consultado el 13 de agosto de 2022.